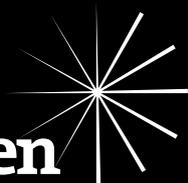


Pensar en
MOVIMIENTO

DOSSIER

2021



Chile despertó

LA REVUELTA ANTINEOLIBERAL

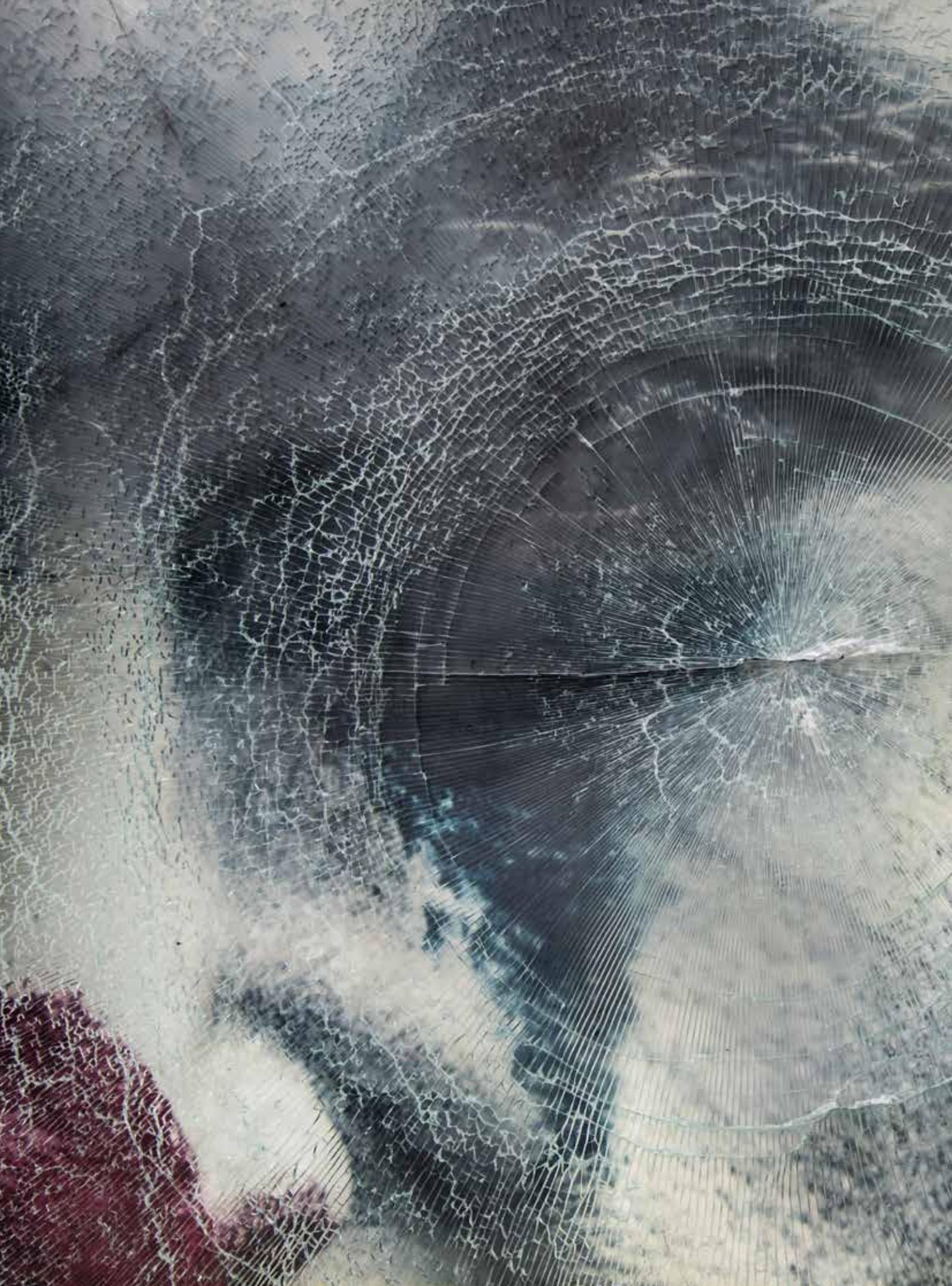
Entrevistas con Alondra Carrillo y Javiera Manzi (Coordinadora Feminista 8M), Rodrigo Ruiz, Claudia Zapata, Jaime Bassa, Luna Follegati, Carlos Pérez Soto, Camila Rojas (Partido Comunes-Frente Amplio), Luis Mesina (Coordinadora NO+AFP), Jorge Sharp, Francisca "Pancha" Fernández (Movimiento por el Agua y los Territorios), Nicolás Toro (Coordinadora de Presxs Políticxs de la Revuelta 18 de Octubre), Mario Garcés, Sofía Brito, Fernando Pairican, Vitrina Dystópica, Paulo Slachevsky.







Chile
despertó



**INVESTIGACIÓN, ENTREVISTAS
Y COORDINACIÓN DE EDICIÓN**

Tinta Limón

FOTOGRAFÍAS

Paulo Slachevsky

DISEÑO GRÁFICO

Diego Maxi Posadas

DISTRIBUCIÓN

La Periférica

IMPRESIÓN

Fabián Vaney (Imprenta Dorrego)

AGRADECEMOS a lxs entrevistadxs que nos compartieron su tiempo y sus reflexiones. También debemos agradecer la hospitalidad y lucidez de María José Yaksic; de Silvia Aguilera, Paulo Slachevsky (a él un especial agradecimiento por habernos cedido todas las fotografías que acompañan esta publicación) y a Elizardo Aguilera, de la editorial LOM; a Pato, Katya y demás compañerxs de Vitrina Dystópica; a Andrea Sato Javre de la Fundación Sol y a Hugo Montero, Christian Cruz y su equipo de abogados de DDHH. También a Fabián Vaney, de Imprenta Dorrego, a Ulrich Brand por su interés y acompañamiento y a Bifo, con quien conversamos sobre Chile a propósito de la presentación de *El umbral*, su último libro que publicamos. A él le debemos la frase –y el deseo– con la que cerramos la presentación de este material.

Esta publicación se puede descargar y compartir desde www.tintalimon.com.ar
Contacto: tintalimon@gmail.com

Abril de 2021, Buenos Aires



Índice

**Chile en llamas:
de la revuelta al
plebiscito**

// Tinta Limón

Página 8

**“El estallido abrió
la posibilidad
de un momento
de imaginación
política radical”**

// Alondra Carrillo
y Javiera Manzi
// Coordinadora
Feminista 8M

Página 22

**Del estallido a
la comunidad
organizada**

// Jorge Sharp

Página 34

**“El Congreso es un
órgano impotente
tal como lo diseñó
la Constitución
del 80”**

// Camila Rojas //
Partido Comunes -
Frente Amplio

Página 42

**“Estamos ante un
momento inédito,
todo está en
disputa”**

// Luis Mesina
// Coordinadora
No+AFP

Página 58

**“La revuelta nos
obligó a pensar
qué instituciones
inventamos”**

// Vitrina Dystópica

Página 68

**“El proceso
constitucional
tiene demasiadas
trampas”**

// Sofía Brito

Página 84

**“En Chile hay
una destitución
en curso de lo
neoliberal”**

// Jaime Bassa

Página 94

**“La lucha
socioambiental es
clave en la pelea
actual”** // Francisca
“Pancha” Fernández
// Movimiento
por el Agua y los
Territorios

Página 106

**“Hay que cuidarse
del arcoíris que nos
pueden vender”**

// Carlos Pérez Soto

Página 116

**“El feminismo
trastocó los límites
de lo posible”**

// Luna Follegati

Página 126

**“Hay que volver
a construir una
izquierda con
pensamiento
estratégico”**

// Rodrigo Ruiz

Página 136

**“El neoliberalismo
nos quitó la
memoria de la
violencia política”**

// Claudia Zapata

Página 144

**“En Chile se abre
un nuevo tiempo
histórico”**

// Mario Garcés

Página 152

**“La solución para los
presos de la revuelta
no es jurídica, es
política”**

// Nicolás Toro //
Coordinadora por la
Libertad de Presxs
Políticxs 18 de
Octubre

Página 164

**“El 18 hubo una
conquista de la
barbarie sobre la
ciudad ilustrada”**

// Fernando Pairican

Página 172

**La fotografía como
forma de resistencia**

// Paulo Slachevsky

Página 182

Chile despertó

Pensar en
MOVIMIENTO
DOSSIER
2021





Chile en llamas: de la revuelta al plebiscito

POR TINTA LIMÓN

HASTA QUE VALGA LA PENA VIVIR

Domingo 6 de octubre de 2019. Entra en vigencia un nuevo aumento de las tarifas del metro y del sistema de buses Transantiago, el cuarto en menos de dos años. El Panel de Expertos que regula el precio del transporte público en la ciudad decidió que a partir de ese día deberán pagarse 30 pesos más para viajar en el subte más caro de Latinoamérica. La medida genera fastidio en una población cansada de los abusos y abrumada por el alto costo de vida.¹ El fastidio se vuelve odio cuando el ministro de economía, Juan Andrés Fontaine, sugiere “madrugar” para aprovechar la rebaja por hora no pico en el precio del boleto. Un esfuerzo más para la precaria y endeudada clase trabajadora chilena. Pero ya no hay margen.

La semana comienza con la convocatoria a concentrarse en algunas estaciones de metro y viajar sin pagar. La impulsan desde las redes sociales grupos de estudiantes de las llamadas escuelas emblemáticas de la ciudad, que en ese momento mantienen abierto un conflicto con el gobierno en torno de la ley Aula Segura.² La primera de estas “evasiones” tiene lugar el lunes 7 en la estación Universidad de Chile, a pocos metros del Instituto Nacional. Le seguirán otras, cada una debidamente registrada y compartida. En ese contexto, diputados del partido del presidente Sebastián Piñera, Renovación Nacional (RN), presentan un proyecto para que se sancione penalmente a quienes evadan el transporte público. El mismo mandatario sale a cuestionar las protestas “fuera de la ley” que atentan contra la libertad de todos. El 16 de octubre, el abogado Clemente Pérez, ex presidente del Directorio del Metro durante el primer gobierno de Michelle Bachelet, es invitado a un canal de noticias y al finalizar la entrevista dice: “Cabros, esto no prendió. No se han ganado el apoyo de la población. Ni siquiera en Twitter, donde se supone que este tipo de movimientos tienen más apoyo, no lo hay. La gente está en otra, el chileno es bastante más civilizado. Lo único que he visto es un gran rechazo a este tipo de actitudes”.

Pero el descontento y las evasiones se viralizan y cada vez más personas se suman a la protesta. Pasan los días y aumenta la violencia. Se cierran varias estaciones de metro: Pedro de Valdivia, Quinta Normal, Cumming, Plaza de Armas, Santa Isabel e Irarrázaval. Los enfrentamientos con carabineros se multiplican. Lo que parecía un juego de provocación vinculado a un grupo reducido de jóvenes “revoltosos y violentistas” se rebela como un malestar generalizado que va saliendo a la superficie.

En la mañana del viernes 18, al grito de “evadir no pagar/ otra forma de luchar”, cientos de estudiantes secundarios se

autoconvocan, nuevamente vía redes sociales, en las bocas del metro. Entran corriendo en banda y saltan los molinetes. Cantan, bailan, intervienen las paredes de las estaciones y queman algunos vagones. La tensión va en aumento. El Gobierno invoca la ley de Seguridad del Estado, anuncia querellas contra quienes resulten responsables de los ataques y decide suspender el servicio a las dos de la tarde. Las personas que salen de sus trabajos deberán volver a sus casas caminando. La ciudad está paralizada y, a la vez, se respira un aire de alivio. “No me importa tener que caminar para volver”, dice una mujer cuando descubre que el metro está cerrado. Muchxs deciden quedarse en las calles, que van subiendo en temperatura. A las pocas horas la protesta emerge del subsuelo y se irradia por toda la ciudad: esa misma noche estalla la revuelta.

Suenan cacerolas, se toman las calles y plazas, se montan barricadas, se atacan supermercados, centros comerciales, bancos y farmacias, todos lugares identificados con abusos y estafas recientemente difundidos por la prensa. Se incendian, también, veinte estaciones del metro, una docena de colectivos y el edificio de ENEL, la empresa prestadora del servicio eléctrico. Pasada la medianoche, el gobierno reacciona: declara el Estado de Emergencia y, a fin de “asegurar el orden público y preservar instalaciones de infraestructura crítica”, saca los militares a las calles. En Santiago, el epicentro de la protesta es la ex Plaza Italia, rebautizada ahora como plaza de la Dignidad, lugar simbólico en la historia de las luchas sociales. Pero el estallido se expande a todo el territorio nacional. El sólido y ejemplar neoliberalismo chileno se sacude: ¿Chile despertó de la pesadilla neoliberal?

UNA INVASIÓN ALIENÍGENA

Fin de semana de máxima intensidad. El sistema de metro permanece cerrado y la población toma las calles. Continúan los cacerolazos, los saqueos y las concentraciones en parques y esquinas de todo el país. En distintos puntos de Santiago se suceden enfrentamientos entre carabineros y manifestantes. Edificios emblemáticos, como los Tribunales de Justicia, son apedreados. Arrancados de las grandes tiendas, los televisores alimentan el fuego de las barricadas. El rumor de que los saqueadores se dirigen a los barrios altos de la capital corre de wasap en wasap produciendo pánico. Algunxs vecinxs de esas zonas se arman con palos y bates de béisbol y salen a patrullar las calles. Visten chalecos amarillos fluorescentes, al estilo francés, que los distinguen ante la mirada policial de la turba saqueadora.

Con la intención de frenar la revuelta, el sábado 19 de octubre el presidente Sebastián Piñera anuncia la suspensión del aumento del pasaje. Pero ya es demasiado tarde: tras ese



disparador se anudan cientos de demandas y malestares. No son treinta pesos, son treinta años, dicen las paredes.

Bajo las órdenes del general Javier Iturriaga del Campo, el Ejército de Chile se hace cargo de la situación y se decreta un toque de queda para las provincias de Santiago y Chacabuco y las comunas de San Bernardo y Puente Alto –en los días siguientes se irán sumando otras zonas del país.³ Esta medida de excepción implica la prohibición absoluta de circular o permanecer en espacios públicos; una disposición que no había sido utilizada por motivos políticos desde la dictadura de Augusto Pinochet.

Pero el toque de queda no logra atemorizar a la población que vuelve a ocupar las calles y plazas en señal de protesta. Se multiplican las barricadas y saqueos durante toda la noche. Se atacan también algunas iglesias, monumentos y oficinas públicas. Siguen los incendios de supermercados y farmacias. Pasada la medianoche del sábado comienza el desfile de tanquetas, que salen del Cuartel de San Bernardo y se dirigen al centro de Santiago. 10 mil militares patrullarán las calles. La violencia recrudece y se conoce el primer fallecido: Mateusz Maj, un profesor polaco asesinado por un disparo accidental de su propio suego, un jubilado del Ejército que intentó detener un saqueo en un supermercado del barrio Las Rosas, en la localidad de Maipú.

Al día siguiente, se conocerán las muertes de Alicia Cofré Peñailillo (42), Paula Lorca Zamora (45) y Renzo Barbosa

(38). Los partes oficiales dicen que quedaron atrapados en el hipermercado Líder de la comuna de San Bernardo –20 kilómetros al sur de Santiago–, saqueado e incendiado por los manifestantes. En éste y en muchos otros casos –como en el de las estaciones del metro y fábricas– no es evidente quién inicia los incendios y con qué motivaciones. Lo innegable es el odio social, el rechazo visceral a la antipopular democracia chilena y a la forma de vida que ofrece a su población. ¿Será ésta fuerza suficiente como para romper el consenso neoliberal centrado en las finanzas y en la capitalización individual? ¿Tendrá la potencia de constituir un nuevo tejido social y afectivo? “Que nos vayamos todos”, se repite entre lxs muchxs autoconvocadxs, en una versión radicalizada del canto argentino de 2001.

El domingo 20 de octubre el gobierno extiende el Estado de sitio y el toque de queda a nuevas regiones y ciudades del país. Piñera refuerza el enfrentamiento: “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso”, dice luego de comparar a los manifestantes con una “organización criminal”. Busca infundir temor en la sociedad, pero el estallido se intensifica. Aparecen las primeras denuncias por violación a los derechos humanos: se constatan tratos violentos, torturas, desnudamientos y abusos.

También aumentan los muertos. Entre ellos Kevin Gómez Morgado, músico de 23 años, fusilado por la espalda por un militar a las 23.30 del domingo, frente a la tienda La polar, de Coquimbo, cinco horas al norte de Santiago. El

uniformado de 32 años que lo asesinó alegó en su defensa que llevaba 72 horas sin dormir, desde el llamado del Estado de Emergencia a acuartelarse, y que se asustó y disparó con su escopeta Rayot de 12 milímetros creyendo ver una bomba molotov en la ropa que Kevin llevaba en sus manos alzadas. Kevin era padre de una niña de dos años. A Alex Núñez Sandoval, de 39 años, en cambio, los carabineros le pegaron hasta matarlo. Fue en la estación de metro Sol, en la comuna de Maipú, sector surponiente de la ciudad de Santiago. Era técnico mecánico y tenía tres hijos. En simultáneo, pero en el sector oriente de Santiago, cuatro personas, entre ellas un niño de 14 años, eran torturados y crucificados en la estructura metálica de la antena de la comisaría 43, en Peñalolén. Los cuerpos de Manuel Muga Cardemil (59 años), Andrés Ponce Ponce (38 años), Yoshua Osorio Arias (17 años), Julián Pérez Sánchez (51 años) y Luis Antonio Salas Martínez (47 años) aparecieron calcinados adentro de la fábrica textil Kayser, en Renca, a 15 minutos del centro de Santiago. Si bien los partes oficiales hablan de muertes por asfixia a causa del incendio en situación de saqueo, los peritajes son inconsistentes y el servicio médico legal hizo todo lo posible por obstruir las investigaciones. Y aunque el mismo Piñera salió en televisión confirmando el relato oficial, las autopsias ponen en duda las circunstancias de los fallecimientos. Entre otras evidencias, dos de los cadáveres tenían orificios de bala o lesiones balísticas recientes, otros tenían fracturas y la posición en que fueron encontrados los cuerpos no se corresponde con una muerte en incendio. También hay dudas sobre cómo se inició el incendio y quién lo hizo. Extraoficialmente, se cuenta que uno de los gerentes de la empresa se ocupó de hacer desaparecer los videos de las cámaras del lugar. Las sospechas recaen sobre uno de los dueños de Kayser, Edward Abugattas Saba, amante de las armas. Para esa fecha el empresario tenía una escopeta Mossberg calibre 36 para uso de caza; una escopeta JJ Sarasqueta calibre 16, para uso de caza también; una escopeta Mistral calibre 22, para uso deportivo; dos pistolas, una Astra y una Taurus, ambas de 9 mm, para defensa personal y un rifle Savage calibre 22, para uso deportivo.

El fin de semana se cierra con la viralización de un mensaje de voz de wasap de la primera dama, Cecilia Morel, donde confiesa desesperada que el gobierno está absolutamente sobrepasado. “Es como una invasión extranjera, alienígena, y no tenemos las herramientas para combatirlas”, agrega. Y remata: “Por favor, mantengamos nosotros la calma, llamemos a la gente de buena voluntad, aprovechen de racionar las comidas. Vamos a tener que disminuir nuestros privilegios y compartir con los demás”.

SE ROMPIÓ LA NORMALIDAD

Arranca la semana y las escuelas públicas deciden cerrar sus puertas. El sistema de transporte funciona de manera

deficiente. Hay largas colas en negocios, estaciones de servicios y mercados. Siguen los “atochamientos” en avenidas y aeropuertos. Ese lunes 21 de octubre todo está alterado. Tercer día de toque de queda. Suenan cacerolas, se escuchan ruidos de helicópteros y disparos. Los manifestantes se convocan en la puerta de los canales de televisión para rechazar la cobertura sensacionalista y criminalizadora que realiza la corporación mediática de una protesta social que se extiende y alcanza los barrios de clase alta. Un tono festivo y fraternal, de causa común, predomina en las manifestaciones.

La Central Unitaria de Trabajadores de Chile (CUT) reacciona y llama a un paro nacional para el miércoles y jueves, aunque algunos gremios se adelantan a la medida. El general Iturriaga declara: “Yo soy un hombre feliz. No estoy en guerra con nadie”. Pero solo horas más tarde, una camioneta militar a alta velocidad atropella y mata al Polera, como le decían a Manuel Rebolledo Navarrete —de 23 años— sus amigos del club Juventud Porteña, del barrio Libertad, en Talcahuano, Concepción. El vehículo castrense utilizado como arma intentaba dispersar a un grupo de manifestantes que se concentraban frente a la empresa pesquera Pacificblu. El día anterior otra bala militar había asesinado a Romario Veloz Cortez, ecuatoriano de 26 años y con una hija de cinco, cerca de la terminal de ómnibus de La Serena, 470 kilómetros al norte de Santiago. En el último mensaje a su madre le decía: “Mamita, esta es la fuerza del pueblo, esto está piola”.

No fue militar sino civil la bala que asesinó a José Miguel Uribe Antipani, el Chino, de 25 años: la disparó el empresario Francisco José Fuenzalida Calvo enojado porque las barricadas bloqueaban el paso de su camioneta en la ruta 5 de Curicó. José Miguel trabajaba como soldador en la construcción, era padre de un niño de algo más de 1 año y practicaba freestyle. Esa misma noche, borracho, Mario Navarrete acelera y arremete con su auto, a gran velocidad, a un grupo de 400 manifestantes en la ruta 160, en San Pedro de la Paz, cinco horas al sur de Santiago. Pierden la vida Joel Triviño, de 4 años, y Cardenio Prado, de 37, y quedan 19 heridos de gravedad. Esa noche también, desde su balcón del barrio Portugal, una mujer canta “Te recuerdo Amanda” y enmudece a todos. Vecinos músicos la acompañan. Alguien registra el momento con su celular y el video se replica infinitamente por las redes. Al final, todos aplauden.

“Que nos devuelvan la vida que nos robaron”; “Nos deben 30 años”; “No volveremos a la normalidad, porque la normalidad es el problema”; “No era depresión, era capitalismo”; “Hasta que la dignidad sea costumbre”; “No es sequía, es saqueo”.⁴ Tras cinco días de continua movilización, las paredes de las ciudades chilenas desbordan de consignas que evidencian la transversalidad de las demandas y la creatividad de la revuelta. La Wenüfoye, la bandera de los pueblos



mapuche, se multiplica en las manifestaciones; también se levanta sobre los escombros de las estatuas derribadas por las multitudes enardecidas; estatuas que celebran la conquista, la colonia y a la elite que conformó el pétreo y centralizado Estado nación trasandino. Sebastián Piñera pide “perdón” a la sociedad chilena, anuncia un “Gran Acuerdo Nacional” para restablecer el orden público y ofrece un paquete de “medidas sociales” que el movimiento desdeña inmediatamente como “puras migajas”. Tanto la oposición política como la gente en las calles piden su renuncia.

El Instituto Nacional de Derechos Humanos de Chile (INDH) oficializa las cifras de la represión. Son muchos los muertos, los heridos y los mutilados; son muchos los ojos reventados por balines; los cuerpos atropellados por tanquetas o quemados con ácido de los hidrantes; son muchos —masivos y violentos— los encarcelamientos.⁵ La crueldad y desproporcionalidad de la acción represiva es evidente y parece tener como objeto central controlar la protesta social e impedir la organización comunitaria. El Ministro del Interior y Seguridad Pública, Andrés Chadwick Piñera, es obligado a renunciar por las reiteradas violaciones a los derechos humanos por parte de las fuerzas militares y policiales aunque sigue siendo un colaborador cercano del Presidente. Durante los próximos meses irán dejando sus cargos, uno tras otro, todos los ministros

de Piñera: a junio de 2021 solo se mantiene en su puesto Gloria Hutt, titular de Transporte y Hernán Larraín, su par de Justicia.

A pesar de que las ciudades se encuentran militarizadas, las manifestaciones se extienden a otras regiones del país y se suman nuevas demandas. Las performances y otras actividades culturales toman las calles. La normalidad está rota, las vidas cotidianas se alteran. El tiempo de la productividad neoliberal parece interrumpido. En Santiago, frente a la iglesia Los Sacramentinos, una orquesta sinfónica rinde homenaje a las víctimas de la represión interpretando el Réquiem, de Mozart. En los barrios y poblaciones, vecinxs autoconvocadxs y organizaciones sociales se reúnen en plazas y otros espacios públicos: comparten información, analizan la crisis, piensan iniciativas y propuestas; imaginarios y malestares se vuelven comunes. La ciudad se transforma en espacio de deliberación, de intervención, de subjetivación. Entre las demandas específicas y sectoriales comienza a imponerse con fuerza el pedido de Asamblea Constituyente. La Constitución neoliberal impuesta durante la dictadura y blindada hasta el presente se visibiliza como la principal herramienta de bloqueo de cualquier reforma social de carácter popular.



LA MOVILIZACIÓN MÁS GRANDE DE LA HISTORIA DE CHILE

25 de octubre: a una semana del estallido las calles siguen tomadas. Al grito de “Chile Despertó” y “No estamos en guerra”, 4 millones de personas se movilizan en todo el país. Sin líderes visibles ni discursos, cerca de un millón y medio de manifestantes desbordan las calles en torno a plaza de la Dignidad. Una marea humana tan multitudinaria que “sensibiliza” al presidente Piñera (“Todos hemos escuchado el mensaje, todos hemos cambiado”) y decide levantar el Estado de Emergencia. Triunfa la movilización social y se quiebra el toque de queda: los militares deben volver a los cuarteles.

Las movilizaciones se multiplican, y aunque son mayormente pacíficas, la política de disuasión de carabineros se vuelve cada vez más agresiva. Se intensifica el uso de rifles anti-disturbio, bombas lacrimógenas, tanquetas y carros hidrantes, sobre todo en una plaza de la Dignidad vuelta campo de batalla. En ese contexto, llega a Chile Michelle Bachelet en su función de Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los DDHH con la misión de verificar las denuncias de abusos y maltratos. Pero todo se enturbia aún más: tras una convocatoria a “acabar con la paz y destruir Chile”, se producen saqueos e incendios, incluyendo las estaciones de metro Baquedano y Santa Lucía. La recién asumida vocera oficial, Karla Rubilar, atribuye los desmanes a una “marcha de guerrilleros”, pero rápidamente queda en evidencia que la convocatoria tiene su origen en grupos de ultraderecha de reminiscencias pinochetistas.⁶ El dólar alcanza su mayor valor en los últimos 16 años.

El martes 29 es detenido y encarcelado el profesor de matemáticas Roberto Campos Weiss, de 35 años, por haber roto antes del estallido, junto a otras personas, cinco torniquetes/molinetes de la estación San Joaquín del metro de Santiago. Su caso se volverá emblemático por lo abusivo y desproporcionado de la pena. Pero también señalará la agudización de la tendencia punitivista del Estado chileno y sus mecanismos de control del orden público y castigo de la protesta social. El uso extendido de la prisión preventiva y la sobrelegislación represiva funcionan como mensaje, como amenaza, al conjunto del cuerpo social que protesta, y en particular a los y las jóvenes.

El último día de este octubre de 2019 en llamas, el Parlamento retoma un proyecto de Asamblea Constituyente, producto de las movilizaciones de 2011, que estaba “cajoneado” desde la asunción de Piñera; que enseguida sale a aclarar que la reapertura del proceso constituyente no es una prioridad de su gobierno. Esa misma noche de viernes los manifestantes marchan disfrazados: es Halloween. Al día siguiente, día de todos los santos difuntos, cientos de mujeres vestidas de negro se movilizan al palacio de La Moneda, homenajean a las víctimas de la represión y piden justicia.

Es fin de semana largo, se multiplican las ollas comunes y los gestos de solidaridad y fraternidad. En distintas ciudades del mundo se canta “Chile Despertó”. El domingo una masiva (bi)cicletada cacerolea los barrios ricos, incluyendo la propia casa de Sebastián Piñera –quien en una entrevista ante la BBC admite la existencia de abusos reiterados contra el pueblo, pero defiende el accionar de las fuerzas represivas. Las organizaciones sociales y sindicales planifican un “super lunes” de manifestaciones pacíficas, pero lo que se avecina es una de las jornadas más violentas desde el comienzo de las protestas: dos manifestantes son atropellados por patrullas de policías y un tercero es impactado por un balón en el cráneo. Cientos de personas son heridas de distinta gravedad.

Ya pasaron dos semanas del estallido y los colegios no logran retomar las clases. Los estudiantes secundarios organizan fugas masivas de los establecimientos. El alcalde de Santiago, Felipe Alessandri, decide dar por terminado el año lectivo en dos colegios emblemáticos, que son ocupados por estudiantes en desacuerdo con la medida. Carabineros toma por asalto, a puro disparo, el Liceo de Niñas N°7, ubicado en la tradicional y pudiente comuna de Providencia, e hiere con perdigones a dos estudiantes. Situaciones análogas se viven en los campus universitarios.

Nuevos sectores y demandas se suman a una movilización social que no cesa y avanza sobre territorios de la clase alta, sobre sus casas y sus torres espejadas. El punto de concentración es el mall Costanera Center, el shopping más grande de Latinoamérica, orgullo e insignia del neoliberalismo chileno. La lucha y la represión recrudecen, y se aproximan cada vez más al epicentro financiero de la ciudad. Se arman barricadas en los barrios ricos; se atacan bancos, supermercados, farmacias y sedes de empresas –como las de AFP– identificadas con negociados. También son atacadas las sedes de los principales partidos de la derecha chilena, la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN). Piñera tambalea. El oficialismo impulsa en el Parlamento una serie de leyes de carácter represivo (antisaqueos, antiencapuchados y antibarricadas) que buscan criminalizar la protesta social. Desde este momento, y hasta el 15 de noviembre –cuando se produce un corte en el proceso– la violencia política y la represión irán en aumento.

LA GUERRA Y SUS RITUALES EN PLAZA DE LA DIGNIDAD

¿Quién es el “sujeto” tan heterogéneo como iracundo de la revuelta? ¿Lxs jóvenes estudiantes, que desde hace más de una década tienen en vilo a los distintos gobiernos chilenos? ¿El movimiento feminista que durante 2018 y 2019



movilizó a miles y miles de mujeres y disidencias contra los abusos de una clase dirigente especialmente conservadora, patriarcal y misógina? ¿El estoico ejército de encapuchadxs, verdadera línea de defensa del movimiento en lucha? ¿Lxs futurxs jubiladxs, que saben que jamás podrán vivir con las míseras pensiones que pagan las AFP, mientras éstas multiplican sus ganancias? ¿Lxs niñxs y adolescentes abusadxs del Sename (Servicio Nacional de Menores), los barrabruvas, los sin techo que duermen en los parques? ¿El nutrido movimiento ambientalista? ¿Lxs que luchan contra el precio del transporte y el peaje? ¿Lxs que se reúnen en asambleas y cabildos? ¿Lxs madres/padres sostén de familia, incluso universitarios, que se sienten estafados, extenuados y enfurecidos por el modo en que sus salarios son depredados por la deuda y el alto costo de vida? ⁷ Son todos ellos y ninguno a la vez. La protesta se muestra diversa y acéfala, nadie sabe ni puede capturarla. Una inteligencia colectiva y desobediente que solo se entiende en acto. No hay pureza ni prestidigitación, hay un pueblo que se manifiesta, una rabia que estalla, una guerra en curso. La historia está abierta.

Con el correr de los días la protesta se concentra cada vez más en la plaza de la Dignidad. Las manifestaciones, que en un principio se esparcen por toda la capital, se van aglutinando en la llamada Zona Cero, que comprende la ex plaza Italia, donde confluyen la estación de metro Baquedano, la Avenida Vicuña Mackenna, la Avenida Providencia, la emblemática Alameda, el parque Forestal, el parque Balma-ceda y el río Mapocho. La zona será, desde ese momento,

el epicentro de la batalla. Como en una coreografía en la que se avanza y se retrocede infinitamente cada día, miles de jóvenes y no tan jóvenes encapuchadxs conforman la primera línea (y la segunda, y la tercera) que se enfrentan con carabineros. Hay una disputa territorial, muy desigual en sus artillerías, por mantener el espacio ganado. Pacos culiaos es el grito de guerra. Para muchxs, dejando de lado la magnitud de la contienda, no es la primera vez que se enfrentan con los pacos, incluso podría decirse que llevan años entrenándose, que se subjetivaron en esa lucha; una subjetividad ACAB muy extendida socialmente.⁸

Con el objetivo de impedir el avance de carabineros hacia el centro de la manifestación, la primera línea se organiza según roles, o funciones, muy específicos y en muchos casos rotativos. La disposición espacial, las prácticas de cooperación y cuidado “entre desconocidxs” ocurren de un modo más o menos espontáneo, sin conducción ni líderes. Están lxs que tiran piedras con gomeras o con la mano; lxs mineros que provistos de martillos pican los cordones y baldosas; están lxs que acarrear estos proyectiles y los dejan a mano de lxs tiradorxs; están lxs escuderxs que defienden a lxs tiradorxs, avanzan posiciones y rescatan a lxs heridxs; están lxs que, provistxs de guantes, apagan las bombas lacrimógenas en tachos de agua con bicarbonato o las arrojan de vuelta al enemigo; también lxs proveedores de antiparras y otros elementos de cuidado y lxs que hidratan y alimentan a quienes están en el frente de batalla. Funciones claves, también, son la de lxs punterxs —que con sus luces láser color verde

entorpecen la visión de carabineros— y la de los equipos de rescatistas, voluntarios paramédicos que atienden a las personas heridas por la brutalidad policial. No faltan quienes graban, registran y envían lo que sucede a redes y medios alternativos que van difundiendo en vivo los enfrentamientos. Y, fundamental, detrás de esta línea de defensa se arma la fiesta; el clima es de comunión, de determinación, de liberación. Músicos, artistas, malabaristas, performers, militantes, curiosos, tiradores de cohetes, vendedoras ambulantes: una multitud dispuesta a poner el cuerpo, a jugarse incluso los ojos, por vidas más dignas de ser vividas.

Sin embargo, a pesar de las múltiples manifestaciones de rechazo al poder constituido, de los continuos y audaces enfrentamientos con las fuerzas del orden, en ese momento, en el aire se presente un cierre. Solo un escaso 9 por ciento de la población apoya Piñera y más del 80 por ciento lo rechaza, pero el gobierno se apura y el 15 de noviembre propone al Congreso la firma del Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución, una iniciativa que tiende a canalizar el conflicto social en un proceso constituyente controlado por la elite política y de clase.

El acuerdo, firmado furtivamente, de madrugada, implica el llamado a un plebiscito nacional para abril de 2020 en el que se defina si se redactará una nueva Constitución política y mediante qué mecanismos. La iniciativa cohesionó a la derecha y desconcierta a la izquierda, en particular al Frente Amplio, que acompaña la medida. La desorientación se vuelve peligrosa, dos semanas después, cuando la misma fuerza acompaña el paquete de medidas represivas destinadas a quebrar el conflicto en curso y esa decisión le provoca una crisis interna.

UN VIOLADOR EN TU CAMINO

Promedia noviembre y la arremetida oficial estalla al interior del movimiento: la posibilidad de una Asamblea Constituyente soberana, con real capacidad de dar forma jurídica a aquellas transformaciones que, de hecho, ya eran evidentes en las calles y asambleas, estaba siendo bloqueada por la derecha. ¿En qué lenguaje se traduce a “la política” el puñado de verdades conquistado en torno a los cuidados de los recursos naturales y de las propias vidas, sobre todo, de aquellas más golpeadas por tres décadas de saqueo neoliberal? Es en ese contexto de incertidumbre sobre las propias fuerzas que el movimiento feminista produce un corte radical que oxigena la imaginación política y da un nuevo impulso a las protestas.

20 de noviembre de 2019: un colectivo interdisciplinario compuesto por cuatro mujeres presenta por primera vez la performance *Un violador en tu camino* frente a una comisaría en Valparaíso. Unas 30 mujeres, algunas vestidas de negro

y con un pañuelo verde en el cuello, todas con los ojos vendados, cantan y bailan una canción que denuncia la violencia machista mientras un grupo de carabineros las observa. “El violador eres tú”, les dicen en la cara: “Son los pacos, los jueces, el Estado, el presidente”. Una segunda interpretación, más masiva, se realiza el 25 de noviembre frente a la Plaza de Armas en Santiago, en el Día internacional contra la violencia hacia las mujeres, e inmediatamente se viraliza. Miles y miles de mujeres la repetirán, en Chile y en todo el mundo, tanto en apoyo a la revuelta, como para denunciar abusos y femicidios.⁹ La masividad que adquiere esta expresión del feminismo en medio del estallido que cuestiona la normalidad neoliberal, la naturalización del patriarcado y las continuidades coloniales, no puede entenderse sin analizar la historia del movimiento feminista chileno y la fuerza de su reemergencia y estallido en 2018.

“Nos deben una vida”: el feminismo es, también, una clave de lectura del estallido, sobre todo cuando atiende a los asuntos de la precarización de la vida y de los cuidados, que transversalizan las luchas. De este modo, el feminismo logra repolitizar las violencias y la reproducción, y le ofrece a la revuelta su sensibilidad y sus formas de organización. O más en concreto, pone sobre la mesa líneas para una Constitución no patriarcal, que tensiona tanto los vínculos sociales cristalizados como los abusos cotidianos sobre la población que habilita el modelo neoliberal.

Diciembre es un mes de intensa organización de las redes de abogados y de familiares de presxs políticxs de la revuelta. En 2020, cuando se cumpla un año del estallido, en Chile aún habrán más de 200 personas presas por causas vinculadas a las protestas, la mayoría con prisión preventiva y sin condena firme. De octubre a octubre, 12 mil personas fueron detenidas y 2500, encarceladas. De Arica a Punta Arenas, la distribución geográfica de lxs presxs evidencia el carácter federal de la revuelta.

Con todo, el proceso constituyente está abierto. El 6 de diciembre la “mesa técnica” compuesta por 14 expertos designados por los partidos políticos firmantes del Acuerdo por la paz y la nueva Constitución presenta la modificación a la actual Constitución que permitirá su reemplazo por una nueva Carta Magna, escrita desde cero por un órgano especialmente creado a tal fin. En ese marco, se propone un recorrido institucional que arranca con un plebiscito nacional “de entrada”, convocado mediante decreto supremo firmado por el presidente Sebastián Piñera. Dicho plebiscito somete a votación popular, en primer lugar, si se “aprueba” o se “rechaza” la idea de redactar una nueva Constitución y, en segundo, pregunta qué órgano parece



el adecuado para hacer ese trabajo, si una Convención mixta constitucional (conformada mitad por miembros del actual Congreso y mitad por constituyentes elegidos especialmente) o una Convención Constitucional (conformada en su totalidad por constituyentes elegidos para este fin).

El movimiento social se debate en cabildos y asambleas qué hacer, si aceptar el marco propuesto por los partidos políticos o mantenerse al margen e impulsar una verdadera Asamblea Constituyente. Los “corsets” al proceso son evidentes, pero no se logra constituir una fuerza por afuera de los marcos institucionales que lo deslegitime.

Al mismo tiempo, 226 comunas –sobre un total de 346– realizan a mediados de diciembre una consulta ciudadana que confirma la férrea voluntad de la población de cambiar la Constitución del ‘80, con tan alta participación que, evaluaron los organizadores, “el resultado es descollante”.

La pregunta estratégica parece ser mediante qué mecanismos se puede alcanzar una Constitución que haga de contrapeso a las políticas de deposición y precarización de la vida del neoliberalismo; una Constitución donde los “bienes comunes” y el cuidado de los recursos naturales alcancen rango constitucional. En suma, una Constitución anti-neoliberal. Porque sería incompleto ver solo el gesto destituyente de la revuelta. La destitución tiene como base la constitución material de la fuerza que emerge del estallido, una fuerza que dice basta de abusos; una fuerza destituyente que corre el cerco de lo posible que en clave constitucional quiere decir algo muy concreto: destitución de la Constitución pinocheta de los ‘80.

En las últimas semanas del año las movilizaciones tienden a bajar la intensidad y el Intendente de Santiago, Felipe Guevara, ensaya una nueva estrategia represiva: el “copamiento

preventivo” de plaza de la Dignidad. Luego de amenazar con “tolerancia cero” a manifestaciones no autorizadas, el 20 de diciembre sitia la zona con mil carabineros y le pone vallas a la plaza para impedir nuevas concentraciones. Durante esa noche hay una dura represión. El joven Oscar Pérez es aplastado entre dos zorritas y termina con múltiples fracturas de cadera. Mientras tanto, Sebastián Piñera cierra el año declarando en los medios que “lo peor de la crisis ya pasó”. Pero aún habrá tiempo para que el gobierno atribuya al género musical coreano K-Pop la violencia de los jóvenes contra carabineros; para que estos repriman en plaza de la Dignidad la noche de navidad y para que la multitud la recupere y desborde en fiesta, en ritual colectivo, el último día del año.¹⁰ ¿Un presagio del pueblo por venir?

DEL MARZO ROJO AL IMPASSE POLÍTICO-SANITARIO

En 2020, marzo es la palabra clave. Luego de una tregua estival con más tensión que calma, las organizaciones sociales y políticas se preparan para retomar con fuerza el proceso abierto en octubre del año anterior, con la mirada puesta en el plebiscito constituyente del 26 de abril. Los medios anuncian un “marzo rojo”, otros temen un “segundo estallido social”.¹¹ La última semana de febrero se lanza la campaña electoral por el “Apruebo”. Las organizaciones sociales multiplican las convocatorias a movilizar y proclaman un “supermarzo” en las calles.¹²

Pero marzo arranca en tragedia cuando carabineros asesina en plaza de la Dignidad a Cristián Valdebenito, de 48 años: le dispararon desde corta distancia y a la cara con una bomba lacrimógena. La movilización es constantes, pero no alcanza la intensidad de octubre y noviembre. La elite político empresarial rechaza el plebiscito para redactar una nueva Constitución: denuncia que por la violencia en las calles no hay garantías para llevar adelante el proceso constitucional.

Hasta que sucede lo imprevisto, algo no contemplado en los planes del “supermarzo”: la vuelta al Estado de excepción constitucional, solo que ahora fundado en la crisis sanitaria ocasionada por la pandemia del coronavirus. Será el comienzo de un largo periodo de control socio-sanitario. El gobierno restringe el derecho a reunirse y limita el tránsito. Tres días después se declara un toque de queda que, con intermitencias, permanecerá vigente un año y medio después.¹³

Bajo esas condiciones, el Ejército chileno vuelve a patrullar las calles y carabineros toma el control de la Zona Cero y de la plaza de la Dignidad, que inmediatamente se limpia y se enreja en torno al monumento a Baquedano. También se derriba el Rewe, el altar mapuche construido en la misma plaza por los manifestantes. La foto de Piñera posando, sentado solo y triunfante en ese monumento, el 4 de abril, con la plaza recuperada por las fuerzas del orden, corona este proceso y evidencia el impacto de la pandemia en un movimiento social que, como en el resto del mundo, tenderá a recluirse —no solo en las casas, también en los territorios. Se multiplican las ollas comunes en las poblaciones, así como las redes de cuidado y los intentos por mantener abierto el proceso de organización.¹⁴

Al mismo tiempo, en marzo los partidos con representación en el parlamento van definiendo algunas características del órgano encargado de redactar la nueva Constitución, en particular, el modo en que podrán presentarse las candidaturas independientes y el mecanismo para la paridad de género. También, alegando razones sanitarias, definen posponer por seis meses el plebiscito “de entrada”, el que debe “aprobar” o “rechazar” la iniciativa de reemplazar la constitución neoliberal por una nueva. Una parte significativa de la clase política espera que el aplazamiento sirva de “pañó frío” a un conflicto social que no logra ser encauzado por las fuerzas del orden.

La nueva fecha es el 25 de octubre de 2020, lo que extiende seis meses las campañas electorales y obliga a sobreponerse a los efectos de reclusión que provocan las medidas sanitarias adoptadas por la pandemia. Así y todo, las movilizaciones continúan. Y justo unas semanas antes del plebiscito, el viernes 3 de octubre, en un momento de confusión y corridas en la plaza de la Dignidad, un joven de 16 años es arrojado desde el puente Pío Nono hacia el río Mapocho, en un sector casi sin agua. Los videos de la escena comienzan a circular y se ve a un carabinero en el momento exacto en el que empuja a Anthony Araya al vacío, que queda tirado, inconsciente y es rescatado por otros jóvenes que protestaban con él. La indignación se multiplica y esa rabia contenida, más el encierro de meses de cuarentena, explotan el 18 de octubre, al cumplirse un año del estallido. Las calles vuelven a ser tomadas por una festiva movilización popular, que resquebraja el impasse político-sanitario y presagia la victoria del 25.

DEL APRUEBO A LA CONSTITUYENTE

El 25 de octubre de 2020, a un año del estallido y a seis meses de la fecha fijada originalmente por el Acuerdo por la Paz y la nueva Constitución, se realiza el referéndum constituyente, con un contundente triunfo del “Apruebo”, que habilita la redacción de una nueva Constitución que reemplace a la pergeñada en dictadura por Jaime Guzmán y que sirve de estructura jurídica al neoliberalismo chileno.¹⁵ Mientras la lucha en las calles de varias ciudades del país y en el Wallmapu continúa y se intensifica, el próximo capítulo del proceso constituyente señala al 11 de abril de 2021, momento en el que se elegirán los 155 convencionales constituyentes que tendrán entre nueve y doce meses para discutir y redactar la nueva Constitución. El mismo día se harán, también, las elecciones para concejales, alcaldes municipales y gobernadores regionales. Pero esa fecha será una vez más pospuesta por la pandemia y pasará al 15 y 16 de mayo.

Los meses posteriores al triunfo del Apruebo serán meses de definiciones, de intensas discusiones entre las militancias, tanto en los partidos de izquierda como en las organizaciones sociales y en las asambleas territoriales. ¿Qué hacer ante la convocatoria a una Convención Constitucional diseñada por los partidos (sobre todo, de derecha) a su medida, pero que a su vez los desborda, y que incluso puede estar hegemonizada por fuerzas que pongan sobre la mesa la agenda de octubre? ¿Es posible acordar una estrategia común de las fuerzas transformadoras de cara a la Convención Constituyente —compuesta por, primera vez, de manera “paritaria” por varones y mujeres y que contemple la representación de los pueblos originarios mediante escaños reservados? ¹⁶

Serán meses, también, de muchos esfuerzo por conjurar los efectos disgregadores y atomizadores de la pandemia; meses donde la voluntad se centra en tratar de sostener las construcciones territoriales, en armar redes y criterios y, sobre todo, en neutralizar las desconfianzas al interior del amplio espectro que se opone a que sea la vieja derecha neoliberal la que siga imponiendo las reglas de juego. Meses, también, en los que se arman pactos y listas, se construyen candidaturas y se diseñan campañas electorales que perjudican a las candidaturas de menos recursos.

A pesar del proceso constituyente en curso, la represión y violencia, lejos de cesar se acrecientan, tanto en plaza de la Dignidad como en la Araucanía. Se acerca la fecha de las elecciones y partidos, alianzas y espacios independientes lanzan sus candidaturas. Tan impopular como cohesiva, la derecha se presenta como “Vamos por Chile”, un pacto que aglutina a cinco fuerzas afines al oficialismo. Lamen-



tándose porque “la izquierda va dividida y eso favorece a la derecha”, la socialdemocracia neoliberal —representada por los partidos de la ex Concertación que gobernó Chile entre 1990 y 2010, el Partido Socialista y la Democracia Cristiana—, se anota como lista del “Apruebo”. El Frente Amplio, el Partido Comunista, la Federación Regionalista Verde Social y el Partido Igualdad sellan el pacto “Apruebo Dignidad”.

El amplio conglomerado “independiente”, según un estudio del observatorio Nueva Constitución, detenta el 60 por ciento del total de la nómina de candidatos, aunque el sistema electoral D’Hondt utilizado para el otorgamiento de los cargos beneficia a los partidos, más que a las candidaturas locales. La dispersión parece un rasgo inevitable de este espacio tan amplio como heterogéneo, con más raigambre territorial que estructura nacional. Gran parte de las candidaturas son producto de desiciones tomadas en asambleas y cabildos territoriales, o activos integrantes de movimientos y organizaciones sociales. Es este espacio el que, sin dudas, mejor expresa las demandas y deseos de la revuelta de octubre.

Dentro de este espacio, se destacan las listas “Territorio Constituyente” (distrito 10) y “Voces Constituyentes” (distrito 12), que nuclea a varixs referentes de organizaciones comunitarias y de movimientos sociales que luchan contra el neoliberalismo. Una especial capacidad de articulación muestra la “Lista del pueblo”, de fuerte perfil anti-partidos políticos, cuyo grupo originario surge de la propia plaza de la Dignidad, de la primera línea, y logra conformar un amplia plataforma de candidaturas independientes en 26 de los 28 distritos electorales, tanto bajo denominaciones propias como prestando apoyo a otras listas. Otro espacio independiente de relevancia es el que conforma un grupo de intelectuales progresistas, liberales, de orientación socialdemócrata: los “Independientes no neutrales”.

El enrarecido clima social generado por la crisis sanitaria —las limitaciones a la movilización y al tránsito, las dificultades para el encuentro, la mediatización de la discusión pública— impiden medir con claridad las fuerzas propias y las ajenas. Por momentos prima el desánimo. Sobre ese terreno operan, también, la elite empresarial y los grandes medios, que sobreestima la fuerza de la derecha (“que no llega a los dos tercios, pero que supera ampliamente el tercio”) y de la ex Concertación, y minimiza la de las izquierdas (“que se consumen en sus propias internas”) y la de los independientes (“que a causa de la dispersión se quedarían con solo el 4,4% del total de escaños”). ¿Efectivamente la pandemia le está permitiendo al gobierno de Sebastián Piñera recomponerse como auguran El Mercurio y La Tercera? ¿Está funcionando la estrategia de financiar con sumas multimillonarias las campañas de los candidatos propios e invisibilizar la de los independientes?

2021: REFUNDAR CHILE SOBRE NUEVAS BASES CONSTITUCIONALES

Luego de varias postergaciones y aplazos se realizan las elecciones el 15 y 16 de mayo. La jornada del sábado arranca con expectativas pero se teme que la crisis sanitaria, y la feroz campaña de la derecha, haya enfriado demasiado la movilización y los votantes elijan replegarse en los hogares. Las colas en los centros de votación, sobre todo en las comunas más populares, son tímidas y auguran un escenario incierto: solo el 20 por ciento del padrón asiste ese día. La foto de Piñera votando en el Colegio San Francisco de los Dominicos, en la comuna de Las Condes, recorre la prensa. Estos comicios “van a marcar al país por las próximas décadas”, dice y de algún modo sus palabras se confirmarán horas después.

El domingo, tanto la izquierda como la derecha, piden públicamente a la ciudadanía que vaya a votar. “Vota por los presos del estallido, por los estudiantes que saltaron el torniquete, por las víctimas de violaciones a los Derechos Humanos”, dicen algunos. “Levántate y vota por los candidatos de la libertad”, insisten otros. Hay nerviosismo y ansiedad. La legitimidad del proceso se juega en el grado de participación y en la contundencia de los resultados.

Finalmente, los 155 convencionales encargados de redactar la nueva Constitución son elegidos, con un desenlace histórico para el movimiento social.

Los esfuerzos de la derecha oficialista por ocultar su impopularidad y alcanzar el tercio (52 escaños) que le permita ejercer capacidad de veto sobre las decisiones tomadas en la Convención se revelan vanos: solo consiguen 37. A las listas de la oposición política, sumadas, les va algo mejor: la lista del “Apruebo” (la ex Concertación) obtiene 25 plazas y la izquierda, con “Apruebo Dignidad”, 28. En todos los casos, los partidos políticos obtienen una representación menor a la esperada.

En contraposición, contando los 17 escaños reservados para los pueblos originarios, las fuerzas independientes alcanzan más de dos tercios de la Convención, con 105 constituyentes electos; 40 de ellos fueron en los cupos cedidos por partidos políticos y 48 en listas puramente independientes. De estas últimas, se destacan los 27 escaños conseguidos por la Lista del pueblo y los 11 de Independientes no neutrales. La distribución de lugares en la Convención muestra claramente cómo la crisis producida por el estallido impacta sobre estructuras partidarias que se desfondan.

Pero el aluvión transformador no se reduce al proceso constituyente en curso. En la misma fecha se realizan las elecciones para concejales municipales, alcaldes y gobernadores

regionales. Nuevamente, el máximo derrotado es el oficialismo. De las 16 gobernaciones regionales solo obtiene una, La Araucanía.¹⁷ Pierde 57 alcaldías, muchas en manos de la izquierda (11 ganó el Frente Amplio y 6 el Partido Comunista) y en otras es derrotado por independientes.¹⁸

Pero sin duda es la región de Valparaíso la que aparece como epicentro de este triunfo de las fuerzas de octubre. Jorge Sharp, esta vez como candidato independiente, es reelecto alcalde de la ciudad porteña con el 56 por ciento de los sufragios. En la misma región, Macarena Ripamonti gana un bastión de la derecha: Viña del Mar. También Lorena Olavarría triunfa en Melipilla; Javiera Toledo, en Villa Alemana, Valeria Melipillán, en Quilpué y Freddy Ramírez en Concón. Y cómo gobernador de la región gana el reconocido ambientalista Rodrigo Mundaca, vocero nacional del Movimiento de Defensa por el acceso al Agua, la Tierra y la protección del Medio Ambiente (MODATIMA).

Dos semanas después, en unas elecciones de segunda vuelta donde prima la abstención (votó menos del 20% del padrón), el Frente Amplio gana la gobernación de Tarapacá (con José Miguel Carvajal, 57%), y tanto en las regiones de Atacama, Biobío y Coquimbo ganan candidatos independientes, entre los que se destaca la arquitecta ecologista y especialista en permacultura Krist Naranjo.¹⁹

Los resultados, en suma, confirman ese deseo de cambios profundos que tiene tomado los cuerpos de una gran parte de la sociedad chilena: el fin de que sea el paradigma de la empresa el que rija a la hora de pensar la vida en común; el fin del patriarcado como ordenador de las relaciones sociales; el fin del estado nacional centralista como integrador de la multiplicidad social. La agenda de octubre, pensada en clave de estrategia, es una brújula política infalible: pocas dudas hay sobre los deseos de radicalizar la democracia, de desprivatizar y proteger los derechos sociales, de preservar los bienes comunes de la tendencia depredadora de los capitales en beneficio de la comunidad. Concretamente, gran parte de la sociedad, y como expresión de ella, la propia Convención Constitucional, está de acuerdo con revisar el modelo de desarrollo neoliberal que condujo a la aguda crisis en la que se encuentra Chile. La discusión, en todo caso, es táctica, de composición de fuerzas: se trata de agudizar la imaginación e inventar las herramientas políticas adecuadas. ¿Cómo aprovechar la heterogeneidad y la radicalidad de estas fuerzas independientes (de izquierda, destituyentes) que transversalizan al conjunto de la sociedad chilena? ¿Cómo armar un bloque de contrapoder que permita efectivizar las profundas transformaciones que desde el estallido se demandan?

En ese marco, la elite político-empresarial no logra encontrar los mecanismos para bloquear el proceso constituyente ni revertir una correlación de fuerzas políticas que se le

evidencia desfavorable. Es una derecha sin ideas, que a falta de imágenes de futuro se limita a llamar a la “seriedad” y a la “responsabilidad institucional” de los constituyentes, a que se respeten las reglas de juego que ellos mismos impusieron. Una derecha que no consigue expresar en el plano del control social su brutal poder económico. Las fuerzas constituyentes, en cambio, declaman su soberanía para refundar una nueva república, sin las desigualdades y privilegios que caracterizan a la actual.

A nivel constituyente, el holgado resultado permite tensio-nar desde el comienzo de la convención las trabas impuestas en aquella madrugada del 15 de noviembre de 2019. En ese marco, una serie de discusiones son inevitables: la discusión sobre el reglamento de la convención y sobre la estructura presupuestaria que la sostiene; la discusión sobre la regla de los 2/3 para obtener quórum; la discusión sobre los plebiscitos dirimientes (o intermedios) para definir los puntos en los que no haya acuerdo; la discusión sobre cómo revisar y ajustar los tratados internacionales a la nueva Constitución.

A nivel comunal –con apoyo, en algunos casos, de las gobernaciones– el escenario permite imaginar políticas de desburocratización de las alcaldías, de transformación desde adentro las instituciones; es decir, el desarrollo de proyectos municipalistas, arraigados más en los territorios que en las disputas superestructurales y partidarias; gobiernos que acompañen el proceso constituyente en el nivel local, ese nivel privilegiado para expresar los cambios que se vienen dando en la subjetividad política, en el imaginario social, en el mismo sentido común, sobre el modo de entender las democracias y las propias vidas en las ciudades.

El porvenir es largo y nadie sabe hacia dónde se dirige. No faltan los menos optimistas que insisten en señalar el potencial poder desestabilizante tanto de las elites financieras internacionales como de las mismas Fuerzas Armadas de Chile y ponen la coyuntura actual en serie con otros “momentos de esperanza”, de la revolución “con sabor a empanada y vino tinto”, al arcoíris de la democracia concertacionista.

Pero, una vez más: el proceso está abierto y la sociedad movilizada. Por abajo, las conversaciones y articulaciones proliferan –abusando de la virtualidad en tiempos de pandemia– y se van construyendo criterios comunes. Los convencionales tendrán como máximo un año para discutir, redactar y presentar ante la sociedad el nuevo texto constitucional. Por arriba, la elite político empresarial trata de modular la discusión, de capturar la energía social y traducirla a código mediático, a fin de cercar el campo de las transformaciones posibles. Las fuerzas partidaria orientan sus estructuras hacia las elecciones presidenciales del 21 de noviembre.

Especial atención merece el corredor de país que orillan al

Pacífico, cuyas derechas pudieron resistirse al ciclo de gobiernos progresistas de la década pasada, pero se desmoronan en el presente a causa de estallidos sociales. Pensamos, claro, en los casos de Colombia y Perú, para los que la experiencia constituyente chilena es una referencia ineludible. Es en este contexto que consideramos que estos materiales pueden tener utilidad.

Los textos aquí compilados intentan dar un panorama exhaustivo de las líneas de conflicto que alimentaron el estallido de octubre de 2019 y proyectan el futuro de un proceso abierto. Corresponden a una serie de conversaciones que tuvimos con militantes e intelectuales durante aquel diciembre, varixs de ellxs hoy convencionales constituyentes. Además, ya en el orden del archivo, estas páginas quedarán como registro oral de la intensidad con la que a fines de 2019 se pensó e impulsó la caída del primero y más sólido de los neoliberalismos latinoamericanos. Allí donde todo empezó, como dice un amigo, todo puede terminar.

Buenos Aires, Tinta Limón, junio de 2021



[1] A lo largo de 2019 los aumentos se repitieron, uno tras otro. Subieron las tarifas de gas, agua y luz, entre otras. En ese contexto, las empresas no se privaron de abusos. En marzo, por ejemplo, la compañía de electricidad que abastece a Santiago (ENEL) anunció que instalaría medidores nuevos y que el costo debería ser asumido por los usuarios. Esto generó gran descontento, sobre todo porque la empresa pertenece a Herman Chadwick Piñera, hermano del ex ministro del Interior Andrés Chadwick –colaborador de Augusto Pinochet–, y primos ambos del presidente Sebastián Piñera.

[2] Presentada a fines del 2018 por el poder ejecutivo chileno, la ley Aula Segura faculta a los directores de las escuelas a expulsar de manera inmediata a aquellos estudiantes involucrados en actos violentos contra la escuela o terceros. Mediante este protocolo de expulsión se buscó controlar a los estudiantes secundarios de los colegios emblemáticos de Santiago, pero acabó multiplicando la violencia, con carabineros vigilando a los estudiantes desde el techo de las escuelas o tomando aulas por asalto.

[3] Valga apuntar que este Ejército llamado por Piñera a poner orden en la situación es, como casi todas las instituciones neoliberales en Chile, una institución sumamente desprestigiada, no solo por la impunidad por los crímenes cometidos durante la extensa dictadura del General Augusto Pinochet, sino por los casos de corrupción actuales. Milicogate llama la prensa vernácula a la megacausa surgida de la investigación sobre una red de uniformados y civiles que se apropiaban indebidamente de millonarios fondos derivados de una ley reservada. De hecho, unos pocos días antes del estallido, había caído el número dos al mando del Ejército de Chile, el general John Griffiths, quien fue renunciado, procesado y detenido por la justicia militar acusado de comandar el millonario fraude.

[4] El caso de la privatización del agua y de la megasequía que afecta al territorio chileno es un ejemplo claro de la forma en que funciona, vía despojo, el extractivismo trasandino. El problema del agua aparece como un eje central de la revuelta porque tres cuartas parte de su territorio está completamente seco: el 67 por ciento de la población —unas 12 millones de personas— viven en zonas declaradas en emergencia hídrica a causa una ley de 1981, en plena dictadura, que permite a privados usufructuar gratuitamente el agua. Y así lo hicieron las industrias mineras del cobre, en el norte, las industrias hidroeléctricas, en el sur, y la pujante industria de la palta de exportación, en el centro del país. En este último caso, el aumento de la demanda internacional hizo que los cultivos se extendieran de los valles a zonas menos fértiles, mediante procedimientos que exigen el uso intensivo de agua. A principios de enero de 2020, 12 senadores de la derecha bloquearon un proyecto que buscaba consagrar el agua como bien de uso público.

[5] Como ejemplo de crueldad, ineludible las 445 lesiones oculares que produjo la represión al estallido entre el 18 de octubre y el 18 de febrero de 2020, según los números oficiales del Instituto Nacional de Derechos Humanos de Chile (INDH). El 66 por ciento —269 casos— fueron causadas por armas de fuego. Este novedoso método represivo tiene un antecedente: entre 1987 a 1993 lo puso en práctica el ejército israelí contra el pueblo palestino, pero allí se contaron “solo” 154 casos de lesiones oculares.

[6] Un mes después se filtran audios donde grupos herederos de la histórica organización fascista Patria y Libertad (las llamadas “Arañas negras”), reconocen su autoría en los incendios del

metro. Estos grupos volverán a tener visibilidad en las primeras semanas de 2020 vinculados a secuestros de manifestantes en autos particulares que aparecen horas después legalizados en comisarías. Los políticos de derecha, por su parte, una y otra vez culpan al presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, de organizar la desestabilización.

[7] El sobre-endeudamiento es una característica central del neoliberalismo chileno, tanto el individual como el del estado consigo mismo. Su forma más habitual es la deuda por créditos para estudiar, por problemas de salud o por consumo básico de bienes y servicios. Junto con la depredación del salario, funcionando como mecanismo de sobreexplotación laboral y control político. La falta de expectativas en un “progreso material” que este mecanismo produce tiene severas consecuencias subjetivas y está, sin dudas, en la base del estallido.

[8] ACAB es el acrónimo de “All cops are bastards” (todos los policías son bastardos), una expresión proveniente del punk inglés y que es tomada en Chile para condensar una sensibilidad muy común entre los jóvenes, la sensibilidad antiautoritaria, anti-paco. Vitrina Distópica entiende que esta subjetividad se fue forjando en la larga lucha estudiantil que abrió la llamada “revolución pingüina”, en el 2006; una sucesión de enfrentamientos cuerpo a cuerpo con carabineros que, a su modo, desemboca en el estallido de octubre. Lo mismo puede decirse del ciclo de luchas abierto en el Wallmapu, en las tierras mapuche, que tiene más de dos décadas —si tomamos la fecha de fundación de una de las principales organizaciones, la Coordinadora Arauco-Malleco (CAM), a fines de los ‘90.

[9] El proceso de trabajo del colectivo Las Tesis implica

investigar autoras feministas y traducir sus conceptos e ideas al lenguaje teatral. En ocasiones anteriores habían tomado “Calibán y la Bruja”, de Silvia Federici (Tinta Limón, 2011). La performance que se viralizó en noviembre está inspirada en textos de la antropóloga Rita Segato y es parte de una obra en la que el grupo trabajó durante casi un año y no pudo presentar a raíz del estallido. Una de las últimas estrofas de la canción parodia el himno de carabineros de Chile que dice: “Duerme tranquila niña inocente, sin preocuparte del bandolero, que por tus sueños dulce y sonriente vela tu amante carabinero”. Además, el nombre de la performance “Un violador en tu camino” retoma la frase “Un amigo en tu camino”, utilizado como lema de campaña de esta policía durante los años 90’.

[10] Entre las fiestas, el 27 de diciembre, corrido por carabineros muere ahogado en la ex plaza Italia Mauricio Fredes, yesero y pintor. Formaba parte de la primera línea y era el principal sostén de su abuela. Su memorial será una y otra vez atacado por carabineros y grupos de derecha.

[11] Naturalmente, se multiplicaron las convocatorias: El conflicto en curso con los estudiantes secundarios —que tuvo un capítulo especialmente álgido a principios de enero con el boicot de las agrupaciones estudiantiles a las Pruebas de selección universitaria (PSU)—; la movilización feminista del 8M y la huelga de mujeres del día siguiente; las protestas al cumplirse dos años de la asunción de Sebastián Piñera el 11; la marcha contra el Sename, contra las AFP, en defensa del medio ambiente, por el acceso a la vivienda; la movilización de los pueblos mapuche, los combates habituales del día del “joven combatiente, fecha que

remite al asesinato de los jóvenes hermanos, militantes del MIR, Rafael y Eduardo Vergara Toledo en la comuna de Estación Central, perpetrado en 1985 por agentes de carabineros.

[12] También carabineros se prepara y arranca marzo armándose con 50 vehículos antidisturbios de máximo estándar tecnológico, de origen israelí (tanquetas y guanacos lanza-aguas) para ser utilizados en Santiago.

[13] Conocido como el toque de queda más largo del mundo, en Chile se extiende desde aquel 22 de marzo de 2020 al 12 de marzo del año siguiente, y ya se plantea la necesidad de extenderlo hasta junio de 2021.

[14] Por ejemplo, ante la crisis sanitaria, la Coordinadora Feminista 8M activa el plan de contingencia “Nuestro cuidado sobre sus ganancias”.

[15] Las opciones “Apruebo” y “Convención Constitucional” se impusieron con un 78 y un 79 por ciento, respectivamente, en una elección de alta participación popular, revirtiendo la baja progresiva desde 2012, cuando se determinó la voluntariedad del voto. Un dato ineludible es el corte de clase que muestran los resultados: solo en los barrios ricos ganó la opción rechazada.

[16] Los escaños reservados se repartieron del siguiente modo: 7 para el pueblo mapuche, 2 para el pueblo aimara y uno para cada uno de los otros pueblos (kawésqar, rapanui, yagán, quechua, atacameño, diaguita, colla y chango).

[17] El cuadro queda con 11 gobernaciones en manos de Unidad Constituyente, 4 de ellas para la Democracia Cristiana, 3 para el Partido Socialista, 1 para el Partido por la Democracia y 3 para independientes dentro



de UC. En tanto, dos quedan para el Frente Amplio, dos para independientes ligados a la oposición, una para el partido Ecologista y solo 1 para Chile Vamos de Sebastián Piñera.

[18] La izquierda obtiene algunas comunas muy emblemáticas, como Santiago Centro (donde gana Irací Hassler, de 30 años, del PC), Maipú (la segunda comuna con más habitantes de la Región Metropolitana, donde triunfa Tomás Vodanovic, también de 30 años, y del FA); Ñuñoa (donde gana Emilia Ríos, de 33 años, también del FA); Estación Central (donde gana Felipe Muñoz, de 34, del FA). Y la lista sigue: Erika Martínez, del Frente Amplio, gana San Miguel y Javiera Reyes, del Partido Comunista, en Lo Espejo. Podríamos agregar a Paulina Bobadilla (independiente y

fundadora de la ONG Mamá Cultiva) que gana en Quilicura o a Carla Amtmann que gana Valdivia. Pero estos son solo algunos casos de una lista que es más larga.

[20] El problema de la abstención en Chile tiene como fecha clave el año 2012 cuando se implementó el voto voluntario: la participación cayó desde el 87% en 1989 hasta el mínimo histórico de estas elecciones, 19,61%. Contrariamente, tanto en el plebiscito del Apruebo en octubre del como en las elecciones de constituyentes de mayo –la primera vuelta de gobernadores– hubo un buen nivel de participación, mayor al 50%, con una buena distribución geográfica, según niveles socioeconómicos.





Coordinadora Feminista 8M: “El estallido abrió la posibilidad de un momento de imaginación política radical”

Alondra Carrillo y Javiera Manzi, voceras en octubre de 2019 // El feminismo, pilar del estallido y fuerza destituyente // Discusiones e imaginarios que radicalizan al proceso constituyente // “Es importante preguntarnos dónde se están construyendo las condiciones políticas para la pervivencia de alguna infraestructura mínima que nos permita enfrentar esta crisis como apertura de un momento de irrupción política radical”.

LA MAREA feminista inevitablemente estalló también en las pacíficas costas chilenas previas al estallido de octubre. 2018 y el mismo 2019 habían sido de movilizaciones tremendas y ya en el revuelta, cuando la imaginación empezaba a menguar, apareció el grito que acusa y hace mover los cuerpos: “El estado violador es un macho opresor”. El tercer ciclo de un movimiento feminista que hace temblar el mundo se despliega al interior de la revuelta hasta volverse una fuerza determinante. Entre actividad y actividad, a unos meses del febril estallido, conversamos con Alondra Carrillo Vidal¹ y Javiera Manzi² Araneda, en aquel momento voceras de la Coordinadora Feminista 8M.

Es Alondra quien cuenta que la Coordinadora surgió en el marco de las movilizaciones por el 8 de marzo de 2018. Se movilizaron más de 800 mil personas en todo el país, la marcha más grande de la historia de Chile hasta ese momento. Cada año se venían creando coordinadoras para organizar la acción del 8M y luego se disolvían. Pero en 2018 se decidió que si-

guiera existiendo. El propósito fue trabajar durante todo el año en la organización de un llamado a huelga general feminista en 2019. Es decir, instalar una idea de “huelga feminista” que no era nada obvia en un país en el que no existe derecho a huelga³.

“La Coordinadora —explica Alondra— es muy heterogénea, son muchas mujeres y disidencias organizadas. Eso no significa que sus organizaciones estén dentro de la Coordinadora: hay organizaciones que sí, como el Movimiento por el Agua y los Territorios (MAT) y otras que no; la Coordinadora no tiene un borde muy claro, es más bien poroso. Lo que nos obliga a ser bien claras, construir un programa y una voz propia para hablar”.

¿Cómo caracterizan el estallido del 18 de octubre y qué rol pensás que tuvo y tiene el movimiento feminista en este proceso?

Alondra Carrillo: Desde antes del estallido, desde el 8 de marzo por lo menos, nosotras vemos un proceso de rebelión

que tiene en su núcleo las condiciones de precarización de la vida. Esto es lo que nosotras planteamos cuando hicimos la convocatoria a la Huelga general feminista, como una movilización contra la precarización de la vida en general. Eso quiere decir que es un estallido que contiene un núcleo de sentido sumamente vivencial, que está anclado en las condiciones de precarización efectiva de la vida y su deterioro continuo. Y al mismo tiempo, el estallido implica una impugnación general de todos los marcos que han hecho posibles esa precarización a lo largo de últimos treinta años. Por eso la frase “no son 30 pesos, son 30 años” fue tan importante, porque indica un tiempo que no es abstracto sino el tiempo real en el que se ha extendido la política que es responsable de las condiciones de precarización contra las que hoy en día las personas se están rebelando.

Nosotras entendimos, y así lo planteamos, que era necesario y posible salir a arriesgarlo todo antes de seguir viviendo de la manera en que vivimos. Y esa im-



pugnación fue creciendo y se fue multiplicando. Por eso, nuestra apuesta el 19 de octubre, el día siguiente del estallido, fue convocar a una huelga general como respuesta de los sectores organizados a este estallido de carácter inorgánico, espontáneo, que estaba surgiendo con una fuerza inusitada que nadie podía controlar, ni conducir, ni predecir, ni decir cómo se tenía que desarrollar. Nosotras dijimos: “bueno, lo que tenemos que hacer los sectores organizados es secundar este estallido espontáneo y poner a disposición toda la infraestructura y organización que hemos sido capaces de construir para dar un soporte orgánico para que esto siga creciendo, y siga encontrando su propia magnitud, y siga encontrando, en su despliegue, los recorridos de su propia fuerza”. Eso fue lo que dijimos y creo que condensa bien lo que pensamos del estallido.

Javiera Manzi: La frase “no son 30 pesos, son 30 años” me parece que explica muy bien el carácter de la impugnación en curso, lo que nosotras hemos llamado “juicio histórico popular” que se levanta en este momento. Un juicio que rápida-

mente dio lugar a una historicidad que es muy potente. Los pueblos levantaron esa voz que no habla solo de un malestar presente, sino ya de mucho tiempo. Encarna una impugnación al periodo de la transición, a cómo fue la administración de la precarización de nuestras vidas a lo largo de todos estos años, con las promesas incumplidas de lo que fue el fin pactado con la dictadura, que, como sabemos, fue mediante un plebiscito y con un llamado a una alegría que nunca llegó. Lo interesante es cómo esa historicidad empezó a complejizarse. Y decíamos 30 años, y luego fueron 47, es decir, el momento de la implantación del neoliberalismo en Chile. Por lo tanto, la impugnación del estallido también es contra la forma en que ha sido construida la economía, ese “oasis económico” que es Chile, la imagen del Jaguar de Latinoamérica y su crecimiento económico. Es muy potente cómo aparece eso que se radicaliza y ya no son 47, sino 500 años: la impugnación del carácter colonial del Estado chileno. Es al entramado de estas políticas económicas y al carácter colonial del Estado chileno, lo que impugna el estallido. Un momento

de juicio histórico popular que aparece como un balance crítico en el que poder leer, no solo la precarización de las vidas, sino también las formas de la violencia policial, institucional, colonial. Además de las consignas, nos parecen muy significativos los rayados en las paredes, por ejemplo, el que dice: “El neoliberalismo nace y muere en Chile”. Puede leerse ahí un llamado ético, político, internacionalista; un mandato en torno a cómo podemos hacernos cargo de esto. Algo que también vimos como una potencia radical del movimiento fue su carácter plurinacional, expresado en los lienzos y banderas que forman parte de la movilización, sobre todo las banderas mapuche. La bandera chilena al principio tuvo una presencia marcada, pero luego comenzó a ser reemplazada por la bandera negra chilena, que es de luto, incluso despatriada. Y es una bandera que habla de cómo se está resituando, o reconstruyendo, la idea de Nación en este momento. Creo que esas son claves muy significativas de este proceso. Un proceso al que, como feministas, consideramos destituyente. Y desde ahí evaluamos las posibilidades que se abren, los horizontes de transformación en curso.

¿QUÉ FEMINISMO ES ESTE? UN FEMINISMO QUE NO SE ACOGE A PENSAR EN TÉRMINOS ESPECÍFICOS O DE UNA AGENDA PARTICULAR, SINO QUE ES UN FEMINISMO QUE APUNTA A LA TRANSFORMACIÓN RADICAL DE LA VIDA.

Lo primero que mostró el estallido es la necesidad de decir que no: no más a esta vida. No más a la deuda, no más a los abusos, no más a esta desigualdad, no más a esta vida precaria a la que hemos estado sometidas y sometidos, no más a la violencia de género. Es decir, un montón de cosas que explosivamente fueron saliendo a las calles el 18 de octubre, con una voracidad, miles de consignas. Pero para nosotras era inevitable volver al 8 de marzo, y ver que todos esos malestares que aparecían como puntos dispersos en el pueblo movilizado daban cuenta de la crisis estructural que estamos viviendo. Era muy notable el contraste entra esta fuerza y esta voracidad, y la imagen de Cecilia Morel, la esposa de Sebastián Piñera, diciendo que las calles de Chile estaban invadidas por aliens; lo que señala el desconocimiento total de la clase dirigente respecto de lo que está sucediendo. ¿Quiénes son esas personas? ¿Dónde está ese otro Chile al que nos habíamos acostumbrado? Lo que aparece ahí es la destitución de la vida en la forma en la que está siendo administrada. Y lo que aparece ahí es la destitución de la forma del gobierno que, hoy vemos, solo se sostiene a partir de la violación sistemática a los derechos humanos.

En ese sentido, para nosotras hoy no es posible hablar de un proceso constituyente si se desconoce la necesidad de destituir las condiciones en las que se ha sostenido un gobierno que es criminal, un gobierno que es responsable de la violación sistemática a los derechos humanos: de cada una de las torturas, mutilaciones, violaciones. La lucha contra la impunidad, para nosotras, como feministas, es central. De ahí nuestro llamado: “Piñera, fascista, te va a derrocar una ola feminista”. ¿Qué feminismo es este? Un feminismo que no se acoge a

pensar en términos específicos o de una agenda particular, sino que es un feminismo que apunta a la transformación radical de la vida.

A.: Yo coincido, creo que hubo un silenciamiento del carácter destituyente del estallido, sobre todo después de la marcha del 25 de octubre, donde se movilizaron 1 millón 200 mil personas. Esa fue una marcha claramente contra el gobierno, contra Sebastián Piñera, más allá de lo que él haya salido a decir después. Fue uno de los personeros de la transición, Alejandro Guillier, candidato en las últimas elecciones del progresismo, que sale a decir que el gobierno no puede caer porque si cae el gobierno “caemos todos nosotros”. Y varios referentes sindicales, que al principio pedían la renuncia de Piñera, luego ya no lo dijeron más. Para nosotras esa dimensión destituyente era clave, y por eso hicimos mucho énfasis en la huelga general, porque esta medida nos permitía seguir profundizando este carácter destituyente, seguir dándole curso al estallido. Por fuera de esa situación no nos era posible pensar en instituir algo distinto. Lo dijo un compañero —y quedó filmado y por eso está siendo perseguido hoy por la Ley de seguridad interior del Estado—: tiene que caer el gobierno de Piñera y sobre sus cenizas tenemos que levantar una Asamblea Constituyente. Entonces, ahí vemos una continuidad del silenciamiento del afán destituyente que, sin embargo, está contenido en este movimiento y no va a dejar de estarlo, porque aparece todo el tiempo. Por eso fue tan necesario que todas las fuerzas del orden, más allá de quién encarna ese orden, adoptaran ese silencio.

Entonces, ustedes plantean que el movimiento feminista tiene —ante este silenciamiento, ante el llamado al

orden— una suerte de función y una capacidad específica: reponer el carácter destituyente de la revuelta.

J.: A mí me gusta pensar que nuestra insistencia en decir “no” es un rasgo propio de la política feminista. El “no”, para las feministas, es una acción política, vinculada a la autonomía de nuestros cuerpos y, también, a la autodeterminación de nuestros pueblos. Es la forma en la que hemos desplazado y hecha propia una política en relación a cómo enfrentamos la violencia y a con qué radicalidad impugnamos las fuerzas del orden. Porque, al mismo tiempo, nosotras vemos que se ha abierto la posibilidad de un momento de imaginación política radical. Es decir, la posibilidad de imaginar otra vida, de imaginar una vida más allá de esta “normalidad” a la que hemos estado sujetas y a la que Piñera y otros sectores políticos nos llaman a volver. Llamaban al pueblo a que vuelva a creer en las instituciones, a que vuelva a confiar en la delegación del poder, cuando lo que está en curso es la posibilidad de construir otras formas de poder, lo que se abre como posibilidad es la imaginación radical de otra vida. Y creo que eso aún está abierto, es una desobediencia que persiste, incluso en el curso institucional que ha tomado el proceso constituyente: es la posibilidad de seguir sosteniendo que queremos imaginar otra cosa que lo que se nos está ofreciendo.

Durante muchos años, esa imaginación sobre formas de vida alternativas era impulsada por sectores marginales, quedaba por fuera de los espacios de la política. Pero hoy son esos márgenes, es esa potencia alienígena la que está tomando las calles, la que está tomando la vida. Una idea que está muy lejos de cierto “realismo” capitalista, esa idea de



Gentileza de Juan Pablo Barrientos

que no hay otras vías. Y cierta confianza. Creemos que es muy importante empezar a confiar en nosotras mismas, que podemos hacer esa alternativa. Confiar en que está también en nosotras esa capacidad de imaginar, de pensar. Y no, como es muy propio de la política chilena, que todo quede reducido a ciertos sectores tecnocráticos, a ciertas voces autorizadas. Precisamente, son las que nunca tuvieron autoridad, las que nunca tuvieron ese saber técnico, las que hoy día están tomando la palabra. Eso es lo que sucede en las asambleas, y eso es lo que nosotras llamamos a hacer: a impulsar asambleas donde se discutiera la política y la vida, e imaginar eso que queríamos de manera colectiva. Y que nosotras, como mujeres y disidencias, nunca más volviéramos a ser segunda línea. Lo que implicaba un desafío, porque era cómo volver a la asamblea y que no fuera la asamblea de siempre ni las voces de siempre las que tomaran la palabra. O cómo volver a la huelga y no permitir que nos volvieran a hablar

de una huelga que nos excluyera o que no fuera necesariamente productiva y reproductiva. Entonces, era doble el llamado: decíamos “huelga”, pero estábamos diciendo huelga en carácter feminista; decíamos “asamblea”, pero era una asamblea muy distinta a la de la tradición de la izquierda.

Este diagnóstico que ustedes hacen, el carácter destituyente del estallido, la impugnación de una clase política que carece de legitimidad, conecta con este elemento novedoso del movimiento en términos del modo de organización: la pluralidad de voces, la horizontalidad, la idea de ausencia de líderes: ¿qué formas de organización tiene hoy el feminismo para poner en común, como aporte específico a un movimiento amplio?

A.: Una forma de respuesta sería mirar el Encuentro de Mujeres. Esa es una tradición nueva en nuestro país. No es que no hubiera habido encuentros antes,

pero no con el carácter de este “Encuentro Plurinacional de las que luchan”. En ese encuentro vamos a intentar abrir otro momento en este proceso constituyente. Un proceso que, tal como lo entendemos nosotras, no está teniendo lugar en la institucionalidad, sino como un proceso de constitución de la clase y que tiene a las mujeres y a las disidencias como uno de los sujetos protagonistas. Nosotras hemos entendido el proceso de emergencia del feminismo como una potencia de acción de masas, como una potencia de acción de la clase trabajadora que se expresa en toda su diversidad y que logra destituir nociones estrechas, como las que la reducen a personas asalariadas en condiciones laborales específicas. Cuando decimos “huelga general feminista”, precisamente, se está poniendo en discusión quién es la clase trabajadora, dónde está, cómo se constituye. Los aportes específicos organizacionales desde el feminismo tienen esa clave. Puede que parezcan poco relevantes, o poco novedosos, pero lo son en un escenario en el que las construcciones democráticas, y de carácter movimental, en nuestro país son sumamente restringidas. Y ha sido una de las cuestiones en las que el feminismo ha insistido. Hemos participado en espacios de articulación y de transformación, de marcos de unidad, y esos marcos de unidad prescinden absolutamente de la construcción democrática. Fue en el Encuentro Plurinacional de Mujeres de 2019 que construimos el programa de la huelga general feminista, un programa que hoy hay que pensar en clave constitucional, en clave de pliego de emergencias que podamos poner sobre la mesa; una respuesta inmediata a las condiciones que nos arrojan a la calle, que nos hacen salir a arriesgarlo todo —por no decir a quemarlo todo— con tal de no seguir viviendo así. Esa es una de esas apuestas orgánicas que, desde el feminismo, tienen un carácter abierto, fundacional.



ES AL ENTRAMADO DE ESTAS POLÍTICAS ECONÓMICAS Y AL CARÁCTER COLONIAL DEL ESTADO CHILENO, LO QUE IMPUGNA EL ESTALLIDO.



J.: Como decíamos, algo muy potente de este proceso es el despliegue de la creatividad popular que se ve expresada en los muros, en las consignas, en la gráfica; es decir, en todas las formas que se materializa esta imaginación radical. Pero esto se da en paralelo a una violencia política muy radical. En su primer momento, la fuerza que tuvo el estallido fue de una violencia política total, radical, masiva, algo que no habíamos visto en Chile en todos estos años. Vale decir también que es un momento de acumulación, porque veníamos de una

semana de conflicto, de movilización de secundarias y secundarios que llamaban a evadir en las estaciones de los metros y eran reprimidos fuertemente. Y lo que apareció ahí fue la voz de las personas. Incluso por la televisión les preguntaban: “Bueno, señora, ¿usted qué piensa de esta violencia? Y la señora decía: “Violencia es mi pensión, violencia es que a los cabros los estén reprimiendo, violencia es otra cosa”. Entonces ahí la violencia tomó un lugar en el discurso público que es muy interesante, desplazado la hegemonía comunicacional y política que veníamos

viviendo y que presentaba todo en clave de criminalización. Los primeros días, quizá toda la primera semana, estuvo marcada por la posibilidad de esta acción directa: las barricadas, los cortes de calle, las protestas sin pedir permiso. En Chile la gente pide permiso para marchar. No podemos usar la calle sin pedir permiso, porque si no pides permiso a la intendencia te reprimen. No hay derecho a la protesta, a la marcha, a la manifestación. Entonces, comenzar a no pedir permiso para ocupar la calle, y hacerlo de manera masiva, entre vecinas, entre vecinos, entre

NOSOTRAS PENSAMOS QUE ESTÁ EN JUEGO UN SENTIDO CONSTITUYENTE MUCHO MÁS PROFUNDO Y RADICAL; QUE NOS ESTAMOS CONSTITUYENDO COMO MOVIMIENTO, COMO PUEBLOS; QUE NOS ESTAMOS RECONSTITUYENDO EN LA POSIBILIDAD DE POLITIZARLOS, DE IMAGINAR OTRA VIDA.



personas que hace un mes no lo hubiesen hecho, no se hubiesen atrevido, también es muy constitutivo de cómo surge este proceso.

Algunos sectores de la izquierda parlamentaria, en su intento de institucionalización y en su llamado permanente a la gobernabilidad, han abandonado la calle, han desistido de este tipo de prácticas de acción directa, incluso llegaron a criminalizarlas. Es algo que veíamos en el Frente Amplio, que en su llamado a parlamentarizarse lo que hacía era también decir: esta es la vía correcta, la vía de la política, la vía de los cambios reales, todo lo demás queda afuera. Queda afuera porque ellos decían que la gente no iba a entender y no iban a querer participar; que las mujeres, las señoras, niñas, niños, no se iban a querer vincular a ese tipo de prácticas. Y el estallido le dio un giro radical a esa discusión. Es muy claro ese giro en la reivindicación de la “primera línea”, es decir, cuando un pueblo asume la necesidad de ese lugar de autodefensa. Ahí se puede ver a personas de todas las edades, pero sobre todo muchas mujeres, llevan alimento y ropa, preparan comida, en un intento de cuidar, de proteger; constituyéndose incluso como las madres de la primera línea, en una evocación a las Madres de Plaza de Mayo. Pero esta acción no se reduce al cuidado. No creemos que la “primera línea” sea un sector masculinizado, de dominio masculino. Es clave esta capacidad de sentir como propio lo que se está haciendo, sentirlo como una acción necesaria, como parte de un despliegue mayor. Por supuesto que es importante lo que pasa en plaza de la Dignidad, pero hemos visto llamados a participar, en muchas claves, en todos los barrios y en todos los territorios. Por poner un caso, en la Florida, que es una comuna residencial, se llaman continuamente a la barricada, es parte de un repertorio de acción permanente. Termina la asamblea, que es todos los sábados en la tarde, y la labor de algunas vecinas mayores es armar la barricada, ahí mismo.

A.: Respecto de estas diferentes lecturas de lo que está pasando y de cuáles son las posibilidades de acción, el año pasado sacamos una respuesta al discurso de Sebastián Piñera en el Congreso. Se llamó: “Nos precarizan la vida, les desordenamos la casa”. Piñera hizo una Cuenta Pública donde habló de que la función de este gobierno era iniciar una segunda transición, y que en ese inicio a la segunda transición ellos querían ser reflejo de los padres de la patria, ocupar ese lugar nuevamente. Y entre un montón de medidas menores, anuncios en el aire, las únicas medidas concretas eran represivas: castigar los rayados callejeros, castigar las barricadas, castigar las capuchas. Es decir, cuestiones que hasta ese momento no eran masivas, como ahora, pero que, de alguna manera, ellos anticipaban que iba a ocurrir.

Nosotras, en ese momento salimos a decir que el discurso de Sebastián Piñera y de este gobierno no era un discurso político, gubernamental, sino policial, que anunciaba un futuro de represión para las amplias mayorías de la población. Porque lo que se venía era un proceso de ajuste, de radicalización de las medidas económicas; es decir, reformas que iban a multiplicar las razones por las que la gente había salido a la calle. Y fue así tal cual que lo dijimos, y por eso nos llamamos a seguir ocupando la calle, a seguir movilizadas, a seguir empleando este tipo de herramientas como una forma de anticipar, también, lo que significa una segunda transición. El pueblo no olvida lo que fue la transición en Chile, un acuerdo por arriba que se sostiene golpeando a los de abajo para poder seguir acumulando. Y si nos anuncian una segunda transición tenemos que tener bien en claro lo que va a significar para nuestras organizaciones, para nuestra capacidad de seguir movilizadas. Esto fue el primero de junio del 2018, antes de la huelga general feminista.

J: Es que el estallido no puede separarse de las muertes, de la masacre, que remite en nuestra memoria a lo que fue la dictadura. Nos vimos enfrentadas al negacionismo del gobierno, al oscurantismo de instituciones que no daban respuesta a lo que estaba pasando con la violencia y las muertes. Esos primeros días más bien las negaban, o armaban montajes respecto a las causas de las muertes. La violencia del Estado hizo aparecer una rabia que se sumaba a la existente, a la que había producido el estallido por las condiciones de vida. En Chile hay una naturalización muy alta de las políticas de represión, nosotros estamos acostumbrados a que no hay movilización sin represión, a que no hay marcha que no termine con lacrimógenas y que no hay forma en que podamos protestar que no esté sujeta a la amenaza permanente de la represión policial. Y hoy en día podemos ver nuevas estrategias de represión, el uso de los balines pero también la forma en la que arrojan las bombas de gas lacrimógeno directamente al cuerpo. También la violencia política sexual, instancias de acoso o de abuso por parte de los pacos que ya venían denunciando las secundarias.

En ese contexto, el hecho de haber votado para aprobar una ley que criminaliza la manifestación se percibe como una traición profunda e imperdonable, porque decidieron ponerse, no en la defensa de los pueblos, sino en la defensa de quienes están siendo impugnados. Porque más allá de su pedido de perdón, o de los intentos por remediarlo, las políticas de criminalización siguieron en curso. Estas políticas fueron discutidas en las asambleas y en los movimientos, y el rechazo fue total e inmediato. Y esto es algo importante que nunca había sucedido. Las políticas que se generaban en el interior del parlamento tenían como una membrana hermética que hacía que muy pocas veces salieran de ese espacio. Hoy, cada una de las cosas

relevantes que se aprueban, son discutidas fuera de ese espacio, se genera un balance, un posicionamiento. Entonces, lo que apareció con la aprobación de estas leyes fue el rechazo transversal y rotundo de todos los sectores movilizados (movimientos, sindicatos, etc.).

Justamente, uno de los ejemplos que los parlamentarios de derecha y los opinadores mediáticos ponían sobre la mesa para justificar estas leyes era “el que pasa, baila; el que baila, pasa”. Lo tomaban como una agresión sistemática, como un atropello a la libertad individual. Cuando, al mismo tiempo, no es difícil ver ahí, también, una invitación, un intento por acortar las distancias entre quienes protestan en la calle y quienes están en sus autos, un intento de empatizar, de hacerlos parte de una protesta que es, también, una fiesta, como se pudo ver luego, y durante largos días, en plaza de la Dignidad.

J: ¡Claro! Los videos de “el que baila, pasa”, son, al comienzo de las jornadas, los más divertidos, porque son videos de la gente que sale del auto, que baila, que se ríe, que participa, y luego los dejan pasar. Básicamente, era una forma en la que el corte de calle no era definitivo, sino que en ciertas circunstancias podías pasar igual. La derecha rápidamente empezó a denunciar esa estrategia como la expresión máxima del fascismo del movimiento, “Es como los nazis”, decían, “obligan a bailar”. Obviamente, no mostraban la gente divirtiéndose ni disfrutando del baile. Y fue luego penalizado, criminalizado, con la aprobación de las leyes represivas en las cámaras de diputados y senadores. Algo que es muy importante es que nosotras entendemos que ese castigo a la movilización está directamente relacionado con la firma del Acuerdo por la paz social y por la nueva Constitución. Es decir, ambas forman parte de una serie de llamadas o

acuerdos nacionales que propone Piñera, que incluye el llamado a una agenda social que no era más que una serie de políticas subsidiarias, un acuerdo por la paz social que no era más que una forma de criminalizar las movilizaciones, porque “la paz” tiene como objetivo acallar a quienes nos hemos movilizado e ir desarticulando las luchas.

A.: Si pensamos en el estallido, lo que está contenido ahí es la necesidad de producir formas orgánicas que respondan a esta potencia política que está desarrollándose al interior de los movimientos: del movimiento feminista, de los movimientos socio-ambientales, en los distintos espacios que han venido luchando de manera dispersa y fragmentaria contra las manifestaciones múltiples del neoliberalismo en nuestro país, con su violencia patriarcal, colonial, racista, etc. Aún no hay una organización que prefigure eso, estamos en un momento absolutamente embrionario, de gestación de esa nueva organicidad popular. Y por eso es tan importante preguntarnos dónde se están construyendo, en ese momento, las condiciones políticas para la pervivencia de alguna infraestructura mínima que nos permita enfrentar la crisis. Porque esta crisis es la apertura de un momento de irrupción política radical, pero probablemente vamos a conocer las dimensiones más profundas de esta crisis en la medida en que se desarrolle, que siga profundizándose. Solamente estamos asistiendo a un primer momento de su desarrollo, y va a ser necesario enfrentar el momento más avanzados con una mayor organicidad.

Y ahí nos estamos preguntando por las asambleas territoriales, por la posibilidad de su coordinación en niveles cada vez mayores, por qué lugar tiene el movimiento feminista. Son todas preguntas abiertas, todavía. ¿Cuál va a ser la organicidad que pueda expresar lo que se está abriendo en este contexto?

Las organizaciones que tenemos hoy en día, incluso el Frente Amplio, son expresiones orgánicas y políticas de otro momento. Y no están pudiendo expresar lo que está pasando ahora, no están expresando lo que la gente está anhelando en este momento. Porque surgen de otras lecturas, porque surgen de otros escenarios políticos que plantearon otras tareas y que fueron interpretados de otro modo y que no pudieron prever esto. Nadie podía predecir que esto iba a ocurrir. Pero sí hay claves de lectura divergentes al interior del Frente Amplio, lo que lo llevó a una fractura. El Frente Amplio quedó desmembrado. Importantes sectores han salido y eso va a reconfigurar el escenario político y va a plantear también algunos problemas. ¿Cuál es la forma de organicidad que necesitamos? ¿Es un partido o no? ¿O tiene carácter de movimiento? ¿Cuáles van a ser las trayectorias del proceso de auto organización que estamos viviendo? No lo sabemos. Tenemos que ir inventándonos.

Nosotras creemos que el movimiento feminista innova, también, en alguna de esas formas de organización y de organicidad. Pero, bueno, en la medida en que no hay un plan prefigurado no tenemos claro de antemano hacia dónde tenemos que ir. Y eso está súper bueno, porque abre mucho más que lo que cierra. Pero deja planteado el interrogante: ¿cuál va a ser la organicidad que va a salir de este momento? A mí, por lo menos, es una pregunta que me atormenta todo el tiempo.

Dada la lectura que hacen del Acuerdo por la paz y la nueva Constitución imaginamos que no tienen excesiva expectativa en el llamado “por arriba” a una Convención Constituyente. Pero como Coordinadora feminista, ¿están pensando en alguna política específica vinculada ese proceso constituyente?



**ALGO QUE TAMBIÉN
VIMOS COMO UNA
POTENCIA RADICAL
DEL MOVIMIENTO
FUE SU CARÁCTER
PLURINACIONAL,
EXPRESADO EN LOS
LIENZOS Y BANDERAS
QUE FORMAN PARTE
DE LA MOVILIZACIÓN.**

J.: Sí, sí, es algo que venimos pensando todos estos días. Venimos siguiendo también el hilo institucional propuesto por el Acuerdo aunque nos resulte bastante problemático. Incluso, a partir de la discusión sobre la paridad de género en la Convención, se terminó levantando la bandera del feminismo. Es decir, la idea de que haya escaños reservados para independientes, pueblos originario y mujeres. Pero es todo un modo de pensar el feminismo como sujetos sometidos. Son muy acotadas las posibilidades para la participación independiente. La participación que podemos tener como mujeres, por ejemplo. La paridad implica que no pueden haber listas solo

de mujeres, lo que también nos parece problemático. Sin embargo, leemos el proceso constituyente en una clave que va más allá de la clave institucional en la que se está pensando el cambio de la Constitución. Nosotras pensamos que está en juego un sentido constituyente mucho más profundo y radical; que nos estamos constituyendo como movimiento, como pueblos; que nos estamos reconstituyendo en la posibilidad de politizarnos, de imaginar otra vida.

Entonces, lo que nos interesa profundizar es este proceso constituyente que se abrió el 18 de octubre —ese es su hito de inicio y a partir de ahí se desplegó en cada una de las asambleas territoriales, en cada uno de los encuentros impulsados por el estallido. Lo constituyente, en ese sentido, está ya declarado: no es nada más y nada menos que la posibilidad de pensar desde abajo la vida que queremos. Un proceso constituyente que es inmediatamente feminista, plurinacional, popular. Para nosotras es importante insistir en que lo que está en

curso es mucho más de lo que se ofrece institucionalmente. Lo que está en curso es la posibilidad cierta de imaginar otra vida. Nuestra apuesta es profundizar esa construcción, profundizar procesos de deliberación política que se están generando desde abajo, desde los pueblos, en distintos puntos del país. Lo que se está constituyendo son esos movimientos que hoy día están levantándose en asambleas, que están levantando una voz. Hay un proceso constituyente de nosotras como feministas, como movimiento y nos hemos llamado a pensar esto como momento de imaginación política, como producción, como creación de alternativas. Tenemos algo que decir, tenemos idea de la vida que queremos construir. Y esa idea la levantamos, no desde un lugar de especialistas o técnicos, sino en asambleas. Pero también es una voz de impugnación a las formas en las que se ha conducido desde las instituciones esta vía pactada.

A.: Nuevamente, creo que la pregunta fundamental es qué forma está tomando

¿CUÁL VA A SER LA ORGANICIDAD QUE VA A SALIR DE ESTE MOMENTO? ES UNA PREGUNTA QUE ME ATORMENTA TODO EL TIEMPO.

este proceso en curso. No es que nosotras hagamos un llamado a que aparezca algo que no está, sino que hay que darle forma a esa impugnación de modo que pueda proyectar el proceso. Un proceso que acreciente la potencia de modo tal de subordinar los hitos del calendario. Así lo estábamos planteando en la asamblea: subordinar los hitos del calendario institucional a los hitos de un calendario popular como para poder preguntarnos en qué medida nos es útil el plebiscito. ¿Nos sirve, realmente? Sabemos que los pueblos, la gente, va a ir masivamente a votar ese plebiscito. Eso va a ocurrir sí o sí, porque de ese modo se ha conducido esta impugnación: por todas las formas posibles. Al mismo tiempo, es la misma gente la que corta la calle, la que está en las asambleas, la que está enfrentando a los pacos en la primera línea. Es la misma gente la que va a ir a votar al plebiscito, y va a hacer campaña por el plebiscito, y va a hacer campaña, probablemente, por una Constituyente.

Entonces, es fundamental primero, reconocer esa fuerza. Desde la institucionalidad, desde los medios, desde las fuerzas políticas se nos hace creer todo el tiempo que esa fuerza es menos de lo que es. Y nos hace imaginar que ese calendario es el único posible y que el nuestro va a tener que subordinarse a esas organizaciones temporales. Reconocer la potencia de esa fuerza nos implica, necesariamente ir avanzando a ciegas, a oscuras, porque no tenemos nadie que nos devuelva esa imagen; y tenemos pocos momentos

en donde esa imagen la podemos producir para nosotras mismas: imágenes de nuestra propia masividad, de nuestra fuerza, de nuestra potencia. La pregunta es, entonces, una vez que despliegamos una forma que pueda canalizar esa potencia, ¿cómo vamos a organizar los marcos temporales de nuestro propio proceso, subordinando todos los hitos del calendario institucional al calendario popular? Esa es un poco la pregunta que nosotras nos hacemos.

Pero, ¿en qué consiste un calendario popular? No lo sabemos, no sabemos cuáles serían los hitos necesarios. Probablemente, mucho de eso ya está ocurriendo y no dependa de que nosotras, o alguien, lo decida. Hay que dar vuelta esa imagen de que son las decisiones políticas que tomamos en algún espacio, en alguna reunión, las conversaciones que vamos teniendo, las que van a resolver cómo se hacen las cosas. Si no, más bien, disponernos a mirar y escuchar de modo tal que podamos ir viendo surgir el proceso, y que podamos ir reconociendo la forma misma que va a asumiendo su propio desarrollo. Esa es la tarea que vamos a ir enfrentando. En cierto nivel, es un ejercicio de imaginación política, porque se trata de poder reconocer lo que ya está pasando y, al mismo tiempo, producir esos contornos, el carácter de ese proceso.

Al interior del movimiento feminista argentino —que fue, sin lugar a dudas, el movimiento más potente de los últimos años— hubo una línea que salió muy fuerte a enfrentar el endeudamiento popular. ¿También el movimiento feminista chileno pone en discusión la deuda?

J.: Una de nuestras primeras consignas fue “Nos deben una vida”. Nos deben una vida y la vamos a recuperar: de eso se trató el proceso en curso. Su radi-

calidad sitúa la posibilidad misma de la vida en el centro de la discusión: “Hasta que valga la pena vivir”. Un sentido muy vitalista. Nosotras hablamos de la precarización de la vida, y eso significaba decir que “lo precario” no refiere solo a nuestros trabajos, sino a todos los órdenes de la vida, a nuestra forma de relacionarnos. Acá hay algunos movimientos que han comenzado a discutir la deuda, por ejemplo, la deuda educativa. Pero es muy profundo hasta dónde está metida la deuda en nuestra vida. Una imagen muy personal, familiar: cuando mi abuela murió no la podíamos enterrar en el cementerio porque tanto mi padre como sus hermanos —son siete hermanos— estaban todos en el DICOM, que es el registro de deudores, lo que les impedía acceder al cementerio donde ella podía ser enterrada. Se llega a ese nivel de violencia. Es muy doloroso, lo presente y naturalizada que está la deuda en nuestras vidas.

La deuda te permite leer muchas cosas, a diferentes escalas. Chile es un país brutalmente endeudado. Hasta el 18 de octubre primaba la sensación de que todos en Chile eran de clase media. La clase política se dirigía a la clase media, todos se reconocían como clase media. Pero esto era posible, precisamente, por una vida construida desde el crédito. La gente se endeuda para comer, se endeuda para educarse, se endeuda para tener salud, se endeuda para poder reproducir las condiciones mismas de su vida. La población se endeuda en el supermercado, en la farmacia, en cada lugar. Y es algo que nos atraviesa, es la profundidad del neoliberalismo en Chile. Es muy constitutivo. Aquí existe esa internalización de la deuda, y la vida que se sujeta en torno a ella. Si no fuera por el crédito la línea de pobreza estaría en otro lugar, el hambre estaría en otro lugar.

Una compañera nuestra habla de cómo se está constituyendo o subjetivando la clase en este momento. Y, como decía recién, el modo de subjetivación de clase media mediante el crédito entró en crisis. Por eso no me extrañaría que ese problema tan “privado” se comience a visibilizar. Creo que allí también radica la potencia del feminismo, en su capacidad para desprivatizar esos problemas, los problemas de la vergüenza. Eso, en este país, está muy internalizado: no hay nada más propio que la vergüenza de la deuda que se tiene. La forma de la deuda es que va constituyéndose, incrementándose, como que te endeudas para pagar otra deuda, y así se sostiene la vida, muy precariamente.

A.: La deuda es una dimensión de la carencia, pero también de la forma de lo que es accesible. Mucho de lo que antes no era accesible ahora lo es a través del crédito. En la medida en que se fueron desmantelando todos los servicios sociales se fue incorporando la deuda como un mecanismo paralelo que permitía resolver, de algún modo, el acceso a servicios que estaban siendo privatizados, en un proceso que fue muy brutal, de privatización de prácticamente todos los ámbitos de la vida. En esas condiciones de endeudamiento a lo que se accede no es más que a una miseria. La gente se endeuda para pagar un sistema de salud, por ejemplo, que es miserable, que llega tarde o que nunca llega. O que llega una vez que las personas murieron. Tenemos un sistema de salud que arroja a la muerte a un porcentaje altísimo de la población. Y muestra, también, el carácter sobrante de todo un sector de la población respecto del requerimiento de la organización capitalista de nuestro país. Tendería a pensar que eso es lo que ha aparecido más de relieve: el carácter crudo y sumamente violento de la existencia misma. El carácter sensible de

esta crisis capitalista en nuestro país es la brutalidad con la que se ha instalado la miseria en la vida. No se trata, necesariamente, de hambre, pero sí se trata de la presencia inmediata de la muerte, la presencia inminente del terror respecto del futuro. De pronto se hizo visible una imagen que no se había configurado hasta ahora: se está jubilando la primera generación de las Administradoras de Fondos de Pensión (AFP), es decir, la generación de nuestros padres: estamos viendo a nuestros padres y madres jubilarse en la miseria. Y, a la par, vemos nuestras propias condiciones precarias de existencia. Y estamos viendo la persecución política que está sufriendo la generación menor que la nuestra, nuestros hermanos menores, y en algunos casos hijos. La represión policial avanza sobre los espacios de mayor subjetivación política de los últimos años, los colegios.

Entonces, se hizo presente una imagen del conjunto del ciclo vital en todo su deterioro. Y esa es la imagen que cristaliza este momento: vemos nuestro propio futuro de miseria y vemos cada vez más mermadas las posibilidades de combatir esa situación. Creo que la visibilización de ese límite es el que arroja a la gente a las calles. Hasta que vivir valga la pena. O la idea de dignidad, que es una de las ideas más fuertes del estallido. La misma plaza de la Dignidad. O “Hasta que la dignidad se haga costumbre”. Que no son ideas nuevas, son frases que existen desde antes del estallido. Pero que logran interpretar esta sensación de absoluta indignidad de las condiciones de existencia, incluso más que las condiciones de sujeción que implica la deuda.



[1] Feminista, vocera de la Coordinadora Feminista 8M de Santiago entre 2018 y 2020, Chile. Psicóloga clínica y parte del Grupo de Estudios Feministas (GEF), desde donde desarrolla iniciativas de traducción e investigación; junto al equipo buscan contribuir al desarrollo de un marco epistemológico feminista socialista sobre la violencia de género. Tuvo a su cargo la traducción y edición del dossier *Género y capitalismo: debate en torno a reflexiones degeneradas*. Militante de Solidaridad Feminista Comunista Libertaria.

[2] Feminista, vocera de la Coordinadora Feminista 8M de Santiago, Chile. Socióloga, archivera docente y curadora independiente. Investiga los cruces entre cultura visual, política y movimientos sociales desde los años 70 en América Latina. Co-autora del libro *Resistencia gráfica. Dictadura en Chile* (APJ) y *Tallersol* (LOM, 2016). Actualmente es coordinadora de la Red Conceptualismos del Sur e integrante del colectivo del Centro Social y Librería Proyección.

[3] Tres objetivos de trabajo guían desde 2018 a la Coordinadora: el primero, dinamizar desde el feminismo la articulación entre distintas organizaciones sociales –en un país muy fragmentado socialmente–. Segundo, transversalizar una perspectiva feminista al interior de los movimientos sociales y hacer que el feminismo dejara de ser un espacio entre otros muchos, sino que pudiera ser una fuerza proyectada en todos los espacios. Tercero: levantar una agenda común de movilizaciones contra la precarización de la vida.

Jorge Sharp: Del estallido a la comunidad organizada

Alcalde de Valparaíso, referente de las luchas estudiantiles y fundador del movimiento Izquierda Autónoma // Una experiencia municipalista basada en la cogestión y control comunitario de los servicios públicos // “Nosotros venimos trabajando para transformar el municipio en una herramienta de organización de las comunidades. El estallido abre una oportunidad para empujar un nuevo municipalismo en Chile”.

JORGE Sharp nació en la sureña ciudad de Punta Arenas, en Magallanes. Junto a Gabriel Boric fundó el movimiento Izquierda Autónoma, una de las expresiones del movimiento estudiantil que a lo largo de las últimas dos décadas tensionó el, hasta hace poco, férreo neoliberalismo chileno.

Con 35 años gobierna Valparaíso desde 2016 con un proyecto municipalista que puso en el centro la participación ciudadana y tiene como plan modelo la Red de Salud Popular: “Las municipalidades han sido el instrumento de la política tradicional para desmovilizar a la ciudadanía y para construir relaciones de carácter clientelar con las organizaciones sociales. Nosotros venimos trabajando para transformar el municipio en una herramienta de las comunidades organizadas. Creemos que el estallido abre una oportunidad para empujar un nuevo municipalismo en Chile”, afirma. Para Sharp, la clave está en la productividad de los territorios, en la capacidad de sus habitantes para instituir nuevos mundos que garanticen vida digna y derechos comunes. En esta línea –sostiene– la municipalidad debe constituirse en una

herramienta estratégica para desplegar esta productividad.

Durante la pandemia, la alcaldía destinó parte del presupuesto a sostener las “ollas comunes” que brindaron alimentación comunitaria a cientos de familias de sectores populares.

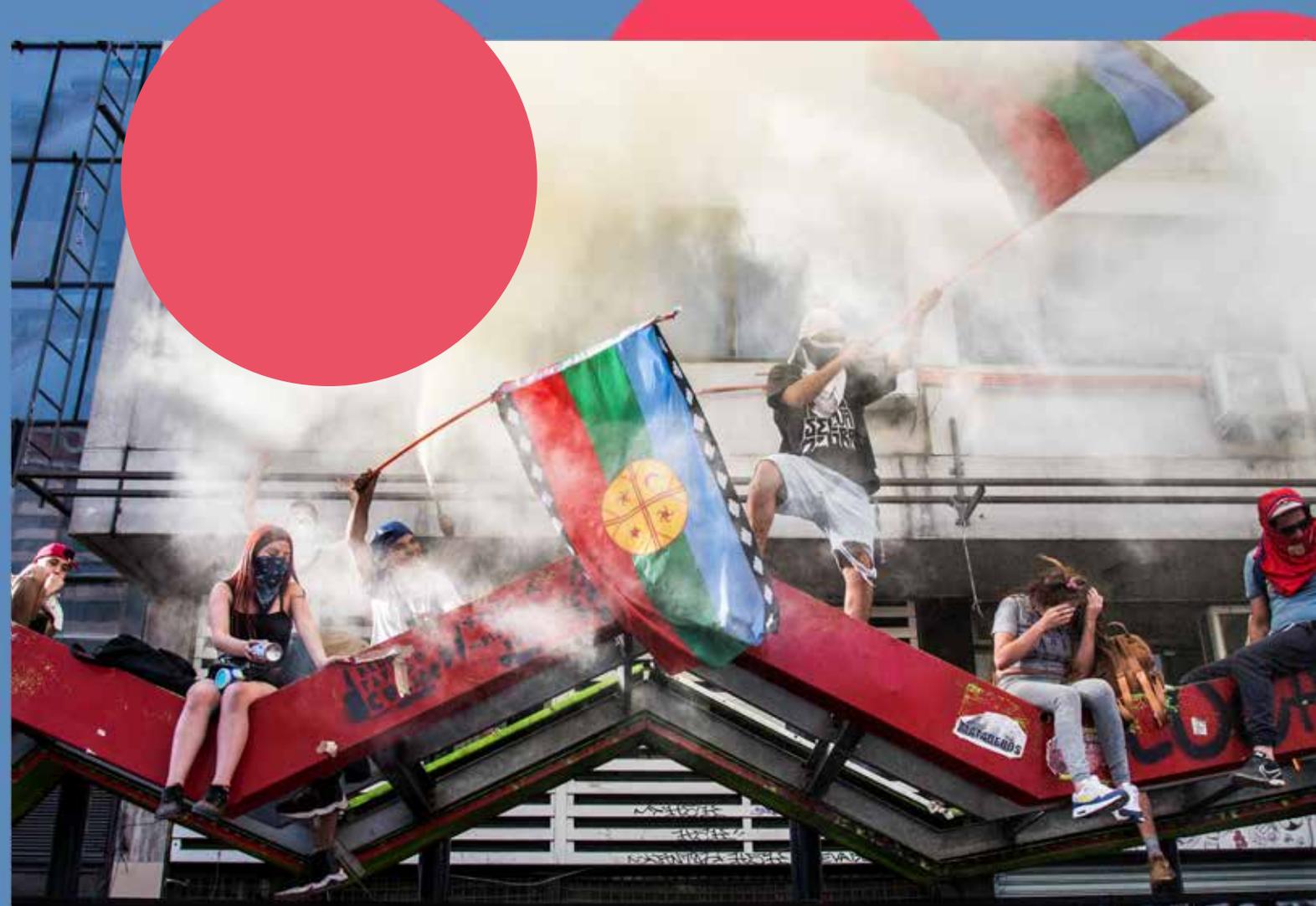
El 15 de noviembre de 2019, en medio de la revuelta, Sharp renunció a Convergencia Social por sus diferencias con Boric y por el “Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución”, firmado por el Frente Amplio.

Por esa época entrevistamos a Sharp en la sede de la Alcaldía en Valparaíso. En esos días, los incendios forestales arrasaban las periferias de la ciudad portuaria y la revuelta llevaba más de dos meses. Las calles estaban inundadas de gas lacrimógeno y se hacía muy difícil respirar. Hablamos sobre el estallido, sus causas, sus derivas, el rol de la izquierda y su proyecto político local. Para la derecha, dice, “el estallido del 18 de octubre constituye un problema de seguridad pública. No lo ven como un problema de orden político, social o económico”.

A mediados de noviembre de 2019 decías que había habido un reventón y que lo valorabas como un momento de apertura. ¿Ves todavía esa apertura o creés que tiende a cerrarse?

Lo que se abre el 18 de octubre es de tal intensidad que es difícil pensar que en el corto o mediano plazo se pueda cerrar. Hubo un intento de cierre “institucional” por parte de un sector del sistema político, a través de un acuerdo constitucional, en el que estuvo involucrado parte del Frente Amplio, que creyó ver en ese acuerdo precisamente una posibilidad de salida. Lo que hace ese acuerdo, finalmente, es fijar un hilo institucional durante 2020 respecto a la posibilidad del cambio constitucional. Pero nosotros pensamos que eso está lejos de constituirse en un cierre. Básicamente, porque en la reflexión nuestra el momento que hemos llamado destituyente es demasiado radical y demasiado profundo. Cruza el sistema social completo: las instituciones, los partidos políticos, la democracia, cómo se tiene que entender el espacio público, las formas de representación. Es un contexto que también





vuelve a poner en escena distintos mundos, visiones, posiciones como las ambientalistas, las feministas, la de los pueblos originarios. Pasaron más de 70 días de ese 18 de octubre y esa profundidad destituyente aún se mantiene abierta y latente.

¿Y cómo se vive esa apertura desde un lugar tan delicado como ser el alcalde de Valparaíso? Seguramente desde un lugar privilegiado para analizar e intervenir en lo que pasa, pero también un lugar que puede evidenciar cierta fragilidad ante la movilización social y su capacidad destituyente.

Sí, el lugar en el que nos encontramos es muy contradictorio porque, por una parte, las municipalidades, al menos en Chile, son parte del problema. No son parte de la solución, o no han sido parte de la solución. Pero, al mismo tiempo, en los últimos años hubo —por parte de movimientos sociales, de organizaciones ciudadanas, de movimientos de izquierda— la necesidad de construir una estrategia de conquista del poder local

con una perspectiva transformadora. Pero eso no está asentado en el campo crítico en Chile, es algo que se ha venido gestando en los últimos años con mucha más fuerza. Precisamente porque las municipalidades vienen siendo parte del problema. Son instituciones donde las puertas giratorias entre los intereses públicos y privados están a la orden del día. Las municipalidades son espacios donde se han reproducido prácticas de corrupción, igual de graves e indignantes que a nivel nacional. Las municipalidades han sido el instrumento de la política tradicional para desmovilizar a la ciudadanía y, más bien, construir una relación de carácter clientelar con las organizaciones sociales. Han estado al servicio de intereses poderosos, como los de las grandes inmobiliarias o los puertos, algo que es muy notorio en una ciudad como Valparaíso. Entonces, es contradictorio porque esta institución es parte de eso pero, a su vez, abre una oportunidad. Nosotros pensamos que este estallido es fuertemente territorial. Al final, quien genera el impulso, quien soporta, quien desarrolla, quien intenta

liderar esta protesta son los territorios. Como en el caso de las asambleas o cabildos autoconvocados, que han estado, con más o menos masividad, activos desde hace varias semanas. En Chile, el proceso constituyente se inicia cuando se forma el primer cabildo autoconvocado. No sabemos dónde habrá sido eso ni cuándo, pero esa es la zona cero del proceso constituyente. El espacio público ha sido un territorio permanentemente en disputa. No hace falta más que ver lo que pasa en ciudades como Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta, Iquique y otras más. Y la calle, que ha sido la protagonista de la movilización. Las municipalidades, en ese sentido, conectan con la cuestión territorial. Nosotros veníamos desarrollando una práctica política desde que asumimos en 2016: convertir a la municipalidad, a esta parte del Estado, en una herramienta de las comunidades organizadas, en vistas de la transformación democrática del territorio. El problema político central es cómo las municipalidades se ponen al servicio de un conjunto de acciones, planes, propuestas, luchas de

LAS MUNICIPALIDADES HAN SIDO EL INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA TRADICIONAL PARA DESMOVILIZAR A LA CIUDADANÍA Y, MÁS BIEN, CONSTRUIR UNA RELACIÓN DE CARÁCTER CLIENTELAR CON LAS ORGANIZACIONES SOCIALES. ES CONTRADICTORIO PORQUE ESTA INSTITUCIÓN, A SU VEZ, ABRE UNA OPORTUNIDAD.

los habitantes de los territorios; entendiendo a esta población, a esta comunidad organizada, como un actor de carácter productivo. No solo de carácter impugnatorio o testimonial, sino con capacidad política, técnica y social para producir nuevos mundos, nuevas situaciones. Para poder construir junto a la comunidad acciones a nivel barrial, o a nivel ciudad, que garanticen vida digna, es decir, que garanticen derechos comunes e inversión pública para el desarrollo de los barrios, que entienda la ramificación urbana a escala humana, que no tenga una relación genuflexa con los intereses económicos, sino de diálogo, de acuerdo o disputa según sea el caso; con una voz nacional respecto a los temas locales y nacionales muy fuerte y propia; erradicando la corrupción, la falta de ética y transparencia en la gestión pública; destrabando proyectos que en la ciudad se encontraban hace muchos años olvidados. En fin, de alguna manera lo que nosotros venimos haciendo como práctica institucional nos da un piso para conectar con lo que está pasando en Chile. Ahí hay una contradicción diaria que debemos enfrentar.

Como decís, pivoteando sobre esa contradicción, el estallido de algún modo permite fortalecer los rasgos más democráticos e innovadores de la gestión municipalista, y eso impulsa seguramente nuevos desafíos. Pero al mismo tiempo, también el estallido reorganiza a la derecha, la vuelve más agresiva, le da más lugar para atacar a una gestión institucional que seguramente tiene tiempos y procesos que son más largos que los del estallido.

Las municipalidades en Chile tienen muy pocas facultades. No son como

en Argentina, en España o en Brasil, que gozan de autonomías, de plenos poderes. Tenemos baja autonomía financiera, nulo control sobre el orden público, una dependencia extrema del poder central. Empujar un proyecto de las características de la alcaldía ciudadana en un contexto normal ya es difícil. En un contexto extraordinario, adquiere una dificultad mucho mayor. Porque además se genera ahí una segunda contradicción: el gobierno local no es solo el gobierno local de un sector, sino de toda la ciudad. Entonces nosotros gobernamos con la perspectiva, las prioridades, las orientaciones de las comunidades organizadas, de los movimientos ciudadanos. No de los sectores de la elite política local, ni de los partidos tradicionales, o de los medios de comunicación tradicionales. Pero gobernamos, al final, para todos: para el mundo empresarial, para el comercio local —que no la ha pasado nada bien en esta movilización—, para aquellos que tienen o no la misma reflexión que la alcaldía. Entonces ahí también hay un complejo equilibrio que diariamente uno tiene que saber manejar.

Con respecto a la derecha: en Chile hay un sector muy grande de derecha que no tiene voluntad democrática. No es justo decir que es toda la derecha, pero sí un sector muy importante e influyente de esa derecha, de tradición pinochetista y muy conectada con los grandes poderes económicos que se construyeron en la dictadura. Tienen una voluntad democrática de baja intensidad, y eso de alguna manera se ha visto reflejado con mucha claridad de octubre al día de hoy. Para el gobierno, para Piñera, para la Unión Demócrata Independiente (UDI), para un sector importante de

la derecha en Chile, el estallido del 18 de octubre constituye un problema de seguridad pública. No lo ven como un problema de orden político, social o económico. Tanto es así que cuando a este presidente se le ha preguntado sobre la posibilidad de cambio de modelo, el discurso automático de esta derecha es decir: “¿Me está hablando de Venezuela, de Cuba?”. Es una derecha, además, con una muy baja capacidad analítica e interpretativa respecto a lo que está sucediendo. Su caja hermenéutica no da para entender lo que está pasando en el país más que como un problema de seguridad.

Y cuando la derecha detecta, en ciertos liderazgos, en ciertos proyectos, en ciertas gestiones, una práctica y un discurso distinto al resto, tanto en medios de comunicación tradicionales como en redes sociales, se pone mucho más virulenta, mucho más dura. Y eso pasa porque tenemos una derecha no muy distinta a la derecha latinoamericana: a la derecha brasilera, a la peruana, a la colombiana, para qué decir a la venezolana o argentina. Y ahí tienes, entonces, el legado en materia de derechos humanos que deja este gobierno. Con jóvenes con pérdida ocular. Acá en Valparaíso tuvimos el caso de Matías Orellana, un joven que estaba celebrando el año nuevo, y en un incumplimiento absoluto de los protocolos, Carabineros le dio un gas lacrimógeno en la cara. Tenemos fallecidos, torturados. Los informes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, del sistema de Naciones Unidas, y de Human Watch Right son categóricos en señalar que las violaciones a los derechos humanos en Chile son graves y generalizadas. Y a esta altura, creo yo, es posible afirmar que son sistemáticas. No puede



Gentileza de Jorge Sharp

ser que 400 personas tengan algún tipo de problema ocular, incluyendo aquellas que perdieron uno o los dos ojos.

Al comienzo mencionaste como un intento de cierre institucional el “Acuerdo social por la paz y la nueva Constitución”. A su vez la consulta ciudadana que se hizo en Valparaíso tuvo como resultado una cantidad de votos abrumadora a favor de una Asamblea Constituyente¹. Esas dos salidas, una por arriba y otra por abajo, ¿son incompatibles?

Buena pregunta. El Acuerdo padece de un vicio de origen muy profundo. Eso fue indicado con mucha claridad por una pluralidad de organizaciones sociales que no fueron ni siquiera consultadas respecto de lo que se acordó. Para qué decir: toda la red de cabildos y asambleas autoconvocadas que vio por televisión cómo se llegaba a este acuerdo. En segundo lugar, la Convención Constitucional, que es quizás el órgano constitucional más parecido a Asamblea

Constituyente, es eso: es parecido, pero no es una Asamblea Constituyente. Incluso desde la teoría del Derecho Constitucional, una Asamblea es un órgano soberano de plenos poderes. No es un órgano constituido como la Convención. Se constituye a sí mismo y, entre otras facultades, puede asumir poderes legislativos, como sucedió en Ecuador; o hasta definir sus formas de funcionamiento, como sucedió en algunos países nórdicos europeos. En tercer lugar, el problema de fondo no está puesto —a mi juicio— en el hilo institucional, sino más bien en las posibilidades que nos ofrece el 2020 para poder avanzar, a propósito del proceso constituyente. En el desafío que abre el 18 de octubre, que es el cambio del modelo. Ese es el problema de fondo. El hilo constitucional lo complejiza, porque le entrega a la derecha puertas, palancas, caminos para evitar que el proceso constituyente tenga esa capacidad, y más bien sea inofensivo ante la posibilidad de abordar con fuerza el problema de la estructura de desigualdad que hay en Chile. Y también el escenario 2020 tiene otra complejidad:

la fuerza política y social llamada a empujar esa propuesta de cambio de modelo no está dibujada. Que el Frente Amplio hoy día juegue ese rol es una posibilidad lejana. Entonces se abre un desafío para las fuerzas de izquierda, progresistas, para los movimientos sociales, para la ciudadanía organizada, de resolver ese problema.

Nosotros pensamos que esa fuerza política y social que intente empujar todo lo que se pueda la posibilidad de cambio de modelo tiene que estar compuesta por una variedad de fuerzas políticas y sociales. Organizaciones de trabajadores públicos y privados, de profesores y profesoras, de funcionarios de la salud estatal y municipal, funcionarios de las municipalidades, movimientos como el de No+AFP. Esa fuerza política tiene que estar compuesta, también, por fuerzas de carácter territorial, que son aquellas que precisamente han empujado todas las movilizaciones que se han dado estos meses. Ahí hay un desafío que nosotros nos hemos propuesto: el de intentar constituir a nivel nacional

una fuerza de carácter territorial, desde las asambleas, desde los cabildos, desde las coordinadoras territoriales que se han ido construyendo. Un espacio nacional que hoy no existe con nitidez, pero que es clave que exista lo antes posible. Es el actor nuevo que ha ido surgiendo de esta movilización. Y es un actor que no forma parte del Frente Amplio, menos de la Concertación, pero tampoco de las mesas de Unidad Social.

Vimos imágenes de fuertes enfrentamientos con la policía en Valparaíso por el caso de un chico que perdió su ojo y la escena de la quema de la bandera nacional. ¿Qué lectura hacés de estos hechos?

Hay un proceso de desafección de la gente respecto de ciertos símbolos. Quizás nunca hubo una afectación, pero el hecho de que en algunas ciudades de Chile hayan derribado monumentos, como en Concepción el de Pedro Valdivia es un ejemplo de eso. Pedro Valdivia es el personaje mítico de la historia chilena, que impulsó la conquista de Chile. Que en las plazas del sur se derriben ese tipo de monumentos y que, como contrapartida, en las calles se encuentren tanto banderas chilenas como mapuche, expresa algo. O que para muchos hoy la bandera chilena esté copada completamente por el color negro, o Las Tesis con el “Estado es un violador”. También es significativo el hecho de que la gente haya tomado por propia iniciativa la decisión de refundar ciertos espacios públicos cambiándole el nombre, como en el caso de la ex plaza Italia, hoy plaza de la Dignidad, en Santiago. Creo que este plano simbólico es otra de las aristas de esta dimensión destituyente, que es súper profunda. No sé si en algún país de Latinoamérica ha pasado algo de estas características en el último tiempo, con esta radicalidad. Lo interesante también para analizar es que esta dimensión destituyente tiene una relación muy tensa con la idea de liderazgo. La idea del líder o lidereza que frente a la multitud propone uno

u otro camino. Hoy día no existen liderazgos o legitimidades nacionales. Lo que existe más bien son algunas legitimidades parciales. Legitimidades territoriales, barriales. Eso no tiene nada de malo. Esas son las condiciones con las cuales hay que construir un proyecto de transformación en el Chile de hoy. Y son condiciones más interesantes que las que existían hace un par de años atrás.

Y esta inexistencia de liderazgos legítimos y reconocidos, ¿les dificulta a ustedes, como Municipio, la interlocución con las experiencias territoriales?

La dificulta bastante. En el caso de Valparaíso no se nos ha hecho tan compleja la interlocución con ese actor territorial porque nosotros veníamos dialogando con ese sector. Tampoco es una relación no exenta de sus diferencias, de sus críticas. Porque al final, las instituciones en Chile están cargadas de desprestigio, de ausencia de legitimidad. Y en particular la municipalidad de Valparaíso, que por muchos años fue una institución cargada de un manto de dudas respecto a casos de corrupción. Entonces, es difícil que la ciudadanía de un momento a otro confíe en la cuestión institucional. Va a ser un proceso. Y ese proceso, en primer lugar, guarda relación con el origen, la voluntad, la orientación que tengan los proyectos de conquista del poder local, la lógica abajo-arriba. Y en segundo lugar: una vez que se conquista el poder local, mantener una práctica política de abajo-arriba. La institución está hecha, tanto en su estructura legal, en su dinámica funcionaria, en sus límites, para complotar contra esa idea. Está hecha para que todo siga exactamente igual. Por eso es muy importante contar con una práctica que dibuje la relación abajo-arriba. No solo la lógica impugnatoria, sino también la productora, la que permite la constitución o institución de situaciones nuevas. Es lo que tratamos de hacer en la ciudad, en algunos casos con éxito, en otros con problemas.

¿Qué mecanismos de participación fueron construyendo a nivel municipal para que esta relación abajo-arriba fluya, para que los impulsos de las fuerzas territoriales encuentren modos de canalización institucional?

Hemos impulsado varias lógicas participativas bien interesantes que han determinado momentos de cambio en la ciudad. Una línea de trabajo nuestra es poner en el centro la planificación participativa. Una de nuestras primeras acciones como gestión –en conjunto a actores territoriales que por años habían estado luchando contra las construcciones en altura en los cerros de la ciudad– fue impulsar modificaciones sustanciales en el Plan Regulador Comunal. Fue un proceso inédito en la historia participativa de Valparaíso. Pasamos de alturas ilimitadas de construcción en los cerros a alturas de 7, 9 o 12 metros para resguardar los barrios a 2, 3 o 4 pisos. La propuesta que presentamos al Consejo Municipal para su votación fue la propuesta que construimos con la comunidad. Y con la comunidad la empujamos a pesar de no tener mayoría en el Consejo y logramos que se impusiera. Fue un avance sustantivo en esa dimensión. Por otro lado, venimos trabajando en un segundo proceso de planificación participativa, relacionado al Plan de Desarrollo Comunal, que es el instrumento orientador que toda municipalidad tiene que tener. Hace siete años que no existe Plan de Desarrollo Comunal en Valparaíso. La administración anterior no lo realizó. Veníamos desarrollando un proceso participativo en asambleas territoriales muy interesantes donde participaron más de 3 mil personas, pero que no pudimos concluir porque nos apareció el 18 de octubre. Y los incendios y todo lo que se les pueda ocurrir. Luego, también hemos desarrollado algunos procesos participativos en función de avanzar en garantizar condiciones de vida digna o derechos comunes, como los llamamos acá. En Valparaíso existe una red de salud popular complementaria a la red de salud

LA INSTITUCIÓN CHUPA MUCHO, TIENE UNA FUERZA MUY POTENTE PARA QUE TODO SIGA EXACTAMENTE IGUAL A COMO ESTÁ.

pública municipal con cuatro farmacias populares, dos ópticas populares, un centro de salud para adultos mayores y una ortopedia popular. Y este año vamos a inaugurar un laboratorio popular. En la mayoría de estos dispositivos de salud existen procesos participativos que empujan para que exista, pero también la gente, las organizaciones sociales, ocupan un rol en la administración o en la gestión de algunos de esos dispositivos. Por lo tanto, se da la lógica de la coparticipación o de la cogestión. Es decir, la existencia —como diría Pierre Dardot— de servicios públicos de control comunitario. Desde arriba, claro, ves al Estado creando una farmacia popular, pero desde abajo ves un proceso participativo. Tampoco es sencillo: las comunidades inciden en la forma en que dicho servicio se presta.

Lo mismo hicimos con un proyecto de vivienda inédito en nuestra ciudad, que es el proyecto Nuevo Amanecer. Nosotros, el 2 de enero de 2017, asuimos con un incendio, se quemaron 500 casas. Y con un grupo de familias, que terminaron siendo 48, impulsamos un proceso de diseño participativo de las casas². Estamos hablando de 48 viviendas, de 64 metros cuadrados, de dos pisos, de dos baños, cuatro dormitorios, acceso universal, paneles solares. Como estas casas están ubicadas en un sector muy ventoso de Valparaíso, son con ventanas de termopanel. Estarán en un terreno municipal. Cuando el estándar en materia de vivienda social del Estado, en términos de metraje, es de 55 metros cuadrados, nosotros logramos hacer algo mejor. También las planificaciones en materia de salud o educación todos los años son realizados, de forma

sistemática, mediante mecanismos de participación de los trabajadores, de las comunidades educativas. Hemos ido empujando hacia allá. Nos propusimos y les propusimos avanzar en la lógica del co-gobierno local. Y estamos en ese proceso. Todavía no tenemos muy claro los alcances de esa manifestación de voluntad, de esa orientación, pero sí pensamos que hacia allá hay que avanzar. Otra forma en la que se expresa la participación es el control que algunas comunidades ejercen respecto a ciertos recursos del territorio, como aquí son las canchas de fútbol, donde las asociaciones de deporte tienen incidencia en las programaciones, en la forma en que se realizan las mejoras, en la designación de los funcionarios a cargo del control de los espacios.

Estos ejemplos que comento no son aislados, constituyen una práctica que nos permite que las ciudades se constituyan en fábricas de democracia participativa. Eso es lo que tratamos de hacer. Ahora, así como hay un libro para poder escribir todas las cosas interesantes que hemos hecho, hay otro libro también que nos indica todos los problemas, los errores, los aprendizajes que esta gestión ha tenido que asumir a porrazos para poder mantener nuestra orientación. En el momento en que nos descuidamos, y yo no puedo asegurar que no nos haya pasado, nos podemos convertir en lo que no queremos ser. O sea, la institución chupa mucho, tiene una fuerza muy potente para que todo siga exactamente igual a como está.

La última, y pensando en el proceso constituyente abierto, ¿qué nudos políticos podría contener una nueva

Constitución en función de fortalecer estas política desde abajo?

La pregunta tiene dos dimensiones. Una primera: todos aquellos que estamos en los territorios, en distintos planos, ya sea en el plano institucional, en el plano de la dirigencia social, en el plano del activismo ciudadano, de la militancia política, con mucha fuerza todos y todas tenemos que empujar el proceso de la constitución de un actor territorial a nivel nacional. Ese actor, en lo nacional, y como actor coordinado, ha estado ausente. Y el escenario demanda su irrupción. Quizás si ese actor hubiese estado en noviembre, cuando se suscribió ese famoso Acuerdo, otro escenario tendríamos en Chile. Tiene alta relevancia. Ahora, este actor por sí solo no podrá empujar un proyecto de transformación democrática a nivel nacional. Tiene que ponerse necesariamente en articulación, en lógica coalicional, con otras fuerzas políticas, con otras fuerzas sociales, que también han jugado y van a seguir jugando un rol muy importante, como pueden ser las mesas sociales, que agrupan principalmente a las organizaciones sindicales, o a organizaciones que luchan por ciertos derechos, como el movimiento No+AFP, a propósito de las pensiones. O con el tejido estudiantil universitario y secundario. Y también tener una posición, un diálogo con aquellas fuerzas políticas que también estén comprometidas con el cambio del modelo. Hay que dibujar un espacio. Son dos movimientos: por una parte, la irrupción de este actor territorial, pero a su vez, la puesta en diálogo de este actor con otros mundos, con otras fuerzas que han jugado un rol relevante en estas jornadas de protestas.

EL ESPACIO PÚBLICO HA SIDO UN TERRITORIO PERMANENTEMENTE EN DISPUTA.

pleja. Más en una lógica de demanda al Estado que en una lógica de resolución propia. También se abren oportunidades para poder reconceptualizar la democracia. La democracia no es el ejercicio de una especie de Iglesia laica de votar cada cierto tiempo, como si fuese un ritual. La democracia tiene que ser un instrumento vivo que suponga votar por las autoridades, pero también lógicas de participación y de incidencia. Esto está muy presente en el 18 de octubre y hasta ahora no existe. La gente está demandando incidir, ser escuchada, participar en la toma de decisiones del barrio, de la ciudad y del país. Mucho más allá que lo que hoy día la democracia chilena, muy tradicionalmente neoliberal, otorga como posibilidad.



[1] Entre el 11 y el 15 de diciembre de 2019 la municipalidad de Valparaíso, junto a otras 225 comunas de Chile, realizó una consulta ciudadana en la que se preguntaba sobre la voluntad de cambiar la Constitución y la modalidad para hacerlo. Los resultados arrojaron que el 80 % de las personas que participaron de la consulta optaron para la opción de impulsar una nueva Constitución.

[2] El Proyecto habitacional Nuevo Amanecer acaba de ser aprobado de manera unánime por la Municipalidad de Valparaíso y será construido a partir del primer semestre del 2021.



Y en segundo lugar, ya más en la lógica de las propuestas, el proceso constituyente puede ser una oportunidad para poder reconceptualizar al Estado en su lógica más de las esferas o dimensiones de poder. Nosotros pensamos que se abre una oportunidad para empujar algo así como un nuevo municipalismo en Chile. Donde las municipalidades no sean administradoras de pobreza, sino efectivos gobiernos locales con capacidad de producir situaciones nuevas en los territorios. Instituciones con poder

de impulsar proyectos de desarrollo que interpreten los intereses de amplias mayorías. Gobiernos locales con capacidad para hacerse cargo de desafíos claves para el futuro del globo, como es la emergencia climática, que en Chile ha tenido ya un impacto gigantesco, y que en Valparaíso en particular se refleja en la crisis del agua que padecemos. Los sectores que se quemaron en Valparaíso son sectores que hace 40 años demandan agua potable. Pero las municipalidades, ante ese desafío, están en una posición extremadamente com-

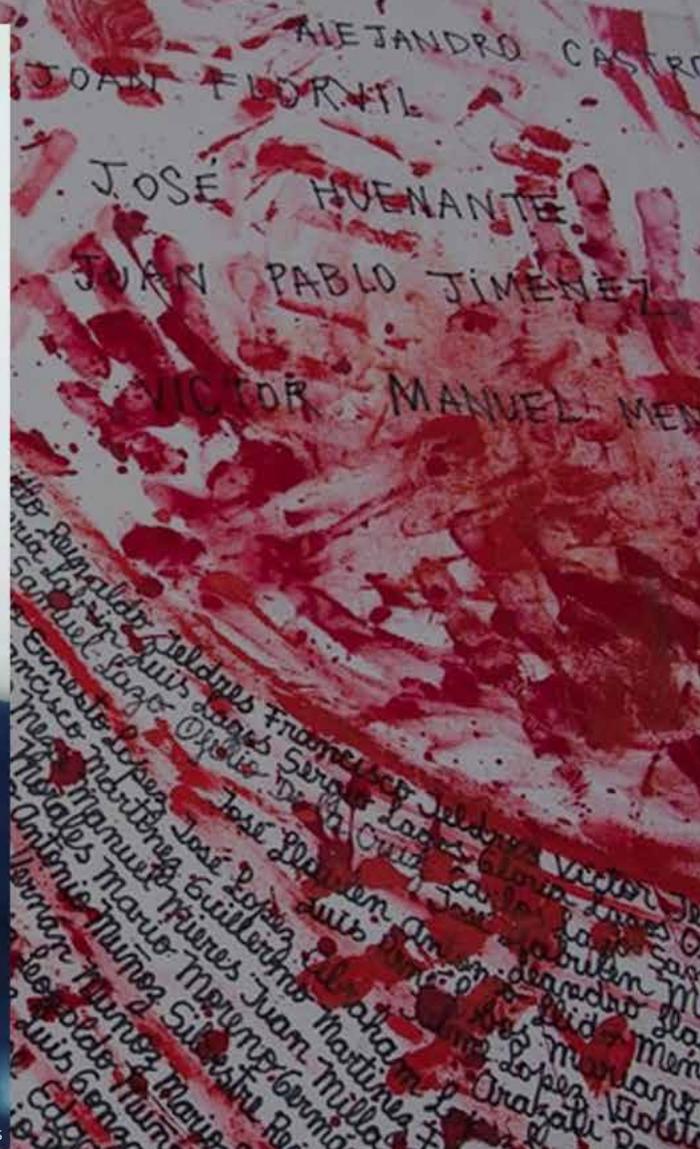


Camila Rojas: “El Congreso es un órgano impotente tal como lo diseñó la Constitución del año 80”

Diputada por Comunes-Frente Amplio y ex presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile // El movimiento estudiantil y la lucha contra la deuda // “El estallido está vinculado con el agotamiento de un sistema que se instaló durante la dictadura, que se profundizó en los gobiernos posteriores, y que agobia la vida. La sociedad chilena fue muy paciente esperando que las cosas se arreglaran, pero llegó un punto en el que el abuso no se toleró más”.



Gentileza de Camila Rojas



CAMILA Rojas Valderrama nació en la ciudad de San Antonio en la región de Valparaíso, en una familia de trabajadores: su padre es obrero de la construcción y su madre, modista. Llegó a la política vía la revolución pingüina (2006), una gran movilización estudiantil, con tomas y protestas, en favor del derecho a la educación y en contra de la privatización impuesta durante la dictadura de Augusto Pinochet. Luego, siendo parte de Izquierda Autónoma, fue presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y vocera de la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) en 2016. En 2018, asumió como diputada del Distrito 7 de la región de Valparaíso por el partido Comunes, del Frente Amplio, y se convirtió, con 26 años, en la política más joven del Congreso. No le tocó una coyuntura sencilla.

La experiencia de las luchas estudiantiles contra la mercantilización de la educación se extiende en su práctica legislativa. Entre 2018 y 2021 integró la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados donde presentó un centenar de propuestas y trabajó especialmente en proyectos vinculados a desarmar el sistema de financiamiento de la educación superior, vía el Crédito con Aval del Estado (CAE), una máquina de endeudamiento masivo de los jóvenes ingresantes a la universidad. “Hoy se invierte más en educación que en los 90. Pero lo que se invierte va a parar a manos de privados que proveen esos servicios. Todo es un negocio basado en un tipo de Estado ‘subsidiario’, que es un Estado muy gordo, pero para entregar subsidios al sector privado”, explica. Nos encontramos con ella en el café del Congreso de la Nación en la ciudad de Valparaíso y conversamos sobre las razones del estallido, la tensión creciente entre el gobierno y los

estudiantes durante los meses previos, la política institucional, la izquierda y la perspectiva de futuro: “El estallido está vinculado con el agotamiento de un sistema que se instaló durante la dictadura, que se profundizó en los gobiernos posteriores y que agobia la vida. La sociedad chilena fue muy paciente esperando que las cosas se arreglaran, pero llegó un punto en el que el abuso no se toleró más”, dice.

En un estallido como el del 18 de octubre de 2019 hay malestares muy concretos y palpables que revientan, pero también un acumulado de luchas y de organizaciones que se pueden ir rastreando en los últimos años. ¿Qué está en la base de la revuelta?

Es inevitable pensar el estallido del 18 de octubre y todo lo que le siguió vinculado a, por lo menos, 15 años de movilizaciones muy masivas; desde



EN CHILE LA VIDA ES MUY CARA, LOS SUELDOS SON BAJOS, LAS PENSIONES SON BAJAS. ORGANIZARSE ES EL TRIPLE DE DIFÍCIL.

el 2006, con la “revolución pingüina” y luego, en el 2011, con la movilización estudiantil universitaria. El movimiento No+AFP se empieza a organizar en 2013, pero en 2016 arman un plebiscito autoconvocado que movilizó a más de 1 millón de personas. El movimiento feminista con el 8M de 2018. Son varios momentos previos que se conectan entre sí. Había mucho malestar acumulado en Chile; mucho malestar con el modelo de mercantilización de los servicios sociales más básicos —el agua, las pensiones, la salud. Todo en Chile es un negocio: los recursos naturales y los derechos sociales. Pero eso no significa que el Estado no invierta mucha plata en cada uno de esos temas: si uno mira los últimos 30 años en Chile, se invierte más en educación hoy que en los 90. Pero lo que se invierte va a parar a manos de privados que proveen esos servicios. Todo es un negocio basado en un tipo de Estado “subsidiario”, que es un Estado muy gordo, pero para entregar subsidios al sector privado. Y todo esto fue incubando un malestar que se fue acumulando.

Hubo un disparador. Subió el pasaje en el metro en Santiago, y eso generó cierta convulsión. Los secundarios se organizaron para saltarse los torniquetes y eso prendió, como se ha dicho. Más gente se sumó, más gente se sumó y el gobierno prefirió no escuchar. El gobierno fue un factor decisivo para que el conflicto haya llegado al nivel que llegó porque tuvo una disposición muy negativa respecto de las demandas. Se pudo haber detenido de inmediato el alza del pasaje y quizá todo se acababa ahí. Pero no, prefirió no escuchar, no poner atención. Y el conflicto se agudizó, fue creciendo, y en el estallido se juntan todos los malestares. Entonces, ya no es un problema sectorial, sino que el problema es el sistema en su conjunto.

Igualmente, esta actitud del gobierno de Sebastián Piñera no es novedosa, ya que desde el comienzo sus ministros se han caracterizado por estar muy fuera de la realidad cotidiana de la gente común. Dijeron muchas frases desafortunadas durante este último tiempo. Como la del subsecretario de salud, Luis Castillo, que cuando se lo interpeló por las esperas en los sistemas de salud dijo que la gente iba temprano a los consultorios porque le gusta conversar, ¿se entiende? Es una de las más icónicas, pero es una más en una serie que muestra mucha desafección con la sociedad, con el malestar que genera no tener acceso a una salud o a una educación digna, si es que no tienes plata. Y se mezcla con esta sensación de que se están riendo en tu cara. Piñera es un empresario y su gobierno tiene una relación muy marcada con el gran empresariado, un sector que en los últimos 30 años fue muy favorecido en Chile, en detrimento del resto de la población. Pero llegó un momento en el que esa población dijo basta, ya no toleramos más esta situación de injusticia, de abuso, de corrupción.

En estos últimos tiempos, en Chile explotaron muchos casos de abuso empresarial, como la colusión de los precios de los pollos y del papel higiénico Confort. Es decir, además de tener todas las facilidades, los empresarios abusan. Y también casos de corrupción en instituciones en crisis, como las Fuerzas Armadas o el Congreso. Hubo leyes que fueron pagadas, como la Ley de pesca. Estas crisis, este abuso, esta injusticia fueron como una olla de presión. La sociedad chilena fue muy paciente esperando que las cosas se arreglaran, pero llegó un punto en el que el abuso no se toleró más. Además, hubo un discurso muy potente de las elites gobernantes y empresariales de que estábamos muy

bien, que éramos los jaguares de Latinoamérica. Eso está muy instalado.

Entonces, ¿pensás que el gobierno tuvo una incapacidad para entender y gestionar el conflicto, y apeló a la criminalización y a la represión como principales recursos para vincularse con lo que estaba pasando?

Sí, totalmente. No se puede perder la perspectiva de que fue un año muy marcado por medidas represivas para los estudiantes secundarios, sobre todo los de la región metropolitana. Y en particular a partir de una medida, llamada Aula Segura, que fue implementada específicamente para una categoría de colegios, muy propios del modelo chileno, que son los colegios “emblemáticos”: colegios muy antiguos, de excelencia, que históricamente seleccionaron estudiantes a los que les iba bien. Funcionaban como una línea de movilidad social, porque acceder a uno de esos colegios garantizaba que en la prueba de ingreso a la universidad te fuera bien y, por lo tanto, tuvieras un futuro más “seguro”.

La educación pública en Chile hace décadas que está en una situación muy crítica, con pocos estudiantes, pero estos colegios son la excepción. Incluso, son los colegios que los gobiernos eligen para meter más plata. Durante el primer gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014), se extendió este modelo de colegios emblemáticos de la región metropolitana al resto de las regiones, con la idea de que hubiera un colegio bueno por ciudad, que recibiera a los estudiantes, los seleccionara, les sacara el máximo potencial y los prepara para que les fuera bien en el ingreso a la universidad. Les pusieron el nombre de Liceos Bicentenario. Luego, en el segundo gobierno de Michelle Bachelet



(2014-2018), se promulgaron una serie de leyes que impidieron esta selección de estudiantes para colegios “de excelencia”, que en definitiva son muy excluyentes para chiquillos que no tienen las mejores condiciones.

El punto es que estos colegios emblemáticos de la región metropolitana —el Instituto Nacional, el liceo Barros Borgoño, el Barros Arana, el Liceo 1 de niñas, el Carmela Carvajal, etc.— han sido protagonistas centrales de todas las movilizaciones estudiantiles. En particular, los de varones —porque estos colegios tienen la estructura del Chile del siglo XIX, de cuando se empieza a expandir la educación en nuestro país, y están divididos en colegios de varones y colegios de mujeres.

Durante los últimos meses, el último año, todo empezó a tomar un cariz muy crudo, cada vez más tenso, como un juego: a más represión, más movilización, a más represión, más movilización. Lo cierto es que en el comienzo eran grupos

más bien pequeños, pero el gobierno optó por una criminalización masiva de estos colegios. En ese marco, el oficialismo presenta la Ley Aula Segura, que nosotros rechazamos desde el Frente Amplio, pero que salió igual. La Ley les da más facultades a los directores de colegio para que puedan suspender o expulsar a los estudiantes “conflictivos”. Nosotros nos opusimos porque planteamos que en Chile ya están regulados los delitos que se tomaron como fundamento de esta ley. Por ejemplo, si tiras unas molotov es un delito que tiene su penalización —en Chile hay responsabilidad penal adolescente. Pero el gobierno insistió con ponerlo como un tema de prioridad nacional, cuando la realidad de los colegios en Chile no es la de este pequeño grupo de colegios, tres o cuatro, dentro de los colegios emblemáticos.

Pero una vez que se aprobó la Ley todo se empezó a agudizar y el conflicto se fue expandiendo. A los cabros se les molestó, se los enfrentó con los carabineros. En vez de intentar identificar los grupos

más conflictivos, los más violentos, les hacían a todos los cabros control de mochilas, a la hora de entrar a la escuela e, incluso, en el metro. Un procedimiento ilegal, según denunció la Defensoría de la Niñez, que es una institución nueva en Chile. Lo último había sido el pedido del alcalde de derecha de la comuna de Santiago, Felipe Alessandri, de que Carabineros ocupen el techo del Instituto Nacional. Ese era el nivel de tensión antes del estallido.

Del lado de los estudiantes no es que hubiera líderes, todo era más espontáneo. Están los grupos tradicionales estudiantiles, pero sobre todo hay una situación masiva de espontaneidad; muy diferente al 2006 o 2011, que había cierta organicidad, asambleas y dirigentes. He hablado con cabros de secundarios y la dinámica es muy de Instagram: un mensaje y vamos, nos saltamos los torniquetes. Y si prendía, bien; y si no, no. Y empezó a funcionar. Pero no hay una organicidad militante como se la entendía más tradicionalmente. La crisis de las instituciones no sólo toca al Congreso, a la Iglesia o a las Fuerzas Armadas. También toca, por ejemplo, a los sindicatos. En Chile, las tasas de sindicalización son muy bajas. Es un sector que no ha podido sobreponerse a la dictadura. En definitiva, la impugnación es para todas las organizaciones. Dentro de eso, la organización estudiantil tampoco toma el rol de liderazgo, de tener una cara como líder. Muy distinto al 2011, donde nosotros teníamos a Giorgio Jackson, a Camila Vallejo, es completamente diferente. Yo tengo 28 años y soy la diputada más joven de la Cámara, y creo que logro entender, aunque me cuesta, estas nuevas formas. Pero piensa tú en la gente más grande, ¡les parece una locura! Todos esperan poder hablar con alguien, poder negociar con alguien, y acá no hay nada de eso. En cierto sentido, esto se inauguró con las movilizaciones feministas, con la ola feminista de 2018 y con las tomas que hubo en ese momento. Ahí tampoco

había líderes claros, no había chiquillas que asumieran la posición de liderazgo, todo era mucho más horizontal. Desde una perspectiva más tradicional de la política es muy difícil de entender esto.

Entre este rasgo más espontáneo del movimiento estudiantil y esa perspectiva más tradicional de la política, hay también otros movimientos con mayor capacidad de hacer esa traducción, en términos de prácticas, pero también de saberes políticos y militantes. Pienso en el movimiento feminista, o en la Coordinadora No+AFP, que en cierto modo, dialoga con la tradición sindical, con las actuales organizaciones gremiales y con el mundo del trabajo. ¿Ves ahí formas masivas de organizar los malestares y dar cause a los deseos de participación?

Sí, claro que el movimiento estudiantil es siempre de los más jóvenes, de los más chicos, y tienen esa característica de la horizontalidad muy marcada. La Coordinadora No+AFP, en cambio, le aporta al movimiento una cuestión generacional, la posibilidad de sumar gente adulta, más vieja. Y, en parte, el movimiento feminista también tiene eso, porque en Chile, el movimiento feminista no nació en 2018. El movimiento feminista y No+AFP le incorpora un componente intergeneracional muy relevante que hace que, desde el 18 de octubre, los malestares y las demandas sean muy transversales, no solo de los más chicos. Los más chicos están ahí, en la primera línea, con más fuerza, pero tú le puedes preguntar a las personas más viejas y no son nada indiferentes a los abusos y las injusticia, se sienten identificadas con las demandas de este movimiento.

Respecto de la Coordinadora Nacional de Trabajadoras y Trabajadores No+AFP, yo la conozco mucho y soy muy fanática de su trabajo. Como organización y como demanda explotó justo en el momento en que presidí la FECH, la

ES TODA LA POLÍTICA INSTITUCIONAL, NO SOLO LA DE IZQUIERDA, LA QUE ESTÁ EN CRISIS.

Federación de Estudiantes de Chile. Entonces, estuve mucho con Luis Mesina y conocí su organización. Yo vengo de San Antonio, y he visto la formación ahí de la Coordinadora. Efectivamente participaba mucha gente. Todas las regiones tienen una coordinadora, que a su vez forman muchas asambleas a nivel nacional. Y tienen su gente que milita mucho. No es un espacio partidario, pero sí muy político, muy de organización de base. Y, al mismo tiempo, es un movimiento muy potente en términos de acciones directas. Por ejemplo, como las pensiones en Chile se organizan en distintos fondos (A, B, C, etc.), de más riesgo a menos riesgo, una vez llamaron a cambiarse a un fondo determinado, el fondo E, y mucha gente se cambió. O, en otro momento, llamaron a que la gente saliera de un AFP, porque esa AFP había cometido abusos, y la gente iba y se salía. En ese sentido, no deja de sorprenderme lo que ellos lograron como organización. Porque, como decíamos, además es gente adulta, grande, no como nosotros que veníamos del mundo estudiantil. El campo universitario es muy privilegiado desde el punto de vista de la posibilidad de organizarse. Hay espacios reservados para eso dentro de la universidad, tiempos más flexibles. Pero en el mundo del trabajo, de donde viene la gente que participa de la Coordinadora, son vidas muy agobiadas. En Chile la vida es muy cara, los sueldos son bajos, las pensiones son bajas. Organizarse es el triple de difícil. Y ellos logran generar eso, que la gente asuma su participación en la Coordinadora No+AFP como una militancia. Y está desde el 2016 hasta ahora. Como todo movimiento, hubo un reflujo, un momento de menos participación, pero cuando hacen el plebiscito participa más de 1 millón de personas. Esto también permite entender lo

absurdo de un gobierno que dice que no sabía que había ciertas demandas, ciertos malestares en la población. Se movieron 1 millón de personas diciendo que querían que terminara el sistema de pensiones.

En una entrevista, a dos meses del estallido, Carlos Ruiz Encina propuso una suerte de fórmula que decía: “En Chile hay un pueblo sin izquierda y una izquierda sin pueblo”. Y algo de eso también fuimos pudiendo relevar en la calle, en las asambleas, en la misma plaza de la Dignidad, donde escuchamos muchas críticas al distanciamiento entre la izquierda y los malestares sociales que están en la base de la revuelta del 18 de octubre. ¿Pensás que esa distancia existe? ¿Y cómo pensás que se resuelve?

Yo soy del mismo grupo que Carlos, me formé con él, así que tenemos una visión muy parecida. Carlos tiene un libro que publicó hace un par de años, *De nuevo la sociedad* (Editorial LOM, 2015), donde plantea esta crisis de legitimidad de la política chilena, y que ha sido un libro de referencia para varias de nosotras y nosotros. La tesis principal, precisamente, es el distanciamiento en-



tre sociedad y política, como dos esferas que están operando a niveles distintos, a tal punto que la política institucional no logra visibilizar ni resolver los problemas de la sociedad. Yo comparto esa tesis. Pero me parece que, como les decía, hay que extenderla a otras instituciones: de las Fuerzas Armadas a los sindicatos, atraviesa a todas las organizaciones. Con grados distintos —porque, obviamente, la responsabilidad que tenemos nosotros que entramos recién es distinta que los que llevan 30 años—, pero todos estamos siendo impugnados en este momento, no hay excepción.

Luego, también es problemático cuando se dice “la izquierda”, no solo por la dificultad de rearticulación luego del golpe del 73 y de la represión que implicó la dictadura, sino porque, además, los gobiernos de la Concertación, que fueron muy neoliberales, se identificaban como de centro-izquierda: el Partido Socialista que históricamente se lo reconoce como un partido de izquierda o de centro izquierda, junto a la Democracia Cristiana, que más bien es de centro. Todo esto genera una crisis de valores y de sentido.

Si pensamos en el plano de la educación, es verdad que fue la dictadura de Pinochet quien la privatizó, quien municipalizó las escuelas y generó las condiciones para la situación crítica que vive la educación pública desde hace décadas. Pero luego, la crisis se da con los gobiernos de la Concertación. Es cuando más se reduce la matrícula pública en las escuelas y en los liceos, pero también en la educación superior. Cuando más universidades privadas se crean es con la Concertación. Si uno mira lo que hace la Concertación durante los 20 años que gobierna, son políticas muy neoliberales. Y así con cada uno de los temas.

Entonces, si se plantea el problema en términos de una crisis de la identidad de izquierda, creo que es evidente. Luego, hay una izquierda que fue extrapar-

lamentaria mucho tiempo, que es el Partido Comunista. Y estamos nosotros, el Frente Amplio, que entramos a raíz de habernos conformado al calor de las movilizaciones estudiantiles que van de la década del 2000 hasta ahora. Pero hay una dificultad grande, porque llegamos acá y la situación del Congreso Nacional es de alta deslegitimación. Piñera tiene un nivel de aprobación muy baja, pero el Congreso también. Quiero decir: es toda la política institucional, no solo la de izquierda, la que está en crisis.

Así y todo, llega este momento, nosotros estamos en el Congreso y el Congreso tiene que responder a las demandas sociales. Pero, a su vez, este Congreso es un órgano muy impotente, muy limitado respecto de los proyectos que puede presentar y de sus áreas de incumbencia, tal como lo pensó y estructuró la Constitución neoliberal del año 80, de Jaime Guzmán. Está muy bien hecha la Constitución chilena, opera muy a favor de las elites gobernantes. Chile es un país muy presidencialista. Es la presidencia la que decide la prioridad de los proyectos; es la presidencia la que presenta todo lo que tiene que ver con la plata, con el presupuesto, con las modificaciones en el sector público; todo lo que tiene que ver con el trabajo, con el derecho a huelga, con las pensiones; sólo lo puede presentar la presidencia. Entonces, tu puedes tener un muy buen proyecto, pero que nunca va a ser tratado porque es la presidencia la que define las urgencias y los tiempos en que se tratan. El Congreso no es un contrapeso real a la presidencia. Y si hoy día, en alguna medida, logra serlo, logra canalizar las demandas sociales, es porque el gobierno está en una situación muy crítica y la presión social es muy fuerte.

En ese contexto, no ha sido fácil sostener una estrategia “institucional”, sobre todo porque, como decía, el Congreso es una institución impotente y en crisis. No es fácil diferenciarte

ahí adentro. Y cuando te metes acá, es bien difícil mantener la conexión con el afuera, tienes que hacer un ejercicio muy consciente de conexión con la sociedad para lograrlo. En el caso del Partido Comunista o del Frente Amplio, nosotros nunca dejamos de participar en las movilizaciones. Y así y todo, es muy difícil de llevar esa dualidad entre estar en las movilizaciones y estar en el Congreso. Pero ese es un camino no exento de dificultades. La izquierda no ha logrado avanzar tan rápido como la sociedad en términos de organicidad, de ponerse a la “vanguardia”, en el sentido de identificar cuáles son las demandas sociales y lograr avanzar en esa dirección sin desviarse en el camino. Pero a pesar de todas estas dificultades, yo pienso en términos pragmáticos y digo que si no estuviéramos nosotros, si no estuviera el PC, este Congreso funcionaría peor. Y hasta los partidos de centro-izquierda, como el Partido Socialista, se han visto tensionados y reaccionaron ante las demandas sociales. A esto se suma lo que decía al principio, que durante mucho tiempo los gobernantes se definían como de centroizquierda, pero lo que estaban haciendo era funcionar igual que la derecha aunque tuvieran algunas diferencias. Por eso la impugnación es a todo lo que hubo estos últimos 30 años.

Evidentemente, hay una crisis del sistema en su totalidad. Hay quienes prefieren —por una cuestión ideológica y partidaria— no pensar que es una crisis del sistema, pero a todas luces me parece que esta crisis es parte de algo mayor. Las sociedades siempre tienen conflictos, situaciones críticas, necesidad de cambio. Pero esta situación chilena está completamente vinculada con el agotamiento de un sistema que se instaló durante la dictadura, que se profundizó en los gobiernos posteriores y que agobia la vida. Entonces, era más o menos evidente que iba a haber, tarde o temprano, un estallido como éste.



EL PROCESO CONSTITUYENTE ES UNA OPORTUNIDAD PARA GENERAR O REGENERAR ESE VÍNCULO ENTRE SOCIEDAD Y POLÍTICA.

Comenzaste tu larga trayectoria en el movimiento estudiantil luchando, en el 2006, contra el endeudamiento de los estudiantes universitarios mediante los Créditos con Aval del Estado (CAE) y luego, como presidenta de la Comisión de educación de la Cámara de Diputados, presentaste un proyecto clave que va en el mismo sentido de aquellas luchas, el proyecto¹ Chao DICOM, ¿qué problema está en la base de este proyecto?

Me parece un proyecto importante. No soluciona todos los problemas que tiene

la educación chilena, pero creo que soluciona un problema muy concreto que tiene que ver con que hoy, cuando tu tienes una deuda por un crédito por educación, apareces en el DICOM², como con cualquier otra deuda, como si fuera una deuda comercial o por un auto. Y lo cierto es que son situaciones muy diferentes porque esos jóvenes se endeudaron para educarse. Cuando tu firmas a los 18 años, no sabes qué estás firmando, porque a ti te dicen: “Mira, es un beneficio, vas a poder estudiar gratis este tiempo, pueden pasar dos años sin que pagues y después vas a empezar a pagar en unas cuotas muy pequeñas”. Entonces, los chiquillos van y firman, y tarde se enteran de las consecuencias de esa firma. De hecho, el Servicio Nacional del Consumidor —que aunque parezca ridículo, termina actuando muchas veces como protector en los casos de estudiantes endeudados— caracterizó de “vulnerable” la situación de los jóvenes que a los 18 o 19 años fueron

incitados a endeudarse, en algunos casos a tasas altas y por mucho tiempo, bajo la promesa de un ascenso social improbable.

Cuando los estudiantes no pagan los pasan al Boletín Comercial. Y estar ahí les impide, entre otras cosas, sacar un crédito hipotecario. No solo que estás endeudado con la educación, sino que no puedes tener una casa. También te limita a la hora de conseguir trabajos, dado que muchas veces un requisito es no estar en el Boletín Comercial. Y hubo casos de chiquillos a los que no quisieron operar en una clínica por figurar en el DICOM. Entonces, la cuestión tiene un impacto transversal en la vida de quien figura en ese boletín de deudores, algo que evidentemente no se consideró cuando se creó el crédito. No es solo estás endeudado porque te educaste, sino que impacta en toda tu vida, porque finalmente funciona como un crédito al consumo, y si tú tienes

una deuda por un crédito de consumo significa que no puedes acceder a una serie de otras cosas. Porque como en Chile la vida es muy cara y los sueldos y las pensiones son bajas, el endeudamiento es una forma de sobrevivir. Las últimas cifras dicen que hay alrededor de dos millones de personas con algún tipo de endeudamiento educacional. La cifra de endeudamiento general es aún mayor. Se mezcla que estás endeudado por educarte con todas las otras posibles deudas que tiene un grupo familiar.

Pero el problema no empezó ahora. A raíz de mi participación en el movimiento estudiantil, desde 2013 veníamos trabajando con agrupaciones de endeudados y endeudadas cuando esto ya se avizoraba como un problema, pero no tenía la masividad que tiene hoy.

Jan de lo que estudiaron, pero sus sueldos son bajos y muy precarias sus condiciones de trabajo.

Cuando Lagos crea el CAE, decía que eso iba a significar la incorporación de 300 mil nuevos estudiantes a la educación superior. Pero, al final, la cifra fue de 1 millón 200 mil. Se aumentó la matrícula. Se quintuplicó pero sin planificación ni regulación, con carreras y universidades que se abrieron y se cerraron: la Universidad del Mar, la Universidad Iberoamericana, la Universidad del Pacífico³. Hay muchos estudiantes endeudados que no pudieron seguir sus carreras donde la comenzaron. Luego, aprovechándose de esa desregulación, hay universidades muy buenas, pero hay otras no tan buenas. En Chile la heterogeneidad de la educación superior

A comienzos de 2018 impulsamos como Frente Amplio la formación de una comisión investigadora en la Cámara de Diputados para recopilar información sobre deudores y estudiantes afectados por el CAE. Lo que se venía denunciando y nosotros veníamos detectando era una serie de abusos por parte de los bancos que otorgan y cobran los créditos. Y que, a su vez, nos parecía que el Estado —que había propuesto la Ley, diseñado y promovido esta modalidad— no podría desresponsabilizarse de los efectos que esta política tiene sobre la población, en este caso, de los estudiantes endeudados y sus familias. Por eso cuando hicimos esta investigación la dividimos en cláusulas abusivas, que son del contrato, y otras que son situaciones que la Ley permite. Los bancos tienen muchas prácticas abusivas. Por ejemplo,

HE HABLADO CON CABROS DE SECUNDARIOS Y LA DINÁMICA ES MUY DE INSTAGRAM: UN MENSAJE Y VAMOS, NOS SALTAMOS LOS TORNIQUETES.

En ese momento nos movilizamos y denunciábamos públicamente la situación. En 2016 se cumplió una década de la instauración del Crédito con Aval del Estado (CAE) —creado en 2006 bajo el gobierno de Ricardo Lagos para financiar el ingreso de los estudiantes a las universidades— lo que implicaba que ya hubiera camadas de endeudados. La deuda se había vuelto un problema masivo. Y se caía a pedazos la promesa de futuro asegurado con la que se asoció la educación superior en los '90 y a comienzos de los 2000, que justificó la creación del CAE que hizo que los jóvenes y sus familias se endeudaran.

Lo cierto es que hoy hay mucha gente que estudió pero que no tiene pega [trabajo] de lo que estudio; mucha gente que no terminó su carrera, pero igual está endeudada; muchas personas que traba-

y de los Institutos de formación técnica es brutal. Es decir, fue menos la ampliación de un derecho que una posibilidad de negocios privados. Se masificó la educación superior de un modo no planificado, o planificado por el mercado. Todo esto está documentado.

Un problema es que los estudiantes endeudados por el CAE no están amparados por la Ley de créditos, porque ya el CAE es una ley especial, específica. Los deudores educacionales en Chile tienen una situación peor que cualquier otro deudor, porque a los otros deudores —de un crédito hipotecario, de un crédito de consumo— están amparados por la Ley de Crédito y los defiende el Servicio Nacional del Consumidor. En el CAE, nada hace contrapeso a las cláusulas abusivas de los contratos.

desarrollan tácticas para dificultar el pago, impidiendo pagar por Internet —cuando hoy todas las transacciones se hacen por Internet. Entonces tienes que ir al banco, perder tu tiempo. ¿Por qué lo hacen? Para impedir que los estudiantes hagan uso de un beneficio, conseguido durante el primer gobierno de Piñera, que consiste en que si tu pagas dentro de los primeros cinco días, pagas menos interés. A raíz de toda esta situación y del contacto con los deudores empezamos a trabajar sobre qué cosas se podían hacer dentro del Congreso, con todos los límites que tiene porque, por ejemplo, la condonación no la podemos presentar nosotros porque es una atribución del gobierno.

En ese contexto fue que presentamos el proyecto de Ley que se conoce como Chao DICOM, que prohíbe que se



informe sobre las deudas contraídas para financiar la educación en cualquiera de sus niveles, sea una deuda contraída con un banco o con un centro educacional. Que se borre a los deudores por deudas educativas del DICOM. Y también presentamos al Senado un proyecto de despenalización de la deuda educativa, que es aprovechar un vacío legal para anularla, y evitar todos esos perjuicios que mencionaba.

En Chile hay harta gente endeudada y eso tiene que ver con que los servicios sociales básicos no son un derecho sino un negocio. Son vistos como bienes de consumo. De hecho, Piñera dijo que la educación es un bien de consumo y cuando habla de la educación se refiere a la “industria de la educación”.

Está abierto un proceso constituyente, ¿crees que habilita una oportunidad para reconectar la política institucional con lo que pasa en la calle? ¿Es esa una estrategia posible?

Sí, creo que es una buena forma de definir esta situación. Es una oportunidad para generar o regenerar ese vínculo entre sociedad y política que de algún modo hoy parecen rearticularse. Si uno mira los últimos años, ve que hay una disposición a movilizarse muy alta, pero luego la capacidad de organizarse es mucho más baja. La posibilidad de organizarse, de estar pendiente de los problemas públicos, de ser una sociedad que le hace contrapeso a todo este sistema que opera de manera perversa, o que opera en función de los intereses de un grupo de grandes empresarios, no funciona tan bien. Entonces, creo que es una oportunidad en ese sentido, de impulsar una sociedad más organizada y que funciona como contrapeso de esos poderes en una democracia sana. Y eso no lo teníamos hasta este momento. Creo que el proceso constituyente tiene mucho que ver con eso. En Chile, por ejemplo, la cantidad de personas que estaba votando venía muy a la baja.

En ese sentido, el 18 de octubre es como un despertar, donde aparece una disposición a ser partícipe de lo que está pasando y a tomar decisiones. Lo contrario de esa idea de que cada cuatro años te busco para que votes. Porque durante esos cuatro años pasan todas las cosas que vimos que pasan y está esta experiencia también. Yo creo que el proceso constituyente es una oportunidad que aparece por la movilización, sino era imposible, no estaba de ningún modo en el programa de Sebastián Piñera. Ellos tuvieron que ceder porque vieron la situación de desborde social. El momento se aprovechó bien en ese sentido. Ahora, claro que todo esto tiene sus dificultades. Porque un proceso así igual lo canalizan las mismas instituciones que están desprestigiadas. Pero como la movilización ha sido tan potente, tan grande, hemos logrado avanzar, por ejemplo, en que el órgano constituyente sea paritario, que tenga escaños reservados para independientes en igual condiciones que las personas de los partidos. Porque este Congreso ensimismado ha generado una situación de reproducción de sí mismo y muy poco representativo de la sociedad. Si bien hay quienes critican legítimamente cómo se forja el acuerdo, hay muchos que están pendientes de que esta apertura no se cierre, están participando para que este proceso avance y pueda mantenerse abierto a la mayor cantidad de gente. Yo estoy confiada en que va a ganar la opción de que haya una nueva Constitución y que sea mediante una Convención Constituyente, que es lo más parecido a la figura de la Asamblea. Pero lo cierto es que hay que seguir trabajando para que suceda, porque va a ser un momento importante y va a servir para fortalecer la organización que hasta acá se ha construido y que tiene presencia en la calle y todo.

La Constitución es una cuestión muy importante: ya hemos hablado de las ataduras que tiene la Constitución de

EN CHILE HAY HARTA GENTE ENDEUDADA Y ESO TIENE QUE VER CON QUE LOS SERVICIOS SOCIALES BÁSICOS NO SON UN DERECHO SINO UN NEGOCIO.

Pinochet, su capacidad de veto constante que impide cualquier cambio, lo que significa para el funcionamiento del Congreso, lo que significa para los derechos sociales, etc. Lo cierto es que también hay que construir esa nueva Constitución, pero para eso hace falta organizarse en condiciones distintas a las que hemos tenido todo este tiempo. Porque cuando tienes condiciones de vida muy precarias es difícil organizarse. En ese sentido, hay que pensar en objetivos de mediano a largo plazo, por supuesto la nueva Constitución, pero también alcanzar un estado de mayor bienestar social, con derechos sociales y humanos asegurados, con protección de los recursos naturales. Al mismo tiempo, me parece súper importante que haya avances a nivel institucional, porque lo constitucional, por sí solo, no da respuesta a los sueldos, a las pensiones, a la cuestión más sentida socialmente; lo que le da transversalidad y sostiene la cantidad de personas que se están movilizándose. Se ha avanzado en cuestiones que tienen que ver con plata (por ejemplo, el congelamiento de las tarifas de electricidad, la rebaja de pasajes para adultos mayores), pero no estructurales. Es una tarea muy difícil porque el gobierno es un gobierno de derecha, esta no era su agenda y no van a estar muy dispuestos a cambios estructurales. Y tendrá un nivel de aprobación muy baja, pero sigue siendo el gobierno.





[1] Este proyecto fue aprobado en enero e implementado en septiembre de 2020.

[2] El Directorio de Información Comercial (DICOM) actualmente depende de Equifax Chile S.A. filial de la empresa estadounidense Equifax Inc. Nación en 1976 y obliga a bancos, notarios, Juzgados de Letras en lo Civil, Conservadores de Bienes Raíces, entre otras entidades públicas y privadas, a proporcionar quincenalmente a la Cámara de Comercio de Santiago información sobre los deudores nacionales.

[3] El grupo Laureate (holding dueño de las universidades Andrés Bello, de las Américas, de Viña del Mar, Escuela Moderna de Música y Danza y el instituto profesional AIEP) anunció en septiembre que dejaría sus operaciones en Chile.











Luis Mesina: “Estamos ante un momento inédito, todo está en disputa”

Vocero de la Coordinadora No+AFP y sindicalista de la banca y del sistema financiero // Milita por la abolición del actual sistema previsional chileno, pilar del sistema económico y financiero del país // Candidato a convencional constituyente por el Distrito 10 // “La gente se cansó de la democracia representativa y demanda participación”.



Gentileza de Luis Mesina



LECTOR de Nietzsche y heredero del mítico fundador del sindicalismo chileno, Clotario Blest, Luis Mesina es secretario general de la Confederación de trabajadores bancarios y vocero de la Coordinadora NO+AFP, corazón del movimiento que alcanzó en julio de 2020 una medida histórica: millones de chilenos pudieron acceder a retirar parte de sus fondos privados de pensiones: “la primera derrota que se le infringe a la derecha desde la dictadura”, afirma. Hace más de diez años Luis Mesina se ha empeñado en disputarle a la monolítica burguesía chilena su joya más preciada: la caja de pensiones. Un sistema ideado por el economista José Piñera –hermano mayor del Presidente–, e impuesto en 1980 por Augusto Pinochet. Este sistema permitió la creación de instituciones privadas (las Administradoras de Fondos de Pensión) dedicadas a invertir los ahorros previsionales individuales que depositan las trabajadoras y trabajadores chilenos para su jubilación, con la particularidad de que dichos trabajadores no tienen participación alguna en las ganancias de estas inversiones, pero sí en las pérdidas. Toda una postal de lo abusivo del neoliberalismo chileno. Luego de años de activismo de la Coordinadora, de un plebiscito autoconvocado que movilizó a más de un millón de personas, de infinitas marchas y asambleas a lo largo de todo el país, la derogación del sistema previsional de capitalización individual encabezó la larga lista de demandas que

visibilizó el estallido de octubre del 19. Tras el categórico triunfo en el plebiscito del 25 de octubre de 2020, Mesina lanzó su candidatura como Convencional Constituyente para participar de la redacción de la nueva Carta Magna: “Tenemos la posibilidad de echar por tierra la Constitución política de Pinochet”, asegura. De aquí en adelante, su análisis de la situación chilena.

LA MARCA CHILE (Y LA AVIDEZ DE SU BURGUESÍA)

Para descifrar lo que está pasando hoy en Chile hay que tener una mirada un poco más extensa, mirar como mínimo la última década, incluso mirar mucho más atrás. Lo sintetiza muy bien la consigna que se repitió en el estallido: “No son 30 pesos, son 30 años”. Y quizá no sean 30 años, todo lo que hicieron los gobiernos de la Concertación en ese periodo, sino 47, es decir, incluyendo los años de la dictadura. 47 años hace que el pueblo viene sufriendo una arremetida sistemática y sostenida por parte de la burguesía.

No es fácil para un chileno decir todo lo que representa este país para nosotros cuando pasando la cordillera, en Argentina y en otros países de la región, se le da crédito a la más grande estrategia de los sectores dominantes de América Latina, es decir, la estrategia neoliberal de la burguesía chilena. Ustedes saben que la burguesía chilena

tiene una peculiaridad con respecto a las otras burguesías de la región y es que, desde la “recuperación” de la democracia ha conformado un estado monolítico. Es una burguesía que no se ha fragmentado por intereses contrapuestos, o por casos de corrupción, y que incluso asume una impronta de “probidad”, ajena a escándalos. Y siempre ha defendido un Estado centralizado; incluso siente un profundo desprecio por la forma federal de organización política brasileña, argentina, uruguaya, etc.

Desde la década de los 90 empezó a calar la idea de que Chile era el Jaguar de América Latina. Éramos comparados, no con los países de la región, sino con los países del sudeste asiático, tipo Indonesia, Malasia, Singapur. Y efectivamente, Chile se presentaba con una buena tasa de retorno, un lugar ideal para comprar acciones. Así fue como inversionistas extranjeros empezaron a invertir en las grandes compañías chilenas, que empezaron a tener un mayor valor bursátil y se fueron independizando de la banca, empezaron a emitir acciones en la bolsa de Nueva York, a tener buenas



¿CÓMO SE EXPLICA QUE HAYA TANTOS MULTIMILLONARIOS? SE EXPLICA POR SU SISTEMA PREVISIONAL, POR EL FONDO DE PENSIONES.



notas en las calificadoras de riesgo. Se produjo un país que empezó a crecer “bursátilmente”, crecía desde el punto de vista del capital financiero, especialmente especulativo, que no invierte en áreas que agreguen valor al trabajo.

El problema es que cuando se compara el Chile actual con el de hace 30 años algunos indicadores económicos son llamativos, incluso también si se los compara con los de otros países de la región. Por ejemplo, tenemos el ingreso per cápita más grande de la región, un poco más abajo están Argentina y Uruguay. Y en varios indicadores de salud pública, esto es paradójal, Chile aparece con estándares más altos que los propios norteamericanos, por ejemplo, en expectativa de vida. Lo que no se dice ahí es que no es consecuencia del modelo económico de los últimos 30 años, sino que es consecuencia de una serie de políticas públicas que Chile venía experimentando desde antes del golpe de Estado, especialmente en el área de la salud pública.

Salvador Allende, que era médico y antes de ser presidente fue ministro de Salud pública, jugó un papel muy importante. Aunque es una medida que podría sonar demagógica o populista, fue él quien instaló el medio litro de leche gratuita para todas las niñas y niños chilenos, y esto tuvo consecuencias directas en la expectativa de vida de la población. Parece menor pero no lo es, lo explican organismos especializados en la materia: cuando se instala en todas las escuelas públicas ese medio litro de leche, Chile da un salto. Entonces, hay que ser cuidadoso con el origen de los

procesos que permiten a Chile proyectar ciertos indicadores en el exterior.

Y así se fue construyendo la marca Chile, a partir de una serie de políticas en las que estaban todos de acuerdo, la derecha pinochetista y la izquierda que ha gobernado. Y fueron exitosos, podríamos decir, porque hasta Europa compró la marca Chile. Los inversionistas extranjeros decían: hay un país allá en una región del sur, al final, que se llama Chile, que no es un país conflictivo, como la Argentina, ni un país con derechos sociales consolidados, como Uruguay, ni que está gobernado por los trabajadores, como el Brasil del PT. Chile se muestra al mundo, entonces, como una institución sólida.

Pero esta marca Chile empezó a calar también en la gente común y corriente. ¿Vieron lo que es el metro de Santiago? Después del de la Ciudad de México, es el más extenso de la región, el que tiene más líneas. Y Chile es un país pequeño, con mucha menos población que Argentina o Brasil. Es un metro muy moderno, con vagones anchos, estaciones con aire acondicionado, lo limpian todo el tiempo, no tiene rayados. Y está prohibido pedir dinero, vender cosas o cantar. El metro chileno es superlativo, ni Londres y París tienen el metro con el nivel de acá. Puro lujo. Y eso tiene varios impactos, sobre todo en la subjetividad de la gente común y corriente, de los propios chilenos.

¿Y cuál es el activo que vendía Chile a estos inversionistas extranjeros? Vendía paz social y rentabilidad financiera a quienes buscaban mercados. ¿Y quién

se beneficiaba? El sector dominante, los gobiernos de turno y una casta empresarial que se ha enriquecido mucho, muchísimo en estos 30 años.

En la revista Forbes de 2015, Chile aparece con 12 multimillonarios. Argentina y Colombia, por ejemplo, no aparecen con ninguno, y eso que tienen 44 y 48 millones de habitantes, respectivamente. Argentina es el octavo país más grande del planeta, es rico por todas partes; Colombia igual. Chile es un país de 18 millones de habitantes; no somos un país pobre en recursos naturales, pero tenemos un desierto grande. ¿Cómo se explica entonces que haya tantos multimillonarios? Se explica por su sistema previsional, por el fondo de pensiones.

¿Dónde se financia el banco Santander? En Chile y gracias a su sistema previsional. Se financia con nuestros ahorros jubilatorios y expande su negocio en Massachusetts, uno de los estados más ricos de los Estados Unidos. Las grandes empresas de celulosa se financian también aquí, en Chile, con bonos de deuda y con acciones. Compran capital—la mercancía llamada capital—, y van a invertirlo en Illinois y Michigan. Las empresas de concentración de madera más modernas del mundo son de chilenos. Porque junto a la financiera y la especulativa, crecieron las industrias extractivas. Como nunca, creció la industria forestal en Chile. Se plantaron miles y miles de pinos y eucaliptos. Y además de que se destruyó la flora nativa, esos árboles consumen una cantidad impresionante de agua, lo que provocó la crisis hídrica que hoy atravesamos.



Chile se caracterizaba por tener mucha agua en el sur, muchos ríos. En cada región hay tres o cuatro ríos. Es un país muy angosto entonces la cordillera bota el agua y rápidamente sale al mar. Paradójicamente, Chile tiene hoy graves problemas con el agua. Si tu vas unos 600 kilómetros hacia el sur, muchos ríos se han secado, o les queda un caudal mínimo de agua. El desarrollo desmedido, descontrolado, de la industria forestal terminó agotando el agua y liquidando a la zona sur del país, que era hermosa. La empresa que controla el agua es privada. Chile es el único país del mundo que tiene privadas todas las fuentes y distribución de agua. La otra industria clave que se desarrolló en el sur, desde mediados de los 80, es la del salmón; una industria que ha generado “orgullo nacional”, que permitía compararse

con Noruega, el principal productor de salmón. Pero ésta y la forestal son dos industrias que contaminan el ecosistema de manera brutal.

UN LARGO CICLO DE LUCHAS (CONTRA LA DESIGUALDAD IMPÚDICA)

En las últimas décadas, y con muy pocos escrúpulos, estos empresarios quisieron construir cinco centrales hidroeléctricas en la zona sur del país. Ahí no hacía falta generar electricidad. El problema es que la zona minera de Chile, una zona completamente enajenada al capital internacional –privatizada por los gobiernos de Lagos y Bachelet, cuyas políticas han sido continuadoras del modelo instalado por la dictadura– necesita mucha energía, mucha agua. Entonces querían hacer una carretera hídrica, transportar

agua 3 mil o 4 mil kilómetros. Querían sacar agua de un lago de la Patagonia que comparten la Argentina y Chile, el Buenos Aires/ General Carrera, contaminar dos ríos que son puros, y desde allí hacer como una cicatriz con torres de alta tensión para traer la electricidad hasta las zonas mineras.

Esos proyectos se lograron parar con una serie de movilizaciones que comenzaron en el año 2000 contra la contaminación de las hidroeléctricas. Y unos años después, en 2006, irrumpió la lucha del movimiento estudiantil de los cabros del secundario, muy potente. Por sus vestimentas escolares se los llamó “los pingüinos”. Un conflicto que también comenzó demandando un pase escolar para el metro. Y en el 2011 vuelve a surgir un movimiento estudiantil, esta

LA SEGREGACIÓN ES TAL QUE LA ELITE EMPRESARIAL Y POLÍTICA QUE VIVE EN LOS BARRIOS ALTOS HACE LO POSIBLE POR NO CRUZARSE CON LA GENTE COMÚN QUE VIVE ABAJO.

vez universitario, que concitó mucha solidaridad a nivel de América Latina. Al mismo tiempo hubo explosiones importantes en ciudades grandes del país, como en Punta Arenas contra la colusión de los precios de los combustibles, del gas. Es una zona austral, muy helada, y se utilizan mucho gas. Y después viene la zona de Aysén también, con mucho enfrentamiento, mucha violencia, barricadas en la ciudad, etc. Después viene en el norte, en Freirina, por la contaminación que produce la industria del cerdo. Hicieron mierda los pueblos, literalmente. Se producen cerdos a gran escala, se exportan, pero toda la mierda de los cerdos queda ahí, con sus moscas, y comienza a bajar a las napas subterráneas y contamina el agua. Estas empresas no tienen ningún cuidado, ninguna consideración por la gente que vive en esos pueblos, en esas zonas (se las llama “zonas de sacrificio”); tienen un absoluto desprecio por el pueblo chileno.

Las direcciones políticas están todas, de una u otra forma, validando el modelo completo. Un modelo basado en un Estado de tipo subsidiario, impedido constitucionalmente de intervenir en la economía como empleador, gestionando empresas. Es decir, no puede desarrollarse en áreas donde interviene el sector privado. El Estado chileno no puede, por ejemplo, generar un organismo público que administre un nuevo sistema de seguridad social. ¿Por qué? Porque están las AFP y se entrometería en un área que es privada y, por lo tanto, le cabe sanción al Estado. El Estado no puede meterse, por ejemplo, en el área de la salud. Tiene sus hospitales públicos, que se sostienen con el porcentaje mínimo del presupuesto nacional que se le otorga a salud. Y los hospitales se están cayendo a pedazos, no tienen insumos ni personal, no pueden contratar enfermeras. En cambio, ¿qué hacen las clínicas privadas? Contratan, muchas

veces subsidiados por el propio Estado, es decir, hay transferencia constante de recursos del Estado chileno al sector privado.

Entonces, en los grandes estándares, en los grandes indicadores, Chile es extraordinario. Pero la gente está muy estallada. Este nivel de voracidad fue generando en Chile, en estos 30 años, una concentración de la propiedad brutal, que a su vez generó niveles de desigualdad y de segregación muy grandes. Hay dos Chiles. No hace falta más que caminar Santiago hacia arriba, hacia las Condes, hacia Vitacura, para ver lo que es la soberbia de una clase que quiere mostrarse ante el pueblo interno y también hacia el exterior. Somos una zona sísmica, tremendos terremotos, y tenemos el edificio más grande de América Latina. Hay uno de cuarenta y pico de pisos y otro de cincuenta y pico, ambos en Las Condes, pero el más alto tiene 62 pisos, en el Costanera Center, en Providencia.

Es una cosa muy desigual. La segregación de clase en Chile es notoria, palpable. La diferencia entre esas zonas altas y las de abajo es abismal. No solamente de clase, sino que es casi racial. Allá arriba hay gente rubia, ojos azules, no son el perfil mayoritario del chileno. La segregación es tal que la elite empresarial y política que vive en los barrios altos hace lo posible por no cruzarse con la gente común que vive abajo. Hay una carretera privada por debajo del río Mapocho, que está seco. La hizo Ricardo Lagos

y tiene seis pistas, de alta velocidad. Entonces quienes trabajan en el centro, en las grandes empresas, se meten en la carretera y salen de la ciudad hacia la ruta 68, que va a Valparaíso y Viña del Mar. Y hay otra carretera que va por arriba, por encima del cerro, que es la que toman quienes vienen de Mendoza. Quiero decir, pasar por el centro de la ciudad, por ejemplo, por plaza Italia, es prescindible. Pero al mismo tiempo muy curioso, porque siempre se dijo que Chile se parte ahí: de plaza Italia hacia arriba: de plaza Italia hacia abajo. Violeta Parra tiene una canción: “Al medio de Alameda de las Delicias / Chile limita al centro de la injusticia”. Pero hoy plaza Italia ya no es el límite; ahora el límite es mucho más alto, de Providencia hacia arriba. Ahí empieza la zona escandalosamente rica, la que concentra la riqueza en Chile. Es una clase brutal, muy ostentosa. A diferencia de otros lugares, acá los ricos coparon los cerros, viven en las partes altas, en la Cordillera. Porque en la Cordillera siempre podés ir más allá, al infinito, casi. Y al mismo tiempo, todo está relativamente cerca. Es ese Chile desigual y ostentoso el que está generando esta bronca que se está viviendo, que es la bronca que estuvo en la base del estallido de octubre del 2019.

MOVIMIENTO No+AFP (Y LA MADRE DE TODAS LAS BATALLAS)

Aquí todo es privado y bastante abusivo, y ni hablar el sistema previsional. Chile tiene el peor nivel de pensión en América Latina. Las Aseguradoras de Fondo de Pensión (AFP) administran, en total, más de 220 mil millones de dólares, el equivalente al 80% del PIB de este país. Imaginarán que eso constituye un mercado de capitales muy potente, todo conformado con el ahorro previsional nuestro. Todos los meses nos sacan el 10% de nuestro salario íntegro a 5.800.000 personas, para que lo admi-

nistren ellos y al final de nuestra vida activa no condenan a pensiones miserables. Porque con la capitalización individual cada uno se rasca por su propia uña. Así funciona el sistema previsional chileno. A veces cuesta comprenderlo desde otras latitudes porque no se logra concebir el nivel de extremismo con el que se privatizaron y desarticularon derechos sociales básicos vinculados a la salud, a la educación o a las pensiones. Casi que hay que ir más atrás de la revolución francesa para encontrar estos niveles de precarización.

Entonces, cuando se dice “Chile despertó” se dice algo muy cierto: sí, despertamos. Nosotros, los bancarios, veníamos peleando hace años. Y en 2013, junto a otras organizaciones, formamos un movimiento que se llama Coordinadora No+AFP, cuyo principal objetivo es luchar por un sistema previsional distinto a esta estafa que son los fondos de capitalización individual. Acompañamos otras luchas, es cierto, como la de los estudiantes, pero en 2016 explota el tema nuestro y empiezan las grandes movilizaciones. En 2011, los estudiantes habían hecho marchas gigantes, habían movilizado 600 mil personas. Cinco años después nosotros movilizamos 2 millones, fue una señal clara de que la cuestión de las pensiones es transversal. Marchaban con nosotros jóvenes de 14, 15 años con sus abuelos, marchaban adultos, marchó todo el mundo contra el sistema de pensiones de mierda que hay en Chile. La presidenta era Bachelet, y aunque no quería saber nada tuvo que recibirnos.

El movimiento logró concitar la atención de mucha gente, de muchos medios de comunicación, capturamos la portada de muchos periódicos ingleses, sobre todo. Vinieron del Financial Times a

entrevistarnos, un periódico de derecha, de la oligarquía financiera. No podían creer lo que pasaba, ¡y justo en Chile! No podían creer que tan masivamente se rechazara un modelo que, para ellos, era deseado por todo el mundo, un modelo al que le habían hecho tanta propaganda contra los sistemas de reparto, contra los sistemas de seguridad social. La movilización mostró que las AFP son una estafa, una farsa, una gran mentira.

Una de las principales demandas de la revuelta de octubre del 19 fue No+AFP. El sistema de pensiones administrado por las AFP está totalmente deslegitimado, en todas las encuestas de opinión, en todos los cabildos convocados, en las asambleas populares, en la consulta ciudadana que hicieron los alcaldes. A su vez, el sistema de AFP es la base estructural del modelo económico chileno. José Piñera, el creador de este sistema privado de pensiones, basado en la capitalización individual, dice que esta fue la madre de todas las batallas. Porque ese fondo permite el financiamiento de los grandes grupos económicos. Toman esa plata a través de acciones o bonos de deuda y expanden su capital. Por eso Chile tiene expandido su capital en América Latina, en Europa y en Estados Unidos. Por eso a los empresarios les gusta tanto el sistema chileno, porque tienen plata fresca y barata. La banca compra mucha de esa mercancía llamada capital al 4 por ciento anual. Compra dinero, en la cantidad que quiera —hay mucho dinero para un país más bien pequeño— y lo ofrece al mercado convertido en crédito. Lo multiplica por 10 de forma inmediata. Lo compran a 4 y te lo prestan a 40 al año. Ellos ganan completamente. Entonces, hay que cortar esa cadena, sacar el financiamiento.

Este es el principal problema de Chile, su pelea más dura, más difícil. Es una pelea contra el capitalismo financiero, que es el único capitalismo que hay en Chile. Y yo creo que está en lo cierto José Piñera, es la madre de todas las batallas, ahí tenemos que ir a pelear, al corazón del capitalismo chileno. Y a su vez, es una demanda transversal, en el sentido que tiene efectos sobre otras luchas, sobre otros problemas. Si pensamos en la contaminación, o el problema ecológico, o hídrico. Por ejemplo, el agua está justamente privatizada sobre la base de expandir nuevas fuentes de control de la distribución del agua a través de bonos de deuda que ellos obtienen del mercado de capitales, montado sobre los ahorros previsionales de todos los chilenos. Toda la banca vive de eso. También se articula con otras luchas, como las luchas feministas, contra el patriarcado. En el mercado de valores son todos machos patriarcas los que dominan el sistema.

Entonces, retomo. En 2016 estalló el movimiento. 2017 fue un año de muchas marchas grandes, pacíficas y muy enérgicas. Marchaban niños, jóvenes, adultos mayores. En 2018 comenzaron a atacarnos, a intentar deslegitimar al Movimiento No+AFP, algo parecido a lo que hicieron con los colegios secundarios emblemáticos, como el Instituto Nacional. En marzo de 2019, dijimos solos no podemos, y desde la Coordinadora No+AFP comenzamos a convocar a otros movimientos sociales con la idea de impulsar Unidad Social. E invitamos al Colegio de Profesoras y Profesores, a la Coordinadora Feminista 8M. Invitamos a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), con la que teníamos muchas desavenencias porque ellos habían sido parte del gobierno de Bachelet, fue una organización muy



TODOS LOS MESES NOS SACAN EL 10% DE NUESTRO SALARIO ÍNTEGRO A 5.800.000 PERSONAS, PARA QUE LO ADMINISTREN ELLOS Y AL FINAL DE NUESTRA VIDA ACTIVA NOS CONDENAN A PENSIONES MISERABLES.



obsecuente con el gobierno, nunca tuvo independencia, nunca le hizo un paro. E invitamos a la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios (CoNES), a la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ASES), invitamos a organismos de DD.HH., invitamos a la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH), que es la federación de estudiantes más grande, y a dos organizaciones de pobladores que son muy importantes, Ukamau y FENAPO. Un montón de organizaciones con las que, hasta ese momento, nos unía muy poco, casi nada. Pero dijimos pongamos de acuerdo en un solo punto: defender los derechos sociales y defendernos de este régimen que pretende seguir acabando con nosotros.

Estuvieron todos de acuerdo y ahí partió el proceso de convocar a una protesta, un paro, para el 5 de septiembre, bajo la consigna: “Nos cansamos, nos unimos”. Y ese día cortamos la Alameda y hubo una represión brutal, tuvimos tres horas de disputa con los pacos. Por primera vez probamos los gases que la policía utilizaría un mes después, en la represión del estallido de octubre; unos gases muy fuertes, muy tóxicos, que te tiraban al suelo. Un gas pimienta que te dejaba ciego. Hubo movilizaciones en otras cinco ciudades, y en la noche hicimos un cacerolazo. Veníamos de movilizaciones muy grandes en Chile y esta no fue multitudinaria, fue más bien el activo sindical, el activo político el que se movilizó. Pero ese era el prelude de lo

que se venía y vino el estallido del 18 de octubre. Unidad Social ya había nacido.

**EL ESTALLIDO
(Y EL DESEO DE CAMBIARLO TODO)**

Esta rebelión popular, esta explosión social, no puede reducirse, obviamente, a la pelea por el pasaje del metro, ese fue el detonante. “Siempre hay una chispa”, decía Lenin, algo hace que la cosa prenda. Pero prende porque hay un combustible acumulado durante muchos años. Eso es lo que pasó en Chile. A todos nos sorprendió el estallido, pero a su vez sintetiza las demandas que veníamos haciendo: pensiones dignas, educación pública de calidad, salud pública, que el agua deje de ser privada y se la reesta-



blezca como un derecho natural de uso público, por el cuidado del medio ambiente y contra las zonas de sacrificio. Fue un proceso de acumulación lo que explica la reacción masiva de la gente, y en algunos casos violenta.

Siempre se dice que los chilenos son muy tolerantes, pero se dijo basta, no se aguantó más. Y sucedió algo inédito en la historia de Chile, nunca había sucedido un conflicto social de esta magnitud, de esta extensión, de esta radicalidad, de esta violencia. La gente salió a quemar todo; a quemar, no necesariamente a saquear. Hay una manifestación de odio, de bronca; y un deseo de hacer mierda todo lo que represente el Estado, por años de abuso. La quema misma del metro. Todos tenemos sospecha de que no fue gente común y corriente, pero hay estaciones que las destruyó la gente, con mucha violencia. Se quemaron iglesias, supermercados, se quemó todo. Andabas por las calles y parecía un país después de una guerra. Los primeros días era impresionante. Sobre la Alameda ni se podía transitar, volaban las piedras. O sobre Vicuña Maquena, las calles no existen, las veredas no existen, todo devastado. En noviembre, tú caminabas por calle San Antonio y la fogata era de dos o tres metros. Estas calles ardían todos los días.

La primera semana fue muy violenta; después vino la semana del paro, y la tercera semana fue la peor, la más violenta, y la cuarta más violenta aún, y la quinta... y fueron dos meses muy intensos. Y no solo en Santiago, también en Antofagasta, 1300 km al norte. En una zona latifundista, siempre de derecha, como Los Hornos salió el pueblo a quemar todo, a enfrentarse con la policía. Valparaíso lo quemaron en el segundo mes, habían quemado antes Osorno, Rancagua. En Valparaíso, todo saqueado; son como 14 cuadras, la zona más importante. Eso es una reacción a algo, expresa algo. Nunca Chile había peleado tanto, desde el norte hasta el sur.

Tenemos que saber valorar los triunfos materiales, además de los triunfos morales. Y en Chile quienes llevamos muchos años implicados en las luchas sociales hemos vivido de derrota en derrota. La derrota más grande que tuvimos fue la del 73, con todas las consecuencias que ello implicó. Nos pusimos de pie diez años después, cuando en el 83 convocamos a las grandes manifestaciones contra la tiranía. Si embargo, nos traicionaron, porque a los tres años hubo un acuerdo espurio por atrás de estas manifestaciones, tal como supimos luego por las declaraciones de Edgardo Böeninger. Y luego nos volvieron a traicionar en el

89, con la alegría y el arco iris, cuando ganó el “No”, pero se aplicó toda la política económica que sustentaban aquellos que defendían el “Sí”, aquellos que defendían al dictador. Ni hablar de los gobiernos de la Concertación y de los gobiernos de Bachelet, que fueron desastrosos.

Por eso hoy es el momento de avanzar. Toda esta energía con la que impulsamos nuestras demandas en los últimos años, y en particular a partir del estallido, tiene que traducirse en un beneficio para la gente. Porque si no la gente pelea, pelea y no ganamos nada. La gente común y corriente es gente pacífica, que se saca la cresta trabajando, y que no está para luchar toda la vida. Pero sí se revela contra la injusticia, y tenemos que ganar algo. En Chile tenemos la jornada laboral más larga del mundo. Todavía tenemos 45 horas semanales. Y hasta hace cinco años atrás trabajamos 48 horas. Y como Santiago es una ciudad grande, la gente para desplazarse se demora mucho. Si no tenemos un triunfo, la gente común y corriente, la gente sencilla dice “hasta aquí llego yo, nomás”. Que el movimiento social sea capaz de dar dirección política depende de muchos factores. Uno no puede diseñarlo a priori porque la lucha social tiene sus bemoles y esto ha sido un proceso a saltos, no es

EN LOS GRANDES ESTÁNDARES, EN LOS GRANDES INDICADORES, CHILE ES EXTRAORDINARIO. PERO LA GENTE ESTÁ MUY ESTALLADA.



lineal. Estamos empujando un proceso constituyente, incluso más allá del pacto espurio en el Congreso. Depende de nosotros: tenemos la posibilidad de echar por tierra la Constitución política de Pinochet.

La Asamblea Constituyente fue la demanda de la ciudadanía en todos los cabildos autoconvocados, en las asambleas territoriales del pueblo. La elite política y empresarial nos escamoteó la Asamblea Constituyente y, ¿qué nos ofrecieron a cambio? Nos ofrecieron esta Convención Constitucional, que no es soberana, que tiene toda una serie de restricciones. Pero el pueblo supo enfrentar esta situación e intenta ir más allá de las restricciones que se le imponen al proceso. Pero es perfectamente posible que esas restricciones sean modificadas mediante la movilización social; es perfectamente posible que surgen leyes express que permitan cambiar lo que está establecido en este proceso constituyente que se abre a partir de este plebiscito. Y es perfectamente posible, como en caso del proceso constituyente ecuatoriano, correr el cerco de lo posible. Hoy estamos ante un momento inédito, ¡todo está en disputa!

EL PROCESO CONSTITUYENTE (LA HISTORIA EN NUESTRAS MANOS)

A un año de la revuelta de octubre, el monumental triunfo del apruebo contra el rechazo (el 80% de la población se pronunció contra un 20%) viene a reafirmar aquello que demandó nuestro pueblo en las calles, luego de soportar años de abusos, corrupción y de impunidad. Y el resultado reafirma lo dicho: el carácter clasista y segregado de la sociedad chilena. El mapa electoral muestra todas las comunas populares y de las clases medias contra las tres comu-

nas más ricas del país, donde viven los grandes empresarios y la mayoría de los líderes de los partidos políticos actuales.

Pero también reafirma, sobre todo la segunda votación, la de “Convención Constitucional” sobre la “Convención Mixta”, un rechazo de la gente a los partidos políticos, que deberían guardar silencio y dejar que la democracia se exprese, si es que quieren la paz social que reclaman. El triunfo no fue solo porque la mayoría desea acabar con la Constitución espuria del dictador, sino que también fue una gran victoria de la población contra los que cambiaron Asamblea Constituyente por Convención Constitucional. Fue un mensaje claro y rotundo contra los políticos tradicionales. La gente se cansó de la democracia representativa y demanda participación.

Por eso ahora se abre el momento más difícil, que es lograr que los representantes que emanen de la ciudadanía, que tengan mandato, sean representantes reales, genuinos. El sentimiento general que se expresa de mil formas, en las calles, en las pequeñas asambleas y a través de las redes sociales es que la ciudadanía desea que la nueva carta fundamental la escriban los que han luchado, los verdaderos artífices de estos cambios: el movimiento social en todas sus expresiones. No quiere delegar su representación, porque no confían, en los partidos políticos de siempre.

¿Qué es lo que está en juego en este momento? Varias cosas. Está en juego la posibilidad de cambiar realmente la situación, de avanzar hacia el diseño de un país verdaderamente democrático donde los derechos sociales que tanto se han demandado puedan efectivamente ser garantizados y ejecutados por las ma-

yorías que los reclaman. Está también en juego, y es lo más importante, la refundación de nuestro Estado. No es baladí plantear esto. Son poco más de doscientos años de vida republicana y nunca hemos tenido al frente, aunque sea pequeña, la posibilidad de diseñar un Estado con el concurso de la población. Siempre ha sido la oligarquía quien se ha reservado para sí ese derecho. Ha contado con el poder económico y también con el poder de la fuerza militar. Las tres constituciones que han regido en el mayor periodo de nuestra historia emanaron de convulsiones trágicas cuyo costo lo pagaron con sus vidas muchos de nuestros compatriotas.

Hoy nos encontramos ante una situación única que no podemos desaprovechar. Es el paradigma neoliberal chileno el que puede ser despedazado por la ciudadanía. Es la sociedad de los negocios la que puede ser derrumbada, es el Estado abusador que solo defiende el interés de un puñado de privilegiados el que puede ser derrumbado. Es posible acabar con 40 años de abuso e injusticia, de privatización de los derechos sociales —la salud, la educación, las pensiones, el agua. Eso es lo que está en juego hoy día en nuestro país. Depende de nosotros estar a la altura de este momento histórico.





Vitrina Dystópica: “La revuelta nos obligó a pensar qué instituciones inventamos”

La revuelta desde adentro: causas y azares // El valor miedo y su evasión // La guerra contra los pacos // La lucha contra la privatización total de la vida // “El Estado en Chile no puede nunca calar en los movimientos más populares. Más allá de la izquierda institucional, los Pérez están peleando en el Liceo público con la policía. Y organizándose en bandas, escuchando trap insurreccional, siendo veganos o straight edge, que son antitodo”.



TODO EXPLOTA, todo se quema: la destitución es evidente. Asistimos al fin de un mundo, de su mundo. La democracia protegida se cae a pedazos: ya no puede sostenerse a costa de nuestras vidas. Ya no más. La forma indigna de habitar/nos ha llegado a un límite. ¿Qué forma debe tomar este cuerpo nuevo que nos estamos construyendo para que valga la pena vivir? La paranoia del gobierno es dominación política, lucha contra nuestra imaginación y organización popular. El fuego abre cauce: solamente así brotaremos bosque nativo. La realidad no es capitalista. Con tono de manifiesto y potencia insurreccional, las intervenciones del colectivo Vitrina Dystópica dan cuenta de una lectura singular de la revuelta; tan singular que podría ser la de cualquiera que combate en primera línea o se libera tras ella, que discute en Asamblea, da talleres u organiza ollas comunes. Con ellxs recorrimos una y otra vez las agitadas calles de Santiago, visitamos poblaciones y participamos de innumerables actividades. Con ellxs vivimos una Santiago de fiesta, en medio de la guerra. Y hablamos, habla-

mos y hablamos, tanto que el caos se fue apoderando del lenguaje. De las razones de los malestares y la subjetividad ACAB a la genealogía de un movimiento que se recorta sobre una generación de insubordinadxs que viven en banda: la generación del pingüinazo. A continuación, el registro de algunas de esas conversaciones.

OCTUBRE ESTALLA (LAS LUCHAS SE TRANSVERSALIZAN)

Chile reventó en octubre, ya no se aguantaba más. Fue una revuelta contra el saqueo organizado por los empresarios, contra un modo de vida insostenible, contra el “masoquismo del mérito” y la presión de ser reconocido, contra la violencia policial y contra todo un entramado político-institucional que en nuestro país es especialmente cruel. Hay mil motivos.

En Chile hay una privatización total de la vida. Hay un sistema masivo de endeudamiento. Los bancos y financieras, cada uno, te ofrecen su tarjeta de crédito, las farmacias tienen su tarjeta, los supermercados tienen otra. ¡Sólo falta que las botillerías te den su propia

tarjeta! Hay miles de líneas de endeudamiento y una flexibilidad muy grande. Y ante este problema, la única respuesta es más endeudamiento, una forma cada vez más fácil de hipotecarnos. Entonces cuando nos dimos cuenta de que no había respuesta posible, sucedió lo que está pasando ahora: todo estalla y se vuelve visible la lucha contra la privatización total.

De fondo, siempre está la idea de Chile como el “jaguar de Latinoamérica”, de que tenemos un modo de vida diferente al resto del continente. Está la figura, también, de la “barrera natural” que nos separa del resto de Latinoamérica, la Cordillera, un “cordón higiénico” de los pesares de la Argentina. “Somos distintos”, “estamos mucho más ligados a Europa”. Hay un deseo muy fuerte de ser blanco. Pero hace rato que todo eso se empezó a ir a la mierda.

La revuelta es, también, contra la corrupción. En los últimos cinco años hubo muchos casos en los que las policías y las fuerzas armadas aparecían robándose fondos públicos. Hubo casos de

corrupción en el gobierno, sobre todo grandes transnacionales que estafan al Estado con muchísimo dinero y quedan impunes. Casos de colusión como el de los productores de pollos o el del papel higiénico. Pero, sobre todo, la sensación de que para los empresarios no hay ley, no hay penas. A lo sumo, los mandan a tomar clases de ética como ha quedado de manifiesto últimamente. Es muy indignante, porque es la impunidad total. Al mismo tiempo, la TV esconde bajo la alfombra estos casos haciendo un festín espectacular con “el flagelo de la delincuencia”, “que entran y salen por puerta giratoria”, buscando naturalizar las políticas de criminalización de la pobreza, especialmente contra lxs más cabros.

En 2007 se promulgó la Ley de Responsabilidad Penal Adolescente, una ley que habilita la penalización de menores. Concretamente, los jóvenes pobres van en “cana” y los ricos no entran a ninguna cárcel. La fecha en la que sacan esa ley no es arbitraria, porque en el 2006 fue el pingüinazo¹. Y en 2007 Bachelet impulsa esta ley que vuelve punible a niñas y niños desde los catorce años ¡Una ley de



Bachelet, no de Piñera! Pero lo hace a su manera, con cinismo: articulando todo un discurso de la protección de las y los niñxs. Y empiezan a meter en cana a lxs más chicxs. Se dan casos de alta connotación pública, como el caso de un niño de ocho, nueve años, al que llamaron “Cisarro”, que tenía una serie de delitos que se hicieron mediáticos para justificar esta ley. ¿Y a dónde lo meten? Ahí pasamos a otra cuestión que ya era sabida, pero que se volvió muy central desde el estallido: la crisis y la corrupción en el Servicio Nacional de Menores (SENAME). Más de dos mil niños han muerto en los Servicios de “Protección” de la niñez. También se revelaron abusos sexuales, muchísimos maltratos e, incluso, venta de órganos.

Entonces, en octubre estalla el caso de SENAME, estallan los casos de corrupción, estallan los casos de robo al fisco de las Fuerzas Armadas, estallan las “zonas de sacrificio”².

y la muerte indiscriminada del pueblo mapuche. Serán todos esos elementos los que se empiezan a conjugar en un malestar que ya no tenía dónde ser alojado más que en la calle.

Y, al mismo tiempo, hay un componente transversal a las luchas o a los malestares. En las marchas hay hartas banderas mapuche, hay una sensibilidad con la lucha de los pueblos ancestrales que no se reduce sólo al mapuche, sino que se extiende a otros territorios “sacrificados” por el capital. Las “zonas de sacrificio”, como Quintero y Puchuncaví, zonas desoladas por la extracción de hidrocarburos, que comienzan a organizarse como comunas para poder luchar contra este destructor de la tierra y destructor de la vida. Y empieza a haber un eco muy interesante entre las luchas territoriales de las zonas de sacrificio con el pueblo mapuche. Empieza a haber un común ahí. Hay una experiencia de lo común que es clave porque todos se

empezaron a dar cuenta de que el problema es el neoliberalismo y las policías que lo protegen.

QUEBRAR EL CONSENSO DEL MIEDO (¡EVADIR, NO PAGAR, OTRA FORMA DE LUCHAR!)

Si hacemos una lectura de las poéticas de la revuelta, el elemento gatillador de esa transversalidad es la jugada que hacen los estudiantes secundarios. El almacén frágil del endeudamiento que cargamos durante los últimos treinta años se cae cuando nos damos cuenta de que no hay enemigo interno, de que no hay delincuentes, de que no hay vándalos. Cuando se quiebra el consenso del miedo y dejamos de legitimar la campaña mediática contra los estudiantes de secundaria, cambia completamente la perspectiva. Nos tenían encerrados mirando la televisión: “mira los delincuentes”.

Un tiempo antes del estallido los pacos dormían en los

techos de las escuelas, por miedo a que los “delincuentes encapuchados” salieran a quemar cosas en la mañana. Ya habían metido policías en el interior de las escuelas. Los estudiantes secundarios estaban en un conflicto permanente, encerrados en cada una de sus escuelas y los especuladores del miedo extrayendo valor de ese confinamiento. ¿Qué valor? El valor miedo. El valor miedo permitía que la gente, frente al endeudamiento y la precarización de sus vidas, frente a los casos de corrupción, pusiera la atención ahí. Hay una política del autofinanciamiento, del endeudamiento, de la privatización y de la capitalización individual que tiene por regla el estar confinado. Lleva tu malestar a tu casa, adminístralo tú mismo, sácale provecho por medio de la lógica del sacrificio y el mérito, pero no lo expongas.

Los estudiantes secundarios estaban, también, un poco presos de esa lógica de pelear contra la policía. Hasta que



CUANDO SE QUIEBRA EL CONSENSO DEL MIEDO Y DEJAMOS DE LEGITIMAR LA CAMPAÑA MEDIÁTICA CONTRA LOS ESTUDIANTES DE SECUNDARIA, CAMBIA COMPLETAMENTE LA PERSPECTIVA.

se dan cuenta y empiezan a organizarse, ya no para pelear contra los pacos, sino para fugarse de la escuela. Se escapan del confinamiento que permitía la extracción del valor miedo. Y lo interesante es que salen hacia el metro. O sea, se meten abajo de la tierra, donde va toda la gente apretada, y rompen los torniquetes. De estar encerrados en el interior de las escuelas, salen, se fugan y abren los torniquetes permitiéndole a la gente pasar sin pagar.

Y si bien se organizaron para fugarse, no se puede decir que sean organizados desde afuera. Está la CONES —que es la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios, hegemonizada por el Partido Comunista—, pero no es que eso haya sido organizado por los partidos de izquierda. Tú vas a una escuela emblemática, como a la que van estos chicos y chicas, y lo que ves son chicas lesbianas, disidencia, punks, aros, tatuajes, los chicos con sus cortes de pelo. Las escuelas parecen casas

okupadas. En el interior suele haber murales de lucha contra la policía. Y muchos murales de y sobre la lucha del 2006, que son los que no se pueden tapar. El resto está todo rayado.

AULA SEGURA (Y LAS MICROPOLÍTICAS DEL MIEDO)

Hacia tiempo que los estudiantes de los colegios emblemáticos habían desatado la guerra contra la policía. Los colegios emblemáticos, en este caso colegios municipales, es de donde salen, o salían, los mejores puntajes para ir directamente a las universidades públicas.

Los estudiantes de estos colegios desde hacía tres años venían desarrollando prácticas de autoeducación, de enseñanza-aprendizaje alternativas. Venían criticando el modelo educativo, las políticas públicas macro, pero al interior de las escuelas ya habían empezado a desarrollar sus propias prácticas.

En muchos aspectos, ellos habían tomado el control de las escuelas, celebraban las manifestaciones, hacían actividades en apoyo a las luchas mapuche, a las luchas de las mujeres y las disidencias. Incluso en muchas de estas escuelas habían armado oficinas de sexualidad y de género. Y tomaban posición en los conflictos sociales que se sucedían distribuidos en todo el país, y los incorporaban al interior de las escuelas.

Hace un tiempo, una integrante de un equipo de “convivencia escolar” de una de estas escuelas nos decía muy indignada que no podía entender a estos nuevos estudiantes que ya no se preocupan por “la educación” —como sí lo habían hecho los movimientos estudiantiles de 2006 y 2011—, sino por otros temas que “no le cabían a las escuelas”: “que el aborto, que los mapuche, que los perros, que los animales... ¡Esto ya no le compete a las escuelas! ¿Por qué no se preocupan por la educación?”. Hay un

desconcierto total de los aparatos de convivencia. Y cuando prima el desconcierto suele aparecer la brutalidad represiva. Y esa fue la única respuesta que, finalmente, se dio: brutalidad represiva.

El conflicto en estas escuelas se agudizó en el último tiempo por el proyecto Aula Segura, que es una política de Estado, un protocolo que busca intervenir en las escuelas que están más politizadas. Lo que se permite el proyecto de ley Aula Segura es que todas las escuelas cuenten con un protocolo de expulsión. En 2015 Michelle Bachelet impulsa la modalidad de “escuelas inclusivas”, una modalidad en la que las escuelas ya no podían efectivamente expulsar. Igual es muy hipócrita el concepto que usan: no se podía expulsar, sino que debían “garantizar el cambio de ambiente”. Es un eufemismo asqueroso. Entonces, no expulsaban para no dejar a lxs estudiante sin clases, sino que le reasignaban otra

escuela, una escuela “de acuerdo a sus condiciones”. Y así es como hay escuelas realmente convertidas en vertederos de estudiantes. Los sacaban y los cambiaban todos a las mismas escuelas que son principalmente muy periféricas, donde la educación es mala y donde, al mismo tiempo, solo hay conflictos. ¡Que se acuchillen entre ellos!

En cambio, vino Piñera y dijo: “vamos a garantizar que los estudiantes puedan tener todos educación y para eso les vamos a otorgar a los directores de escuela las facultades que se les habían quitado”. Y lo que volvieron a reponer fue esa potestad de expulsar a través de Aula Segura. Concretamente, lo que hace es acelerar los tiempos de una expulsión. En lugar de durar quince días, la investigación —el “debido proceso”— pasa a ser solo de cinco. Es una suerte de judicialización de las escuelas. Si un profesional del área de “convivencia escolar” identificaba a un estudiantes desarrollando una asamblea o convocando a un par a una movilización, podía denunciarlo de manera anónima para que se le hiciera una investigación. Y se activaba el “debido proceso”. La investigación podía durar hasta dos meses para garantizar que el estudiante fuera expulsado, pero a los cinco días el estudiante ya estaba fuera del aula, suspendido.

CONTRA LA EDUCACIÓN DE MERCADO (LA GENERACIÓN DEL PINGÜINAZO)

Esto, naturalmente, no es nuevo. Desde 2006, desde el “pingüinazo”, el Estado chileno está en guerra contra los estudiantes. En esos años se contagió el malestar con respecto a la privatización de toda la educación chilena; ya no solamente la privatización de la educación superior, sino la privatización de todo el sistema educativo.

Ya había movilizaciones muy fuertes desde 2004, en la Universidad, contra el Crédito con Aval del Estado (CAE)³, que a su vez retomaban las luchas contra el neoliberalismo que había dado con mucha tenacidad el movimiento estudiantil universitario de los '90. Pero ahora se extendía a las escuelas secundarias, que fueron tomadas. En ese proceso también se empiezan a recomponer las coordinadoras estudiantiles a nivel zonal —zona norte, zona sur, etc.—, que es algo que no había pasado antes. Es decir, empiezan a ponerse en diálogo los diferentes estudiantes de diferentes escuelas. Justamente, las escuelas privadas —que siempre están al margen de todas las movilizaciones— empiezan a sumarse a los paros y a las tomas. Esa trama de solidaridad fue sumamente importante, porque articuló y transversalizó a todo el movimiento. Ya no eran solamente los estudiantes de las escuelas públicas municipales

pidiendo una educación de calidad, sino que eran, incluso, los estudiantes que tenían privilegios los que estaban luchando contra sus propios privilegios. Y por la posibilidad de que todos tuvieran los mismos. Entonces, esa puesta en común del malestar fue muy interesante.

En suma, en 2006 se decreta, transversalmente, la guerra contra la “educación de mercado”. Una de las consignas centrales de aquellas movilizaciones pedía que los colegios volvieran al Estado, dado que habían sido municipalizados sobre el fin de la dictadura mediante la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE). Se luchaba contra esa ley que garantizaba el entramado constitucional de la educación de mercado.

En cierto modo, esa lucha fue traicionada a partir de 2007, o así lo entendimos los estudiantes de secundaria que acusamos a la CONFECH —que es la Confederación Nacional de Estudiantes de Chile— de haber pactado con el gobierno de Michelle Bachelet para que la LOCE fuera reemplazada por otra —la Ley General de Educación (LGE)—, que dejaba intacto tanto el principio de autofinanciamiento como el Crédito con Aval del Estado. Por esa traición hubo una fractura entre el movimiento universitario y el secundario, que va del 2007 al 2010. También en ese momento la CONFECH expulsa a la FEP (Federación

de Estudiantes del Instituto Pedagógico), que era más anarca, más radicalizada, sin el formato “republicano” de la CONFECH, sino un formato más libertario, con una Asamblea que funcionaba mediante democracia directa y sin presidente, solo con voceros. Hubo una fractura total. Son tres años de disputa al interior del movimiento.

POLÍTICAS DE LA FRAGMENTACIÓN (DEL ESTADO)

Una de las principales líneas estratégicas de la dictadura consistía en fragmentar el gran órgano social del Estado. También en la educación. De hecho, lo que hizo la dictadura de Pinochet con la Universidad de Chile es muy significativo: la desmembró, la destruyó, la aranceló y le cambió el nombre.

Había tres grandes universidades en el momento del golpe, la Universidad de Chile, que es de 1842, la Universidad Técnica del Estado y la Universidad Católica. La Universidad de Chile era una sola institución en todo el país. Lo que hizo Pinochet fue fragmentar y atomizar ese gran cuerpo social que se extendía en todo el territorio nacional y hacer que cada una de las sedes fuera una universidad autónoma. También la separó del Instituto Pedagógico, que es de 1889, y es un histórico bastión de la izquierda. Este Instituto tenía otras sedes, como la de Valparaíso —que hoy se llama Universidad de Playa

Ancha-, pero que a su vez todas pertenecían a la Universidad de Chile. Pero en 1983, luego del cambio de la Constitución –que fue en el ‘80– el Instituto Pedagógico pasa a llamarse Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Hay un desmembramiento organizado por el neoliberalismo de todo el sistema de Estado que permitió que lo público se privatizara. Pero no solamente se privatiza “por fuerza de ley”, sino que la conducen hacia un modo de gestión eminentemente neoliberal, por más que sigan siendo universidades públicas. Y el principal mecanismo para imponer este modo de gestión es el “autofinanciamiento”. Impedir constitucionalmente que el Estado pueda sostener su propia universidad pública e impulsar a que estas funcionen y se gestionen como universidad privada. Esta es una de las herencias más contundentes, pero a la vez más resistidas, de la dictadura. Y ese principio de autofinanciamiento se fortalece aún más con el Crédito con Aval del Estado, porque se bancariza, por un lado, endeudando a los estudiantes y, por consiguiente, endeudando a las universidades. El CAE en un momento llegó a tener un interés del 6%. Y después lo bajaron a 4%. Y ahora, recién el año pasado, con mucha lucha de por medio, lo bajaron a 2%.

Al mismo tiempo, es una lógica que se replica en otras áreas del Estado, como en el

Sistema de Pensiones. Ahí se expresa la misma lógica: la de la capitalización individual. Esta es, sin duda, una de las grandes columnas del consenso neoliberal instaurado por la dictadura: que todos se subjetiven de acuerdo a un principio de capitalización individual. Y las instituciones educativas empiezan a funcionar también de la misma forma.

Por eso las universidades públicas hoy están en una lucha permanente por sobrevivir, porque no tienen fondos, inversiones, para poder entrar en competencia con las universidades privadas. Muchas públicas, como el Pedagógico, no tienen presupuesto para investigar, por lo que queda muy en desventaja respecto de otras universidades, sobre todo privadas, que sí lo tienen. Una universidad sin investigación no puede competir con las que sí lo hacen. Y las que sí lo hacen son, principalmente, universidades privadas, que invierten en investigación –hacen papers, venden modelos o proyectos– y eso les permite rentabilizar su quehacer. Y lo peor es que le venden su conocimiento a las instituciones públicas. Las grandes reformas públicas, como la del Transantiago, fueron investigaciones y gestiones hechas por universidades privadas. Porque las universidades públicas no tienen la fuerza para poder administrar las políticas del Estado. Es una política de debilitamiento cuyo origen se remonta a la dictadura.

LUCHA CONTRA LA DEUDA (GENERACIÓN 2006)

A nosotrxs nos resulta divertido pensar que aquellos que hicimos el “pingüinazo” en 2006, cuando estábamos en la escuela secundaria, fuimos los mismos que encabezamos el conflicto en 2011, cuando estábamos en la universidad. Y, en cierto sentido, fuimos quienes, ya en la vida laboral, nos movilizamos contra las AFP y hoy estamos tirando piedras en las plazas. Ahí hay una continuidad desde 2006 y tiene que ver con no dejar a un lado el malestar que nos produce el neoliberalismo, el principio de autofinanciamiento y de endeudamiento por el crédito. Y salimos de ese espacio escolar, universitario, a la calle, a la vida del trabajo, que es altamente precarizada. Porque ser universitario profesional es exponerse a una precarización del trabajo; una población de precarizados no sindicalizados. Por eso es, también, un movimiento muy acéfalo: no tiene referentes orgánicos.

Desde 2006 la lucha es contra el financiamiento y contra la deuda, y eso no se ha abandonado hasta ahora. Pero es muy interesante lo que pasa en el 2011, porque es también el movimiento de lxs indignadxs a nivel global. Acá estaba la discusión con respecto a la bancarización de la vida y la lucha contra la deuda. El problema del endeudamiento, en un primer momento, aparecía confinado a la educación superior. Todo giraba en torno a ella.

O al modelo educativo neoliberal, que es principalmente la lucha contra el principio de competencia, de autofinanciamiento y de endeudamiento. Creemos que esos tres elementos son clave.

En 2004 se luchaba contra el CAE y dos años después, además de contra el CAE, se luchaba contra el principio de autofinanciamiento. Y porque todas y todos pudieran entrar a la universidad. Ahí hay algo importante, porque se luchaba por mayor lugar en la Universidad, y entre 2006 y 2011 crecen los institutos profesionales, que fueron una gran jugada del neoliberalismo. Cuando se está poniendo en crisis el modelo educativo, reinventan su estrategia y empiezan a copar ofertas estudiantiles de educación superior. “¿Quieren ir a la universidad? Bueno, les vamos a ofrecer educación superior a su alcance”. Y empiezan a proliferar por todos lados los institutos profesionales. Carreras técnicas, sobre todo. ¿Quiénes son los que estudian en un Instituto Profesional? Los estudiantes pobres, de las escuelas municipales, periféricas.

Y esto se articulaba con toda una discursividad sacrificial, propia de la meritocracia, del emprendedor: “Págatele tú, que no te lo pague el Estado”. Esa fue la mejor salida frente al malestar del 2006 y del 2011. Fue la salida neoliberal. Fortalecer el emprendedurismo y que estos estudiantes pobres se den

cuenta de que ellos pueden endeudarse y pagarlo; que no necesitan que el Estado les garantice nada: individualmente pueden demostrar que pueden alcanzar sus propios logros.

Esto se suma a la traición del movimiento del 2006, conformado principalmente por secundarios, que fueron traicionados por las cúpulas de la izquierda más tradicional hacia el 2011. El 2011 fue la mayor expresión de la traición –nuevamente– a los estudiantes más radicalizados, que son principalmente los estudiantes más pobres. El 2011 fue una pelea a muerte, que evidencia muy bien el inevitable componente de clase que tiene Chile –a diferencia, por ejemplo, de la Argentina. Acá no hay, necesariamente, una referencia positiva de lo popular.

De hecho, los chicos de las escuelas más periféricas, durante el 2011, eran expulsados de las marchas. Y era un movimiento completo que le gritaba: “Que se vayan los sopaipas”. El término “sopaipa” remite a un tipo de corte como el de esos guachines que bailaban en Argentina, Los Wuachiturros. A ese corte de pelo se lo llama “sopaipa” acá. Y que era el chico de barrio, de la villa, que llegaba a la marcha, a veces encapuchadxs, y llegaban a destruirlo todo. A pelear con la policía. A destruir la calle,

los paraderos. Y los mismos estudiantes, las mismas personas que marchaban los segregaban: “que se vayan los sopaipas”. Pura crítica burguesa, porque esa actitud de mostrarse rompiendo “lo que es de todxs” contradecía el objetivo de ampliar esa luchas al sentido común ciudadano: “Que se vayan porque vienen a ensuciar el movimiento, que tratamos

tes privilegiados: Boric, Jackson, Vallejos Dowling, Sharp. Son estudiantes privilegiados que pasan a ser los referentes de la izquierda representacional o institucionalista. Porque los Pérez están peleando en el Liceo público con la policía. Y organizándose en bandas, escuchando trap insurreccional, siendo veganos, o straight edge, que son “antitodo”. Y

movimientos de confrontación con la policía tienen mayor capacidad de leer el contexto. Lxs pendejxs son unas máquinas. Son chicos del INBA, de la escuela secundaria, a los que persiguió la policía. Tienen grupos de estudio de filosofía. Pero con una perspectiva de no creerle a nadie, a ningún político más tradicional. Y de no caer en las lógicas representacionales.



HAY UNA EXPERIENCIA DE LO COMÚN QUE ES CLAVE PORQUE TODOS SE EMPEZARON A DAR CUENTA DE QUE EL PROBLEMA ES EL NEOLIBERALISMO Y LAS POLICÍAS QUE LO PROTEGEN.

que sea lo más limpio, lo más progresista, lo más aceptable”. Todo eso se fue a la mierda.

El Estado en Chile no puede nunca calar en los movimientos más populares. No entra por ninguna parte. Porque son principalmente estudian-

leen mucho, escriben también, en un registro muy cercano al de la anarquía, que está en los textos, en los panfletos, se ve en todos lados. El ensamble teórico-práctico es más fuerte hoy que en periodos anteriores. Antes era: o luchabas contra la policía o te dedicabas a “pajas mentales”. Pero ahora los

¿RADICALES VS. INSTITUCIONALISTAS? (Y LA FORMA COORDINADORA)

Históricamente ha habido una desconfianza de la institucionalidad. Creemos que viene de la posdictadura, del modo en que se fueron acomodando cuando dejaron de ser

perseguidos. Sobre todo el Partido Socialista y el Partido Comunista, que se fueron acomodando y formando parte de la gobernabilidad neoliberal. Eso fue evidente durante 2011, cuando ambos espacios bajaron al movimiento estudiantil. O luego cuando conforman la Nueva Mayoría. Por eso hay mucha desconfianza con todo lo que



venga de las instituciones políticas. Porque, además, tienden a reproducir esta lógica, como pasó en diciembre con el voto de varios diputados del Frente Amplio a favor de un conjunto de leyes represivas ("antisaqueos" y "antibarricadas").

Desde el 2006 hasta ahora la gran discusión era: o caes en las máquinas representacionales, institucionales o continuas en la radicalidad, desde afuera de los espacios formales de la política. Y estas dos fuerzas estaban en

tensión constante. Pero lo bueno de la revuelta es que te mezcla un poco todo, te corre de los lugares donde cada uno estaba fijado. Te obliga a ser más estratégico, o a desarrollar una inteligencia estratégica que permita pensar qué instituciones nos inventamos.

Pero el modo en que se daban los conflictos durante el 2006 y durante el 2011 tendían a posicionarte en uno de estos polos Y, por ejemplo, era muy criticado el que tenía las dos posiciones al mismo tiempo, quedaba como un poco infiltrado, o una huevada así: "¿Qué andai, de infiltrado?". Ese lugar ambivalente de la revuelta es interesante porque también lo que te está planteando es que esa polaridad ya no puede ser planteada, que ya no hay por dónde entrarle a la representación más tradicional; que ya no hay parlamento, que ya no hay policías, que ya no hay sindicatos, que ya no hay Frente Amplio. Pero, ¿qué hay? Hay coordinadoras. Las coordinadoras fueron apareciendo en las luchas, en las luchas estudiantiles de 2006 y con mucha más fuerza desde 2015. Y tienen que ver con esto que decíamos: ya no hay grandes estructuras políticas y organizativas, como en otro momento era el partido o el sindicato. Mas bien, todos tienen su bandita. Y, entonces, la única manera es coordinar las distintas banditas.



LXS JÓVENES RADICALIZADXS DE HOY (Y SU IMPULSO AL ESTALLIDO)

Luego, claro, también hay organizaciones más clásicas de secundarios, como la CONES, que es del Partido Comunista. Pero también está la ACES, que es un movimiento mucho más transversal, mucho más radical, que funciona como una coordinadora. Está conformada por estudiantes de colegios emblemáticos, de colegios municipales que no son los de mayor calidad, el Instituto Nacional o el Liceo 1 sino el Liceo de Aplicación, el Darío Salas, el Cervantes, el INBA. Son estudiantes pobres que han entrado a escuelas públicas más o menos emblemáticas.

Y ya no se puede hablar del movimiento como hablamos durante el ciclo 2006-2011, ni se pueden pensar en línea con las organizaciones o ideologías políticas más clásicas. Son principalmente jóvenes que han hecho del

combate con la policía una de las mayores experiencias actuales de autoafirmación. No necesitan militar en organizaciones grandes, sino que aparece el concepto del grupo de afinidad. Son principalmente grupos de afinidad que agarran como referente a algunos anarquistas muertos entre el 2009 y el 2011. Entre ellos, Mauricio Morales, el Punki Mauri. Con toda su simbología, la Estrella del Caos y el extintor, que es como la bomba. Ya no la "A", sino la Estrella del Caos. Es cosa de ir a cualquier colegio y está en todos lados rayada.

Y son esos estudiantes secundarios, que venían de una trayectoria de combate contra la policía, los que hoy están en la primera línea. Fue un training de combate con la policía de dos años en todas las escuelas secundarias. Pero eso antes se hacía en las universidades, sobre todo entre 2007 y 2011. Eran grupos de encapuchados que salían de las universidades. Salían organizados a pelear con la policía porque tenían

la autonomía del campus universitario, donde si la policía entraba tú te podías esconder, cambiar de ropa rápidamente y pasar a ser un estudiante como cualquier otro. Pero estos pibitos están en las escuelas, que son lugares chiquititos donde no te podías esconder, entra la policía y te captura inmediatamente.

De hecho, el 2011 fue un momento de fuerte criminalización de la práctica de combate directo contra la policía dada mayormente por los referentes de ese movimiento, que luego fueron los referentes del Frente Amplio. Lo que caracterizaba a los movimientos anteriores era una lógica más representacional, más militante, que segregaba y criminalizaba el combate directo. Lo que hacen los estudiantes secundarios es retomar la trayectoria o la memoria del combate con la policía, del combate directo. Y de repente, en 2019, estalla la revuelta y lo que se segregaba, hoy se lo retoma y valora. Aparece, por ejemplo, la primera línea como principales protagonistas a la hora de sostener la revuelta, el enfrentamiento. Un tiempo antes, toda esa primera línea hubiera sido impugnada, criminalizada.

Quizá parte de la alegría inmensa del fin de año en plaza Dignidad tuvo que ver con una sensación de alivio, de “al fin realmente pasó algo”. ¿Cuántas veces peleamos con la policía?, ¿cuántas balas nos dispararon? ¿Y ahora todos

aman a los encapuchados! O se ponen la capucha y quieren pelear contra la policía. Cuántos años costó que la experiencia sensible de pelear contra la policía al fin se haya compartido. Ahora sí, es el momento.

SUBJETIVIDAD ACAB (CONTRA LO POLICÍACO GENERALIZADO)

No sabemos lo que va a pasar con el estallido, con este movimiento por venir. Lo que es evidente es que predomina una sensación de que algo nuevo se inicia en Chile.

Pero el odio a la policía está completamente instalado. Lo que se está viviendo en Chile es una lucha contra la policía en todas sus expresiones. Una policía que, además, está militarizada –miren las tanquetas que usan– desde la época de Bachelet, es decir, es un cambio que hizo el progresismo. “No vamos a sacar nunca más a los militares a la calle”, dijeron, pero militarizaron a la policía. Eso sucedió desde los años 2000, vinculado con el enfrentamiento con el “Nuevo movimiento mapuche”, el de la autodetermina-

ción y el del combate directo con la policía. Ya hace más de doce años que la policía está en combate directo contra la gente en todos lados.

El ACAB (“All cops are bastards”) aparece en Europa, con las protestas griegas contra la deuda, y viene del Black Block europeo, de sus peleas contra la policía. Y llega acá porque la lucha contra los pacos estaba desatada desde hacía rato. Pero el ACAB hoy tiene un alcance mucho mayor, que no se reduce al policía con el traje, a la institución, sino que es también contra lo policíaco. Es decir, no ser policía de nadie. Es una lucha, también, dentro de los horizontes de la micropolítica y de los cuidados. Es una lucha de “sé igual de ACAB en tu casa”. No ser policía y el luchar contra la policía son dos caras de la misma sensibilidad. Y esto incluye cierta disputa al interior de las figuras de la representación política: “no me vengái a paquear” (en alusión a los pacos), se le dice al maquinero. El “maquinero” es el operador político de una organización de izquierda más tradicional que en la asamblea trata de conducir la cosa para poder posicionarse, para sacar rédito. “Pasar máquina”, se dice aquí: te paso la máquina por encima. Esa es otra figura policíaca.

Y al mismo tiempo, hay que poder afirmarse en lo que pasa, en lo que se está haciendo. La otra vez un militante de izquierda nos interpelaba “¿Y qué van a conseguir?”



ANTES ERA: O LUCHABAS CONTRA LA POLICÍA O TE DEDICABAS A “PAJAS MENTALES”. PERO AHORA LOS MOVIMIENTOS DE CONFRONTACIÓN CON LA POLICÍA TIENEN MAYOR CAPACIDAD DE LEER EL CONTEXTO.

¿Y qué han conseguido?”. Quizá no hemos conseguido demasiado, pero hoy el 95% de la población chilena odia a la policía y se lleva esa idea de no ser policía a sus casas. Y eso no es poco porque de ahí pueden surgir mil. Ya, por lo menos, tenemos eso.

UNA GUERRA ANÍMICA (¡PACOS CULIAOS!)

Hoy la batalla a nivel macro se juega también a nivel micro, en el plano del ánimo. Hay una guerra anímica total en estos momentos. La gente trata de reponer el ánimo para poder seguir sosteniendo la revuelta cada día. Los cuerpos están cansadísimos, entonces es sumamente importante poder desarrollar prácticas que traten de sostenernos anímicamente. Y de esta batalla anímica participan también los pacos. Ellos hablan de un “sabotaje psicológico” contra las fuerzas policiales, produjeron ese concepto. Los tipos tratan de controlar las manifestaciones para reponer psicológicamente a la institución. Tratar de reponer la validez de la institución frente a la opinión pública. Porque la perdieron, porque hoy es una institución completamente deslegitimada por la corrupción y la represión de estos meses. O sea, estos tipos no solo perdieron la plaza de la Dignidad, lo que perdieron fue la dignidad. Socialmente, son basureados en la calle. Un paco va a comprar y no le venden, por ejemplo. Hubo un video dando vueltas de cuando echan a un paco de una multitienda;



el tipo estaba comprando y la gente, los vendedores, no le quisieron vender.

Hay muchos relatos que se cuentan y circulan por redes. Los pacos históricamente usan gratis el transporte público y ha habido casos en que los bajan de un colectivo, como acá se les llama a los autos compartidos. El carabinero se sube y le dice al chofer: “Llévame hasta tal lugar”, y el chofer le contesta: “No, bájate”. “Pero, oye, soy carabinero, tienes que llevarme”. “No, no te voy a llevar”. Y bueno, creo que el paco lo putea, pero se tiene que bajar igual del colectivo. Es un relato muy bonito, porque el chofer mira a la gente que estaba atrás y les dice: “Oye, disculpen por esta situación”. Y uno de los pasajeros lo agarra del hombro y le dice: “No te preocupes, ya no estamos solos”. Dan ganas de llorar.

Este relato da una clave importante para entender qué se está discutiendo. Porque golpearles la gra-

titud es golpearles la serie de privilegios con los que cuentan los carabineros desde la transición democrática —y entre estos privilegios, el de la impunidad. Las policías y las fuerzas armadas tienen las garantías sociales que ningún chileno tiene. Son los únicos que después del golpe del 73 siguieron viviendo en el socialismo. Los únicos que se quedaron con el sistema de jubilación y de pensiones de la Unidad Popular, con su sistema de prevención en salud, también. Que la gente no le quiera hacer valer el beneficio que les aseguró el Estado es una acción política y un gesto contra el consenso de la transición.

Son muchos elementos que permiten pensar que lo que hoy se está viviendo es el desmoronamiento de este consenso. El estallido no es, simplemente, “vamos a quemar las cosas, vamos a destruir”. Por el contrario, la lucha diaria es ir desactivando estos consensos que forman parte de la vida cotidiana y

que suceden hoy mismo. Que no se pueda subir a las personas en un auto por la fuerza, gritarle, golpearla. Hace falta multiplicar esa práctica de desactivación micropolítica del consenso neoliberal, que todas y todos lo tienen en sus manos ahora, en estos momentos.

¿CÓMO COMPONERTE UNA VIDA? (LA VIOLENCIA COMO AUTODEFENSA)

Para pensar el uso de la violencia, que forma parte de muchas prácticas políticas de todos estos años y que hoy nos rodea por todos lados, la fórmula es pensar que no hay vanguardia que quiera imponer nada, sino solo autodefensa. Acá hay violencia, pero para defender algo. Lo que se está tratando de defender es un modo de reinención de la vida cotidiana. ¿Y qué es lo que se defiende?

Cada quién tiene sus estrategias para poder armarse una vida. Las feministas y las disidencias tienen todo un modo de componer y recomponer una vida cotidiana, una nueva relación con los vínculos, con sus cuerpos, con el mundo de lo público y lo privado. La lucha contra las Administradoras de Fondos de Pensiones —que son las encargadas del sistema de capitalización individual de jubilaciones y pensiones diseñado en la dictadura— ha sido también un espacio donde se aglutinan formas y generaciones muy distintas. Por lo tanto, es una manera de recomponer toda una vida

cotidiana en relación con los más viejos, pero sobre todo en relación al trabajo.

No+AFP es un modo de reinención de lo laboral, por parte de trabajadores precarizados que carecen de sindicato; es la lucha contra la privatización individual. Los movimientos estudiantiles, como decíamos, son modos de recomposición de lo juvenil. Está todo el escenario también de reinención de los territorios, por parte de las Asambleas territoriales, y del cuidado de la tierra y del agua, con movimientos como el Movimiento por el agua y los territorios (MAT) o el Movimientos de defensa del agua, la tierra y el medioambiente (MODATIMA). Es un modo de reinención de la vida y de reencuentro con la naturaleza. A su vez, todas estas luchas y organizaciones apoyan y valoran la lucha del pueblo mapuche. Y se puede pensar todo lo que sucede en esta revuelta como un proceso de recomposición de un modo de ser social, colectivo.

Las experiencias de las Cooperativas de Abastecimiento, por ejemplo, son brutales, con docientas familias afiliadas. ¿Y qué es lo que hacen? Organizar canastas de alimentación por medio de la compra directa a productores. Y hay varias de estas cooperativas, en distintos territorios. Y muchas de estas experiencias “infra” rayan el hipsterismo, pero hay que entenderlo desde la experiencia chilena. Acá todo pasa por ser una ONG, o micro emprendimiento. Tú ves a

los anarcos que empiezan vendiendo soya, y luego se arman su puesto de comida orgánica, en ferias... Es una estrategia de lxs locxs, también, como para no trabajar dentro de las lógicas hegemónicas de empleabilidad y precariedad.

Toda esta recomposición, que no está exenta de violencia, no implica tomar la vanguardia de nada. Es, más bien, un espacio de anonimato; la necesidad de habilitar un espacio de encuentro, de conocer las luchas del otro, de qué es lo que se viene armando, en condiciones de improvisación total. Se está improvisando, porque todas las energías creativas están dispuestas, principalmente, en encontrarse. Por eso hay actividades todos los días en la plaza: porque la gente se está tratando de inventar espacios de encuentro. Y eso es importante porque ya nadie puede pensar, a priori, que conoce algo: “ah, no, yo conozco a este movimiento de antes”. Nada quedó intacto con el estallido social. Todos los partidos se fueron a la mierda, las organizaciones formales se fueron a la mierda. O sea, son organizaciones formales y partidos que ya no tienen la capacidad de movilización porque no tienen la capacidad de ponerle concepto a lo que está pasando. ¿Y dónde están los que le están poniendo concepto a lo que está pasando? Haciendo actividades de encontrarse, de que la experiencia política pase por el cuerpo. Algo fundamental está pasando en ese plano.

EL WENÜY (UNA NUEVA SUBJETIVIDAD POLÍTICA)

La revuelta también nos permite hacer un balance de estos últimos años, preguntarnos cómo se fue expresando, o cómo se fue acogiendo el malestar social desde 2011 hasta el estallido. Y, como decíamos, éste tuvo dos canales: uno fue el enfrentamiento de los estudiantes –secundarios, sobre todo– con la policía. Y el otro las grandes marchas que se realizaron estos últimos años: marchas mapuche, marchas por No+AFP, marchas feministas del 8M, marchas en apoyo a las “zonas de sacrificio”. Un poco de lo que dan cuenta estas marchas es de que hay una sensibilidad recompuesta con esos malestares, que no los posees tú individualmente, que no te pertenecen en exclusiva. Y esto hace que las marchas muestren muy bien cómo hay una fuerza de reunión y de vinculación que no está dada porque te pertenezca el malestar, sino porque compartes el malestar con el otro. Creo que esto es sumamente importante y novedoso.

¿Qué es la Coordinadora No+AFP? Es un encuentro entre generaciones de precarizados. Cuando los estudiantes van a las marchas de No+AFP, no van preocupados individualmente por cuando ellos sean viejitos, van a compartir la sensibilidad con el viejito que está ahí, que es su abuelo. Un caso muy conocido fue el de Mauricio Fredes, asesinado

por los pacos en diciembre, en plaza de la Dignidad. Estaba en primera línea porque lo que él había desarrollado era una práctica de cuidado con su abuela, que era una jubilada que no tenía pensión. Y él se tenía que sacar la cresta para poder sostenerla.

Hay una especie de recomposición de la sensibilidad con esos malestares. Bueno, tú no eres mapuche, no te están disparando a ti. Pero sí te pones en la calle a luchar y a defender al pueblo mapuche. No te pertenece la lucha, pero estás ahí con ellos. Un ejemplo obvio es el de Santiago Maldonado, que es lo que los mapuche llaman “wenüy”, que es el amigo. Es el que no es mapuche, pero pelea contigo. Y ellos nunca te van a dar, nunca te van a otorgar, el reconocimiento de mapuche, pero sí de wenüy. Es un amigo que está a la altura de la lucha, incluso cuando no le pertenece –y no le pertenece porque no tiene sangre mapuche. Pero sí está en la calle dando la cara contigo.

La figura del wenüy, del amigo, creo que habla un poco de la subjetividad social chilena. Al mismo tiempo, no parece que fuera algo local, algo especial de la revuelta chilena; parece, más bien, expresión de una subjetividad más amplia, a nivel latinoamericano. Pensamos en lo que está pasando en Colombia, sobre todo con el activismo medioambiental. Son personas a las que no le pertenecen los bienes

comunes y están luchando por los bienes comunes. No por la propiedad respecto del bien común, sino por el bien común, porque sea usado por todos y todas. Lo mismo pasa acá, uno sale a la calle a pelear y a poner el cuerpo en primera línea no porque te pertenezca la primera línea, ni te pertenece la marcha, es porque tú sabes que hay que contener a la policía porque atrás están pasando cosas que no estaban pasando antes. Y por eso es una lucha inminentemente transversal. Creo que acá hay una clave para pensar cómo se recompone una nueva subjetividad política, como dice nuestra amiga Suely, citando a otro amigo, al Félix: “se está componiendo una nueva suavidad política”.

LAS FUERZAS REACTIVAS (CONTRA EL PROCESO CONSTITUYENTE)

Pero, cuidado, que si ponemos atención a las grandes masacres hechas por los estados neoliberales en Latinoamérica, apuntan precisamente a esas sensibilidades, o a los cuerpos que desarrollan esas sensibilidades. Porque hay tres grandes fuerzas reactivas que, en estos momentos, pueden cooptar lo que se está gestando, y una es el miedo. Es la fuerza más reactiva y está siempre al acecho. Precisamente, si algo se logró desactivar con el estallido fue el consenso del miedo y las políticas de seguridad que conllevan. Es muy importante identificar eso. El barrabrava, el mi-grante, todas las figuras que

los medios de comunicación mostraban como el nuevo enemigo interno, comenzaron a desmoronarse, ya no se sostienen. El nuevo enemigo interno es la oligarquía, la elite de empresarios que controla el Estado desde la dictadura hasta hoy día. Más que enemigos, la gente ve ahora en el otro, o en la otra, la posibilidad de una vida digna de ser vivida. Y por eso buscar reconocer a ese otro, compartir con esa otra. Que los barrabravas estén ahí con la abuelita y con los niños, cuando el barrabrava era el máximo símbolo de la violencia, es maravilloso.

Entonces, una de las fuerzas reactivas es la del consenso del miedo. Lo que están tratando de reponer es la figura del vándalo, del violentista, del terrorista. Lo tratan de reponer, lo tratan de reponer: ese el consenso del miedo y las políticas de seguridad. La segunda fuerza reactiva es la del confinamiento, las políticas de confinamiento familiar. Es volver a meter tus malestares a la casa y a la familia. Y eso es lo primero que dice el General del Ejército (Javier Iturriaga) ante el estallido social: “Vuelvan a sus casas, con sus familias, sean felices, quédense ahí”. El confinamiento en el espacio privado y que cada uno resuelva sus malestares como pueda. Porque la tercera fuerza reactiva es la de la capitalización individual. Que es, en definitiva, la gestión de tu propia miseria, el sentirte emprendedor. ¿Cómo sacarle provecho a la miseria que

tienes todos los días? Este último es re complicado, y el riesgo de la hipsterización está ahí. Creo que esas serían como las tres grandes fuerzas reactivas que sostienen el consenso neoliberal en Chile y que el estallido desactivó un poco. Creo que las tres operan en el horizonte del deseo y de la subjetividad.

Ahora, la pregunta clave es cómo poder sostener las potencias destituyentes durante el proceso constituyente. O que lo que se constituya pueda permitirse sostener las potencias destituyentes que son estas fuerzas de reinención de la vida cotidiana que van permitiendo desactivar los tres consensos. Pero, ¿cómo hacerlo?

VIVIR EN BANDA (Y CONJURAR LOS MALESTARES EN RED)

Nosotros todo este tiempo fuimos organizando cosas, participando de encuentros colectivos. De alguna manera es donde canalizábamos todos y todas ciertas experiencias de orfandad que nos dejó el dejar de ser estudiantes y la pelea con la policía, digamos. Pero lo hacemos construyendo cosas. Y construyendo conversaciones. Nos conocemos todas y todos con todos porque hacemos conversaciones radiales con personas que están medidas en todas las cosas, en todas las redes. La experiencia de la red es una especie de protoinstitución que ya está construida, y que se va construyendo todo el tiempo. Las Coordinadoras

están construidas. Y ahora lo que pasa es que la red pueda, digamos, desarrollar una infraestructura económico-política que, creemos, ya está empezando.

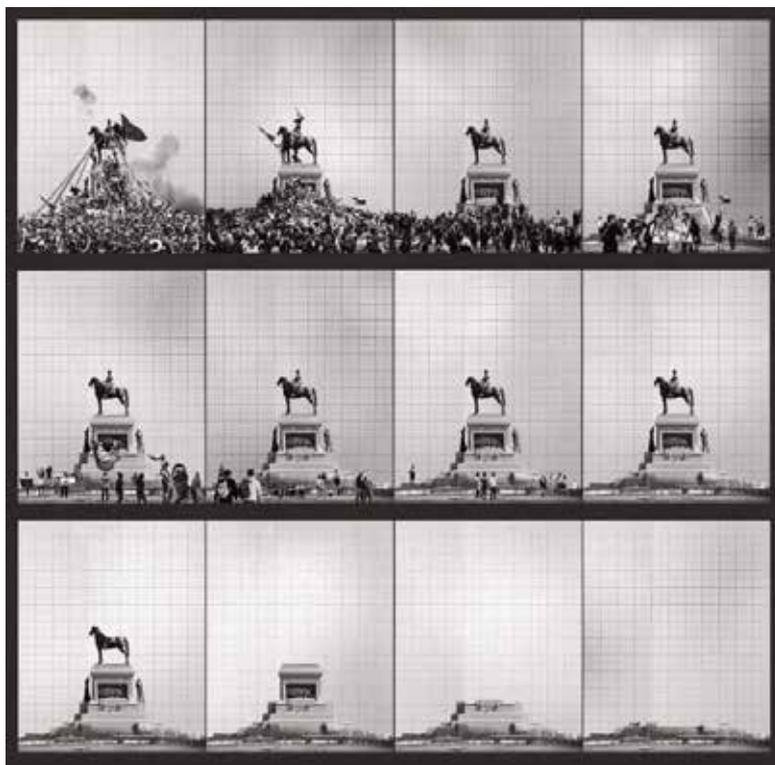
Realmente, lo que tenemos más a mano, es seguir viviendo en bandas. Creemos que, hasta ahora, es lo que estamos haciendo. E inventando formas de trabajo que lo permitan. Y esto suele darse, acá en Chile, bajo formas muy ongistas. ONG's que han sido, por otra parte, grandes canalizadores del malestar. Tú vas a una ONG y es también como un okupa, como que todo lo hemos convertido en una okupa. Las escuelas pasaron a ser okupas, las universidades pasaron a ser okupas, nuestros puestos laborales parecen okupas. En las ONG, de repente tú puedes ir con tu perro, toda la gente anda a pie pelado. Por un lado, puede sonar muy neoliberal, pero ya hay prácticas organizativas de la vida cotidiana que están ahí, haciéndose, transformándose.

En cierto sentido, esto es muy generacional. Hay una “generación 2006” en todos lados, en cada familia, que funciona como agente de contagio, un elemento contaminante. Y siempre algo está haciendo algo, metiendo un virus —el virus de la okupación. Siempre hay una 8M metida en alguna parte; siempre hay un No+AFP en la vida cotidiana. O sea, prolifera y prolifera por bandas. Hay un factor que es el generacional que es muy fuerte.

#CHILE DESPERTÓ | LA REVUELTA ANTINEOLIBERAL



LA PREGUNTA CLAVE ES CÓMO PODER SOSTENER LAS POTENCIAS DESTITUYENTES DURANTE EL PROCESO CONSTITUYENTE.



Gentileza María Loreto Cerda y Pablo Rojas

Nosotros seguimos inquietos. Somos la generación del 2006 y seguimos inquietos. Y tratando de habitar el presente de una manera distinta. Imagínate exxs pibitxs que vienen ahora. En nosotros aún había una memoria política vinculada con una sensibilidad de la izquierda más tradicional. Pero eso también estalló con el 2019. Veremos lo que viene ahora.

VIRULENCIAS DE CUIDADO (DE LA REVUELTA Y OTROS CONTAGIOS)

Se está cumpliendo un año de la revuelta de octubre 2019 y hace solo unas semanas todxs quedábamos conmocionados frente a las imágenes de un niño de 16 años tendido inconsciente sobre el cauce del río Mapocho. Algunos segundos atrás había sido arrojado desde el puente Pío Nono, a 7 metros de altura, por un policia

de fuerzas especiales que participaba de un operativo de intervención en plaza de la Dignidad que trataba de evitar que se volvieran a congregar las fuerzas de octubre posconfinamiento.

Las imágenes del horror de la dictadura cuando cuerpos anónimos eran encontrados de forma imprevista en la ribera del río Mapocho se repetían. No es casualidad que ese cuerpo fuera el de un estudiante secundario, uno de los mismos niños a los que el Estado chileno le declaró la guerra con Aula Segura, con SENAME, uno de esos mismos “pingüinos” con los que se desató la revuelta social contra la herencia constitucional de Pinochet.

A pocos días después de la más grande marcha feminista que había existido en la historia de Chile, la del 8 de marzo de 2020, Piñera deter-

minaba la implementación de un paquete de medidas sanitarias COVID, basadas en el distanciamiento físico y en el confinamiento, bajo estricto control militar, a nivel nacional. Si durante 40 años habíamos buscado afirmar “que no estábamos solos, que no volveríamos a soltarnos”; si no hicimos caso a la orden del general Iturriaga de “meternos en nuestras casas felices”, cuando la rabia en la calle se combatía con el Ejército en toque de queda, aquel día, la memoria del encuentro en la ocupación callejera que aún vibraba en nuestros cuerpos era desafiada a partir de una exigencia de cuidado y protección frente al virus.

Las preguntas y el desconcierto nos embargaron. ¿Podían las potencias de la revuelta, del encuentro en la okupación callejera, desafiar la tan naturalizada idea de que el espacio íntimo o pri-

vado era de por sí un espacio despolitizado? ¿Podíamos habitar y cultivar vida en nuestros adentros cuando históricamente la tarea silenciosa del neoliberalismo fue su destrucción? ¿No habíamos salido a la calle con la urgencia de luchar por el cuidado y la protección de nuestros abuelos, por cambiar las condiciones de exposición a la violencia de las y los niños, por la desigualdad y la violencia contra las mujeres y disidencias? ¿No habíamos aprendidos e incorporado, hecho cuerpo en primera línea, la necesidad de la autodefensa frente a la violencia represiva de la oligarquía y sus guardianes? ¿No había sido el octubre una revuelta que puso en el centro gravitacional, frente al modo de vida capitalista, la politización del malestar, un deseo de cuidado y responsabilidad ética contra la devastación y la muerte?

Mientras el desconcierto apremiaba, en pleno toque de queda, un convoy militar depositó a Piñera en la plaza de la Dignidad. No era necesario convocar a los medios: pocos segundos después las redes estallaron con la imagen del asesino sobre el monumento. Lo que el 19 de octubre había atribuido a la revuelta social, ahora buscaba otorgárselo a otro enemigo: el coronavirus. “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, cruel e implacable”, había dicho en octubre del 2019 refiriéndose a las fuerzas sociales chilenas. Casi un año después, el 22 de septiembre, en su discurso de fiestas patrias, volvería a reponer el soporte bélico de la democracia neoliberal: “Sabemos que el coronavirus es un enemigo poderoso, cruel e implacable”.

Si alguna certeza pudimos avizorar durante este tiempo de confinamiento, es que el principal articulador de la democracia capitalista, de la movilización de la vida en todas sus formas por el capital, está dado por la capacidad de gestionar la devastación y el enfrentamiento entre todas y todos. Una trama de producción de miedo generalizado y de inyección de odio como garantía de un orden capaz de promover la individualización y depotenciar las capacidades colectivas para reinventar los cuidados diferenciados.

YA NO HAY GRANDES ESTRUCTURAS POLÍTICAS Y ORGANIZATIVAS, COMO EN OTRO MOMENTO ERA EL PARTIDO O EL SINDICATO. MAS BIEN, TODOS TIENEN SU BANDITA. Y, ENTONCES, LA ÚNICA MANERA ES COORDINAR LAS DISTINTAS BANDITAS.





Gentileza Colectivo Vitrina Dystópica



[1] Pingüinazo es como se nombra al primer gran levantamiento del movimiento estudiantil en Chile. La referencia al “pingüino” es por los colores de los uniformes escolares de las y los estudiantes chilenos.

[2] Zonas de sacrificio refieren a territorios urbanos y rurales en los que se legitimó la extracción de bienes comunes y la contaminación del medioambiente con este fin.

[3] El Crédito con Aval del Estado es un crédito universitario que se implementó durante el gobierno de Ricardo Lagos y se otorga para costear los gastos de estudio en la universidad. Esta política dejó, en 2019, a más del 40 por ciento de los estudiantes que tomaron el crédito como morosos.

Sofía Brito: “El proceso constitucional tiene demasiadas trampas”

Investigadora constitucionalista y militante feminista // ¿Qué diferencia la Asamblea Constituyente de la Convención Constitucional? // Las trampas del proceso y las barreras que impone la derecha // “En el plebiscito del 25 de octubre de 2020 demostramos que podemos ganar en su propia cancha pero necesitamos todas las vías de lucha para vencer”.

SOFÍA Esther Brito es egresada de Derecho, escritora y militante feminista. Integra la Asamblea Feminista Plurinacional. Durante las movilizaciones de 2018 fue una de las figuras destacadas del feminismo: su denuncia contra el ex presidente del Tribunal Constitucional por acoso sexual y laboral, llevó a la toma de la Facultad de Derecho, desatando el llamado “Mayo feminista”. Se dedica especialmente a hacer investigación constitucional. Es autora de varios libros entre los que se destacan *Por una Constitución feminista* (Editorial Pez Espiral, 2020), *La constitución en debate* (LOM Ediciones, 2019), realizado junto a varios autores, y las plaquettes de poesía *Furias Callejeras* y *Bestialidades* (Escafandra Ediciones). El 25 de octubre se celebró el plebiscito para iniciar el proceso de cambio de la Constitución chilena, impuesta en 1980 durante la dictadura de Augusto Pinochet. La opción “Apruebo” se

impuso de manera contundente y alcanzó 78,26 por ciento de los sufragios en detrimento de la alternativa “Rechazo”, que obtuvo solamente el 21,73 por ciento de las preferencias. Desde que la revuelta puso en el centro la necesidad de transformar la Constitución, Brito participó activamente en cabildos ciudadanos y asambleas territoriales para debatir sobre este tema. Meses después del estallido, conversamos con ella para comprender qué se juega cuando se discute un cambio constitucional y qué significa que la Constitución sea feminista. “El feminismo funda una especie de narrativa: un movimiento transversal, masivo, que interpela no solo al poder patriarcal sino también a la vieja izquierda, que amplía la mirada sobre el trabajo reproductivo, sobre las triples jornadas laborales, sobre la precarización que se vuelve más intensa cuando tiene cara de mujer, de migrante”, asegura.

LA REVUELTA Y EL FIN DE LA NORMALIDAD

La revuelta produjo unos cambios culturales y el modo en que entendemos el país, que podríamos decir que son revolucionarios. Revolucionarios en el sentido de que ya no hay vuelta atrás. Siguiendo la lógica de lo que pasó con el movimiento estudiantil unos años atrás –tanto en 2018 como en 2011–, durante las primeras semanas del estallido todo el mundo decía: “Bueno, a esto le queda una semana o dos”. Todo el tiempo se pensaba en la salida del conflicto, en términos de cuándo volvemos a la normalidad. Creo que ahora estamos en un punto en el que decimos: “Ya no hay vuelta a la normalidad”. Chile cambió y las transformaciones se están empujando a evidenciar en las relaciones sociales, en la forma en que miramos el Estado, en la forma en que criticamos las lógicas neoliberales he-

Gentileza de Sofía Brito



redadas de la dictadura. Un montón de cosas que se sabían, pero de las que no se hablaba. Las comunidades han empezado a juntarse después de muchísimo tiempo. Se conforman asambleas territoriales, que son más permanentes, y algunas adoptan el nombre de Cabildo, que remite al período de la independencia de España. El hecho de tener espacios de reunión, de discusiones políticas y territoriales, creo que es una cuestión revolucionaria. Tú hablas de Asamblea Constituyente en una población y todo el mundo llega a escuchar, a ver qué está pasando, a compartir su experiencia. En ese sentido, creo que estamos en un momento muy importante. Cuando se ven las asambleas territoriales como espacios que pueden nutrir una construcción política, como espacios concretos ganadas al diario vivir, para la construcción de un buen vivir, se repone algo de aquello que decíamos desde el movimiento estudiantil: que era necesario reponer el tejido social destruido por la dictadura. Y creo que eso está pasando.

Por otro lado, y en paralelo, hay un avance evidente de las violaciones a los derechos humanos. La impunidad de ellos va de la mano con los diferentes acuerdos institucionales que han hecho con la mayoría de los partidos políticos. A medida que se van logrando estos acuerdos, estos pactos políticos, se amplía el arco de la impunidad, porque quienes quedan fuera de esos acuerdos “democráticos” quedan fuera, también, de los marcos que impone su democracia, y por lo tanto “está bien” que sean reprimidos. Es decir, se va criminalizando la protesta social. Esta lógica está bastante instalada en Chile: “hay que condenar

la violencia venga de donde venga”. El intento más fuerte por criminalizar y sobrecriminalizar la protesta social, en ese sentido, fueron las leyes antisaqueos y antibarricada. Y esta situación represiva con aval político e institucional genera una sensación de desconcierto e impunidad muy grandes. Hay cuatro informes de derechos humanos que se desconocen, simplemente. Estamos en una especie de “estado de excepción”, de dictadura, con algunos aspectos democráticos. Cuestión que ya hace mucho tiempo se vivía en el Wallmapu, pero que ahora se extiende por todos los territorios.

EL FEMINISMO COMO MOVIMIENTO TRANSVERSAL

En ese marco, el feminismo cumple un rol central. Principalmente, por todo lo que ha venido haciendo estos últimos años, con mucha fuerza. Tanta, que ayuda a la reconfiguración de este movimiento social que estaba contenido, a punto de explotar. De hecho, se dice que la movilización por la huelga general del 8 de marzo de 2019, que organizaron las compañeras de la Coordinadora feminista 8M, fue la marcha más grande desde el fin de la dictadura. El feminismo funda una especie de narrativa: un movimiento transversal, masivo, que interpela no solo al poder patriarcal sino, también, a la vieja izquierda, a las viejas formas en que la izquierda se moviliza, que amplía la mirada sobre el trabajo reproductivo, sobre las triples jornadas laborales, sobre la precarización que se vuelve más intensa cuando tiene cara de mujer, de migrante. Todos esos elementos se empiezan a poner sobre la palestra. #NiUnaMenos irrumpió también acá, en Chile. Desde 2016, es un movimiento que se fue volviendo cada vez más masivo, sobre todo en

espacios estudiantiles. En 2018 está lo que se llamó “el mayo feminista”, que fue una especie de irrupción en el mundo educativo respecto a la educación sexista. Y en 2019, con la huelga general, se demuestra la masividad y transversalidad que tiene el feminismo en la sociedad.

Quizá los primeros días del estallido de la masividad y transversalidad del movimiento feminista no parecía evidente. Incluso creo que hubo un intento por parte de la política tradicional de recuperar el centro de la escena, como diciendo: “Acá

LA REVUELTA PRODUJO UNOS CAMBIOS CULTURALES Y EL MODO EN QUE ENTENDEMOS EL PAÍS, QUE PODRÍAMOS DECIR QUE SON REVOLUCIONARIOS. REVOLUCIONARIOS EN EL SENTIDO DE QUE YA NO HAY VUELTA ATRÁS.

venimos de nuevo los hombres grandes de la república a hacer política. El feminismo ya pasó”. Pero el feminismo siempre sale por algún lado, explota en algún momento. Y esto se hizo más que evidente el 25 de noviembre cuando aparecen las compañeras de Las Tesis y le dan un himno feminista a la revuelta. Y ahí comienza un espacio de apropiación feminista del estallido social, un

estallido que visibiliza la violencia en todos los aspectos que viven las mujeres, desde la violencia político-sexual que viven por parte de la policía hasta la violencia doméstica que viven en sus casas.

Es muy importante poder decir que esta no es una revuelta cualquiera, no es un estallido en el que las mujeres, como en el siglo XX, quedan de lado. Acá en Chile pasó eso: el movimiento feminista, en algún momento, decidió que primero venía la lucha de clases y que después venía la lucha de género. Entonces, había que entrar a los partidos políticos y olvidarse del feminismo hasta que venga la revolución. Muchas mujeres asumieron eso. La diferencia con este momento es que no se dejaron los espacios feministas, se conformaron nuevos espacios, inclusive se empezó a ver cómo nos armábamos redes más grandes. Las Tesis fueron un genial catalizador de eso.

Y todo este proceso está recorrido por la pregunta de qué hacer con el movimiento feminista. Por ejemplo, si las feministas tienen que crear un partido político propio para ingresar a la Asamblea Constituyente; o tienen que estar por fuera de la institucionalidad; o tienen que meterse en los partidos tradicionales de nuevo. Aparece de nuevo, en el fondo de la discusión política, cuál es el rol del feminismo en el estallido y en el proceso constituyente que se abre.

SOBRE LA VIOLENCIA POLÍTICA LEGÍTIMA

Un elemento clave de la revuelta son las compañeras y compañeros de la primera línea, con sus cuerpos a disposición de la lucha. Y el hecho, para algunos terrible, de que no haya un líder con quien hablar. Creo que es un



movimiento radicalmente democrático y esa democracia radical ha hecho que sea posible todo lo que hemos logrado. A nivel institucional no se ha conseguido mucho, pero a nivel la recomposición de la clase trabajadora creo que sí.

Hay una violencia política legítima por parte del pueblo. Es legítima porque es una violencia en base a la defensa contra la represión, en base a la negación del derecho a la manifestación, en base al atropello de los derechos humanos. Es una violencia que no puede negarse por parte de ningún sector político. Al mismo tiempo, esperamos no seguir teniendo compañeras y compañeros caídos, no tener más compañeras y compañeros con lesiones oculares y seguir avanzando, que la represión retroceda en algún momento y que no sea tan terrible como ha sido hasta ahora. Ha sido la única forma en que hemos logrado un proceso de apertura, en el sentido de decir que necesitamos una nueva Constitución, no porque la Constitución sea una cuestión tan maravillosa, sino porque necesitamos nuevas reglas de juego porque, lamentablemente, con estas reglas es imposible hacer nada.

Evidentemente, hay una herida abierta por sanar, por reconstruir. Se nota cuando se canta “El pueblo unido...”, o canciones de Víctor Jara. Es simbólico, también. Hay mucha gente que desconfiaba de este pueblo, de esta clase trabajadora neoliberalizada, tan cegada por el consumo. Un consumo que era, en realidad, de sobrevivencia. El consumo principal en Chile se realiza con la tarjeta Presto, que es la

tarjeta para pagar el supermercado. Lo que se gasta en la tarjeta de crédito es para comer, pagar los servicios. Me parece que esta caracterización es clave para entender quiénes somos y dónde estamos parados en este momento.

TODA VIOLENCIA (SEXUAL) ES POLÍTICA

En Chile siempre ha habido una violencia político-sexual muy establecida. Las tocaciones, los desnudamientos, los abusos, las agresiones, el roce con las lumas, el acoso por parte de los carabineros y policías a las manifestantes en conflictos sociales son habituales, desde la dictadura en adelante. Y se intensificó después del estallido. La dictadura fue todo un compendio de violencia sexual, incluso utilizando ratones y perros para cometer violaciones. Esta política represiva se mantuvo. Las estudiantes mujeres, sobre todo las más pequeñas, las de los liceos, son agredidas por parte de Carabineros.

La derecha dice que son casos aislados, que uno que otro carabinero cometió un abuso, pero en realidad es una política sistemática de violencia sexual. Un caso que se hizo público fue el de Josué Maureira, estudiante de la facultad de medicina de la Católica. Entre 10 carabineros lo obligaban a decir “soy un maricón” mientras lo violaban. Ese tipo de políticas están muy instaladas. En ese marco, mujeres y disidencias son territorios de batalla a conquistar, a disciplinar.

La otra política sistemática de represión ha sido el ataque a los ojos. Se busca enceguecer. En un Chile que despierta, que abre los ojos, que sean estos los órganos del cuerpo más

afectados me parece muy simbólico, en una revuelta que es muy visual, tenemos las calles todas rayadas. Todas las calles cercanas a la Alameda eran muy limpias, no había rayados. Ahora es una especie de galería de arte al aire libre; la gente sale a rayar poesía, sus consignas, a pegar afiches hermosos. Y por eso es tan simbólico el ataque a los ojos: impide ver lo que está pasando, lo que empieza a transformarse. Y lo más impactante es que esas compañeras y compañeros que han perdido sus ojos siguen yendo a las protestas, van con sus parches. La política represiva apunta al miedo, a que no vayan nunca más, a que se queden en la casa. Pero hay una convicción tan grande del pueblo en este momento que todo el mundo quiere estar, ser protagonista.

LA CONSTITUCIÓN EN DEBATE (ASAMBLEAS BARRIALES Y TERRITORIALES)

Así como las consignas se fueron instalando sin que ningún espacio político en particular las impulsara —pienso en el “Evade”, que fue una muy linda consignas del comienzo de la revuelta, o “No son 30 pesos, son 30 años”—, del mismo modo se fue deviniendo en Asamblea Constituyente. En estas asambleas barriales y territoriales, lo primero que se empieza a discutir son las problemáticas que hay en el país: la salud, la educación, las pensiones, la migración, la carencia de un estado plurinacional, etc. Tenemos una Constitución desde 1980 hecha en dictadura. Mucha gente votó que “Sí” a esa nueva Constitución, que reemplazaba a la de 1925, por miedo. Más que una elección, la Constitución del 80 fue una imposición. En este marco,



CUANDO APARECEN LAS COMPAÑERAS DE LAS TESIS LE DAN UN HIMNO FEMINISTA A LA REVUELTA. Y AHÍ COMIENZA UN ESPACIO DE APROPIACIÓN FEMINISTA DEL ESTALLIDO SOCIAL, UN ESTALLIDO QUE VISIBILIZA LA VIOLENCIA EN TODOS LOS ASPECTOS QUE VIVEN LAS MUJERES.

mucha gente empezó a decir que necesitamos un nuevo pacto social para Chile, incluso más: que necesitamos un acuerdo democrático, por primera vez en Chile. Eso implicó que quienes nos hemos dedicado al derecho constitucional tuviéramos que salir a explicar un poco qué son las constituciones, para qué sirven, cuáles son las trampas que tienen y, sobre todo, por qué es necesario cambiar la vigente, la del 80. Hay un saber que ha sido negado históricamente. No tenemos idea cuáles son las leyes que nos gobiernan. Ni para qué sirve la Constitución, por quién fue hecha y con qué normas.

Mucho antes del estallido, en 2016, cuando Michelle Bachelet impulsó un proceso constituyente medianamente participativo, con un grupo de compañeras empezamos a pensar un libro que finalmente salió en octubre, y que se llama *La Constitución en debate*. Lo editó LOM. Es un libro que explica la Constitución, pero no para abogados, sino para toda la gente.

El llamado a este proceso constituyente respondía a una discusión que se había abierto en Chile desde 2011, con la movilización estudiantil. El argumento era que no se podía garantizar una educación pública, gratuita y de calidad porque la Constitución tiene una noción de educación que es una educación de mercado, una educación que prioriza la libertad de elegir

en qué institución quiero educar a mi hijo o hija y no que el Estado garantice la educación. Se hicieron encuentros a nivel local, después provincial y después regional. Pero la Constitución que Bachelet redacta con los “supuestos resultados de todo este proceso de discusión”, no tiene nada que ver con la sistematización de las discusiones que dieron los encuentros locales. En ese proceso, nos dimos cuenta de que mucha gente no quería participar de las distintas instancias de discusión porque no tenía idea de lo que era una Constitución y cuál era su relación con las problemáticas sociales. Y ahí surgió la idea del libro, que luego demoró y salió justo en octubre, una coincidencia maravillosa.

En los encuentros que estamos transitando hay un proceso abierto, un momento de construcción. Esa es una situación muy linda porque no es que la gente se reúna a escuchar a alguien que sabe de derecho constitucional, sino que se arma un espacio de encuentro y discusión, de poner en común problemas (“bueno, a mí me pasa que yo he tenido problemas con la vivienda, con la salud”). O en determinado territorio que hay problemas con los subsidios habitacionales o con las pensiones, ese espacio de encuentro se prolonga, se vuelve permanente, se va articulando con el proceso constituyente.

¿ASAMBLEA CONSTITUYENTE O CONVENCION CONSTITUCIONAL?

Primero, es importante decir que las cuestiones de nombre no son solo cuestiones de nombre. La Asamblea Constituyente, como consigna y horizonte político, fue instalada por el movimiento social. Acá hay un pueblo que reconoce a la Asamblea Constituyente como el órgano democrático, y nadie habla de Convención Constitucional. Desde la creación de la Constitución acá en Chile, en 1980, hubo muchos movimientos que lucharon por una Asamblea Constituyente. Pero los gobiernos de la Concertación nunca quisieron cambiarla —solo se hizo la reforma de Ricardo Lagos, en 2005, en aspectos vinculados a la dictadura. Los movimientos sociales siempre han reconocido a la Asamblea Constituyente como vía de transformación. Asamblea Constituyente, además, es una consigna que no solamente se ha utilizado en Chile, sino también en el resto de América Latina y en otros países a nivel mundial, hace muchísimos siglos. Entonces, cambiarle el nombre no es casual ni da lo mismo: es un triunfo de la derecha.

Porque una podría decir que, en el fondo, si la Convención Constitucional está compuesta solamente por ciudadanos y ciudadanas electas para ese efecto podría ser lo mismo que la Asamblea Constituyente. Pero



EN CHILE SIEMPRE HA HABIDO UNA VIOLENCIA POLÍTICO-SEXUAL MUY ESTABLECIDA. LAS TOCACIONES, LOS DESNUDAMIENTOS, LOS ABUSOS, LAS AGRESIONES, EL ROCE CON LAS LUMAS, EL ACOSO POR PARTE DE LOS CARABINEROS Y POLICÍAS A LAS MANIFESTANTES EN CONFLICTOS SOCIALES SON HABITUALES.

justamente no podemos negar la carga simbólica que tiene la Asamblea Constituyente y el hecho de no estar como propuesta hace que mucha gente diga: “Bueno, ya perdimos de entrada. No hay una Asamblea Constituyente, no vale la pena participar en el proceso”. Y una tiene que salir a decir que hay que darla vuelta en el camino, que primero tenemos que lograr que sea una Convención constitucional (es decir, con la totalidad de los convencionales elegidos para este fin), en lugar de “mixta” (entre convencionales y parlamentarios). Por eso hay un descontento tan grande con la institucionalidad y con todos los partidos políticos que firman el Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución el 15 de noviembre, cuando surge esta propuesta de Convención Constituyente.

Fue un acuerdo entre los partidos políticos a puertas cerradas, a espaldas de la ciudadanía —en Chile los partidos políticos tienen menos aprobación que Piñera, la deslegitimación de la representatividad es muy grande. Además de ser un acuerdo a espaldas de todo el mundo, la forma en que técnicamente

se pensó genera un proceso constituyente totalmente arreglado. Y volvemos a la distinción entre Asamblea Constituyente y Convención Constitucional. Esta Convención Constitucional está arreglada de antemano a partir de diferentes normas que son complejas. La primera es que el quórum de aprobación de cada norma es de dos tercios, lo que le da un poder de veto muy grande a un tercio, que es el tercio de las derechas, para bloquear los cambios constitucionales.

Segundo, también se establece que los tratados internacionales son “supra constitucionales”, es decir, que están por encima de la Constitución. Uno dice: “Tratados internacionales de derechos humanos, muy bien, estamos todos de acuerdo”. Pero el problema son los tratados comerciales de libre comercio. Si esos tratados no pueden modificarse, tampoco se puede modificar el modelo económico, ni siquiera va a haber una discusión sobre el modelo económico porque ya está anclado con los tratados de libre comercio.

En tercer lugar, la Corte Suprema va a ser quien resuelva los conflictos de reglamento que existen en la Convención Constitucional, siendo que, en general, todas las asambleas constituyentes del mundo autorregulan sus conflictos. Como los congresos. Los congresos no tienen una disposición que diga si hay una discusión con respecto al reglamento de sala tiene que resolver la Corte Suprema. Es un absurdo, es ponerle un órgano de control, algo que no suele hacerse en ninguna parte del mundo. La cuestión es que se trata de anclar a lo viejo todo el rato, a lo ya constituido, a lo que viene de la Constitución del 80.

En cuarto lugar, esta no es una reforma hecha en abstracto. Lo que deberían haber hecho los políticos es hacer un capítulo de reforma constitucional en la Constitución del 80 que diga: en caso de que el pueblo necesite cambiar la Constitución, debe hacerlo de esta, esta y esta forma. En cambio, ¿qué hicieron? Regularon un proceso concreto que se da una sola vez, en la misma Constitución se regulan las fechas.

Quinto, y como guinda de la torta, se establece que si, por ejemplo, gana el cambio constitucional, se conforma el órgano constituyente para crear la nueva Constitución. Pero si luego en el plebiscito ratificatorio la gente dice “no me gusta esta Constitución”, ¿qué pasa? ¿se vuelve a la Constitución vieja, del ‘80? ¿Hacemos que no pasó nada?

Como ven, todo esto es lo que hace pensar que hay una tendencia a tocar lo menos posible la Constitución actual. La discusión dentro de la derecha actualmente es esa, si es posible mantener el modelo económico con una nueva Constitución o no. Por eso tienen todos los resguardos, para que la cosa sea súper reglada. Además, obviamente, mantienen todo el poder que tienen a nivel de los medios de comunicación, es decir, la posibilidad de hacer una contracampaña que sea muy grande. Y al final esto genera cierta desesperanza, porque la gente dice: “bueno, si ya está todo esto, ¿para qué vamos a participar?”. De hecho, el voto es obligatorio solamente para este último plebiscito ratificatorio, pero para todo lo demás el voto es voluntario. Son demasiadas las trampas. Está demasiado bien pensado.

Lo que venimos conversando en asambleas territoriales y con organizaciones sociales es darle la vuelta al proceso

en el camino. Hay que intentar hacer una red transversal de movimientos sociales y organizaciones sociales que dispute la orientación de los cambios. Podríamos tomar como ejemplo el caso de Bolivia, donde la representación de las mujeres en la Asamblea Constituyente era pequeña, menor al 30 por ciento. Y lo que hicieron las mujeres indígenas bolivianas fue crear una red transversal de mujeres con cartillas de formación, con espacios de discusión y con eso hicieron presión para consagrar una Constitución que les reconociera su identidad como mujeres indígenas. Fue una pelea dura porque enfrentaban a una derecha fuerte, que iba tensando los acuerdos; fue una discusión enorme, pero a través de esa presión las redes feministas lograron torcer lo que venía bloqueado de origen. En cierto sentido, lo mismo pasó en Colombia y en Venezuela. Los cambios más profundos se vinculan con la presión de redes de movimientos y organizaciones sociales que están por fuera de la Constituyente.

Lo mismo sucedió con la cuestión de la paridad de género acá, que recién en este contexto se puede dar la discusión. Hasta antes de la revuelta todo el mundo estaba espantado con la paridad. De hecho nosotros no tenemos leyes de paridad en el Congreso, recién en 2015 se aceptó un sistema de cuotas. Somos uno de los países más atrasados con respecto a este tema nivel básico de democratización. Y fueron Las Tesis y las asambleas feministas las que lograron eso.

El desafío es la articulación en red de todas estas asambleas territoriales, barriales, cabildos, etc. para que todas estemos al tanto de discusiones que son muy técnicas. Nuestra idea es “destecnificar” el lenguaje, para que la gente no sienta que la cuestión está

perdida o no hay nada que hacer. Hay que instalar, primero, la necesidad del voto, ir contra la abstención. Después le damos la vuelta, empezamos a hablar de Asamblea Constituyente. Las asambleas constituyentes a nivel internacional son soberanas. Por lo que quizá también se pueda presionar a nivel internacional, como para ir sacando todas las trabas que vienen de la Constitución anterior. Lo que han hecho en Chile a nivel de cambio constitucional es algo que ya no se hace en el mundo, y que pocas veces se ha hecho. Porque las asambleas constituyentes son órganos soberanos en los que el poder constituido no se puede inmiscuir, como en este caso la Corte Suprema. Es un desafío enorme y complejo acá en Chile. Depende mucho del poder de acceso que tengamos al órgano y de cómo los movimientos sociales se vayan articulando en el mismo proceso.

EL NEOLIBERALISMO A NIVEL CONSTITUCIONAL

Si se lograra una Asamblea Constituyente soberana todo entra en discusión. Si una habla de teoría constitucional, cuando se cambia una Constitución todo se discute. Se podría cambiar la privatización del agua; se podría cambiar el hecho de que no tenemos un estado Plurinacional; se podría cambiar el tema de las pensiones. En teoría, se puede cambiar todo. Esa es la gracia de haber devenido en un proceso constituyente que permita ir más allá de estos topes. La Constitución del 80 consagró el modelo neoliberal que se fue instalando durante la dictadura por los Chicago Boys. Hubo una Comisión Técnica que se llamó Comisión Ortuzar. Eran siete hombres, abogados todos, y una sola mujer. Jaime Guzmán era el más importante. Siete hombres y se tomaron siete años

para pensar: ¿Cómo consagrar el neoliberalismo a nivel constitucional?

Tenemos un proceso constituyente que no es soberano, que tiene ciertas cuestiones regladas de antemano. El desafío de los movimientos sociales va a ser darle la vuelta a ese reglamento y a esa normativa que viene impuesta de un proceso ya constituido. Solo una verdadera Asamblea Constituyente es soberana, en el pueblo recae el poder constituyente.

Es una cuestión política. Cuando los conflictos se judicializan se intentan tecnificar, y se intenta negar su dimensión contrahegemónica. Es un derecho y funciona así, estas son las reglas del juego. En realidad, es un problema de hegemonía: el problema de quién tiene la fuerza para poder hacer los cambios. Antes nos decían que era imposible cambiar la Constitución porque no había una norma en la misma Constitución que permita el cambio. Ahora, en otra correlación de fuerzas, se creó la norma.

La Constitución, en sí, no contiene un mecanismo de autodestrucción. En otras experiencias latinoamericanas –Venezuela, Bolivia, Ecuador– se generaron procesos constituyentes que quebraron la institucionalidad principalmente porque había un poder ejecutivo que promovía ese quiebre. No obstante, en sus nuevas constituciones redactaron un artículo en la parte final que explicita un mecanismo para cambiar la Constitución. Eso permite que la próxima vez que Venezuela, Ecuador o Bolivia quieren cambiar sus Constituciones no necesitan un poder ejecutivo fuerte o una revuelta social, sino sencillamente con un proyecto

firmado por un determinado porcentaje del Congreso o de la ciudadanía.

Una Constitución mínima, que tenga los mínimos acuerdos, como han dicho muchos constitucionalistas. Porque como está todo tan polarizado no vamos a poder apuntar a más. Pero cuando me dicen Constitución mínima pienso en el siglo XIX, es decir: Constitución sin derechos, sin reconocimiento de otras identidades. Se supone que el planeta ha avanzado hacia otra cosa. Lo que necesitamos es una Constitución y ojalá regule mejor los recursos naturales y bienes comunes, para que no nos quedemos sin planeta. Que regule el reconocimiento de las identidades y los derechos sociales, sexuales y reproductivos que siempre es una cuestión que nos han negado. Una Constitución que no va a durar otros 30 años porque las cosas van cambiando tan rápido que va a haber que cambiarla de nuevo. A nivel mundial no duran más que 30 años salvo EEUU e Inglaterra porque se creen seres fundantes del mundo pero las demás duran ese tiempo.

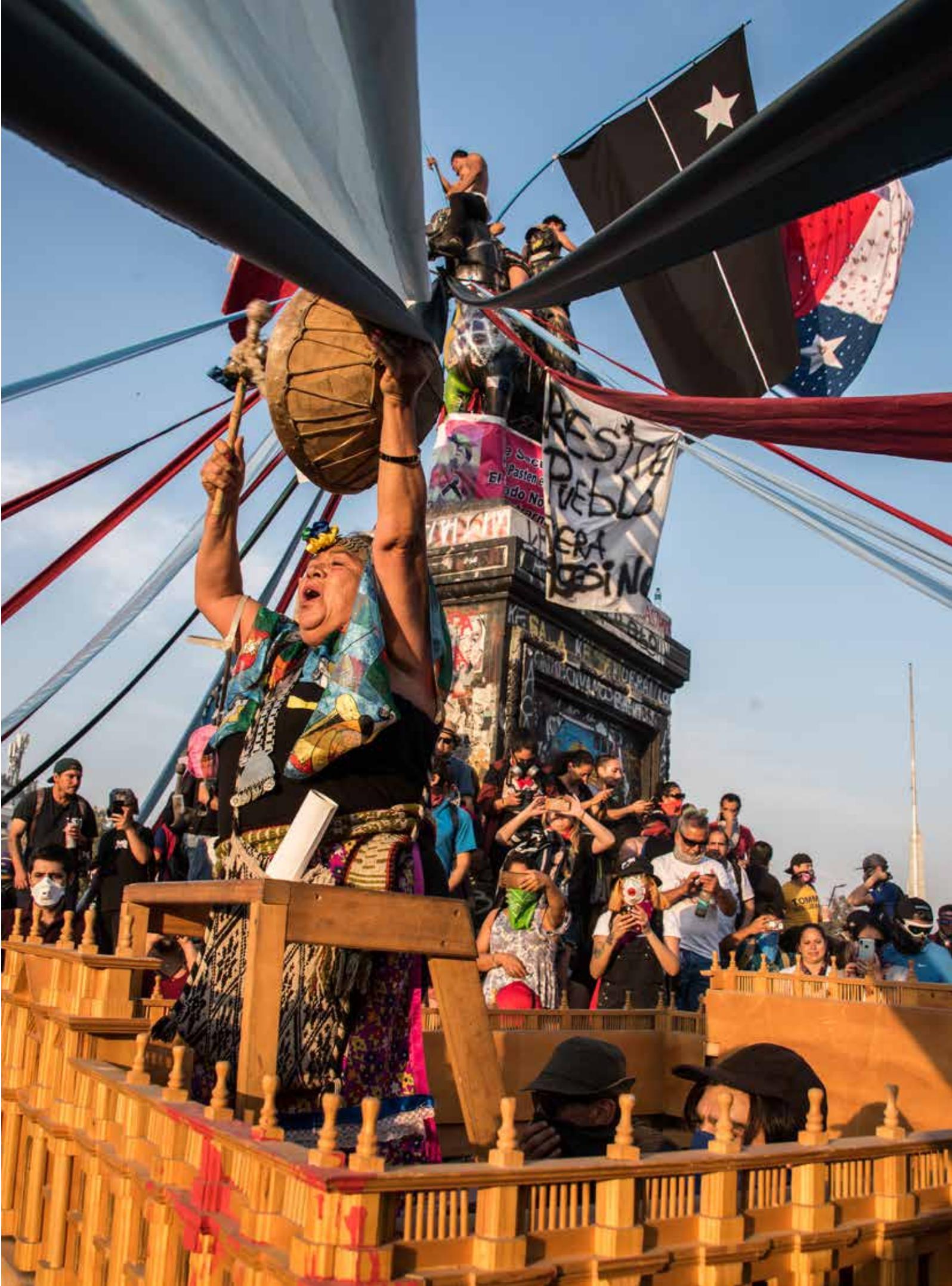
EL PLEBISCITO VUELVE A PONER EL TIEMPO A NUESTRO FAVOR (A UN AÑO DE LA REVUELTA)

Sin duda, este año ha sido durísimo. Con la pandemia nos vimos obligadas a replegarnos para sostener la vida. Las asambleas territoriales cobraron el sentido de cooperación, solidaridad, se levantaron ollas comunes como alternativa comunitaria ante la falta de apoyo estatal. Creo que antes del 18 de octubre de este año estábamos en una gran desazón. La represión en Wallmapu se vino con todo, las fuerzas policiales tiraron río abajo a un niño de solo 16 años en las primeras movi-

lización pospandemia. Sin embargo, el 18 nos hizo volver a encontrarnos, y de algún modo, fue leído simbólicamente como el día de nuestra verdadera independencia. Una fiesta popular. Una semana después, en el plebiscito del 25, demostramos que podemos ganar en su propia cancha. Que solo las comunas donde habitan las clases dominantes votaron rechazo.

Ahora, el desafío es gigante. Para seguir nuestro desborde popular, tenemos que comprender que necesitamos todas las vías de lucha para vencer. Es obvio que desde arriba van a querer que todo se vuelque a lo electoral, al desfile de rostros de candidaturas, a la “farandulización” de la política. Pero no nos sirve eso, puesto que significa nuevamente delegar nuestra voluntad popular en figuras individuales. Para desbordar el proceso institucional tenemos que considerar los espacios que ya hemos copado desde el campo popular. Hemos estado en las calles con la protesta. Hemos reconstituido los tejidos en nuestras asambleas. Hemos propuesto instancias de discusión paralelas a lo institucional, que debiesen devenir en una Asamblea Popular Constituyente. Creo que todos esos procesos deben entramarse, y así quienes nos representen en la Convención, tengan un mandato de las discusiones de base. Va a ser difícil, porque estamos muy acostumbrados a que una vía de lucha es más importante que la otra. Pero, aunque no nos llevemos bien, debemos confiar en nosotres mismas. Marchar separades, pero golpear juntas.







Jaime Bassa: “En Chile hay una destitución en curso de lo neoliberal”

Doctor en Derecho, profesor de Teoría Constitucional y candidato a convencional constituyente por el Distrito 7 // La ilegítima Constitución del 80 y su centralidad política // ¿Cuál es la disputa real? ¿Qué es lo que está en juego? // “La apertura del proceso constituyente fue una conquista de la movilización. Ahora hay que poder pensar una Constitución desde los territorios”.

MÁS de 3000 firmas impulsaron su candidatura a la Convención Constituyente para las elecciones del 11 de abril de 2021. Es abogado constitucionalista y profesor en la Universidad de Valparaíso (UV). También estudió filosofía e integra del colectivo político y editorial Communes, de Viña del Mar. Entre sus publicaciones se destacan La Constitución que queremos. Propuestas para un momento de crisis constituyente (LOM ediciones, 2019) y Constituyentes sin poder: una crítica a los límites epistémicos del Derecho moderno (Editorial Edeval, 2018). Su nombre es Jaime Bassa y con él charlamos para entender por qué cree que Chile se encuentra en un momento histórico, destituyente y constituyente a la vez, “de esos en los que los pueblos escriben su historia”.

OCTUBRE DEL 19 (Y EL COLAPSO DEL MODELO CHILENO)

Acá en Chile vivíamos en una especie de crisis permanente y no nos habíamos dado cuenta. No nos habíamos dado cuenta, entre comillas, porque la tasa de desempleo era más o menos pareja, siempre estuvo en torno al 5, 6, 7 por ciento; la tasa de inflación también siempre estuvo muy contenida. Pero había dos o tres elementos en clave económica que estaban un poco escondidos, que nunca se explicitaron demasiado. El primero es que nuestros salarios son muy bajos, en relación al PIB y al costo de la vida en Chile, y en Santiago sobre todo. Segundo, el mercado laboral es muy irregular: la gente dura muy poco tiempo en un mismo puesto de trabajo, incluso unos pocos meses. Entonces, hay mucho cambio y, por lo mismo, muchas lagunas. El tercer elemento es que hay un nivel de endeudamiento brutal, pero brutal, brutal. Las cifras hablan de que un 75 por ciento de las familias están sobreendeudadas, especialmente con créditos de consumo y también hipotecarios. O sea, destinan casi un 25 por ciento de sus ingresos mensuales a pagar deudas y la relación deuda/ingreso es de cinco veces, con altas tasas de morosidad.

Y esta situación social y económica dista mucho de lo que pregonan ciertos intelectuales orgánicos del modelo neoliberal, como Carlos Peña. Él había instalado la idea de que el neoliberalismo implicaba una “modernización capitalista”. Y creo que si algo quedó claro desde octubre de 2019 es que en Chile no hay tal “modernización”, sino una estructura sociolaboral precaria, que no se sostiene en desarrollo sino en el endeudamiento.

Y eso fue muy evidente del 18 de octubre en adelante. Porque, claro, la gente empezó a trabajar menos, empezó a gastar menos, el comercio se empezó a quejar porque no había consumo. La gente trabajó hasta las cuatro, cinco de la tarde, no hasta las siete, ocho, nueve como lo hacemos regularmente, y el país funcionaba igual. Entonces ahí hubo gente que empezó a decir: bueno, ¿y qué está pasando? ¿Por qué trabajamos hasta tan tarde? Algo raro empezó a pasar de modo espontáneo.

UN CÍRCULO VICIOSO (DE ENDEUDAMIENTO Y CONSUMO)

Sin embargo, en cierto sentido el neoliberalismo ha sido exitoso aquí. Los criterios de validación social, de reconocimiento social y de éxito profesional, en Chile, son económicos: el auto, la casa, el reloj, la tele cada vez más grande. El consumo funciona como variable de validación y como modo de integración social. Pero para la gran mayoría de la población acceder a esos niveles de consumo implica endeudarse. Lo que genera un círculo vicioso muy precarizante y desmovilizador que despolitiza la sociedad y anula el pensamiento crítico. Nadie se pregunta por nada, nadie se cuestiona nada, nadie se junta con nadie.

Hay un nudo ahí que explica la revuelta, lo que quiebra el estallido, pero también al neoliberalismo desde nuestra posdictadura. La Concertación finalmente administra y consolida, a lo largo de diez años, el modelo neoliberal impuesto por la dictadura de Pinochet y la Constitución del '80. Un modelo que funcionó de una forma muy sólida,

casi sin ajustes. De ahí en adelante hubo muchas discusiones políticas que nunca se pudieron dar. Las condiciones para las primeras discusiones políticas se verificaron durante el gobierno de Ricardo Lagos, que gobernó del 2000 al 2006. Entre 2002 y 2003 estalló un escándalo de corrupción brutal. Y ahí se empezó a resquebrajar, poco a poco, el mito de que Chile es un país perfecto, de que su policía no es corrupta, etc.

Esto empezó a caerse de a poco. Quizá un momento clave fue el 2003, cuando el partido de extrema derecha chilena, la UDI (Unión Democrática Independiente) salva a Ricardo Lagos de la crisis institucional y política en la que había entrado su gobierno por los casos de corrupción: se descubrió que los ministros recibían todos los meses, y de forma irregular, sobres con efectivo para “inflar” sus sueldos. De ahí en adelante la agenda transformadora del gobierno socialista fue muy, muy contenida. El gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010) inicia con una crisis social importante producto de la fallida implementación de nuevo plan de transporte licitado de la capital y parte importante de sus energías son destinadas a enfrentar dicha crisis. Luego Piñera, en su primer gobierno, (2010-2014) se dedica a contener la agenda transformadora y a administrar el ciclo de protestas sociales que se inicia con la revuelta estudiantil de 2011, pero en 2018 vuelve con la aplanadora, muy fuerte, con una agenda de profundización del modelo neoliberal. Por eso emerge con esta fuerza un malestar que hacía rato se estaba acumulando.

EL NARCISISMO DE LA ÉLITE (BASTANTE ORDINARIA)

Los primeros días posteriores al estallido se escuchaba una y otra vez que “nadie la vio venir”, pero yo no creo que sea así; mucha gente lo vio venir. Lo que pasa es que esa gente que lo vio venir no siempre es escuchada o considerada por la élite, como la academia. Y ni hablar de la élite política y empresarial, que están por allá arriba, muy separados de



lo pasa entre la gente común, sin un conocimiento efectivo de cómo es la vida cotidiana en los distintos sectores de la sociedad, especialmente en las clases populares.

La presunta estabilidad económica chilena previa al 18 de octubre, que posibilitaba la vida acomodada de una élite, solo era posible sobre condiciones ultra precarizadas de trabajo y altos niveles de endeudamiento. Ellos no entienden, por ejemplo, que aunque los números macroeconómicos estén bien, prácticamente todas las economías familiares están reventadas. Y al revés: esa élite tiene los números macroeconómicos que tiene porque hay una clase trabajadora que se rompe el lomo, que se sobre endeuda. Y que cuando ese sector cobra visibilidad y demanda mejores condiciones de vida, esa estabilidad tambalea. Incluso por su propio interés la élite debiera reflexionar y entender que sus condiciones de vida dependen de nuestro trabajo.

Entonces, claro, mientras más separados estén, más fácil es para la élite mantenerse allá arriba mirando el mundo a partir de categorías abstractas y universales, analizando sus números macroeconómicos. No alcanzan a entender el impacto que las condiciones materiales de existencia generan en la vida individual y en la forma en que se van configurando los sujetos a propósito de esa vida. Creen que con decir que somos todas personas es suficiente; con que la Constitución reconozca, formalmente, el derecho de propiedad para todos es suficiente. Ahí hay un desafío casi en un plano filosófico que es hacerse cargo del fin de la metafísica, del fin de los universales, una reflexión que la derecha chilena está lejos de hacer.

Es una élite política y empresarial con muy poca formación cultural, bastante ignorante, que no entiende lo que está pasando en la sociedad. La élite liberal conservadora chilena del siglo XIX era

INCLUSO POR SU PROPIO INTERÉS LA ÉLITE DEBIERA REFLEXIONAR Y ENTENDER QUE SUS CONDICIONES DE VIDA DEPENDEN DE NUESTRO TRABAJO.

mucho más ilustrada, estudiaban en Europa, después en Estados Unidos. Pero la actual es muy ordinaria, con tan poca formación intelectual que a principios de 2019, el que era ministro de economía, José Ramón Valente, llegó a decir que leer literatura era una pérdida de tiempo, que él solo leía para estudiar. Esto muestra el tipo de élite que tenemos: ignorante y desconectada de la sociedad. Y eso explica su incapacidad

para procesar la dimensión estructural que tienen las demandas sociales que estallaron el 18 de octubre: mucho “orden público”, mucho carabinero –incluso militares la primera semana–, pero las propuestas gubernamentales siguen siendo básicamente las mismas del año pasado: un incremento porcentual por aquí, un financiamiento adicional por acá, pero no hay nada de fondo.

UNA, DOS, MIL DEMANDAS ANTINEOLIBERALES

Las demandas son de todo tipo y se vinculan a la salud, a la educación, al trabajo, a la seguridad social, al medio ambiente, al agua, a la igualdad ante la ley, al fin del patriarcado; todas demandas que tienen su propia historia, que han sido levantadas durante los últimos treinta años, desde el año 95, por lo menos. Y son todas demandas que han sido postergadas, invisibilizadas.

En algún caso se las atendió con reformas parciales, casi siempre reforzando más que atenuando el modelo neoliberal. El mejor ejemplo de eso es la “gratuidad universitaria” que se propuso aquí en Chile y que no es gratuidad universitaria propiamente tal, sino un subsidio a la demanda sobre la base de una serie de requisitos de acceso. Y todas las otras demandas están ahí, pendientes. Por ejemplo, después del mayo feminista del 2018 no hubo reformas estructurales que recogieran las demandas del movimiento.

Entonces, claro, cuando hay este nivel de indiferencia y de abuso por parte del gobierno sucede lo que sucedió el 18 de octubre: todos esos actores sociales, más o menos politizados, más o menos articulados –casi siempre, menos articulados– se encontraron en la calle. A partir de cierta identificación con los estudiantes secundarios, primero, y de

la resistencia contra la ocupación militar de la ciudad, después, distintos sectores de la sociedad se fueron dando cuenta de que tenían demandas comunes. De ahí surge una suerte de reivindicación más transversal, y empezamos a ver muchos letreros, muchos carteles, muchas pancartas directamente antineoliberales. Y claro, como todas esas demandas son demandas que se dirigen contra derechos fundamentales que están reconocidos en la Constitución, no había pasado ni una semana y ya alguien dijo: “nueva Constitución”, recuperando una de las demandas que venía de antes.

LA ILEGÍTIMA CONSTITUCIÓN DEL 80 (Y SU DESPROPORCIONADA CENTRALIDAD POLÍTICA)

La Constitución se aprueba en septiembre del 80, promediando la mitad de la dictadura, pero a la semana del golpe ya se estaba pensando en cambiar la Constitu-



HAY UNA ÉLITE POLÍTICA Y EMPRESARIAL CON MUY POCAS FORMACIÓN CULTURAL, BASTANTE IGNORANTE, QUE NO ENTIENDE LO QUE ESTÁ PASANDO EN LA SOCIEDAD.



Gentileza Jaime Bassa

HAY MUCHAS DIMENSIONES DE LA VIDA QUE ESTÁN ATRAVESADAS POR LA RAZÓN NEOLIBERAL QUE, HASTA HACE POCOS MESES, CASI NO NOS MOLESTABAN.

ción. En agosto del 80 hay una gran manifestación política a favor de una Asamblea Constituyente, la primera gran manifestación masiva, siete años después del golpe; un acontecimiento político importante. El orador principal de esa jornada fue el ex presidente Eduardo Frei Montalva, que después fuera asesinado por la dictadura.

Entonces, desde ese momento, la Constitución tiene una centralidad muy importante, que se extiende a todo el proceso de la transición, con el plebiscito del 88 y las reformas constitucionales del 89. “Esta es nuestra Constitución”, tiene que salir a afirmar Patricio Aylwin, el primer presidente que asume después de Pinochet en el 90, tratando de zanjar la ilegitimidad de origen

que tiene esta Constitución y validando la estrategia definida para luchar contra la dictadura utilizando su propia Constitución. Una Constitución redactada en dictadura y que expresa un proyecto político particular, de signo completamente contrario al gobierno elegido democráticamente y derrocado por las Fuerzas Armadas de Chile. Es una Constitución completamente ilegítima tanto en su origen como en su ejercicio.

Toda la década del 90 está marcada por la discusión sobre reformas constitucionales. La elección presidencial de Ricardo Lagos, en el 2000, también estuvo marcada por la demanda de nueva Constitución; lo propio en las elecciones de 2009. Por otro lado, el movimiento “Marca tu voto” emerge para

las presidenciales de 2013, luego contamos el proceso constitucional de Bachelet en 2015. Una demanda social latente todos estos años. Cuando estalla el 18 de octubre, ya hay un grupo social organizado por una nueva Constitución que venía también trabajando de antes, por lo que cuando empiezan a articularse todas estas demandas, el tema constituyente vuelve a emerger.

Pero, además, la Constitución tiene una enorme centralidad en la actividad política del país, porque ha sido sistemáticamente utilizada como un instrumento para evitar los cambios sociales, incluso aquellos empujados desde la institucionalidad. La Constitución fue utilizada, por ejemplo, contra la Ley de despenalización del aborto, y contra toda ley que avanzaba en derechos sociales en educación y salud, sobre todo. Por eso decimos que la Constitución no solo es ilegítima de origen, sino también que es ilegítima en su ejercicio, porque tiene un núcleo excluyente, anti democrático, una serie de “trampas” constitucionales, de enclaves autoritarios e instituciones contra-mayoritarias que bloquean cualquier intento de avanzar en derechos sociales que beneficien a la población.

Los cambios que instaló esta Constitución del '80 son estructurales, este es otro país, uno neoliberal. Y ese “otro país” es extraordinariamente bueno para cierto sector de la sociedad. Para los sectores privilegiados vivir en Chile es un paraíso, porque los servicios sociales —que cada cual financia— para esos sectores son de primer nivel. Y tienes tus espacios segregados, protegidos, al resto de la población prácticamente no la ves. El problema es que somos 18 millones de personas, y para el resto es vivir en la América Latina más profunda y precaria. Y esa dicotomía social es posible, en gran medida, gracias a la Constitución.

Por eso el debate constituyente es tan importante. Cuando el 18 de octubre se produce una rebelión contra un determinado modo de vida, contra la hegemonía

de la razón neoliberal, todos entendemos que este modo de vida está condicionado por lo que dice la Constitución. El debate constituyente es, en nuestro caso mucho más importante que en otros regímenes de democracias constitucionales donde el eje está puesto en la ley, en los parlamentos. Las discusiones en los parlamentos pueden reflejar más o menos la voluntad popular, pero es un órgano donde hay representantes. Detrás de la Constitución no hay un órgano con representantes, no hay nada. Está la figura de Jaime Guzmán, está la figura de Pinochet, está el Tribunal Constitucional que ha jugado un papel central en la defensa del proyecto político que la dictadura escribió en la Constitución.

EL PROCESO CONSTITUYENTE QUE DISPARA EL ESTALLIDO

En la base de este proceso está, naturalmente, el estallido, pero más puntualmente está el Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución que se aprobó el 15 de noviembre, en medio de la revuelta. Y luego se aprobó la reforma constitucional que hace posible ese proceso. Mirada en retrospectiva: esa semana del Acuerdo fue muy intensa e interesante, porque empieza el lunes 11 de noviembre a la noche, cuando el presidente de la república propone por cadena nacional “reformas sustantivas” a la Constitución, una declaración que generó tanta molestia que el martes 12 hubo una huelga general, que debió enfrentar una represión policial muy dura. Ya habían pasado tres semanas del estallido del 18 de octubre y no se había avanzado prácticamente nada. Las reformas a la Constitución que anunció el Presidente eran las mismas que propuso en su campaña electoral y la gente dijo: “si no conseguimos cambios ahora no los vamos a conseguir nunca”.

Esa jornada del 12 de noviembre fue muy dura. El 12 de noviembre en la noche el presidente estuvo a punto de decretar el estado de sitio, más gravoso

que el declarado la primera semana de la revuelta. Y fue una semana muy tensa. El 14 empiezan las negociaciones para firmar el Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución, que se firma el viernes 15 a las 3 de la mañana. Mirado en retrospectiva, el Acuerdo es claramente un triunfo de la movilización social, aunque con esto no quiero defender todo su contenido. Pero, para bien o para mal, la correlación de fuerzas hizo posible un acuerdo como éste, pero detrás de esa correlación de fuerzas está necesariamente la movilización social, en particular la huelga general del 12, que debe ser la huelga general más importante desde la época de la dictadura, desde el 86.

Por eso sería ingenuo desconocer que el gobierno intentó descomprimir la tensión social que se vivía en la calle; buscó una suerte de “pacto de gobernabilidad” dentro de la élite que, desde la política constituida, intentó contener la situación. Pero no es que la élite hubiese estado dispuesta voluntariamente a ceder, es lo que se vio obligada a ceder por el estallido del 18 y la movilización del 12. No se logró vivir como un triunfo porque el acuerdo tiene algunas cláusulas, algunas concesiones muy controvertidas, que son las cláusulas que puso la derecha, como la del quórum de dos tercios para la Convención Constitucional. Y, además, porque hay una desconfianza estructural muy profunda contra la clase política, casi todo lo que viene de ahí es sospechoso. Pero mirado en perspectiva, no hay duda de que la apertura del proceso constituyente fue una conquista de la movilización y el contundente triunfo en el plebiscito de octubre de 2020 lo confirma, plebiscito que marca un hito e implica un mandato popular irreversible. Todo lo que ocurra de ahí en adelante debe ser leído a la luz de ese mandato popular por una nueva Constitución que hay que respetar.

EL HILO INSTITUCIONAL

El proceso constituyente tiene básicamente tres etapas. La primera fue el plebiscito de octubre, luego está la elección del órgano constituyente en abril de 2011 y una tercera etapa que es la elaboración de la Constitución. En el plebiscito del 25 de octubre, el pueblo fue convocado para contestar básicamente dos preguntas: si quería una nueva Constitución, aprueba o rechaza, y ¿qué órgano quería que lo redacte?: una “Convención constitucional” elegida íntegramente por sufragio universal o una “Convención constitucional mixta” compuesta 50 por ciento por diputados y senadores en ejercicio y 50 por ciento por ciudadanía elegida para tales efectos. Esas fueron las dos preguntas.

La Convención Constitucional se impuso con cerca del 80% en el plebiscito de octubre de 2020, por lo que sus integrantes serán íntegramente elegidos por sufragio universal y con la sola finalidad de redactar una nueva Constitución; eso es una Asamblea Constituyente. Tiene otro nombre, es verdad. Se ha sostenido que existe una diferencia significativa en la forma de deliberación política entre la Convención y la Asamblea, pero creo que más allá del nombre, la clave radicará en las condiciones políticas y sociales que hacen posible la deliberación en la Convención Constitucional, y eso lo veremos durante el trabajo de la Convención. El carácter constituyente estará determinado por las condiciones de participación política de la ciudadanía, por el carácter paritario de la Convención, por la presencia de sectores independientes, de pueblos originarios. Si esas condiciones se dan y la ciudadanía logra abrir el espacio para una participación incidente, será una Asamblea Constituyente.

El problema es que la reforma que se aprobó trata de ponerle ciertos límites a

la Convención Constitucional. Pero, a mi juicio, la mayoría son declaraciones más de principios que otra cosa, no hay ninguna posibilidad de hacer efectivos esos límites. Por ejemplo, la Convención deberá respetar los tratados internacionales, aunque sin mayor especificación. Distinto sería que dijera: “la Convención no puede reformar el capítulo tercero de la Constitución”. Eso ya sería afectar la potencia constituyente. Porque lo importante es que la potencia constituyente de la Convención se juega en la medida en que pueda tomar decisiones al margen del proyecto político de la Constitución vigente. Hay gente que dice que no, pero yo creo que esa garantía está.

PILARES DE UNA NUEVA CONSTITUCIÓN

Es importante preguntarse qué elementos hacen de una nueva Constitución algo nuevo en Chile. Pienso que dos dimensiones o líneas de transformación deberían distinguir a la nueva Constitución de la actual: uno, derechos sociales no mercantilizados. Dos, desconcentración del poder en términos políticos y territoriales, un diseño institucional que sea funcional a la desconcentración del poder. “Nueva” no puede significar cambiar la redacción de la actual, sino que debe expresar una nueva estructura de poder social. Y no es una distinción menor.

En el mundo del derecho es muy frecuente creer que una reforma jurídica es suficiente para hablar de una nueva Constitución. Entonces, hay quien dice que la Constitución actual no es la Constitución del 80 porque hubo una reforma en el 89, porque hubo otra reforma el 2005. Entonces, dicen que esta no sería la Constitución de Pinochet, sino la de Ricardo Lagos. Es un error, podría ser una falacia, pero pensemos de buena fe y digamos que es un error. Y es un error porque el corazón de la Constitución actual es el de la Constitución del 80 que, a su vez, es el corazón del proyecto político de la dictadura. Éste consiste,

centralmente, en la irradiación de la razón neoliberal a todos los ámbitos de la vida, afectando los derechos sociales fundamentales de las personas comunes y corrientes. En el caso de Chile, como decíamos, esto está acompañado por un diseño jurídico que es funcional a la acumulación del poder económico, pero también social y político.

Desde esa perspectiva, una nueva Constitución tiene que responder a las demandas sociales del presente, pero también a la necesidad de organizar de una nueva forma el poder en la sociedad chilena. Insisto, son estos dos pilares: derechos sociales garantizados de manera universal por fuera del mercado (salud, educación, seguridad social, trabajo, vivienda, agua) y un diseño institucional que le permita a la sociedad desconcentrar el poder que se ha venido acumulando en muy pocas manos en los últimos cuarenta y siete años, desde del golpe de Estado.

Una desconcentración del poder transversal, que es territorial desde luego. Chile, a pesar de su estructura geográfica, es un país muy unitario, muy centralista. Y esa centralización del poder también se da a otros niveles, por ejemplo, respecto de los pueblos originarios, o en las relaciones de género, o en las relaciones entre la población nacional y la población migrante. Una desconcentración, también, en clave de la acumulación del capital cultural, a la que el sistema educacional privatizado es funcional. Una desconcentración del poder, por ejemplo, que sea funcional a la democratización de las AFP. Hoy día, el 10 por ciento del salario de todos los trabajadores y trabajadoras del país se lo quedan cinco empresas que lo invierten en distintos instrumentos financieros, cuando esos fondos podrían fortalecer la vida social. Es una forma de acumulación por despojo que es muy clara, muy patente. Y es la misma forma de acumulación que opera con el agua, el medio ambiente y las “zonas de sacrificio”.

Entre la desmercantilización de los servicios sociales fundamentales y la desconcentración del poder se abren muchos cruces que nos permiten pensar en una forma de organización política y social distinta, donde la ciudadanía sea más responsable del papel que le corresponde jugar. Eso es lo que permitiría alum-



brar una nueva Constitución, una que permita pensar otra forma de organizar el poder político, el poder social. Se trata de una pelea es de largo aliento, porque tiene raíces culturales. No vamos a erradicar el machismo por decreto de una norma constitucional. Podemos garantizar los derechos de la mujer en autonomía sexual y reproductiva y de

ahí habrá una larga tarea para hacer eso efectivo. Pero el puntapié inicial puede muy bien ser una nueva Constitución. Pero claro, el puntapié inicial de un camino más bien largo.

deben ser ajustadas, porque su potencial transformador debe ser completado por una acción política permanente, que va más allá del texto. Por otro lado, hay muchos elementos de esta convivencia política y social que están muy enraizados en nuestras vidas, en nuestros cuerpos, en nuestras cotidianeidades, en nuestro día a día. Y se ha naturalizado a

un día para otro por decreto, pero en la cabeza de cada una y de cada uno de nosotros va a seguir la idea de que “oye, algo raro hay aquí”, porque se han instalados ciertos idearios que no será fácil superar, del tipo “esta gente quiere todo gratis”, “lo público es malo”, “debe ser mejor ésta que es paga que la otra que es gratis”. Hay muchas transformaciones que los pueblos tendrán que empujar, que son “culturales”, en tanto se han enraizado una razón neoliberal hegemónica en nuestra cotidianeidad.

En ese sentido, el proceso constituyente cumple un papel súper importante, no tanto por lo que diga la nueva Constitución —que naturalmente será muy importante—, sino por el tipo de discusión y participación política que se active a partir de este proceso. Que se empiece a ver que hay otras formas de vida que son posibles y que funcionan bien, que esta forma de organización política y social que conocemos en Chile no es algo normal o evidente, sino que responde a determinados objetivos políticos y genera ciertos efectos en la configuración de la sociedad. Por ejemplo, en Chile está completamente normalizada una forma de mercantilización de la vida que, prácticamente, te obliga a pagarlo todo y a precios que encarecen en demasía la vida de la población, dada su desproporción respecto del ingreso medio.

LOS LÍMITES DEL ESTADO DE BIENESTAR

Los momentos de crisis constituyente como el que actualmente vive el país son muy potentes, sobre todo porque tienen en la base una dimensión destituyente que no afecta solo a la elite política que está en los cargos de poder, sino que es destituyente respecto del modelo. Hay una destitución de lo neoliberal en curso. No queremos (solo) sacar a Piñera, sino que queremos un modelo que no sea neoliberal. Y eso genera condiciones súper interesantes para pensar formas de organización política distintas. El problema es que es difícil pensar



LA CONSTITUCIÓN MATERIAL DEL NEOLIBERALISMO

¡Qué mejor que dar con una redacción de un texto constitucional que nos permita decir: “ya, se acabó y de aquí en adelante, otra vida”! Pero las constituciones tienen un ámbito de acción mucho más acotado. Las esperanzas que hay que poner en la nueva Constitución

en un nivel que hay muchas dimensiones de la vida que están atravesadas por la razón neoliberal que, hasta hace pocos meses, casi no nos molestaban.

Por ejemplo, en este país se ha entendido como normal pagar por la educación. Entonces, todas las universidades son pagadas, hasta las estatales. Eso es lo “normal”. Uno podrá terminarlo de

aquello que antes no ha sido pensado, en especial considerando que nuestras condiciones de posibilidad, incluso del pensamiento, hoy día son neoliberales. El estallido sacudió estas condiciones, resquebrajó el piso sobre el que se asienta el consenso neoliberal. Es como si tuviéramos un pie en el aire, pero no supiéramos, todavía, dónde apoyarlo; queremos dar ese paso de salida del neoliberalismo, pero tenemos que construir hacia dónde darlo.

Sectores importantes de la izquierda chilena están pensando, como alternativa a este modelo neoliberal, ciertas formas de organización política propias de tiempos pasados. Para simplificar el ejemplo, están pensando en distintas variantes del Estado de bienestar. Sin perjuicio que podemos considerar modelos con distinto nivel de éxito en el pasado, es importante considerar sus limitaciones y las razones de sus fracasos, pues los modelos no pueden ser trasplantados sin más. Por lo pronto, el Estado de bienestar fue compatible con una determinada relación norte/sur que se construyó en clave extractivista, depredando los recursos naturales en Latinoamérica. Asimismo, el carácter patriarcal de la sociedad y las dinámicas institucionales funcionales a la concentración del poder quizá contribuyeron a configurar una sociedad objeto de protección social, debilitando su condición de titulares de derechos y su papel en la defensa de su garantía efectiva. Pensar estos problemas es un desafío profundo para la izquierda porque supone asumir el campo social, pero también la política, no tanto bajo la clave de un Estado asistencialista, si no en clave de participación social, horizontal, asumiendo nosotros mismos la responsabilidad sobre la gestión de aquello que llamamos servicios sociales. Habría que poder pensar qué formas de organización específica supone este otro modo de pensar lo social y lo político, pero en principio dejar de esperar del Estado, también dejar de esperar del mercado, y asumir la responsabilidad que tenemos

como sujetos de derechos.

Ahora claro, soy consciente de lo dificultoso que es construir esto políticamente. Pero es clave aprovechar esas condiciones de levantamiento popular, de crisis constituyente que se extiende en el tiempo y hacen posible el pensamiento de la novedad; algo que en Chile, de este modo, no había pasado nunca. En ese punto se abrió un proceso que genera expectativa, no solo de que este proceso constituyente permita alcanzar un nuevo texto jurídico, sino que nos permita generar las condiciones para pensar una forma de organización política y social distinta. Ahora, ¿cómo se piensa la novedad; están dadas las condiciones que permitan pensar fuera de la hegemonía neoliberal? O bien, en términos jurídicos, ¿cómo pensar derechos sociales universales, solidarios, que no dependan del mercado, pero que tampoco queden reducidos al Estado? La sociedad chilena está enfrentando un proceso constituyente que podrían generar las condiciones que permitan pensar nuevas respuestas a los actuales interrogantes sociales y permitan, en definitiva, una nueva organización del poder social.

LA CONSTITUCIÓN DESDE ABAJO

La gran pregunta es cómo mantener este proceso abierto, cómo hacerlo efectivamente participativo. Como la constituyente va a definir sus reglas de funcionamiento a través de un Reglamento, éste podría contemplar que cada integrante de la constituyente organice encuentros con las asambleas locales, de modo tal que las discusiones e insumos que ahí se elaboren suban o lleguen hasta la constituyente. Esa puede ser una buena forma de que haya un vínculo más fluido entre los integrantes de la constituyente y las asambleas, sobre todo teniendo en cuenta que lo que está pasando en Chile también se explica por una crisis de la democracia representativa y la constituyente sigue siendo una instancia de democracia representativa. La cuestión

es cómo evitamos que la constituyente, en tanto órgano de representación popular, no caiga en los mismos vicios que actualmente tiene la representación. Hay elementos de participación directa que debemos implementar en este proceso constituyente.

Por otro lado, hay una dimensión del proceso constituyente que ya está generando sus efectos en el pueblo, en la forma de organización social, y que los va a seguir generando con independencia de cómo se concrete la nueva Constitución. Entonces yo me atrevería a decir que esas asambleas locales van a dar forma a un pueblo políticamente organizado, distinto al que teníamos hasta antes del 18 de octubre, con independencia de cómo la nueva Constitución logre recoger estas demandas. Tendremos una nueva Constitución en el sentido de una nueva forma de organización del poder social, con independencia de cómo el texto jurídico lo ponga por escrito. Lo ideal sería buscar fórmulas que nos permitan institucionalizar las manifestaciones de poder político de los poderes locales, algo que permita reconocerlo, que garantice la coexistencia de los



poderes populares con poderes institucionales. Se trata de institucionalizar los cambios políticos y sociales que ya están en marcha, pues para todas aquellas personas que hemos estado participando de esas asambleas territoriales, la acción política nunca va a volver a ser como era antes del 18 de octubre.

LAS DIMENSIÓN AUTORITARIA DE LA RAZÓN NEOLIBERAL (Y EL ESTADO DE EXCEPCIÓN CONSTITUCIONAL)

La contracara de estas experiencias de participación popular ha sido, cómo quedó en evidencia, la dimensión autoritaria del neoliberalismo, sin la cual no podría subsistir. Se ha hecho muy patente en estos meses de revuelta que el neoliberalismo no es sostenible sin la represión autoritaria del Estado. No es un desvío, no es una anomalía producto de la crisis social; es parte de su funcionamiento sistémico.

La razón neoliberal, entonces, no tiene solo una dimensión de mercantili-

zación de la vida, sino también una dimensión autoritaria. Es más: esa razón economicista que invade todas las esferas de la vida no funciona sin esta otra dimensión autoritaria. Efectivamente, ha habido una estrategia de represión policial como principal respuesta del Estado a la protesta social. Incluso ha habido una suerte de represión preventiva, como pudimos ver, por ejemplo, con el “copamiento” por parte de Carabineros de la ex plaza Italia para tratar de cortar las protestas, así como otras formas de represión focalizadas sobre distintas organizaciones y dirigentes sociales. Hemos visto a la policía multando a personas que

Constitución para entregarle poderes excepcionales al Presidente de la República para controlar el orden público, desplegando a las fuerzas armadas por las calles de las principales ciudades del país. Se usó un mecanismo constitucional que se había aplicado previamente para otras situaciones excepcionales, tales como incendios, terremotos, erupciones volcánicas, pero nunca esas normas excepcionales habían sido utilizadas con fines políticos; nunca, salvo en dictadura. Por eso prestamos especial atención a cómo se invocaron y utilizaron esas normas con fines políticos, pues si bien hubo un estado de excepción constitucional, al

PIENSO QUE DOS DIMENSIONES DE TRANSFORMACIÓN DEBERÍAN DISTINGUIR A LA NUEVA CONSTITUCIÓN DE LA ACTUAL: UNO, DERECHOS SOCIALES NO MERCANTILIZADOS. DOS, DESCONCENTRACIÓN DEL PODER EN TÉRMINOS POLÍTICOS Y TERRITORIALES, UN DISEÑO INSTITUCIONAL QUE SEA FUNCIONAL A LA DESCONCENTRACIÓN DEL PODER.

se reúnen en plazas, por el solo hecho de estar ahí. Se trata de una represión constante y sistemática, no solo a la protesta, sino a la organización social y a la ocupación del espacio público. Pero además de la represión policial, con sus distintas aristas, hay una segunda forma represiva, con una apariencia de institucionalidad, como ha sido el estado de excepción constitucional. Se recurrió a una norma de la

mismo tiempo siguió vigente el Estado de derecho, lo que algunos sectores del Gobierno parecieron olvidar.

Por eso quedó muy en claro que el neoliberalismo no funciona sin esta dimensión autoritaria. Se hizo patente que esta excepción dentro de la excepción era la normalidad; que el Estado, según las circunstancias, puede actuar discrecionalmente para proteger el or-



¡PACO MUERTO NO VIOLA

¡COMORROW VEMOS

¡MAD 1312



Resiste

STG SOLID MARKER



¡Resista



¡Resista

ANTI PACOS SOCIAL CLUB

EXTENSIÓN HASTA



LA CONSTITUCIÓN TIENE UNA ENORME CENTRALIDAD EN LA ACTIVIDAD POLÍTICA DEL PAÍS, PORQUE HA SIDO SISTEMÁTICAMENTE UTILIZADA COMO UN INSTRUMENTO PARA EVITAR LOS CAMBIOS SOCIALES.



den. No estamos acostumbrados a ver militares en las calles, pero en realidad lo normal ha sido que este modelo neoliberal se sostenga por la fuerza; experimentar eso, vivirlo y sufrirlo en estos meses de revuelta, ha sido muy potente. Estas formas de violencia institucional forman parte, de alguna manera, de la normalización de esta cultura neoliberal de la que hablamos, pues es la propia mercantilización de la vida la que termina siendo sostenida por la fuerza.

VIOLENCIA Y DERECHOS HUMANOS

En pocos días nos dimos cuenta de que la promesa del *Nunca Más* que hicimos en los 90 fue superficial. Superficial por parte del Estado, especialmente por parte de las Fuerzas Armadas, pero también de parte de la sociedad civil. Como sociedad civil tenemos una deuda muy importante. Los sectores privilegiados han demos-

trado que no tienen ningún problema con relativizar las violaciones a los derechos humanos cuando estas son llevadas adelante por agentes del Estado que protegen intereses particulares, con los cuales ellos están involucrados o comprometidos. Pero también hay una deuda de los sectores progresistas de la sociedad civil, porque durante los años 90 y los 2000 permitimos esta impunidad. El sistema judicial generó una impunidad importante y desde el mundo civil permitimos que eso ocurriera. En los 90 te podías cruzar muy tranquilamente con un general violador de los derechos humanos en un café de Santiago, haciendo su vida “normalmente”, y no pasaba nada.

Ahí hay un desafío importante para la sociedad civil chilena: qué significa promover y respetar los derechos humanos en todo lugar, en todo momento y en toda circunstancia. Ahí tenemos una deuda importante

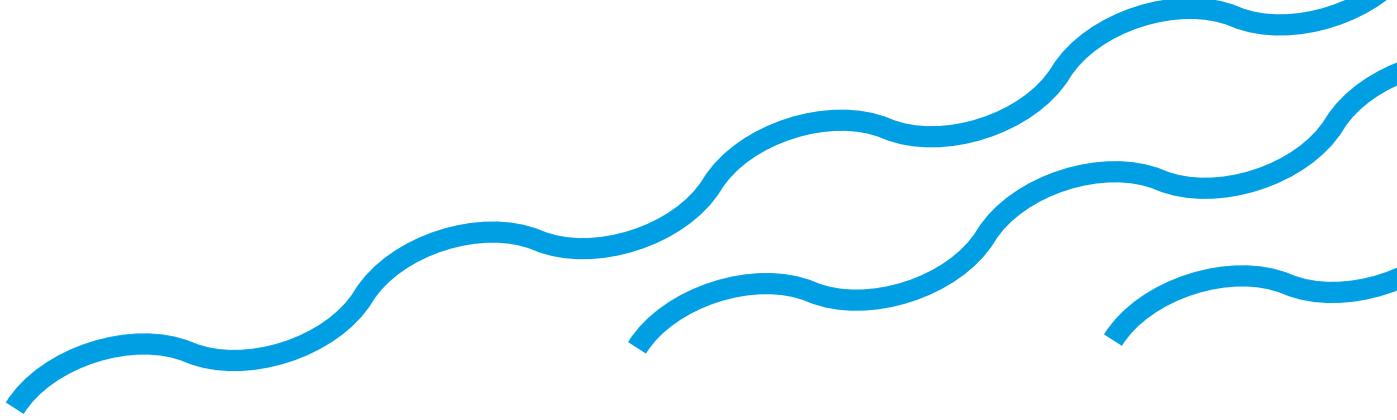
que no se salda con declaraciones altisonantes, sino con una práctica política e institucional respetuosa de los derechos humanos. Hoy no podemos cometer los mismos errores del pasado: el proceso de cambio social no puede olvidar las más de 400 personas con traumas oculares, las y los muertos de la revuelta, las personas violadas por agentes del Estado o aquellos cuerpos calcinados en circunstancias que aún no han sido aclaradas. Es nuestra responsabilidad que el compromiso con los derechos humanos sea una realidad, una línea roja intransable que atraviese a toda la sociedad.





Francisca “Pancha” Fernández: “La lucha socioambiental es clave en la pelea actual”

Integrante del Movimiento por el Agua y los Territorios (MAT), de la Coordinadora Feminista 8M y candidata a constituyente por el Distrito 10 // La crisis hídrica y la privatización del agua // La necesidad de que sea reconocida como derecho humano y bien de uso público // “Mantener la movilización que produjo el estallido es muy importante y convive con el proceso constituyente. La calle no puede ser en ningún momento abandonada porque ahí se despliega la fuerza destituyente”.



CHILE sufre una crisis hídrica de grandes dimensiones. La situación se agrava en las comunas con mayor desigualdad social. En medio del debate sobre la nueva Constitución, el tema del agua cobra centralidad, en un país donde este recurso natural está privatizado y es una muestra más de la profundidad con la que se instaló el neoliberalismo. Las organizaciones reclaman que se declare como un bien de uso público y sea reconocido como un derecho humano. Francisca “Pancha” Fernández Droguett, es referente del Movimiento por el Agua y los Territorios (MAT). “Nos conformamos en 2013 con un objetivo súper específico: derogar el Código de Aguas. Chile es el único país del mundo que tiene un código de agua que permite comprar, vender, hipotecar o arrendar derechos de agua. Y eso genera un mercado que es, por un lado, el principal instrumento de privatización del agua, pero por otro, genera la megasecuía que estamos viviendo hoy en Chile, producto de un megasaqueo y no exclusivamente del cambio climático”, explica. El movimiento está integrado por unas 100 organizaciones, agrupadas en zonales: norte, sur y centro. Participan ONGs y agrupaciones vinculadas a la ecología política y al ecofeminismo. El MAT se define anticapitalista, antiextractivista, y denuncia el “capitalismo

verde”. Fernández Droguett también forma parte de la Coordinadora Feminista 8M: “Nosotras aportamos a la Coordinadora una lectura desde el feminismo territorial, o ecofeminismo, o feminismo de los pueblos, como me gusta llamarlo”, dice.

HACIA LA GESTIÓN COMUNITARIA DEL AGUA

En marzo del 2019 hicimos un encuentro muy importante en una laguna que literalmente desapareció, la laguna Aculeo, a una hora de Santiago. Allí propusimos que 2019 sea el año de los cabildos por el agua y acordamos realizar el primer cabildo en octubre, precisamente. Los cabildos por el agua tienen distintos propósitos. Buscamos generar insumos de debate, no solo al interior del Movimiento sino también en otros territorios, tanto urbanos como rurales. La idea era diagnosticar la situación hídrica en cada zona, según el contexto local, para luego proponer una reflexión sobre cómo pensar una gestión comunitaria del agua, desde los acuíferos hasta la situación sanitaria, o la del mar.

En ese sentido, desde el Movimiento no estamos esperando una nacionalización del agua, no solo porque no parece haber dentro del Estado neoliberal posibilidad de plantear la nacionalización, sino además, porque nos

planteamos como “plurinacionales”. Y entendemos que somos distintos pueblos que estamos en un proceso de recuperación territorial y, por ende, del agua. La idea de “gestión comunitaria del agua” es una fórmula que proponemos para pensar mecanismos específicos de gestión de este bien natural, con toda la diversidad que implica. La idea era presentar este diagnóstico a fin de 2019, en el marco de la cumbre alternativa a la COP25 (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático), algo que finalmente hicimos. Queríamos presentar en esa cumbre un decálogo por los derechos de las aguas y su gestión comunitaria¹.

Fue algo mágico y hermoso que el estallido del 18 de octubre nos haya encontrado iniciando el primer cabildo. Porque, finalmente, el estallido es un proceso destituyente y constituyente. Destituyente del orden político imperante y al que estamos atacando. Somos bien enfáticos y enfáticas en señalar “Fuera Piñera”. Y además constituyente de nuevos horizontes políticos, más allá de lo que puede pasar por el Estado. Es imprescindible dar el debate por una Asamblea Constituyente, por una nueva Constitución, pero también esos nuevos horizontes se van construyendo en las asambleas territoriales y en los cabildos.

Y en esta dinámica destituyente/constituyente, el estallido abre horizontes, acelera tiempos. Cuestiones que parecían imposibles o lejanas comienzan a volverse palpables, como la posibilidad de derogar el Código de Aguas. ¿Es un tema que vienen pudiendo instalar en las asambleas territoriales y cabildos?

Es interesante porque es la primera vez que vemos, de verdad, la posibilidad concreta de derogar el Código de Aguas. Nunca fue tan palpable esto. Desde 2013 veníamos diciendo que para derogar el Código de Aguas había que convocar a una Asamblea Constituyente y redactar una nueva Constitución en la que el agua fuera reconocida como derecho humano y como derecho de la naturaleza. Veníamos trabajando en ese sentido. Pero el estallido de octubre acelera los tiempos y nos permite pensar que ya no tenemos que reflexionar tanto a largo plazo, hay posibilidades reales de injerencia aquí y ahora.

El MAT tiene una perspectiva territorial. Nos organizamos en zonales. Es una estructura transversal, pero que respeta el carácter organizativo territorial. Tenemos vocerías cada dos años, con un criterio de género que no es el de la paridad (que tiene que haber misma cantidad de mujeres que de hombres), sino que

tiene que haber una mujer sí o sí. Es decir, puede no haber hombres. Algo que, además, ha pasado últimamente. La construcción patriarcal ha hecho que históricamente las mujeres estuviéramos a tal nivel relegadas que si usamos la figura de la paridad puede que eso no fortalezca la presencia de las mujeres en los territorios, siendo que hay más mujeres que hombres en las organizaciones.

¿Por qué les estoy dando este ejemplo? Porque en el sur, por ejemplo, en el Wallmapu, hay organizaciones y comunidades mapuche que son parte del MAT, y tienen sus propias formas de organización que tienen que ver con sus autoridades originarias, lonkos y werkenes. Y no tienen un carácter rotativo, como el nuestro, porque responden a sus dinámicas territoriales. Entonces, frente a eso también la forma de trabajo es diferente.

Una vez al año tenemos lo que llamamos el “Encuentro Plurinacional por el Agua y los Territorios” para hacer un diagnóstico de cómo fue el año y crear la agenda conjunta del año que se viene. La sede del encuentro va cambiando, puede ser bien al sur, en territorio mapuche, como en Panguipulli; puede ser en la zona central, como en la laguna de Aculeo, que es una zona que se secó; puede ser en Calama, que es la ciudad minera por excelencia en Chile. Además de este Encuentro, también impul-



LO QUE QUEREMOS ES DESPRIVATIZAR, A PARTIR DE UN NUEVO CUERPO NORMATIVO QUE NO PASE NECESARIAMENTE POR EL ESTADO.

samos los “Cabildos por el agua”, como instancias de reflexión sobre la gestión comunitaria del agua. Y, al mismo tiempo, desde el estallido surgieron muchas asambleas territoriales, que son espacios donde la población canaliza su participación.

Entonces, son dos dimensiones. Por una parte, organizaciones socioambientales participando de la asamblea territorial correspondiente a tu territorio; y, por otra parte, asambleas creadas al alero de la lucha socioambiental. Entonces, eso ha generado que sigamos manteniendo los “Cabildos por el agua”, como MAT, pero también mantenemos la organización activa proveyendo de insu-

mos, preguntas y reflexiones sobre el problema del agua a las asambleas territoriales. Hemos generado las dos dinámicas, porque entendemos que hay territorios, sobre todo urbanos, en los que estos temas son casi nuevos, donde aún no ha madurado una reflexión como para desarrollar “Cabildos por el agua”. Mejor, entonces, aportar con información, con reflexiones, con preguntas sobre los propios territorios y la situación del agua en ellos.

Al mismo tiempo, vos formás parte del Comité socioambiental feminista de la Coordinadora Feminista 8M, ¿cómo viviste el estallido desde allí?

Ese comité lo conformamos mujeres del MAT y mujeres y disidencias sexuales de otras organizaciones socioambientales. Nosotras aportamos a la Coordinadora una lectura desde el feminismo territorial, o ecofeminismo, o feminismo de los pueblos, como me gusta llamarlo. Desde ese lugar también el estallido nos tocó en un momento importante, porque estábamos en plena reflexión sobre cómo darle continuidad al programa de la Coordinadora, pensando en trabajar en asambleas plurinacionales, para marcar la agenda del 8 de marzo del 2020. En 2019 la marcha había sido la segunda más grande de la historia chilena posdictadura cívico militar.

Con el estallido pasa algo bien interesante, incluso contradictorio. Desde el feminismo, siempre entendimos la revuelta como un estallido espontáneo: la experiencia corporal de la toma de la calle, la rabia acumulada, el rechazo al neoliberalismo. Sin embargo, ya habían trazos, trayectorias, rutas generadas por organizaciones feministas, de lucha socioambiental, de pueblos originarios, del movimiento estudiantil. Y acá viene la autocrítica a nuestras izquierdas: si bien son las plataformas que lograron marcar trayectorias y trazos, con el estallido de octubre nos encontramos en una situación muy inmediata de invisibilización de esas trayectorias. De hecho, tuvimos que hacer una “disputa interna” para que las izquierdas más institucionales, como el Frente Amplio, u organizaciones más de tipo sindical, como la Coordinadora No+AFP, vinculada a Unidad Social, nos visibilizaran.

Me da la sensación de que hubo una suerte de cooptamiento, o de captación de la atención por parte de los relatos más clásicos de la izquierda y el sindicalismo. Lo que nos pasó, entonces, es que el día dos ya teníamos que disputar la calle con carácter feminista. Llamamos a esto, en aquellos primeros días, “disputar la yegua” ¿Por qué? Porque el primer núcleo neurálgico, que luego se convirtió en la plaza de la

Dignidad, es donde está la estatua del General Baquedano a caballo. Y en esa primera semana dijimos: “Esto está espectacular, pero demasiado masculino”. Así que agarramos nuestros pañolines por el aborto y nos fuimos bien temprano a la plaza, a disputar la yegua. Es una disputa simbólica, espacial, que damos desde el feminismo como forma de contrarrestar esto que entendemos como una invisibilización. Desde el feminismo Las Tesis justamente rompieron con eso, generaron visibilidad en el espacio público. Y evidenciaron que hay una validez pública, masiva, del feminismo como uno de los horizontes políticos fundamentales y que instala una serie de debates en la palestra.

En cuanto a las cuestiones socioambientales, ahí sí siento que hay una deuda. Por ejemplo, en Unidad Social a lo sumo se habla de “nacionalizar los recursos naturales”, no entendieron nada de lo que venimos planteando. Primero, porque hace años que no hablamos de recursos naturales, hablamos de “bienes comunes”, de “bienes comunitarios”, o directamente de la “naturaleza”. Pero hace ya siete años que estamos discutiendo la idea de la nacionalización. Lo que queremos es desprivatizar, a partir de un nuevo cuerpo normativo que no pasa necesariamente por el Estado. Con esto no queremos decir

que, a cierto nivel, como el sanitario, como en el caso del agua potable, del proceso de saneamiento de las aguas servidas, no sea fundamental una mixtura entre comunidad y municipio. Igual, está tan privatizado este país que ni siquiera tenemos ese tipo de posibilidades.

Entonces, el feminismo logró posicionarse desde lo performativo, que es una de sus mayores fortalezas. En cuanto a lo socioambiental, aún no logra masivizarse como problema. Sin embargo, en algunas localidades agrícolas, en las primeras semanas del estallido, rompieron bocas de tomas de agua privadas, para hacer correr las aguas. O, por ejemplo, el caso de la comunidad de El Melón, que tomaron el Pozo 9 –que es un pozo que abastece a una minera– para que abasteciera a la comunidad. Esto está diciendo que la lucha socioambiental, sin duda, es clave en esta pelea.

El MAT se define anticapitalista, antiextractivista, y denuncia el “capitalismo verde” y el “feminismo funcional”. Señalan que la alternativa al extractivismo es posible desde las economías locales territoriales y solidarias. ¿Podés explicar un poco esta discusión con el capitalismo verde y el feminismo funcional?

El MAT es muy variado, somos muchas y distintas organizaciones, pero logramos

asumir una perspectiva crítica. La mayoría de las veces, cuando se trata de establecer la trayectoria del movimiento ecologista, se lo piensa vinculado a la lucha por el agua, por el medioambiente, pero no con un carácter de crítica más estructural, a la violencia estructural. Es por eso que me parece muy relevante situarnos como movimiento anticapitalista. Queremos poner en discusión un ecologismo pensado desde la actitud propositiva, como una alternativa al capitalismo en su dimensión extractivista, pero también al capitalismo en general. No estamos diciendo que lo vamos a hacer mañana, pero como horizonte político lo vemos desde ahí. Lo que nos interesa no es algo paralelo, tipo “energía limpia”, sino una alternativa a la matriz productiva y energética de los distintos territorios.

Esa alternativa es tanto general, al modelo capitalista como forma de relación estructural de la precariedad de nuestras vidas, como al carácter extractivista particular. El capitalismo tiene una característica distintiva en América Latina, dado ya desde el gesto colonial. La riqueza y la concentración de poder pasa por la extracción ilimitada de los mal llamados “recursos naturales” para los mercados internacionales, generando despojo y contaminación.

Por eso nos definimos como movimiento antiextractivista

que, por una parte, es una crítica al capitalismo, pero también es una crítica al progresismo latinoamericano. Somos críticos a cualquier tipo de propuesta de megaminería, más allá de que en algunos casos sea para la exportación y en otros casos sea para el financiamiento de políticas públicas. Como Chile es tan neoliberal, nuestro énfasis es contra el “capitalismo verde”. Porque pareciera que la solución está dada en políticas que se proponen “reducir”, “reciclar”, “reutilizar”, o ducharse en tres minutos. El capitalismo verde es el que propone cuidar el medioambiente, pero con medidas individuales, sin ver el carácter estructural de la problemática.

Acá el problema no es el cambio climático, acá el problema es el acaparamiento del agua a través de la figura del Código de Aguas. Eso no quiere decir que el cambio climático no sea un elemento que determina la relación territorial, pero no hay que despolitizar esta categoría: el cambio climático también es producto de cierta forma de producción, de cierta economía. No todos estamos en la misma condición de causantes de las problemáticas de cambio climático. Por eso no nos gusta mucho hablar de cambio climático y nos parece fundamental discutir el capitalismo verde.

Pero también hacemos una segunda lectura, que nos hace definirnó como movimiento por la despatriarca-

lización, no necesariamente feminista —al margen de que yo lo sea. El extractivismo, además, tiene un componente patriarcal, en tanto que genera economías masculinizadas. No solo porque en la usurpación y apropiación se pueden entrever formas hegemónicas masculinas de poder. También es una forma de producción que genera más precariedad en las mujeres. Es decir, en los territorios más degradados por políticas extractivistas, las mujeres son las que tiene más condiciones de vulnerabilidad: son las que tienen trabajos más precarios, más flexibilidad, además de la sobrecarga por el trabajo reproductivo.

Por ejemplo, en las “zonas de sacrificio”, además de estar trabajando, además de cuidar la vida, la gestión del espacio privado, tienen que cuidar los focos de contaminación, de intoxicación. Por eso decimos que esta economía extractivista tiene un carácter masculinizado que repercute en todos los planos: en el trabajo productivo, reproductivo y, además, en la resistencia. Trabajas, reproduces y resistes. Siempre contamos una experiencia de una comunidad en Caimanes, un pueblo en la comuna de Los Vilos, provincia del Choapa; una comunidad que estuvo tres meses cortando la carretera porque la minera Los Pelambres, del Grupo Luksic, la dejó sin agua, secanon completamente el estero. El 80 por ciento de quienes estaban ahí, en la carretera, eran mujeres, y nos pusimos

a charlar y dicen: “Miren la complejidad, aquí estamos resistiendo, pero mucho de nuestros amigos e hijos trabajan en Los Pelambres porque no hay otro tipo de trabajo. Entonces, resistimos y nos sacamos la cresta trabajando y cuidado la casa, pero estamos peleadas con nuestros esposos, con nuestros hijos. Y, además, cuando negocian, negocian ellos”.

Las luchas por la despatriarcalización y el feminismo están completamente articuladas. Por eso, las disputas son también contra el feminismo institucional que, por ejemplo, invisibiliza la dimensión de lo socioambiental como parte de la lucha feminista y, cuando las visibiliza lo hace exclusivamente desde el capitalismo funcional: “Organicemos mujeres emprendedoras para ver cómo reducir el plástico en un espacio local”. Es decir, sin cuestionar el carácter estructural del tipo de economía masculinizada que ha generado la precariedad de mujeres, niñas y disidencias sexuales.

Al mismo tiempo, como MAT, participan de ese nivel de articulación mayor que

es la mesa de Unidad Social. ¿Qué balance vienen haciendo de esa experiencia?

Es importante contextualizar el surgimiento de Unidad Social, lo que explica también muchas de las tensiones que vinieron después. Como MAT, desde 2013 hemos encarado dos hitos anuales importantes a nivel de la lucha por el agua: el 22 de marzo (que es el Día mundial del agua) y el 22 de abril (que es el Día mundial del medioambiente o de la naturaleza). Son dos grandes marchas. En marzo son movilizaciones locales: cada comunidad, localidad, barrio desarrolla formas de expresión y movilización distinta. En abril, que es la fecha más emblemática, se movilizan todos los territorios simultáneamente. En algunos casos, hemos hecho marchas en una localidad y hemos viajado todos a esa localidad y estos últimos años, hemos hecho marchas cada uno en su territorio al mismo tiempo.

En 2019 la Coordinadora No+AFP llamó a una gran movilización contra las AFP para el 22 de abril —no se habían dado cuenta de que

EL CAPITALISMO VERDE ES EL QUE PROPONE CUIDAR EL MEDIOAMBIENTE, PERO CON MEDIDAS INDIVIDUALES, SIN VER EL CARÁCTER ESTRUCTURAL DE LA PROBLEMÁTICA.

esa era una fecha emblemática para nosotros— y se resolvió que hiciéramos la movilización nuestra la siguiente semana. La Coordinadora No+AFP nos invitó a reflexionar en el escenario sobre la vinculación entre la privatización del agua y la privatización de la previsión social. Sobre todo porque son los mismos actores, los mismos grupos económicos, las mismas familias, las que están metidas en la industria educativa, las que son dueñas de los derechos de agua, las que están vinculadas a la minería, a los agronegocios, a la industria extractiva del salmón; y son los mismos que están vinculados con las AFP. La lógica es la misma: la privatización de todas las esferas de la vida. Fue el año que tuvimos más cobertura de prensa. Esa situación hizo que empecemos a tender nuestros primeros lazos, nos empezamos a dar cuenta que muchas veces no conocíamos lo que hacía el otro movimiento. Finalmente, todos teníamos esta dimensión de crítica estructural que hacía que sea súper importante articularnos, mínimo para no toparnos con las fechas, para conocer el trabajo del otro y, quizá, generar una agenda conjunta.

En ese proceso se fue armando, junto a otras organizaciones sociales (feministas, de pobladores, de migrantes) lo que llamamos "plataforma de movimientos sociales", un espacio que, con sus altibajos, se reunía e intentaba armar una agenda común. En junio

de 2019, por iniciativa de la Coordinadora No+AFP, de la Confech y de otras organizaciones más de tipo sindical, se formaliza Unidad Social, una plataforma más permanente. Pero esta iniciativa también incluía a la Central Obrera de Chile (CUT). La CUT es el sindicalismo más institucional y oficial que hay. Muy partidista, con muchos conflictos en distintos sectores. El ingreso de la CUT a este espacio fue sin consultarnos, lo que nos generó bastante ruido. Igual decidimos seguir.

Pero llegó el estallido de octubre, y dentro de Unidad Social se arma un bloque sindical que se arroga cierta conducción del espacio e intenta darle un carácter popular-sindical al estallido social. Y ahí empezaron los roces, los desentendimientos. Por ejemplo, inmediatamente luego del estallido hubo llamados a huelga general, algo en lo que estábamos de acuerdo como Coordinadora feminista 8M y como MAT. Pero este bloque salió a decirnos que no era lo adecuado. Tres días después, cuando se dieron cuenta de lo potente que era la movilización, llamaron a la huelga.

Entonces, creo que gran parte de los problemas al interior de Unidad Social comenzaron cuando se armó una estructura "en bloques" que no discutimos ni decidimos entre todos los sectores movilizados. Se armó el bloque sindical y nos decían que nos creemos nuestros propios

bloques, por ejemplo el bloque feminista. Pero nosotras, las feministas, no podemos ser un bloque, porque nuestro objetivo es transversalizar el feminismo, sería contradictorio, no somos un eje. En mi caso, como feminista, estoy vinculada a la lucha socioambiental, otras están vinculadas a lo educacional y así. Y lo mismo decíamos desde las organizaciones ambientales: no nos interesa ser un bloque socioambiental, porque para nosotros la perspectiva de la ecología política que queremos instalar cruza desde el sindicalismo hasta el feminismo.

El segundo punto de conflicto fue cuando se elabora un petitorio de demandas para una Asamblea Constituyente, y entre esas demandas no aparecía el carácter plurinacional (que es una defensa que hemos hecho tanto MAT como pueblos originarios) ni el carácter feminista de esa Asamblea. En el caso de lo plurinacional, se logró instalar aunque desde una perspectiva bastante reducida. Por ejemplo, en el MAT nosotros entendemos la plurinacionalidad como la articulación entre distintas comunidades políticas, entre distintos pueblos: pueblo originario, afro, migrantes. Lo plurinacional no remite, exclusivamente, a escaños de los pueblos originarios en la Asamblea Constituyente, sino a una forma de relacionarnos políticamente. En cuanto al carácter feminista, no logramos ganar esa discusión y quedó lo paritario

como sinónimo de feminista. En cuanto a lo socioambiental, logramos que no se hablara más de "nacionalizar los recursos naturales", sino de derogar el Código de Aguas. Por otra parte, solo participa el zonal centro en Unidad Social, ni la zona norte, ni la zona sur. En el Wallmapu no tiene demasiada afinidad con las organizaciones más institucionales, o de izquierda clásica. Y en el norte, que es una zona en la que la CUT tuvo mucha presencia, la ven como un espacio muy partidista.

Tal como contás, una situación similar de perspectivas y lenguajes divergentes se debe dar con los partidos de izquierda, con la izquierda parlamentaria. Pero al mismo tiempo, tener como objetivo la derogación del Código de Aguas, imaginamos, implica cierta apertura, tratar de dar las discusiones en la mayor cantidad de espacios posibles...

Sí, totalmente. Nuestro principal objetivo es la derogación del Código de Aguas y nuestra lectura es que para llegar a esa derogación tiene que ser algo sentido por todas y todos, desde cada espacio territorial. En el MAT nos conformamos históricamente bajo la idea de visibilizar las dinámicas de cada territorio, por lo que, para nosotros, muchas veces era más importante sensibilizar y dar el debate hacia adentro de las organizaciones que conforman el MAT, que participar en debates más

formales o institucionales. Igual, ojo, hasta antes del estallido las expectativas generales no estaban puestas en la derogación –aunque siempre hemos estado por derogar–, sino en la reforma del Código de Aguas. Y esta reforma implicaba un diálogo institucional, con los partidos y al interior del Congreso. Después del estallido todos los otros grupos socioambientales empezaron a hablar de derogar. Pero antes no. Muchas veces nos criticaban que éramos muy radicales en esta idea de derogar. Hoy ya no, porque parece que es de sentido común que hay que derogar. Y eso lo ha dado el estallido. Por fin llegamos a ese lugar.

Claro que hay organizaciones dentro del MAT que tienen vínculos con diputados y diputadas. La relación con partidos y referentes políticos de izquierda no la establecemos como MAT, sino que la establece cada organización. Como MAT no nos parece central esta articulación, pero respetamos que los territorios u organizaciones lo hagan porque puede ser parte de su quehacer. Además, no son muchos, pero hay diputadas y diputados que han hecho mucho por el tema del agua en sus espacios territoriales. Luego, también, hay izquierdas e izquierdas. Con la Concertación, con Bachelet, nada. Ellos consolidaron el modelo que queremos eliminar. Ni siquiera se los puede llamar izquierda. Lo más cercano es el Frente Amplio, pero tenemos har-

tas dificultades. Todavía hay lógicas partidistas que son muy distintas a las lógicas de los movimientos de los territorios, por ejemplo, la toma de decisiones.

tenemos que generar políticas de consenso, que es lo más complejo. Pero ese es un desafío que tenemos desde el momento en que nos conformamos como movimiento. Desde ese momento ya surgió el problema de

abandonada porque ahí se despliega lo destituyente. Lo destituyente es parte de los asuntos políticos constituidos desde la calle.

El proceso constituyente lo hemos reflexionado en dos



EL EXTRACTIVISMO TIENE UN COMPONENTE PATRIARCAL, EN TANTO QUE GENERA ECONOMÍAS MASCULINIZADAS. EN LA USURPACIÓN Y APROPIACIÓN SE PUEDEN ENTREVER FORMAS HEGEMÓNICAS MASCULINAS DE PODER.

Imaginamos que toda esa complejidad se va a ir agudizando a lo largo del proceso constituyente. ¿Cómo aprovechar la ocasión en que parecen abiertas nuevas posibilidades sin quedar subordinados a la agenda institucional? Hay todo un desafío ahí para los movimientos.

Sí, es complejo, porque como en todo movimiento social tenemos distintas lecturas que nos aúnan y que nos diferencian, y ahí

cómo enfrentar la privatización del agua. Hoy el gran amarre de la privatización del agua es la Constitución, y el Código de Aguas que es el instrumento que la privatizó. Entonces, nuestra demanda es Asamblea Constituyente y nueva Constitución. Pero, como decía al comienzo, en la base de lo que hoy se abre como posibilidad está el proceso destituyente: mantener la movilización que produjo el estallido nos parece muy importante y convive con lo constituyente. La calle no puede ser en ningún momento

niveles: un proceso constituyente autónomo, por decirlo así, y el proceso constituyente institucional. Dos procesos que no necesariamente son contradictorios, por más que las personas y las organizaciones suelen sentirse más próximos a uno que al otro. Pero como MAT estamos, en cierto sentido, apuntando a los dos niveles, porque en el fondo el impulso institucional también nos permite ir generando insumos para una Asamblea Constituyente. Esta Asamblea Constituyente

autónoma, decimos nosotros, tiene que ser plurinacional, feminista y con enfoque socioambiental. En ese sentido, lo que queremos es que haya personas del MAT participando de la construcción de una nueva Constitución, esa es la vía institucional. Sin embargo, ya encontramos el primer problema: no está esa posibilidad. Hoy está la Convención Constitucional, y ahí tenemos un debate: ¿Cómo participamos de ese proceso cuando la opción a una Asamblea Constituyente ya no existe?

Muchas compañeras y compañeros nos dicen que, si la vía institucional es la Convención Constitucional, que tenemos que instalar allí la derogación del Código de Aguas. Pero nosotrxs no podemos dejar de poner en valor esta segunda vía, la vía más autónoma, que permite entender que la Constitución es un horizonte político desde la plurinacionalidad, desde la articulación de distintas comunidades políticas, donde la asambleas territoriales y los cabildos autoconvocados son el pilar fundamental de la constitución de estos nuevos horizontes políticos. Y esa vía no necesariamente pasa por la otra.

Además, nosotrxs decíamos que esta vía más autónoma es la que tiene relación con los propios tiempos de los pueblos, porque la vía institucional tiene una temporalidad que es súper distinta a nuestra temporalidad. La Constitución no va a terminar con el capita-

lismo, pero si es una forma de incidir para debilitar las políticas de cuño neoliberal. En cambio, el proceso por el que nosotros apostamos es el de la construcción de un nuevo proyecto político absolutamente anticapitalista en la forma de pensar el espacio público y de tomar las decisiones. Entonces, ¿cuál es el debate que tenemos? Que obviamente habrá sectores, personas y organizaciones territoriales más proclives a un quehacer que a otro. Pero nosotrxs no queremos ser ajenos a ambos procesos, lo que pasa es que el autónomo está clarísimo y, en cambio, en la instancia institucional está en duda cómo vamos a participar.

En Chile es muy importante el Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha (MPL). Ellos suelen decir: "Nuestra perspectiva es contra el Estado, con el Estado y desde el Estado." Con el Estado, nosotrxs, pobladores, tenemos que negociar con el servicio de la vivienda para conseguir, justamente, viviendas dignas para nuestros territorios. Desde el Estado porque también hemos ido posicionándonos en él. De hecho, el MPL tiene concejales porque entiende que si quiere incidir en las políticas de vivienda, si quiere instalar el derecho a vivir en la ciudad, tiene que dar el debate sobre la política pública. Y contra el Estado, finalmente, porque la forma de su construcción de proyecto histórico es fuera del Estado, en el territorio. Y ahí articulan.

Obviamente, en esto hay tensiones. Nos pasa lo mismo en el MAT. Hay organizaciones en el territorio que son muy proclives a la autonomía y no quieren subordinarse a los tiempos y a la agenda institucional. Y hay otros que son más institucionales. Pero lo importante es que estamos logrando una confluencia, que podemos plantearnos que son discusiones y ámbitos en los que tenemos que estar presentes. Es cada vez más evidente que la Convención Constitucional no convence, ni siquiera, como vía institucional para poder plantear nuestro objetivo con claridad: derogar el Código de Aguas y que el agua sea reconocida como derecho humano y, ojalá, como derecho de la naturaleza.



[1] Luego de más de sesenta "Cabildos por el Agua", desde Arica a Magallanes, el decálogo fue finalmente presentado el 22 de abril de 2020, en el Día Mundial de La Tierra. Entre los principales puntos se encuentran: Reconocer el agua como un derecho humano, y un bien común inapropiable, asociado al derecho a la vida y a vivir en un medioambiente libre de contaminación. Que el agua y la naturaleza, sean reconocidas como sujetas de derechos. Proteger todos los cuerpos de agua de los ecosistemas: ríos, lagos, lagunas, glaciares, turberas, bofedales, humedales, mares, aguas subterráneas, salares. Garantizar la restauración de los ecosistemas como forma de defensa de las aguas, mediante un cambio de la matriz energética, productiva y de consumo.

Gentileza de Pancha Fernández





NO MÁS

Hidroeléctricas

¿Dónde está el agua
del Río Maipo?

buin - Maipo



Carlos Pérez Soto: “Hay que cuidarse del arcoíris que nos pueden vender”

Profesor por oficio y virtud // Crítico de la democracia administrada, medicalizada, financierizada // El disciplinamiento neoliberal de la (forma de) vida // ¿Es posible una refundación democrática de las bases institucionales, del Estado y de la convivencia nacional? // “Necesitamos candidatos independientes que sean capaces de compartir un programa constitucional radical global, que no defiendan solo derechos sectoriales”.





PROFESOR de física, filósofo, docente e investigador marxista hegeliano. De inteligencia despierta, Pérez Soto es reconocido por su perfil crítico y su pensamiento heterodoxo. La amplitud de sus campos de trabajo queda impresa en los títulos de sus obras: *Sobre la condición social de la psicología* (1996); *Sobre un concepto histórico de ciencia* (1998); *Comunistas otra vez, para una crítica del poder burocrático* (2001); *Sobre Hegel* (2006); *Proposiciones en torno a la historia de la danza* (2008); *Una nueva antipsiquiatría* (2012); *Marxismo aquí y ahora* (2014).

La opción de aprobar un espacio institucional de discusión y redacción de una

nueva Constitución que reemplace a la de 1980 pergeñada en dictadura por Jaime Guzmán como estructura jurídica del neoliberalismo, triunfó de manera contundente en las elecciones del 25 de octubre de 2020. Pero los pensamientos de Pérez Soto no tienen nada de triunfalistas. Lo primero que señala es que la mitad del padrón electoral no participó del plebiscito, y que eso puede implicar un problema de legitimidad para la futura Constitución, pero en lo inmediato es un factor que debilita la base social real que sustenta el proceso constituyente. Casi en simultáneo —compara—, en Bolivia, con golpe de Estado, con

pandemia y aislamiento social, con mayor mortalidad por el virus que en Chile, votó el 87 por ciento del electorado. Sobre todo, insiste, porque esa fuerza social es necesaria para revertir la ilegitimidad de origen de este proceso constituyente, las condiciones impuestas a todos los chilenos por un grupo de señores feudales de la política y consignadas en el Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución. “Lo peor que podríamos hacer, dice, es tener otra vez una Constitución viciada de origen. Sería una torpeza de la clase política, porque dentro de cinco o diez años todo vuelve a estallar”. Lo que sigue, son los extractos de una conversación hecha en distintos momentos.



POR UN PROGRAMA CONSTITUCIONAL RADICAL

Lo que hay que hacer en Chile es una refundación democrática de las bases institucionales, del Estado y de la convivencia nacional. Una refundación democrática que es el reverso de aquella refundación neoliberal que quiso hacer Jaime Guzmán de este país. Y eso es una larga marcha. Luego de este primer paso, del “Apruebo”, hay que elegir una Asamblea Constituyente realmente representativa, realmente soberana, para luego lograr una Constitución que opere como la base de esa refundación. Porque aún estamos a tiempo de dar una pelea por la soberanía efectiva de la Asamblea Constituyente, por remover los límites que le puso al proceso constituyente el famoso Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución. Es necesario impulsar ahora una reforma constitucional que defina toda una serie de cuestiones pendientes vinculadas a la forma en que se eligen los integrantes de esa asamblea. Una reforma, por ejemplo, que le tiene que dar participación a los pueblos originarios. Una reforma, por ejemplo, que permita ampliar y mejorar las condiciones de participación a los independientes.

La dinámica de movilización social debería decantar en candidatos determinados. Lo que tiene que haber son representantes de unas orgánicas. Y esas orgánicas deben ir a patear la puerta de los partidos políticos constituidos que se dicen de izquierda para que les den cupos en sus pactos. La ley que tenemos obliga a meter a los dirigentes sociales dentro de la camisa de fuerza de los partidos organizados. Porque los independientes que vayan por fuera de los pactos no tienen ninguna posibilidad de ser elegidos. Y los independientes que vayan en pactos chicos, en pactos regionales, tampoco tienen ninguna oportunidad. Acá los únicos pactos que tienen oportunidad real son los pactos que se estructuran a nivel nacional, con un referente único, que inscriben una lista única, etc.

Por eso nuestra política tiene que ser que haya tres grandes pactos, y no dos, en la elección de constituyentes del 11 de abril de 2021. Un pacto de derecha, aunque mejor si va dividida. Otro pacto que sea la Concertación, sola. Y un tercer pacto progresista, de izquierda, o radical, el nombre que quieran ponerle, pero separado de la Concertación. Todos los personeros de la Concertación

están pidiendo una lista única, porque piensan que, al amparo del Frente Amplio, y de los independientes, van a poder meter su gente y salvarse. Pero la Concertación está en pleno naufragio y eso le hace muy bien a Chile, es muy educativo para el pueblo chileno. Entonces, un pacto de la derecha, un pacto de la Concertación clásica y un tercer pacto que vaya desde los comunistas hasta Revolución Democrática, los humanistas, el partido liberal, etc. Y lo importante es que dentro de ese pacto haya espacios para los independientes y que haya un programa constitucional radical. Ser independiente no es, por sí mismo, una garantía. Hay muchos independientes que tienen intereses locales, que son capaces de votar muy radicalmente en un tema y, sin embargo, de manera conservadora en otro tema. Lo que necesitamos son independientes que sean capaces de compartir un programa constitucional radical global. Y que no vayan solo a defender derechos sectoriales o regionales.

Otra cuestión a definir son los mecanismos de aprobación del nuevo texto constitucional. Se definió que para aprobar cada artículo tienen que votar a favor 2/3 de los constitucionalistas, y si no se alcanza, ¿qué pasa? Lo que hay que pedir es un plebiscito intermedio: que toda norma significativa sobre lo que no haya consenso se someta a plebiscito.

Es hora también de presionar para darle a esa reforma mayor transparencia para la Asamblea. Por ejemplo, hay que exigir que la Asamblea Constituyente no tenga sesiones secretas, que se sepa todo, que los constituyentes estén obligados a dar cuenta ante sus electores y que seamos capaces de reaccionar ante cada discusión que se vaya dando. Y hacer movilizaciones repartidas, distribuidas, sobre todo frente a los municipios. Pero

la presión tiene que ser con programa. Es urgente redactar un programa constitucional radical, cinco puntos. Y en ese programa, no pondría los derechos sociales en un primer lugar, sino la forma de financiar esos derechos sociales. Hay que evitar un compromiso político en el que nos regalan una Constitución llena de derechos, pero nos niegan la posibilidad de ejercer esos derechos. Hay que cuidarse del arcoíris que nos pueden vender. Se puede redactar una Constitución que dé derechos sociales —porque no cuesta nada poner derechos en la Constitución— y después negar las fuentes de financiamiento. Es lo que ha pasado con varias de las constituciones nuevas que hay en América Latina, y en particular en Colombia. Que consagran

la estructura institucional de este país. Si eso ocurre, entonces los derechos sociales van detrás. Y, de este modo, los derechos sociales no solo se declaran, sino que son realmente posibles.

Es clave reclamar la soberanía efectiva de la Asamblea Constituyente. Remover los límites que tiene, sobre todo respecto de los tratados de libre comercio. Y también darle poder sobre el endeudamiento del Estado. Porque durante el desarrollo de la Asamblea Constituyente, si la cosa se viene muy mal para la derecha, este gobierno —que va a seguir vigente— es capaz de endeudar este país en cien mil millones de dólares en un par de meses y dejarnos clavados con la deuda externa. La Asamblea Constitu-

externa. Una norma explícita que le prohíba al Estado respaldar la deuda de los bancos. Hay que poner disposiciones expresas que aseguren que el Estado está obligado a responder por el cien por ciento de la demanda educacional, de salud, de pensiones, más allá de que haya universidades privadas, hospitales particulares, etc.

Hay que poner en la Constitución disposiciones expresas que apunten a la democratización del Estado. Los plebiscitos vinculantes a todo nivel, la revocatoria de mandato, la iniciativa popular de ley, la descentralización del gasto. Tenemos que lograr una Constitución que en su texto contradiga el entramado legal que se ha levantado durante

PODEMOS OBTENER UNA CONSTITUCIÓN MUY BONITA, MUY DEMOCRÁTICA, CON UNA REDACCIÓN ESPECTACULAR, PERO LUEGO NO TENER UN PESO PARA FINANCIAR TODO ES. LO QUE HAY QUE PONER EN EL CENTRO DE LA DISCUSIÓN ES CÓMO SE DISTRIBUYEN LAS RIQUEZAS DE ESTE PAÍS.

el más absoluto derecho a la educación, pero resulta que no hay plata para la educación.

Entonces, podemos obtener una Constitución muy bonita, muy democrática, con una redacción espectacular, pero luego no tener un peso para financiar todo eso. Lo que hay que poner en el centro de la discusión es cómo se distribuyen las riquezas de este país. Lo que hay que poner en el centro de la discusión son los 200 mil millones de dólares que tienen las AFP. Lo que hay que poner en el centro es el capital financiero, que nos va a endeudar intencionalmente para seguir espoliando este país. Entonces, el programa constitucional radical tiene que apuntar, primero, al capital financiero y a las riquezas básicas, y después a la democratización de

yente debería tener soberanía suficiente para impedir el sobreendeudamiento externo para impedir que durante la Asamblea Constituyente se establezcan pactos internacionales que resguarden al gran capital chileno.

En la Constitución hay que hacer pronunciamientos que entren directamente en contradicción con el entramado legal que hay hasta este momento. Eso es lo que la derecha teme y eso es lo que hay que hacer. Hay que poner una disposición que entre directamente en contradicción con la ley minera y que obligue a reformularla o derogarla. Hay que poner en la Constitución una norma explícita que le prohíba al Estado respaldar deudas financieras privadas, porque todo el problema del saqueo de los países es a través de la deuda

cuarenta años en Chile, de tal manera que obligue a una tarea parlamentaria posterior de reformular todas las leyes que entran en contradicción.

Porque los enemigos son claros, y son tres. El principal enemigo es el capital financiero transnacional, que está en las AFP, que está en los bancos (y en la deuda externa que nos van a meter si tratamos de democratizar este país). El segundo enemigo es el capital depredador de los recursos naturales. Hay que apuntar contra las mineras norteamericanas. Y el tercer enemigo es el capitalismo nacional, las grandes empresas que se han organizado en torno a los fondos que les llegan de las AFP y las inversiones que han hecho en el *retail*, es decir, en mecanismos de comercialización y de endeudamiento (el *retail* no es más

que capital bancario encubierto). Hay que apuntar contra los acuerdos que se han establecido con la Organización Mundial de Comercio. Porque la OMC nos obliga a garantizar la propiedad privada, las concesiones que hemos contraído, las deudas que hemos contraído. Por eso es tan grave eso de que la Convención Constituyente no pueda cambiar los tratados de libre comercio. Porque los tratados encubren este papel rector a nivel mundial de la OMC que opera como gran guardaespaldas de las operaciones del capital transnacional en cada país.

EL 18 DE OCTUBRE LOS CHILENOS PERDIMOS LA PACIENCIA

A lo largo de treinta años se ha contado un cuento de éxito económico, de crecimiento, y lo que ocurre es que todo el mundo tiene la impresión de que a los únicos que les va bien es a los grandes empresarios. En cambio, la gente ve cada vez menos el éxito, hay dificultades muy concretas en la educación superior —que es cada vez más cara—, en la salud —que es cada vez más catastrófica. Había mucho malestar acumulado y con un chispazo la gente perdió la paciencia. Eso fue lo que pasó el 18 de octubre, los chilenos perdimos la paciencia

No es que el estallido y la movilización sean algo nuevo, han venido ocurriendo cada vez con mayor intensidad desde el 2001: 2001, 2006, 2011, 2019. Son todas revueltas contra la democracia neoliberal y contra quienes han gobernado este país durante los últimos treinta años. Una cosa notable es que los chilenos le tienen muchísima más paciencia a los gobiernos de la Concertación o de la Nueva Mayoría que a Piñera. Evidentemente, la derecha hace de manera torpe lo que la “centro izquierda” hace de manera eficaz. La derecha ha gobernado dos veces y las dos veces han sido los estallidos más grandes, es como cobrarle al gobierno explícitamente de derecha lo que no le habían cobrado a los otros gobiernos. Pero la verdad es que los go-



Gentileza de Carlos Pérez Soto

LO QUE NECESITAMOS SON INDEPENDIENTES QUE SEAN CAPACES DE COMPARTIR UN PROGRAMA CONSTITUCIONAL RADICAL GLOBAL. Y QUE NO VAYAN SOLO A DEFENDER DERECHOS SECTORIALES O REGIONALES.

biernos de la Concertación —como otros gobiernos de corte socialdemócrata, o de centroizquierda— profundizaron las bases del neoliberalismo en nuestro país, y en muchos casos fueron más allá de lo logrado por Pinochet.

Ahí está lo esencial de lo que puede mostrar el caso chileno: el modo en que se profundiza el modelo neoliberal al punto de abarcar todos los ámbitos de la vida pública, estatal, privada, hasta que el modelo neoliberal se vuelve una forma de vida; y sobre todo una forma de disciplinamiento neoliberal de la vida. Y esto, claro, produjo muchos malestares.

LOS MALESTARES DE UN PAÍS TRIUNFALISTA

Pero, sí, hay mucho malestar, o dos tipos de malestares combinados. Por un lado, está el malestar de las capas medias, hay una frustración acumulada de expectativas muy grande. Les vendieron una promesa de ascenso social que, luego de treinta años de neoliberalismo, sólo redundó en endeudamiento, y una incertidumbre tremenda a la hora de buscar trabajo, enfermarse o jubilarse. Y, por otro, el malestar y el enojo de los más pobres. Los niveles de pobreza en Chile son muy altos, pero están ocultos por estadísticas oficiales completamente mañosas y disimuladas en el endeudamiento: en este país, el 33 por ciento de los ciudadanos mayores de 18 años aparecen como morosos en el sistema financiero. De hecho, hay dos pobrezas, una pobreza absoluta, que está en orden del 10 por ciento, y otra relativa, que se va conformando con la pauperización de los sectores más pobres de las capas medias. Es la que surge del contraste entre las capas medias que crecen y los pobres que van cayendo. Este contraste con las clases medias es lo que hace mucho daño; hay una indignación acumulada por ese contraste que los políticos no ven y el gobierno, mucho menos.

Chile es un país triunfalista en el que las ciudades están ordenadas de tal

manera que las capas medias no ven a los pobres: literalmente, circulan en otros barrios. En cambio, los pobres ven permanentemente a las capas medias en las telenovelas, en los avisos comerciales. En las noticias, los únicos que aparecen son los estudiantes universitarios —en Chile las universidades son muy caras, muy elitistas. A la gente se le junta rabia porque ven y no son vistos. En Pascua o Año Nuevo, muchos salen de la ciudad a la costa. Y todo el mundo dice: “No quedó nadie en Santiago”. Sale 1 millón y medio, y no quedó nadie. La ciudad tiene 7 millones de habitantes. Es decir: cuando hay 5 millones de personas las calles están vacías, porque ese millón y medio es el visible, el que tiene todos los autos, los que van a los grandes supermercados. Eso te da un índice de la violencia de ver y no ver. Pero vas a Quinta Normal, sigues hacia Cerro Navía, o vas a San Ramón y si sigues hacia Puente Alto: hay un mar de pobres. De desempleados crónicos. De gente con unos regímenes laborales muy malditos, muy precarios, con salarios muy bajos. Las estadísticas del desempleo están absolutamente distorsionadas porque no consideran el subempleo, el empleo precario y el empleo informal. ¡Las estadísticas consideran como trabajador a alguien que ha trabajado dos horas en dos semanas!

UN ORGULLO MONSTRUOSO

Nosotros tenemos la ventaja monstruosa de ser vanguardia del neoliberalismo en el planeta. Aquí se han probado todas las técnicas en la instalación y luego en la profundización de un sistema neoliberal “exitoso” que alcanza a todas las dimensiones de la vida, hasta los niveles más inimaginables. La mayor parte de la izquierda mundial sigue llamando neoliberal a la derecha política; sigue llamando centroizquierda a las versiones más actuales del neoliberalismo, lo que implica un despiste grosero, histórico. Han quedado pegados a la imagen de que neoliberalismo implica una dictadura militar, privatizar las empresas

del Estado, una abstención del Estado respecto de la economía, “achicar” el Estado y el empleo estatal. Y me parece que esta lectura es muy superficial, tiene muchos mitos.

Y estos mitos les impiden ver, por ejemplo, que el Estado neoliberal fue y es muy activo impulsando políticas de elusión —más que evasión— tributaria. Las empresas pagan la menor cantidad de impuestos —¡incluso no pagan nada!— a partir de mecanismos de compensación tributaria. Les impide ver que el Estado neoliberal fue y es muy activo orientando masivamente el gasto estatal hacia el beneficio privado. En Chile no se desfinancian la salud y la educación, sino que se las orienta hacia el lucro privado a partir de un Estado “subsidiario” que, en momentos de crecimiento económico deriva generosos subsidios a empresas para que se hagan cargo de las “cuestiones sociales”. Les impide ver, también, lo que hay de neoliberal en los gobiernos latinoamericanos de centroizquierda de las últimas décadas. No ven como neoliberal el endeudamiento, o el desvío sistemático de recursos del Estado para uso privado; no ven el neoliberalismo que consiste en convertir las empresas públicas en centros de negocios; no ven el neoliberalismo que significa el costo del crédito, que va depredando el salario.

Este me parece un punto central: una proporción cada vez más importante del salario se va en el costo del crédito. Es decir, no solo el hecho de que los Estados se han retirado de los servicios básicos como salud y educación, y no solo el aumento sistemático del precio del transporte van mermando el salario, sino que cada vez que tú compras estás pagando al menos el 20 o el 30 por ciento sólo en crédito. O dicho de otra manera, los trabajadores son explotados en el acto de producción, pero después el salario que reciben es depredado, sobre todo, por el capital financiero. Eso es el neoliberalismo profundo que las izquierdas no suelen ver, incluso

en Chile. Acá los comunistas tienen el criterio de llamar neoliberal a Piñera, pero no de reconocer como neoliberal a Michelle Bachelet. Pero la gente común y corriente lo sabe, son los políticos y los intelectuales los que no lo saben.

Por otro lado, es una cuestión de sentido común, no hace falta que lo diga un economista o un ingeniero comercial: es una irresponsabilidad absoluta prestarle plata a gente que no produce o que lo que produce es solo salario. Si tú produces salario y no te alcanza, y pides plata prestada es porque no te alcanza, ¿cómo vas a devolver lo prestado? Entrás en un “bicicleteo”: bicicleteas la deuda permanentemente. Así, los niveles de endeudamiento privado van aumentando, hasta que en algún momento hay un colapso, se produce una corrida financiera y los bancos quiebran. El caso de Chile igual es particular. Los bancos tienen la certeza absoluta de que el Estado les va a respaldar las deudas. Porque la depredación del salario va de la mano con la depredación del Estado. Y Chile tiene ahorros en el sistema financiero internacional como para hacerlo —el Estado chileno tenía 40 mil millones de dólares y un riesgo país muy bajo. Esa irradiación del sistema financiero especulativo al bolsillo de cada trabajador es el neoliberalismo más profundo. Y hablamos de la depredación del salario y del Estado, pero podríamos hablar de cómo en Chile esta depredación alcanza niveles altísimos en los recursos naturales, el incremento del saqueo de la naturaleza. Por eso digo, es un orgullo monstruoso: somos los peores.

UNA PROTESTA DIFUSA...

Lo que pasa hoy en Chile es muy interesante porque no hay un programa puntual de demandas, es una revuelta que lo pide todo. La lista más elemental pasa por salud, educación, pensiones, jornada laboral, salario mínimo, una lista gigante. De algún modo, eso se condensa en el pedido de una nueva Constitución.

Es interesante la protesta porque es una protesta difusa, contra el modelo en general y sin más horizontes que la ira generalizada. Me hace acordar a la Argentina del 2001, solo que si allá la consigna era: “¡Que se vayan todos!”, porque no había nadie a quien salvar; aquí es: “¡Que se vaya todo!”, que el modelo cambie radicalmente. Y ninguna de las izquierdas tiene como programa o como objetivo desbancar al modelo. El Frente Amplio, por ejemplo, que se supone que está más a la izquierda que los comunistas, no tiene ese programa. Incluso a la izquierda de ellos está el Partido Humanista. Ellos son los únicos que han dicho “No al modelo”: no a la politiquería, no al arreglismo, quizá porque no tienen ningún compromiso o una tradición ideológica que los condicione.

El estallido encontró desprevenida, incluso, a la represión. Creo que el poder se contó el cuento de que había pacificado el país, a tal punto que ellos mismos, en declaraciones públicas, reconocen que no tienen la inteligencia policial suficiente para saber qué movimientos hay. Todo eso lo descuidaron. Lo único que está absolutamente investigado y militarizado policialmente es el territorio mapuche, pero en Santiago no pasaba demasiado. Y cuando pasó, no supieron qué hacer, no supieron cómo parar la movilización. Por eso el ejército no quiso salir a la calle: no tienen la capacidad operativa para controlar una protesta difusa que además ocurre sin un movimiento político detrás.

Una protesta difusa en la que no hay un líder con el que puedas negociar o tomar preso. Y ninguna de las izquierdas han podido o querido aparecer dando la cara diciendo: “Nosotros llamamos a los chilenos a tal cosa”. Nadie. Ni los comunistas, ni Convergencia Social, ni los movimientos de pobladores que son muy radicales habitualmente. Nadie ha

salido a decir: “Llamamos a los chilenos al próximo paro nacional”. No se atreven a algo que es elemental que es a llamar a protestar. Y que los vayan a buscar a la casa, y que los ponga presos, y que entonces se genere un héroe. No se atreven a hacer eso. Lo que hay, entonces, es una protesta difusa que es visible en plaza Italia, pero que ocurre en todo Santiago y en todas las regiones del país, y sobre la que no hay capacidad operativa, ni de la policía ni del ejército, para controlarla.

...Y UNA IZQUIERDA CÓMODA Y SIN IMAGINACIÓN

En ese marco, es muy raro que ninguna de las izquierdas tenga un proyecto global contra el modelo, que estén tan dispuestas a conversar a espaldas del movimiento social, como si tuvieran una desconfianza genérica del movimiento social. Aquí, la izquierda se contó el cuento de que la gente se abstenía en las elecciones, que estaba absorbida por el consumo. La propia izquierda no fue capaz de captar la acumulación de indignación que había y que en algún momento iba a estallar. Hay una insensibilidad realmente increíble que se debe, entre otras cosas, a que las izquierdas han entrado al juego electoral y el juego electoral en Chile está muy bien financiado por el Estado. Ser concejal, ser alcalde, ser consejero regional o ser diputado es muy buen trabajo. Sin ir más lejos, es un trabajo estable que las personas no tienen. Los militantes de los partidos políticos tienen una oportunidad de trabajo en el aparato político del Estado, algo nada despreciable.

Los partidos de izquierda son débiles porque no tienen capacidad de imaginar una alternativa real al modelo neoliberal. Lo que conciben como alternativa son formas de paliar los efectos más nocivos, pero no discuten lo estructural. Alternativa al neoliberalismo es no pagar

la deuda. Es no pagarla, cero, no se paga nada, no se pagan intereses, no se paga el capital. Se declara nula. Alternativas al neoliberalismo, acá en Chile, es derogar las concesiones mineras. Alternativa es eliminar los mecanismos de elusión tributaria masiva de la que se beneficia la banca y las grandes empresas nacionales y transnacionales, uno de los pilares del neoliberalismo. Alternativa es tomar los fondos de pensiones, que son el gran soporte de la estructura neoliberal —y que en Chile están administrados de manera privada por las AFP— y que el Estado los ocupe en mover la economía nacional, en invertir en el desarrollo del país; invertir en el cobre, en fruta, sumar valor agregado a productos internacionales. Salvo el caso de las AFP, de la que hay una proposición alternativa muy clara, formulada por gente muy valiosa como es la de la Fundación Sol, esas alternativas no existen.

Lo que nosotros llamamos neoliberalismo es consistente con el posfordismo, como forma actual de la división internacional del trabajo; consistente con un proceso en que la burguesía va perdiendo hegemonía frente al control burocrático, que es el proceso más de fondo. Se van introduciendo en organismos estatales técnicas de administración neoliberal, como el autofinanciamiento, como el riesgo de asumir deuda con el propio Estado. El capitalismo que hegemonizan los chinos no es el capitalismo del siglo XX, ni el del siglo XIX. Es un capitalismo en el que los capitalistas son una parte del bloque dominante, la otra parte son los burócratas. Todo eso se nota en el despiste histórico de la izquierda en la medida en que no ven que el centro hegemónico capitalista se corrió a China, que Estados Unidos se fue al hoyo, que Europa es un parque temático. En la medida en que no ven eso, no conciben alternativa. En la medida en que no ven cómo el modelo de acumulación capitalista tiene un

cambio estructural, no logran pensar una alternativa. Lo que contraponen es una especie de keynesianismo, de estatalismo idiota a esta altura, porque el Estado puede ser saqueado a través de mecanismos burocráticos. Uno podría tener un Estado enorme y montar todo lo que quiera, pero todo el gasto social del Estado va a parar al bolsillo privado.

CLAROSCUROS DEL MOVIMIENTO SOCIAL CHILENO

Hubo una marcha de un millón de personas unos días después del estallido. En una entrevista, los periodistas le preguntan al presidente de Renovación Nacional (RN), que es el partido de derecha, cómo ve la salida. Y el tipo, que está en una posición de negociar dice: “Bueno, si usted tiene 4 millones de personas en la calle hay que buscar una salida”. ¿4 millones? ¿De dónde sacó ese número? Todos los medios dijeron que había un millón. Incluso los propios organizadores. Lo que ocurre es que cada puesto de carabineros, a lo largo de todo Chile, manda un informe y el Ministerio del Interior suma. Entonces, claro, en Santiago hubo un millón, pero a lo largo de todo Chile se agregaron 3 millones más. Hubo movilizaciones hasta en los lugares más lejanos y pequeños.

Las movilizaciones fueron muy masivas y en todo Chile, nosotros no vemos eso, pero el gobierno sí lo ve. Por eso ellos están más asustados que nosotros. Las izquierdas en Chile no quieren verlo. No quieren verlo porque tendrían que asumir una tarea de conducción política que les queda grande y respecto de la cual han sembrado toda clase de desconfianzas. Sobre todo porque se han dejado manipular, han cometido errores groseros, como el de firmar el Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución. A la candidata presidencial de la izquierda, del Frente Amplio, a Beatriz Sánchez, la funaron [escracharon] en

plaza Italia. Camila Vallejos no puede salir a la marcha. A Gabriel Boric lo funaron.

Hay dos dirigentes que, me parece, merecen mucha confianza porque no han caído en esto. Uno es Luis Mesina, de la Coordinadora No+AFP, que hace mucho fue del Partido Socialista, y el otro es el presidente del Colegio de profesores, Mario Aguilar, que es Humanista, no pertenece a la izquierda tradicional. Son las dos caras más visibles de Unidad Social.

En Unidad Social también está la CUT, la Central Unitaria de Trabajadores de Chile, que se supone que es la confederación más grande de Chile, pero Bárbara Figueroa, que es comunista, y que es una mujer que, como los políticos, se ponen siempre adelante en la foto, ahora no aparece, no toma el micrófono. Las izquierdas chilenas se han comportado de una manera vergonzosa. Y el resultado de su accionar es que nos pasaron la aplanadora por encima. La gente no lo olvida.

Tampoco hay líderes sindicales por fuera de la CUT con alguna capacidad. Porque todo el movimiento sindical, que es un movimiento minoritario, está en manos de los comunistas y los socialistas. En Chile, la sindicalización es del orden del 20 por ciento del total de los trabajadores. Las condiciones de negociación salarial son mínimas. No hay un movimiento sindical real, es muy superestructural, gobernado por camarillas que son elegidas de manera indirecta a partir de sindicatos fantasmas y cosas por el estilo.

Tampoco se puede esperar mucho del movimiento estudiantil en Chile, que está en manos de una casta de politiqueros de izquierda. Piensa tú que para cada elección de la FECH (la Federación de Estudiantes de la Universidad de

Chile) hay 6 listas de izquierda. En un país donde la izquierda es minoritaria, hay 6 listas de izquierda. Es decir, hay izquierdas que no tienen ninguna otra presencia que no sea en dos o tres universidades. Lo que pasa en Chile con las universidades tradicionales es que son extremadamente elitistas, muy elitistas, entonces representan a un sector de la población que no tiene problemas.

El hito clave en este deterioro político del movimiento estudiantil fue el 2011. En aquel momento, el movimiento fue por toda la educación chilena y al final los únicos que ganaron fueron los universitarios. A los secundarios les dieron la espalda, los abandonaron en el camino, salieron perdiendo. Por otro lado, el movimiento de los secundarios es un movimiento inorgánico, absolutamente inorgánico, no dura, es por generaciones. Hay generaciones que se organizaron mejor, como la del 2006 con el pingüinazo o la de 2011, que duran unos años organizadas. Pero luego se apaga por cinco años. Tienen una radicalidad muy grande pero ninguna capacidad de permanecer en el tiempo. Lo que evidencia que no puede haber un movimiento social sustentado en los estudiantes, tienen que moverse los trabajadores, los pobladores, los pensionados, las mujeres.

UNA SOCIEDAD MEDICALIZADA

Hace un tiempo fui a Temuco, a dar una charla y luego fuimos con los anfitriones a comer, y me llamó la atención un cruce de calles que en las cuatro esquinas había farmacias, y todas tenían gente comprando. Lo comenté y un compañero me cuenta que en esas esquinas que ahora tienen farmacias hace unos diez años había financieras de esas que prestan dinero de forma rápida y sencilla. Y que luego cerraron las financieras y pusieron parrillas,

lugares para comer. Pero luego también quebraron y entonces pusieron farmacias. Me pareció ver ahí de modo muy claro, muy sugerente, todo un ciclo: la gente pide préstamos, se endeuda, gasta irresponsablemente y ahora sobrevive con antidepressivos. La medicalización de la subjetividad ha alcanzado una dimensión política en este país. No es el primero, eso en Estados Unidos funciona, en Europa también.

En Chile es muy visible y cotidiano el consumo de fármacos para anular la subjetividad. No hay familia en la que no haya dos o tres personas que están consumiendo: para despertar, para dormir, para no deprimirse, para activarse... Es común, incluso, que las personas consuman dos, tres fármacos simultáneamente. Ese fenómeno, por su magnitud, tiene un efecto de control social. Y cuando digo que tiene un efecto de control social estoy pensando en el efecto que producen sobre la subjetividad social, no en que haya un comité central de las farmacéuticas planeándolo. Pero sí detrás de esto hay una filosofía médica, desde mi perspectiva errónea pero ideal para los negocios, que se basa en la medicalización de la salud y que se ha vuelto hegemónica. Naturalmente, la industria farmacéutica hizo de esto un gran negocio, pero lo que a mí más me preocupa es cómo esto acaba funcionando como un mecanismo de control social, que a los Estados parece no preocuparle. En cierto sentido, es un síntoma de lo que ocurre en las sociedades neoliberales actuales.

**EN CHILE ES MUY
VISIBLE Y COTIDIANO
EL CONSUMO
DE FÁRMACOS
PARA ANULAR LA
SUBJETIVIDAD.**

UNA DEMOCRACIA ADMINISTRADA

Cuando empezó todo esto, todo el mundo estaba entusiasmadísimo pero me parecía que lo más sensato era ser cauteloso. Recuerdo muy bien el 83, que las protestas duraron un año entero y había barricadas en todos los barrios. Fue un año de una violencia increíble, se incendió todo Chile. Mucha gente decía que se estaba incubando el socialismo en las calles de Santiago. Pero luego vimos el reverso del 83, que fue el 89. Llegó el “arco iris” y se implantó el neoliberalismo. También hay que recordar el 2011 y lo fácil que le resultó a un poder altamente tecnologizado administrar un movimiento social, por muy violento que fuera.

Si hay algo de lo que el neoliberalismo chileno se puede jactar es de su capacidad de administrar el modelo. Porque este es un modelo muy inestable. Pero Chile es un país protegido por el mercado financiero internacional. Aquí no le van a hacer la bancarrota que les hicieron a los griegos, o a Islandia. Este país opera como modelo. Piensa en el caso peruano: en su campaña electoral, Pedro Kuczynski dijo: “Nosotros queremos ser como Chile” —algo muy raro porque los peruanos patriotas se sienten enemigos tradicionales de Chile. Luego salió a decir: “No, vamos a superar a Chile”. Pero como sea, Chile es el modelo neoliberal a seguir. Y es un modelo que están dispuestos a cuidar. Si la izquierda hubiera empujado un poquito más se podría haber logrado la renuncia de Piñera, es decir, entregar a alguien para cuidar el modelo. Se habían negado 20 años a hacer una Constitución nueva, pero se asustaron y en dos meses armaron las condiciones para hacerla. Porque la idea es cuidar el modelo que tiene una significación mundial.

Nosotros con Pinochet teníamos problemas con la dictadura, queríamos democracia. Hoy día tenemos problema con la democracia. Porque la democracia, en

algún aspecto, es peor que la dictadura. Hay quien dice: “Pero no matan gente”. Claro, no matan gente a balazos, en el mejor de los casos. Pero la gente se muere en los hospitales, la gente se muere con unas pensiones miserables. Si tu consideras víctima solo al tipo que recibió un balazo en la frente, entonces no estamos entendiendo en qué consiste la miseria, en que consiste la explotación, la injusticia.

En ese sentido, nuestro problema es qué hacer con la democracia. Y con una democracia que no tiene ningún contenido participativo. Yo escribí un texto que se llama *La democracia como dictadura* describiendo cómo el marco institucional democrático está diseñado para administrar lo social. Y tiene unos recursos tan grandes que hay que pensar dos veces cómo hacer una protesta social para que no sea administrable. Los requisitos son básicamente dos, y no son muy novedosos: tiene que haber un pueblo indignado y tiene que haber una conducción política medianamente lúcida. Y aquí hay un pueblo indignado y no hay ninguna conducción política. ¿Por qué? Porque no hemos madurado políticamente el significado del neoliberalismo y, menos, una alternativa a él.

No tenemos programa radical para esta situación, todos los programas son horizontes de reformas. Las izquierdas más viejas se quedaron pegadas al estalinismo socialista, las izquierdas más nuevas tienen formas comunitarias, hippies, de autoconsumo. Pero no hay un programa global. Mi opinión es que ese programa es perfectamente formulable pero hasta ahora no parece haber fuerza política. Si tú ves en la calle gente indignada, y miras para el otro lado y no ves nadie capaz de dirigir, entonces al segundo o tercer día de la revuelta empiezas a pensar que te van a vender el arco iris y a reconfirmar el neoliberalismo.



LOS ENEMIGOS SON CLAROS, Y SON TRES. EL PRINCIPAL ES EL CAPITAL FINANCIERO TRANSNACIONAL. EL SEGUNDO ENEMIGO ES EL CAPITAL DEPREDADOR DE LOS RECURSOS NATURALES. Y EL TERCER ENEMIGO ES EL CAPITALISMO NACIONAL.



**Luna Follegati:
“El feminismo
trastocó los
límites de lo
posible”**



Gentileza de Luna Follegati



Militante, historiadora y teórica feminista // Las discusiones en medio del estallido // El neoliberalismo en el centro de la crítica // Los desafíos actuales de un movimiento feminista de largo recorrido // “El estallido canaliza con mucha potencia un sentir colectivo que posibilita la transformación estructural del patriarcado”.

LUNA Follegati Montenegro es militante, investigadora y académica feminista. Forma parte de Convergencia Social y tiene una larga trayectoria en la construcción de colectivos de base y coordinadoras. Junto a Silvia Aguilera y Olga Grau coordinó la edición del libro *Escrituras feministas* en la revuelta (LOM Ediciones, 2020). Es docente en la Universidad de Chile.

Para ella, el estallido de octubre de 2019 y la irrupción del feminismo en 2018 solo pueden leerse como parte de un proceso de acumulación de un malestar colectivo. “El 18 de octubre es un momento de visibilización pública de ese malestar que ha tenido un proceso de latencia, que se ha ido desarrollando en Chile de forma inmanente durante la transición a la democracia”, asegura. Follegati estudia el feminismo, su desarrollo histórico y señala tres momentos de despliegue: el primero, vinculado a las demandas por los derechos civiles y políticos; el movimiento sufragista de comienzos del siglo XX; el segundo, de la década del 80, asociado a las organizaciones feministas que luchaban contra la dictadura. Y el tercer momento que es el actual. “El feminismo hoy se despliega de una forma mucho más transversal respecto a la tradición de las organizaciones feministas. Hay pocas demandas que sean tan transversales como las del feminismo cuando hace eco en la existencia de las personas y en las formas de

vida”, explica. Además, agrega que una de las características del movimiento feminista actual es la diversidad –“nadie puede decir: el feminismo es éste”– y tal como se planteó en otros momentos históricos, la pregunta es cómo articular esa diversidad y cómo esa diversidad se vuelve potencia.

UNA LECTURA FEMINISTA DEL ESTALLIDO

Respecto a la caracterización del estallido, dos cosas: si bien tiene un hito, un momento de inicio, creo que corresponde a una trayectoria más larga, vinculada a los procesos que ha venido viviendo Chile en relación a la instauración del neoliberalismo, de la dictadura en adelante, y a la correspondiente acumulación de un malestar colectivo, social. A la precarización de las vidas que implicó este proceso. Hubo toda una serie de movimientos y protestas, como el movimiento feminista en 2018, las marchas multitudinarias de No+AFP y, sobre todo, el movimiento estudiantil del año 2011– que habían mostrado el hartazgo, el hastío de la ciudadana. El 18 de octubre es un momento de visibilización pública de ese malestar que ha tenido un proceso de latencia, que se ha ido desarrollando en Chile de forma inmanente durante la transición a la democracia. Distintos movimientos

y organizaciones sociales y políticas se han ido conformando al calor de estas movilizaciones. Para estos movimientos no es una sorpresa lo que ha sucedido y pueden leer desde una perspectiva más amplia, más transversal, lo que localmente aparece, no solo como descontento, sino también como injusticia social.

Respecto al movimiento feminista, lo mismo. No es que aparece en 2018 de la nada. Tiene un antecedente vinculado a poner sobre la mesa, en términos amplios, cuáles son las insuficiencias de los procesos de democratización social que tuvo Chile durante los últimos 30 años. Concretamente, lo que se vive hoy en la calle corresponde, también, a una distorsión entre la división del espacio público y privado. Lo que ha podido hacer el feminismo en estos últimos años es generar una socialización, una voz pública, un posicionamiento en la calle de aquello que se venía viviendo de forma íntima, cotidiana y muchas veces violenta, en el espacio privado. Es una violencia que tiene un carácter estructural y que se expresa en las formas de precarización de la vida de las mujeres, en el alto valor de los planes de salud, en el escaso monto de la jubilación a la que acceden las mujeres, en la violencia de género al interior de las casas, etc. El feminismo ha tendido a ser un puente para la comprensión y cuestionamiento de la dicotomía entre el espacio público y el privado, por lo que viene siendo una condición de posibilidad para exigir la transformación de aquello que parecía intransformable: el cuestionamiento de las tareas y roles según los espacios históricamente asignados a lo femenino y masculino. El movimiento del año pasado canalizó con mucha potencia un sentir y un comportamiento colectivo que posibilita la transformación estructural del patriarcado.

Es impensable exigir la transformación de la Constitución, o la erradicación del neoliberalismo en Chile, sin este ímpetu feminista de decir “basta ya”, sin el antecedente de un movimiento que trastoca los límites de lo establecido, del orden social y lo “normal”. Por lo tanto, no puede corresponder solo a un maquillaje legal o gubernamental, sino que comporta una transformación estructural de las relaciones sociales. Es clave este lugar que ha tenido el feminismo en el inconsciente colectivo social evidenciando que nosotras sí podemos transformar aquello que tiene una condición estructural arraigada en la sociedad.

LA POTENCIA DE LA TRANSVERSALIDAD

La trayectoria del feminismo en Chile ha tenido sinuosidades. No es un movimiento permanente, sino que ha tenido momentos de explosión y otros de repliegue. Justamente ahora estamos en un momento de ebullición, pero hasta hace no tanto transitábamos un período de merma de la organización colectiva/masiva de carácter feminista. La organización actual tiene algunos rasgos específicos, muy vinculados al 2011, como su carácter joven, estudiantil y movimentista. Pero no se lo puede pensar como una concatenación o consecución directa del movimiento estudiantil. Muchas estudiantes que venían del proceso del 2006 con la “Revolución Pingüina” fueron más allá de exigir las demandas históricas del movimiento, como el derecho al aborto, sino que señalaron cómo las organizaciones político-estudiantiles estuvieron replicando cierta división

de género en relación al rol y al actuar político de hombres y mujeres. Empezaron a revisar cómo querían que sea la educación y a elaborar una noción de educación no sexista, que tiene un hito en 2014 con el Congreso de Educación No Sexista.

A partir de ese momento se puede ver cómo prolifera un tipo de organización feminista distinta a las organizaciones políticas tradicionales o a las vinculadas a la izquierda estudiantil. Y empiezan a generar sus propios espacios, lo que les permite particularizar sus problemáticas, el contenido de una serie de demandas que la izquierda tradicional, sea estudiantil o no, tenía dificultades para incorporar. El feminismo hoy se despliega de una forma mucho más transversal respecto a la tradición de las organizaciones feministas. El feminismo aparece en redes profesionales, en los espacios académicos, en los espacios laborales, en los estudiantiles, juveniles, territoriales y comunales. En ese sentido, se puede pensar que el movimiento estudiantil, y joven en general, ha logrado expandirse dentro del amplio tejido social urbano. Y que además, existe una particularización feminista que se vincula con el tipo de organización que viene elaborándose en estos períodos.

El segundo punto ya no tiene que ver con la forma y la organización sino con el contenido político. La pregunta que podríamos hacernos es qué reflexiones ofrece el feminismo a la sociedad en términos de su organización. Han existido espacios académicos vinculados a

temáticas de género durante los últimos 20 años, pero la profundización de la reflexión feminista que se dio en estos últimos años en Chile es distinta a la que se venía dando en los centros académicos de género. Eso es bastante claro. Los centros académicos han tenido una reflexión a puertas cerradas, más vinculadas a las políticas públicas y al desarrollo de una perspectiva de género, que a plantearse cuáles son las condicionantes sociales de reproducción de la vida como un eje que sostiene al capitalismo. Y este es un punto muy importante para el feminismo: cómo la reproducción económica neoliberal sienta sus bases en las tareas derivadas de la reproducción social de la vida, que en la actualidad se encuentran subsumidas a la ley del valor. De ahí la crítica feminista al reconocer la necesidad de transformación de los ejes estructurales donde se conjugan patriarcado y capitalismo.

En ese sentido, el feminismo no se reduce a cuestionar solo la desigualdad, la injusticia, la exclusión, la subordinación, sino que va un poco más allá y lo que hace es observar cuáles son los ejes estructurales que están posibilitando esas condiciones de exclusión y subordinación. Y la necesidad de revisar y transformar estos ejes es algo sustantivo del feminismo, porque nosotras vemos cómo a nivel más cotidiano —en las casas, en las conversaciones con nuestras madres, con nuestras abuelas— hablar de feminismo implica interiorizarse sobre aquello que está absolutamente arraigado en una sociedad conservadora como la chilena.

En ese marco, lo que hace el feminismo es poner sobre la mesa, nuevamente, la cuestión de la violencia. A través del feminismo se ingresa a la violencia del neoliberalismo; se problematiza la violencia que se genera en el espacio laboral, que generan los sistemas de salud, que produce el sistema de pensiones. Hay una politización muy propia del movimiento feminista que reconoce la violencia y la desigualdad y ensaya un acercamiento a sus causas. Esta crítica a la violencia y sus causas me parece uno de los aspectos más sustantivos que posibilita el feminismo hoy. Y que tiene una correlación en el ámbito político. Esa correlación tiene que ver con una crítica a la democracia en un sentido lato, a su relación con la desigualdad, con la subordinación, con la exclusión. Una crítica a la democracia de la transición en cuanto a su promesa de democratización social, de su relación con problemas estructurales, ya sean neoliberales o patriarcales, o bien la suma de ambos. No esa democracia formal que se da en términos parlamentarios, de la política tradicional, sino una democratización de las relaciones sociales en su conjunto. Y esa posibilidad no es algo que está por fuera del propio movimiento o de la propia sociedad, ni que sea académica o esté en la calle, sino que es transversal. Hay pocas demandas que sean tan transversales como las del feminismo cuando hace eco en la existencia de las personas y en las formas de vida. Desconocer ese impacto dentro del estallido actual me parece que es una falencia.

LECTURA HISTÓRICA: CONTINUIDADES Y RUPTURAS

Desde mi lectura teórica e histórica, el estallido de ahora y el movimiento feminista del 2018 tienen puntos en común, y también puntos en común con el feminismo histórico que viene de larga data. El feminismo tiene siempre una contingencia, un posicionamiento que lo hace hablar o disputar por su propio período. O sea: es hijo de su tiempo. El movimiento feminista en Chile tiene, por lo menos, tres períodos que son transversales: un primer momento vinculado a las demandas por los derechos civiles y políticos: es el movimiento sufragista de comienzos del siglo XX, que luchaba por el derecho al voto, derechos civiles y políticos. El segundo momento es el de la década del 80, levantado por las organizaciones feministas que luchaban contra la dictadura. Y el tercer momento es el actual.

Mirando de larga data este proceso se ven dos cosas: la primera es que el feminismo tiene una relación implícita con la democracia en tanto sistema, está permanentemente en tensión con el sistema político democrático. Ya sea en la exigencia de inclusión de las mujeres en las democracias mediante el voto; o bien por la restitución de la democracia en dictadura; como también en su transformación y profundización en el momento actual. Entonces, si bien es un movimiento que lo plantean al margen, o lo excluyen, o no lo consideran lo suficientemente político —es decir, que no responde a los cánones

de la política tradicional— sí tiene una tensión permanente con la democracia y con lo político. El problema es cuáles son los márgenes de lo político y cómo desde este margen se interactúa con el sistema político institucional, desde el feminismo.

Y ahí hay una clave de lectura del momento actual: cómo se manifiesta el feminismo en los momentos de crisis del sistema político institucional, o de una crisis de carácter económico-política. Cuando hay desestabilización del sistema, el feminismo parece emerger, parece restituirse. En el caso de Chile, es recurrente que cuando hay procesos de deslegitimación política o crisis: el feminismo surge como una demanda que tiende a reconfigurar y resignificar los límites de lo político en su conjunto.

La distorsión en la distinción entre lo público y lo privado va en la misma línea. Retomando las consignas de las feministas de los 80, lo personal es político —o como decía en ese momento Julieta Kirkwood en relación a la necesidad de restituir la democracia que había sido abatida por el golpe militar: “Democracia en el país y en la casa”. Ahí nuevamente se juega con esa torsión que implica el feminismo, su disputa en el margen de lo político. Una disputa que se plasma cuando las feministas establecen cuáles son sus cánones y cuáles son sus formas de concebir lo político, con ejercicios como el Encuentro convocado por la Coordinadora 8M el 2018, o cuando se ven en la calle los distintos afiches, serigrafías, donde se evidencia

que las demandas feministas tienen un habla singular, una lengua que se toma de las calles. Y esa lengua es una lengua de violencia que el feminismo posiciona en el ámbito público como una demanda política.

Otro punto dentro de estas claves históricas es la cuestión de la democracia. Ahí hay una sintonía entre el movimiento feminista de los 80 —es decir, el de la dictadura— y la actualidad. Se puede hacer una lectura de larga duración, donde tienes una configuración del movimiento feminista en los años '80 que establece su propio modelo y perspectiva de cómo debe ser, no solo la democracia, sino la sociedad en su conjunto.

El concepto de democratización es clave. Es un concepto trabajado por cientistas políticos y sociólogos chilenos que fueron parte del pensamiento de la intelectualidad de la transición, que van desde Manuel Antonio Garretón hasta Eugenio Tironi, considerando además los aportes de Guillermo O'Donnell. Las feministas también forman parte de ese proceso de discusión sobre qué es la democracia y cuál es su vinculación con lo institucional, pero lo hacen desde otro registro. En tanto que estaban al margen de la institucionalidad estatal y que eran críticas de esta institucionalidad, las feministas de los 80 encontraban ahí un punto de cohesión dentro de las diversidades. Su vinculación en tanto movimiento se dio en el contexto de oposición a la dictadura al aunar una

acción que exigió una transversalización democrática en una multiplicidad de planos, de lo institucional a lo social. Más que ensayar en el concepto de “transición a la democracia”, posibilitaron una práctica democrática distinta, enfatizando en las relaciones sociales, cotidianas y en la experiencia. Pero con el proceso de la transición, en los 90, esto se resquebraja. Y comienza ahí una diversificación del movimiento feminista, que implicó distintas vías para enfrentarse a lo instituido, dentro de las cuales la más hegemónica fue una ocupación conservadora del Estado a través de la creación de espacios institucionales de género que estuvo durante largos años bajo la administración de la Democracia Cristiana, casi la totalidad del período de transición durante los 90 y comienzos del 2000. En ese sentido, parte del movimiento feminista reconoció la utilización del espacio institucional con una política bastante tímida, sin poder establecer cuáles fueron las demandas de democratización social que había construido el movimiento durante los años anteriores como para traducirlas en la administración del Estado.

En el fondo, en los años 90, el feminismo siguió siendo una administración de aquellos elementos que ya no eran feministas, sino que eran de género, bajo el problema de cómo administrar una variable cuantificada de la diferencia sexual. Lo que hace el feminismo actual, por el contrario, es restituir el término, porque el feminismo había sido borrado como concepto con capacidad

de subvertir cierto orden, que interpela y produce incomodidad en el sistema democrático. Fue borrado su carácter más subversivo, más revolucionario y se incorporó el término como una forma de administración de esa diferencia. Las feministas de ahora lo que hacen es restituir ese carácter subversivo —como diría Eliana Largo—, volver a posicionarlo como un movimiento y un concepto que, desde el margen de la institucionalidad democrática, no busca incorporarse sino transformar. No inclusión, sino transformación radical de la forma en que estaba siendo considerado el género por parte del Estado.

De ahí que el concepto de democratización social vaya mucho más allá de la inclusión, dado que implica una intromisión dentro de las formas privadas para ver cómo en lo cotidiano se articulan las relaciones sociales. Ese punto quedó irresuelto dentro de la transición, quedó despojado de su carácter político y puesto como una condición secundaria dentro del proceso transicional (“democratización social”, en general). Esto se vincula con una despolitización más amplia del tejido social que hoy en día tiende a ser revertido a partir de la revuelta de octubre.

Lo que las feministas intentamos hacer no es, solamente, apelar a una democracia en abstracto, a un sistema político, sino reconocer que la democracia tiene un contenido político de carácter feminista que se vive más allá de la institucionalidad. Y ese concepto, que es profun-

damente democrático, es el que nosotras también debemos restituir dentro del activismo, dentro de la manifestación de las organizaciones político-sociales y en las calles. En último término, las feministas siempre han abogado por esa democracia que no puede ser cooptada, que tiene que existir en el amplio sentido de la palabra y tiene que plasmarse en todos los ámbitos de la vida.

Si entramos en la caracterización del movimiento feminista de la actualidad, me parece que una de las condicionantes es su pluralidad. Al ser una voz múltiple y diversa, no existe ninguna organización que se pueda atribuir la condición de representatividad del feminismo. Ni los partidos políticos, ni las orgánicas, ni los colectivos pueden decir: “el feminismo es éste”, sino que en su conjunto componen esa diversidad que hoy es el movimiento feminista en Chile. Si bien existen esfuerzos bastante importantes por parte de coordinadoras, como la 8M, que ha logrado aunar convocatorias y formas de encuentro de diversidades feministas, creo que el ámbito de una plataforma de acción es algo novedoso y puede condicionar esta coordinación, porque el feminismo sigue siendo demasiado diverso.

Me parece que, como en los 80, la pregunta hoy es cómo se articula esa diversidad y cómo esa diversidad se vuelve potencia. Hemos visto ciertos momentos en que esa potencia de la diversidad toma las calles, como el 8M de este año, que fue histórico. Sin

embargo, la condición de vocería del movimiento feminista sigue siendo un lugar muy polémico. Y esas vocerías están tensionadas tanto por las facciones feministas de los partidos como por los espacios más locales, territoriales o las coordinadoras, que a veces tienden a dialogar, a ir por un mismo camino, pero que también tienen sus diferencias. Desde mi punto de vista, el feminismo adquiere esa potencia cuando hay una sintonía entre esos distintos ámbitos en los que se articula. Esa condición plural es la potencia y el desafío del feminismo. Al ser diverso y estar en todas partes a la vez, cuando alcanza la unidad su fuerza es inaudita. El desafío es lograr esa condición de unidad que muchas veces tiende a diferenciarse por las mismas características del feminismo: no hay una regla, una hegemonía, una definición única de quiénes son feministas, cómo debe ser y cómo se practica el feminismo. Es problemático. Al mismo tiempo, hoy el feminismo comparte una crítica, un cuestionamiento antineoliberal, una lectura del carácter estructural del neoliberalismo y un vínculo con la violencia patriarcal que lo articula.

LAS TRAYECTORIAS DEL FEMINISMO POPULAR

Históricamente hubo en Chile un sector del movimiento que se denominó como feminismo popular, particularmente en los 80. Dentro de la pluralidad, hubo distintos “apellidos” del movimiento: políticas (las de los partidos),

autónomas (las que se diferenciaron de los partidos), profesionales (las que iban a trabajar desde el feminismo a las poblaciones) y están las populares, que tuvieron vinculación con organizaciones políticas como el MIR o con el Partido Comunista, y que tuvieron sus propias organizaciones en los sectores populares. El nombre “feminismo popular” se refiere a organizaciones o coordinadoras de agrupaciones de mujeres asentadas en sectores populares –poblaciones, villas– que en un primer momento se articularon en relación a la necesidades vinculadas a la sobrevivencia, pero que luego articularon reflexiones sobre sus roles, cuestionándolos desde una perspectiva tanto feminista como de clase. Las feministas populares estuvieron en poblaciones, organizaron una serie de acciones vinculadas a temáticas como la violencia contra las mujeres, levantaron casas de acogida, talleres y espacios de autoformación, además de múltiples acciones de resistencia frente a la dictadura, entre las muchas acciones que realizaron durante los años 80.

A nivel histórico, lo que se puede ver es que las organizaciones comenzaron a decaer en los 90, y sólo algunas perduraron resistiéndose o acomodándose a las nuevas políticas institucionales. Esto último se propició a partir de dos medidas de la década de los 90, ambas muy de corte neoliberal, como nos relata Verónica Schild. La primera es que a partir de una serie de programas administrados por el Estado, se comienza a profesionalizar la intervención en

las poblaciones, en los territorios –en cuestiones como la violencia, los cuidados o la alimentación– reemplazando la acción de las orgánicas feministas, pero sobre todo de las mismas mujeres pobladoras que se habían autoformado y generado herramientas para el trabajo colectivo. En un primer momento, el Estado las contrata, las “administra”, pero luego tiende a reemplazarlas por otro tipo de mujeres, “profesionales”, que empiezan a tener esas tareas ya centralizadas dentro de la institucionalidad del género estatal. La otra medida es que el Estado empieza a trabajar dentro de la población “vulnerable” a través de políticas focalizadas, en particular la política del bono, de un modo muy neoliberal. En suma, deja de potenciar la articulación social que se había generado en los 80 y esa trayectoria de los feminismos populares se quiebra. Son muy pocas las organizaciones, que persistieron dentro de esta estrategia de feminismo popular.

Y hoy en día se trata de resignificar, pero en el marco en que se transformaron todas las formas de asociatividad popular en Chile. El feminismo no queda exento de ese proceso. De ahí que hoy habría que revisar a qué podría llamarse feminismo popular. En Chile hay claramente un feminismo de izquierda, que está trabajando en ciertas dinámicas concretas, en ciertas prácticas en el territorio, que era un rasgo del feminismo popular. Es decir, se están gestando prácticas territoriales que utilizan al feminismo desde otros lugares: juntas de vecinos, organizaciones de mujeres jóvenes que están en lo comunal. Pero hoy las vías de acceso del feminismo son distintas, hay más entradas o se dan de formas más plásticas. En los 80 el feminismo popular se arraiga en las prácticas de supervivencia que tuvieron las mujeres en los territorios, vinculadas a comedores populares, ollas comunes o espacios de resistencia frente a la carestía de la vida en el contexto de la crisis económica de 1982.

Hoy, en cambio, el feminismo está en movimiento, permea distintos espacios, no queda fijo en ningún lugar. Las feministas jóvenes de hoy, en muchos casos vinculadas al mundo estudiantil, no son las estudiantes universitarias de los '80. Son estudiantes endeudadas, precarizadas, que tienen que trabajar para sobrevivir y que van a salir de las distintas universidades con diferencias de prestigio y de calidad en su misma formación, que las harán insertarse en el mercado laboral de forma diferenciada. Si bien son mujeres que han accedido a una educación superior, no son necesariamente acomodadas, no han estado en una situación de privilegio como las estudiantes de las décadas anteriores. Ahí hay una distorsión de cómo hemos visto el feminismo popular o territorial con anterioridad y cómo hoy en día se podría reconfigurar, y esa distorsión está dada en el “lugar” o territorio desde donde se posiciona el feminismo.

LAS TESIS Y LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES

La masiva participación de la mujer en distintos espacios políticos, tiene que ver con esta forma más plástica de cómo se considera la participación de las mujeres en la política. Tiene que ver con las transformaciones que produjo el neoliberalismo sobre el tejido social y que recién las estamos percibiendo hoy. El “antes” y el “después” de lo que fue el neoliberalismo extremo implementado en Chile desde los 80 obliga a flexibilizar los criterios mediante los que hemos leído a la izquierda y al feminismo con anterioridad. La misma pregunta con respecto a la vocería, la representación: hoy en día el feminismo desestructura los cánones de entendimiento e inteligibilidad con los que hemos comprendido a la izquierda latinoamericana durante las últimas décadas.

Un ejemplo de esta desestructuración puede ser la performance de Las Tesis, que tanto circuló por redes, y que se inscribe en cierta trayectoria feminista: el asunto de la performance, de la interrupción a través del arte y de prácticas que no necesariamente son reconocidas como políticas, pero que el feminismo toma, se las apropia y las politiza. Las Tesis ponen en palabras y en una performance aquello que ellas reconocen como teoría feminista en relación a la cuestión de la violencia y de la violación. Una particularidad es el carácter masivo, global, que tomó esta performance –lo que habla del carácter internacionalista del feminismo, algo que siempre ha tenido el movimiento, pero que vuelve hoy en día con el asunto de la violencia de género. Y lo hace hablando de una cuestión cotidiana con una coreografía y una música muy pegajosa, que puede hablar de algo grave de un modo lúdico y contagioso. En una entrevista ellas dicen “esto no es divertido. Nuestra consigna habla de una violencia, nuestro texto es violento”. Esa mezcla hace que la potencia de Las Tesis sea sustantiva. Ellas logran exteriorizar la violencia privada y ponerla en el espacio público, y situarla en términos comunes, coloquiales, sentidos por la mayoría. Esto es lo que permite preguntarse cuál es la connotación patriarcal que tiene el Estado, cuál es la connotación que tiene de la violencia transversal, cuál es la vinculación con las fuerzas públicas y del orden en relación a esa violencia. Y esa particularidad no es solo local, de Santiago, sino que se puede ver en otros lugares. Es el carácter mundial del patriarcado que ha instaurado esa hegemonía de uno por sobre otro vinculado a lo masculino.

Entonces, el de Las Tesis, es un ejemplo muy interesante de cómo un texto de una performance puede ser común dentro de la diversidad mundial. Y esa condición común habla de la necesidad del feminismo a nivel internacional y de

la pertinencia de la crítica feminista a nivel mundial, en tanto que el patriarcado también es universal. Ahí está el lugar de esa pluralidad del feminismo, que siempre es pertinente, pero que requiere de una concatenación específica que hace que existan momentos (las olas, los períodos) como el actual. Hoy vivimos un momento de desestabilización política, hay un descalabro internacional que permite que el feminismo adquiera un nivel de importancia y contingencia como en otros períodos no lo ha tenido.

EL FEMINISMO INTERNACIONAL

Cuando se piensa en la clave de las “olas” es interesante entenderlo no el sentido de la visión hegemónica, como por lo general se lo plantea en los países del norte –en procesos determinados, como si el feminismo fuese único, universal y homogéneo–, sino que las olas indican cómo se concatenan movimientos a lo largo. Es decir, la ola en un sentido extendido, que puede contagiar al resto y mover a una multitud. Más que en una ola, estoy pensando en una marea. Siguiendo esa metáfora, una puede hablar de una “marea feminista” en el sentido de que genera procesos de concatenación de la reflexión y acción desde un punto de vista particular. Tuvimos momentos del sufragismo, del derecho al voto, de la vinculación con la democracia en el caso latinoamericano en los 80. Y hoy en día el tema de la violencia es un aliciente que habla de cómo se puede internacionalizar.

La palabra internacionalización es injusta porque apela a cómo una demanda particular se vuelve exterior, y yo creo que en el feminismo es más bien a la inversa: cómo aquello que es privado se socializa, se vuelve público. Al volverse público, y al reconocer que la experiencia puede ser común –la mía con la tuya, pero también la mía con la de una

mujer en Turquía– por el solo hecho de ser mujeres. El reconocernos como mujeres nos establece una solidaridad, un vínculo y una demanda que es transversal desde el feminismo.

Más que internacionalización, hay una transversalización de las demandas feministas y que tiene que ver con esta imposibilidad que ha generado el neoliberalismo de poder tender puentes. Y el feminismo sí los tiende. Hay una respuesta contraneoliberal de las relaciones sociales, que el feminismo tiende puentes de sororidad y de vínculo en relación a problemáticas que son sustantivas, como la violencia de género. O también temas más coloquiales y mediatizados, como fue el Me Too en su momento. O #NiUnaMenos en Argentina, toda esa organización tan importante que generó un eje del que hoy en día tenemos una réplica y que posibilitó un verdadero impacto en el cono sur. Y que llevó, también, a reconocer dentro de mi propia cotidianidad, a preguntarme cómo vivo aquello que al parecer es tan común.

Un camino hacia adelante del feminismo es fortalecer esos puentes, deslocalizar la problemática, pero sin perder el contenido crítico del feminismo, que también es local y contingente. A veces al momento de socializar, de tender los puentes, se suele perder la condición de la particularidad de la demanda local, que sin embargo enriquece. Quizás no para lo transversal, pero sí para ejercer cambios concretos y contingentes que los países requieren a nivel de constitucional, legal o del sistema político. El feminismo tiene que jugar con esa doble arista: algo de la transformación contingente local actual, con el punto de vista de lo histórico, de lo estructural de largo plazo que implican los procesos de internacionalización y transversalización de la demanda.

LOS PROBLEMAS TRANSVERSALES: LA DEUDA

Si algo ha generado la globalización, es la transversalización de las problemáticas. Acá en Chile, salimos de la universidad debiendo casi el valor de una casa y con sueldos que no pueden solventarlo. Hoy en día, la deuda es un problema económico, pero también político, psicológico, estructural que nos acecha. La pregunta por el endeudamiento no puede separarse de la pregunta, recurrente en el movimiento feminista, sobre cómo queremos vivir y cómo construir una sociedad otra. Ahí es donde las feministas tenemos que trabajar: cómo construimos esa sociedad, cuáles son las prácticas con las cuáles nosotras nos sentimos seguras, cuáles son las prácticas que generan una valorización de la vida en un sentido integral, qué espacios están exentos de violencia estructural o, mejor, cómo construimos esos lugares. Ahí la reflexión feminista es fundamental, sino vamos a replicar sistemas, formas institucionales y prácticas políticas que van a volver a los cauces tradicionales de cómo es entendido el orden de las cosas. Un desafío para las feministas es pensar ese otro mundo, los caminos para acceder a otros lugares. Las prácticas políticas y territoriales son fundamentales como ejercicio de imaginación política, que es lo que hoy más falta. Como ocurre en los procesos revolucionarios en general: activar ese germen de la imaginación política y poder construir, no solo posibilidades reales y alternas, sino también los caminos para llegar a eso. La necesidad de no replicar recetas anquilosadas y añejas es fundamental para no caer en un viejo problema.

Sin embargo, una de las diferencias es cómo, desde dónde, o entre quienes, se

construye esa otra forma. Es uno de los temas más peliagudos del feminismo. Desde un punto de vista más político, no tan académico, creo que tiene que ser una construcción conjunta. No quiere decir que el feminismo se construya entre algunas. Creo que los procesos de construcción colectiva, o de reflexión feminista, sí pueden ser acotados, locales, particulares, o en grupos específicos. Pero también creo que la transformación social se da en conjunto. En ese sentido tenemos que saber socializar el feminismo dentro de una diversidad mayor. Ya a las feministas nos cuesta ponernos de acuerdo entre feministas, tenemos que superar esos obstáculos históricos dentro del movimiento, pero también tenemos que lograr permear a todos aquellos que componen la sociedad. Hombres, abuelos, hermanos. Ahí creo que los partidos políticos pueden tener un lugar. O, por lo menos, el desafío: si el feminismo se puede, o no, trabajar desde los partidos políticos. Yo estuve y estoy militando, tengo una reflexión desde un lugar posicionado: creo que una, donde esté, aún cuando sea en partidos políticos, puede y debe trabajar desde el feminismo.

Que sean excluyentes o no los partidos políticos del feminismo corresponde a replicar una visión de los partidos políticos muy del siglo XX. Tenemos que tener ese ejercicio también. Si estamos en un ejercicio de imaginación política, ¿por qué tendríamos que replicar los cánones del partido político del siglo XX y no crear también otras formas de comprensión de la política partidista, que aprenda a leer críticamente el pasado y pueda incluir al feminismo como una posibilidad de transformación de la política? Es una apuesta de transformación que se puede hacer, también, desde los partidos de izquierda, que incorporen al feminismo como un eje prioritario, de base. No creo que la política pueda separarse del feminismo, sino que

la política “es” en tanto que es feminista también. Y los partidos que tienen esta comprensión y que hablan desde el feminismo, deben incorporar desde su gen, no como una demanda más dentro de las reivindicaciones. Debe estar en la propia comprensión de la política, en tanto que el feminismo apela a una forma profunda de transformación de las formas de exclusión y subordinación. Si apelamos a una política de izquierda, el feminismo es parte sustantiva de esa reflexión. Sin duda, habrá tensiones, problemáticas, diferencias con respecto a otros modos de pensar el feminismo, pero el movimiento feminista está compuesto por esa diversidad; incluyendo los lugares donde se habla institucionalmente: el parlamento, las alcaldías; lugares donde se trata de ejercer, desde lo institucional, una apuesta de transformación.

PARIDAD DE GÉNERO Y PROCESO CONSTITUYENTE

Hay dos ejercicios que me parecen interesantes con respecto a la paridad. El primer punto es que si efectivamente logramos un proceso constituyente con mecanismos paritarios, será algo histórico. No podría no estar orgullosa y saludarla, en el sentido de que ha sido una demanda que han posicionado feministas de distinta índole, pero que es hija de los procesos del movimiento feminista anterior. Es una respuesta a la movilización social feminista en Chile, que hace que los parlamentarios hayan podido escuchar a las organizaciones: la red de politólogas que tuvo un rol fundamental junto con los frentes feministas de algunos partidos. Se logró conformar una propuesta que es importante, pero la legitimidad de ésta adquiere su espesor en tanto que existió un movimiento detrás. Es fundamental que la elaboración de una Constitución considere esas voces que antes no habían sido incorporadas dentro del plano polí-

tico, pero, como dirá Alejandra Castillo, que durante este proceso se revoque también una representación elitista de la política, cuestionando un lugar de privilegio dado por la clase social o el poder económico. La elaboración de este ejercicio democrático no es sino con las mujeres en tanto que tiene que ser una condición de representatividad de la sociedad en su conjunto. No queremos un maquillaje de reformas legales. La Constitución y la discusión paritaria con respecto a la Asamblea Constituyente es parte de una forma de hacer valer las distintas voces. De poder diversificar aquellos lugares que han sido históricamente posicionados por parte del hombre. Es la forma en que vamos ampliando el marco de la democracia. Cinco años atrás hubiese sido irrisorio y hoy es una exigencia. Eso es un avance. Desconocerlo, sería no asumir las consecuencias del movimiento feminista en el corto plazo; que podamos generar efectivamente procesos de transformación radicales, en el sentido de la permanencia y de la condición estructural de nuestro país.

La exigencia de una nueva Constitución es un punto de partida insoslayable, es una demanda histórica. Los procesos de transición, desde el punto de vista politológico, tienen entre sus puntos definitorios o de término la conformación de una Asamblea Constituyente y la elaboración de una nueva Constitución, que pueda generar nuevas bases para un pacto social que se desprende del proceso transicional. Chile nunca se enfrentó a un cambio constitucional popular luego del término de la dictadura, sólo hubo reformas. En Chile el proceso de la transición coincide con la configuración del reforzamiento de las bases estructurales del neoliberalismo, que fue implantado en la dictadura. Nosotros seguimos hablando del procesos de transición, incluso de segundas transiciones, cuando ya han pasado 30 años.

Esa homologación entre transición a la democracia, neoliberalismo y gobiernos de la Concertación, hoy en día puede tener un punto final en este proceso constituyente. Es la posibilidad de abrir una nueva puerta en términos de cómo se configuran las relaciones políticas y cómo se estructuran las políticas de las transiciones en Chile: una política de acuerdos a puertas cerradas, una política que olvida los derechos humanos y pacta con los violadores, una política que merma los proceso de justicia. Una nueva Constitución permite pensar un nuevo orden de las cosas, un salto histórico-político que busca restituir aquellos derechos sociales de los que ha sido despojada de forma violenta la ciudadanía.

La Constitución debe jugar, en términos simbólicos, un rol bastante clave. Es una forma de democratización social y tenemos que abogar para que efectivamente la ciudadanía participe, se organice, plasme lo que se desarrolló en los cabildos, sus ideas, sus necesidades, esas otras formas de politización que se están dando en esta revuelta. Espacios que piensan y grafican cómo se quiere ese otro Chile. Hay que utilizar la Convención Constituyente en el sentido de generar, no solo una performance política, sino para plasmar esa potencia imaginativa que se viene gestando y que no ha tenido una representación dentro del campo de la política tradicional. Es un proceso que no está cerrado y debemos continuar abriendo. No como dos ámbitos dicotómicos, sino que es clave establecer esa vinculación y concatenación desde lo social, popular, territorial hacia el espacio de lo constituyente. Es la necesidad de una construcción colectiva de lo social, donde el feminismo se hace carne y contenido.





...OTOS del
...BLO
...SAN

Rodrigo Ruiz: “Hay que volver a construir una izquierda con pensamiento estratégico”

Antropólogo, militante e integrante del equipo de la Alcaldía de Valparaíso // El reventón y las formas de vida // La construcción política como producción de territorio: la experiencia municipalista // “Chile va a tener que entrar en una especie de proceso de reinstitucionalización. La clave es avanzar hacia una forma más radicalizada de participación social, hacia una democracia con real profundidad social”.

RODRIGO Ruiz es antropólogo e integrante de Territorios en Red (TER) y parte del Gabinete político de la Alcaldía de Valparaíso. A comienzos de los años 90 fue uno de los fundadores del Movimiento SurDA. En 2012 fundó El Desconcierto, una revista de referencia para la izquierda chilena. Fue director y luego, coordinó un sello editorial lanzado por la propia publicación. En 2016 dejó el proyecto. Con anterioridad fue miembro de la dirección nacional del Movimiento Autonomista y formó parte de Convergencia Social hasta el 15 de noviembre de 2019, cuando presentó su renuncia –junto a varios militantes, entre los que se destaca el alcalde de Valparaíso, Jorge Sharp Fajardo– luego de que se firmara el Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución: “Es contrario en esencia a las demandas que las diferentes y diversas manifestaciones han enunciado en las calles”, decía en la carta de renuncia. Sin embargo, cree que es preciso participar del proceso constituyente y “lograr que la Constitución tenga el contenido más radicalmente posneoliberal”.

Para Ruiz la revuelta expone que en Chile hay un debilitamiento de la dinámica institucional. El movimiento feminista es el que más claramente pone en escena un lenguaje en tensión con la matriz hegemónica. Expresa una fuerza destituyente contra esta forma neoliberal de concebir la vida. Están diciendo: este es el momento para cambiar profundamente las cosas porque estamos en riesgo como humanidad. “Probablemente estamos asistiendo a los prolegómenos de las revoluciones del siglo XXI”, asegura.

LA IMPUGNACIÓN TOTAL

Chile es el país pionero de la instalación del neoliberalismo en el mundo. Se ha hablado mucho de los treinta años, pero creo que es interesante hablar de los cuarenta años de neoliberalismo: diez años metidos dentro de la dictadura, como mínimo. Es decir, desde el giro que se da a finales de los 70, en la dictadura de Pinochet, hacia la instalación del modelo como tal. Eso se expresa en una cantidad de políticas sociales, pero también en el comportamiento de los medios de

comunicación masiva, y en la propia Constitución. También en la “gestión civil” del neoliberalismo desde 1990, con un proceso de, digamos, perfeccionamiento democrático en la posdictadura. Todo eso es lo que comienza a reventar el 18 de octubre.

Es muy difícil establecer una hipótesis clara respecto de qué ocurre en Chile hoy. Las manifestaciones son diversas, algunas muy disruptivas, y pasan muchas cosas en paralelo. Pero es evidente que hay un debilitamiento de la dinámica institucional. Eso se expresa en la parte política de la movilización, que va y ocupa las plazas, y en parte en conductas como el saqueo. Todo ello tiene un carácter político porque contiene una impugnación al Estado, y a la forma institucional que instala el neoliberalismo en Chile. Pero claro, el saqueo carece de una dimensión fundamental en la política en tanto no está vinculado con un ideal, un imaginario, y una forma de organización. Sobre todo porque no contiene una ruptura hacia un futuro posible.

Nosotros aquí hemos ido construyendo una lectura que le da mucha importancia a la noción de producción. Hemos leído a Marx desde ese lugar. También a Henri Lefebvre, que cuando habla de la producción del espacio subraya que el lugar teórico de la producción es ya muy fuerte en Hegel. En esta línea es muy interesante cuando Judith Butler dice que la producción del género debe entenderse como parte de la forma en que se producen los propios seres humanos en los marcos heteronormados actuales. Es desde allí que pensamos la construcción política: desde la producción del territorio, la transformación de los territorios, la nueva producción democrática socializada del territorio, donde no son las fuerzas tradicionalmente vinculadas al capital las que lo producen sino las vinculadas a la comunidad. Desde ese punto de vista también hay una comprensión del neoliberalismo como un espacio productivo: un régimen de producción de un nuevo tipo de subjetividad. Y cuando digo “subjetividad” no me refiero solo a modos de pensar, sino a existencias de los sujetos, formas materiales de construcción del sujeto. Eso es lo que está cayéndose, todo eso revienta en alguna medida.

LOS ESTUDIANTES Y EL “NO MÁS LUCRO”

Esto empezó en 2006, con la “revolución pingüina”. Después fue muy fuerte el 2011, el 2012, cuando se levantó una consigna masiva: “no más lucro”, sobre todo en el plano de la educación. Una consigna estructural porque apunta a la matriz teórica básica, elemental, del neoliberalismo. Es decir, la idea de que las personas deben concebirse como empresas individuales y que la vida es una especie de proyecto de rentabilización individual del capital humano. Toda esa lógica en Chile está metida a fondo, dispone de un dispositivo de legitimación brutal, tanto por parte del Estado como del mundo privado y sus instituciones.

Todo el sistema educacional chileno está guiado por esa lógica, desde hace mucho. Por ejemplo, los sistemas de medición de “calidad de la educación” están vinculados a la lógica del capital humano. Es una cosa que no existe, a ese nivel, en ninguna parte de América Latina. En Chile hoy es absolutamente inimaginable una institución como la Universidad de Buenos Aires (UBA), o como la Universidad Autónoma de México (UNAM). No vas a ir a la UBA a decir esta es una mejor o una peor universidad en función de si forma un mejor o peor capital humano. Sería impensable, aún con Macri. En Chile eso es el pan de cada día. Te lo repite incluso gente de izquierda. La idea de la sociedad de las oportunidades, la idea del capital humano, está metido en ese nivel de la hegemonía, es brutal.

Entonces, creo que hay un reventón de esa matriz neoliberal que ha sido hegemónica durante los últimos 40 años. Es una revuelta que interroga y que interpela la forma del Estado, que interpela su producción de subjetividad. La gente está diciendo: “Ya no va más, no quiero vivir más de esa forma ni quiero pensarme a mí mismo de esa manera”. En ese marco, el movimiento feminista es el que más claramente pone en escena un lenguaje en tensión con esa matriz; lo verbaliza, lo articula de una forma muy clara cuando recorre todo el problema de la existencia humana: de la reproducción hasta el Estado. Es muy potente, lo pone en tensión desde una cultura nueva.

REVUELTA Y PROCESO CONSTITUYENTE

Nosotros pensamos que viene un proceso constituyente que tiene como base esta fuerza destituyente que expresa con especial potencia el movimiento feminista. Es una fuerza destituyente contra esta forma neoliberal de producir la humanidad. No es menos que eso; es una revolución tan profunda como eso.

Probablemente estemos asistiendo a los prolegómenos de las revoluciones del siglo XXI. Que no van a ser de barbudos en la Sierra Maestra, van a tener otras formas. Pero son revoluciones en el sentido de que ponen en marcha una potencia destituyente que está enfocada hacia lo más profundo de la construcción del orden actual, hacia los elementos más estructurales. ¿Por qué la gente bota la estatua del conquistador, de Pedro de Valdivia, le arranca la cabeza y la pone en manos de un líder de la resistencia mapuche, de Caupolicán? La gente está diciendo: “Viejo, esto está mal desde que partimos”. Esto tiene 500 años de estar podrido. Es una movilización que se ha atrevido entonces a pensar con esta profundidad histórica.

Ahí viene la pregunta: está abierto un proceso constituyente, ¿qué vamos a hacer? ¿Vamos a construir una nueva forma de Estado como condición de totalización de esta movilización, como la forma de resolver la relación de esta movilización con la totalidad social? Creo que eso aun no es posible. Y eso se relaciona con el hecho de que en Chile no hay un líder. O sea, no hay un Evo Morales o un Kirchner o un Fidel. Y no hay que complicarse demasiado por eso. Hay que escucharlo. Creo es muy interesante. Tengo gran simpatía por los que acabo de mencionar, pero creo que la gente está diciendo: “No voy a resolver mi relación con la totalidad a través de fulanito como encarnación del Estado”. Entonces la lógica del populismo quizás habría que verla.

A diferencia de la experiencia argentina, acá no hay una fuerza como la que encarnó el kirchnerismo; o sea, no hay un peronismo capaz de conducir una movilización en el pueblo, ni la posibilidad de intentar resolver la situación con este desplazamiento de lo popular hacia la totalidad a través de una experiencia “populista”, para llamarla de algún modo. La política argentina evidente-



¿POR QUÉ LA GENTE BOTA LA ESTATUA DEL CONQUISTADOR, DE PEDRO DE VALDIVIA, LE ARRANCA LA CABEZA Y LA PONE EN MANOS DE UN LÍDER DE LA RESISTENCIA MAPUCHE, DE CAUPOLICÁN? LA GENTE ESTÁ DICHIENDO: “VIEJO, ESTO ESTÁ MAL DESDE QUE PARTIMOS”.



mente sabe, o supo, cómo resolver una crisis política con una movilización de masas. La política chilena no.

Pero sobre todo y más importante, creo que la revuelta debe entenderse en un ciclo más largo y mucho más difícil de cerrar, de capturar. Pensando un ciclo corto, quizá la élite político-empresarial pueda apropiarse del proceso constituyente. De hecho, en ese punto fueron victoriosos: a espaldas de la gente lograron firmar el Acuerdo y diseñar el proceso constituyente. Creo que hay que saber leer cuándo la élite logra hacer su trabajo y encauza esto, y logran instalar esta idea, falsa a mi juicio, de que la Convención Constituyente es lo mismo que la Asamblea Constituyente.

Pero aun cuando comprendamos eso, el problema de fondo es que esa élite no tiene ninguna capacidad de procesar

las demandas más profundas que están instaladas en la calle, que son las que en definitiva definen la temporalidad real de este proceso. No puede al nivel más elemental, en el nivel socioeconómico. La gente dice masivamente, con claridad, y desde hace varios años, “No más AFP”, no más a esa estafa que son las Administradoras de Fondos de Pensión. Pero el capitalismo chileno no tiene cómo diablos funcionar sin formas permanentes de acumulación originaria del tipo de las AFP. Por eso creo que el gobierno y la derecha montaron esa defensa doctrinaria ante el retiro del 10% del ahorro de la gente en las AFP, pese a que fue una forma de inyectar dinero a las economías familiares en medio de la crisis.

Esa gigantesca masa de capital disponible para las grandes empresas financieras, no es más que el dinero de los

trabajadores, de sus sueldos. Le sacas esa forma de obtención de capitales a la economía chilena y entraría en crisis una hilera de cosas; entre ellas, el mismo sistema bancario. El otro día escuché que alguien decía: “Salvador Allende había acuñado la idea de que el cobre era el sueldo de Chile, pero ahora el sueldo de Chile es la economía financiera”: es cierto, la nuestra es una economía financiarizada hace rato. La economía chilena es, como muchas otras de América Latina, una economía extractivista. Pero la cuestión financiera es la que rige su funcionamiento. Y la gente tiene serios problemas con esa dinámica.

¿Cómo resuelves eso? ¿Cuál es el tipo configuración de la élite política que hoy día puede hacerse cargo de eso? No existe. Podemos llegar a redactar una nueva Constitución, pero mi temor es que no lleguemos a delinear los modos

de superar un orden económico como el que ha regido por tantos años. Quizás hay otras temporalidades. A eso me refero cuando digo que hay una corriente subterránea de larga duración que dice: “El neoliberalismo, tal como lo conocemos en Chile, se acabó, no funciona, ni va a funcionar bien de aquí en adelante en ningún momento más”. En cierto punto, esto no es nuevo, la crisis era y es el modo de existencia del neoliberalismo. Pero ahora parece que ya no le interesa funcionar con la fiesta en paz. O ya no puede hacer otra cosa. Quizá Mauricio Macri en Argentina fue eso: qué problema hay si después traemos al FMI y nos mete una inyección de plata, y tratan de salvar acá, y después se van donde sea que estalle la crisis: así funcionan las instituciones financieras a nivel mundial. Bueno, creo que la revuelta nos pone ante la necesidad de resolver ese tipo de cuestiones, nada menos. Así se dibujan los niveles de profundidad con que debiera trabajar la Constituyente.

EL DESACATO: ¡BASTA!

La clave es lo que está diciendo el de abajo. Y el de abajo está diciendo: “Basta, esto ya no más”. ¿Qué pasa cuando miles de egresados universitarios dejen de pagar su deuda con el sistema privatizado de financiamiento de la educación? ¿Qué va a pasar si la gente dice “no pago más, se acabó, métanme un juicio, métanme preso, me da lo mismo, no voy a pagar?”. Empieza a haber una situación con ese nivel de anomalía, de disfuncionamiento del sistema. Es un misterio por qué todos pagábamos nuestras cuotas anuales de la deuda de la educación cuando todos sabemos que es una gran injusticia. Pero las pagábamos.

Entonces, hay un momento en que alguien dijo: “No pago más, andate a la mierda, no pago más y se acabó”. Y hoy decimos: “No paguemos más, no paguemos más”. O nos dicen: “Oye,

tienen que irse de la plaza”. Y la multitud responde: “No me voy de la plaza, no me quiero ir de la plaza, la plaza es mía, y no me voy, y no me voy, y no me voy”. Y no se fueron. Pero, ¿están apuntando a los ojos! Hay un chico con un ojo menos, dos, diez, cien, doscientos. Y “no me voy de la plaza”. En suma, es impresionante la voluntad popular que dice: “No acepto más que esto funcione como venía funcionando”, aunque no sepa mucho más que eso. Creo que ahí estamos, no sabemos mucho más que eso, pero lo que había no lo aceptamos. Y en segundo lugar, no aceptamos que venga nadie a decirnos cómo tienen que ser las cosas. Esas dos cosas están instaladas radicalmente en la situación de hoy día en Chile, y representan un tremendo desafío para quienes estamos intentando la acción política.

Ahora, que tendrá que haber un nuevo presidente en Chile, obviamente; van a tener que haber parlamentarios, alcaldes; van a tener que haber constituyentes. No se trata de desconocer una dinámica de ese tipo, no van a desaparecer las instituciones, ni es deseable que eso ocurra. Nosotros no somos antiinstituciones; se trata, más bien, de pensar que Chile va a tener que entrar en una especie de proceso de reinstitucionalización. Pensamos que en ello la clave es avanzar hacia una forma más radicalizada de participación social. Es decir, una democracia con real profundidad social.

LAS FORMAS DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Desde que llegamos al gobierno local de Valparaíso, desde el día uno, hemos estado impulsando un proceso participativo. Las tres o cuatro grandes cosas más relevantes que ha hecho esta administración, las ha hecho así. Y ese es un proceso para nada sencillo, no es fácil poner entre paréntesis el propio poder político. En 2014, para un libro que luego publicamos, le hicimos una entrevista a

Álvaro García Linera donde planteaba esta lógica del Estado y de cómo pensar un socialismo no estatista. ¿Cómo recuperar el imaginario del socialismo, pero no desde la centralidad del Estado? Una centralidad que, además, nunca tuvo, sino que fue algo que se inventó después por necesidad práctica. Un socialismo que tiene como clave la acción de la comunidad organizada y la transferencia de poder a esta instancia. Un Estado que va retrayéndose en beneficio de esa participación. Si pensamos en la red de servicios de salud que articulamos desde la alcaldía en Valparaíso, lo que vemos es un servicio público no estatal, basado en formas de participación profunda, se podría decir. Porque la gente participa, incluso, de la designación de los funcionarios que se van a contratar en ese lugar para trabajar. Entonces, no es una ficción de la participación, sino que tienen decisiones concretas.

Entonces, respecto de los desafíos del momento actual, no se trata de ir a organizar a nadie. Es decir, no creo que tengamos ni la habilidad, ni el conocimiento, ni la potestad, para poder ir a organizar a otro. La primera línea es un ejemplo impresionante. Es una forma de organización que no viene de ningún arriba. Nadie pueda arrogarse la conducción o autoría de semejante cosa, ni se le ocurrió a un partido o a una fuerza “x”. Pero seguramente allí están corriendo ríos subterráneos de memorias históricas, de cuentos de abuelos, de aprendizajes del movimiento popular chileno de tantos años. Pero tampoco sería correcto decir lo contrario: “Bueno, asumamos que ahora es la gente, nosotros retraigámonos”. Este “la gente” es un significativo vacío, “la gente” no existe, “la gente” somos nosotros también. Ahora, con eso se juega en el Frente Amplio de una manera un poco tramposa cuando se dice “nosotros hemos estado con la gente en la calle”, “estamos caceroleando junto a la gente”. No, no vengas a joder, caceroleamos todos. El problema es que

el Frente Amplio debería ser hoy un artefacto político que radicalice una lógica de la participación, no de repliegue.

Naturalmente, no es fácil encontrar los mecanismos para llevar adelante formas de participación profunda. Pero lo que hay, por ejemplo, en plaza de la Dignidad es un gran parlamento que funcionó durante varios meses en Chile. Allí la gente hablaba, parlamentaba de formas distintas, con las canciones y consignas. Se puede sacar un promedio al final del día, o de la semana, sobre lo que hay que hacer solo escuchando lo que ahí ocurre. No es necesaria una encuesta, la gente lo indica de alguna manera. No sé cómo en algún momento pasamos de todos los días en todos lados a los viernes en la plaza de la Dignidad, por ejemplo. ¿Quién instituyó eso? ¿Quién se lo imaginó? No tengo idea, pero ahí está, y funcionó. Hay una lógica organizativa, que, sin embargo, no se puede pensar que esté coordinada en el sentido conspirativo en que lo cree la imaginación del gobierno; esa imaginación medio tremebunda de que hay un poder oscuro detrás de todo esto que digita las acciones a través de las redes sociales. ¡Falso! Es no entender nada. Aquí está pasando otra cosa que tiene que ver, más bien, con una idea diferente de la democracia de la que impusieron en la posdictadura.

Tenemos que ponernos en ese lugar y avanzar sobre un asunto muy relevante. Nos preocupan los déficits de conducción que tiene la revuelta. Ese es un problema real, del que no hay que hacer omisión a partir de una lectura romántica de la movilización. De la capacidad de construir una dirección política para el proceso, que hoy todavía no tiene, va a depender la salida que tenga. Es un problema de la mayor importancia. Y creo que solo se puede resolver si las distintas opciones transformadoras escuchamos lo que está en la calle y nos ponemos a su servicio con más humil-

dad. De lo contrario, la separación entre las distintas izquierdas y la movilización se puede profundizar, se puede prolongar, se puede agravar. Hay que hacerse cargo, sin esconder ese hecho ni por un minuto, de que la movilización no tiene pre constituida una relación orgánica con ningún sector de la política, con ninguno.

LA POTENCIA DESTITUYENTE: DE ALLENDE AL 18

Tenemos que pensar en serio en la magnitud de la potencia destituyente. El 18 de octubre abrió un ciclo largo. Nosotros siempre dijimos: “el reventón de octubre es una apertura”. Pero decir que es una apertura podría ser un lugar común, algo obvio. Algo menos obvio es decir que, en el marco de ese reventón, no se va a producir un cierre. O sea, no hay que pedirle a ese ciclo corto el cierre grande, porque ahí nos equivocamos. Efectivamente, tienes cierres parciales, como podría ser el Acuerdo por la Paz y la nueva Constitución. Pero lo fundamental es el proceso que se abrió para el pueblo de Chile.

Es interesante volver a hablar del pueblo o, mejor, de los pueblos de Chile. Porque está el pueblo mapuche, y por otro lado, en “el pueblo chileno” no siempre estuvieron realmente contadas las mujeres. Hay muchos pueblos. Todos esos pueblos están diciendo que quieren avanzar hacia una forma de vida diferente. Quienes mejor expresan esto, sin duda, son los más jóvenes. Particularmente las mujeres, porque les toca vivir la vida de una manera más profundamente desigual. En ellas se expresa una suerte de condensación, de cristalización de un imaginario del futuro que se hace cargo, por ejemplo, de que el planeta, así como está, en cincuenta años puede ser inhabitable. Están más conscientes de los problemas de la socialización actual. Están diciendo que este es el momento

para cambiar profundamente las cosas porque estamos en riesgo como humanidad. Lo viven así, punto. Y andan en bicicleta por eso, no porque sea más entretenido. Andan en bicicleta también porque piensan en el combustible fósil.

En Chile, ese ciclo largo revienta en nuestra cara el 18 de octubre. Hay que leer lo que está ocurriendo de esa manera. Es un ciclo largo y profundo, que se remonta a cuando se instaló el modelo neoliberal en nuestro país; o mejor, que se remonta a la derrota del otro gran momento de imaginación política que tiene este país, que es el gobierno de Allende. Es decir, cuando Chile se atreve a pensar en un camino al socialismo que no existía en el mundo. “La revolución con empanadas y vino tinto”, una imaginación a escala global. “Vamos a inventar una cosa nueva, punto”.

Ustedes saben que el Che le regaló a Allende —que viajó a Cuba a los pocos días de la revolución— uno de los primeros ejemplares de La guerra de guerrillas. Y en la dedicatoria le puso: “A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo”. Me parece tonto pensar que la distinción a la que se refería allí es entre lucha armada o lucha electoral. Más bien le dice: “Tú y yo estamos pensando en cómo construir una vía latinoamericana distinta a la soviética”. Se sabe que el Che tenía eso en la cabeza. Allende a su manera, por cierto también. Ese proyecto fue derrotado. Cuarenta años de construcción de clase, de levantamientos populares, fueron destruidos en el 73. Es la contrarrevolución histórica que instala el modelo neoliberal y que destroza un nivel de imaginación histórica que había comenzado a construirse desde los años 20, cuando entra en crisis la dominación oligárquica en Chile. Bueno, lo que estamos viendo hoy, de nuevo, es una ruptura. Esta vez la posibilidad de una ruptura con

EN CHILE NO HAY UN LÍDER. O SEA, NO HAY UN EVO MORALES O UN KIRCHNER O UN FIDEL. Y NO HAY QUE COMPLICARSE DEMASIADO POR ESO. HAY QUE ESCUCHARLO.

esa línea larga, que en América Latina tampoco es tan larga, que instituye su última fase en Chile con la derrota del 73. Estamos en un momento que tiene la profundidad histórica que tuvo la década del 20, del 30, que es cuando surge la izquierda chilena, se fundan el Partido Comunista y el Partido Socialista, o aquel en que se construye el modelo de la Unidad Popular y el gobierno de Allende, con la idea del socialismo y la revolución con empanadas y vino tinto. Está empezando a madurar una fuerza histórica que tiene esa profundidad. Es una crisis de época; es una posibilidad de apertura de otra época. Que sin embargo, no tiene nada asegurado.

Al lado de eso, no me vengan a joder con el sentido histórico del Acuerdo de Paz, es de otra escala. Volvamos al Frente Amplio y al tipo de responsabilidad histórica que le cabe. Yo creo que debería haberse puesto al frente de este proceso, esa era su responsabilidad histórica, en lugar de intentar cierres pequeños. El Frente Amplio andaba preocupado por cómo salíamos de la crisis en lugar de acompañar y ver cómo la crisis maduraba y se dirigía hacia alguna parte. ¿Cómo va a producir entonces una salida a la crisis por arriba? ¿Qué es eso? ¿A quién le importa hacer eso? A la clase dominante, toda la vida. Cuando el Frente Amplio intenta hacer eso está pensando, muy erróneamente, como clase dominante. No está pensando como pueblo. Esa es quizás la gran equivocación de su participación en el famoso Pacto.

Evidentemente, no es sencillo traducir esto en acción política inmediata. Hay que volver a construir una izquierda en Chile con pensamiento estratégico. El gran problema de la izquierda chilena, después de la derrota del 73, es que no ha logrado impulsar un proyecto con vocación estratégica —como sí se pararon



Gentileza de Rodrigo Ruiz

los comunistas, los socialistas, los anarquistas de principios del siglo XX. Un proyecto estratégico que se pare frente a la historia, que se pare frente al capitalismo del siglo XXI y diga: “Bueno, a ver, ¿cómo le hago?”. Hay que volver a procesar estas ondas largas en función de cómo construimos un proyecto de lucha y de nueva sociedad. La situación está abierta hacia ese lugar. Para eso las izquierdas requieren repensarse y reconstruirse desde adentro.

En otro plano, hay un cierre inmediato, la coyuntura corta se tiene que cerrar de alguna manera. Seguramente, el cierre de la coyuntura va a ser el proceso constituyente. Pero, a su vez, eso abre un nuevo momento importante, que es un poquito más largo, con sus discusiones, con formas de organización específicas. Por ejemplo, me resulta hasta divertido que se hable de “los independientes”, del lugar que ocupan los independientes en el proceso constitucional, como si “los independientes” no fuésemos casi todos,

sino una especie de minoría nueva a la que hay que reservar de forma paternalista unos espacios especiales.

Ahora, el pueblo de Chile se llama “los independientes”, es decir, todos los que no son ellos, todos los que tenemos la desgracia de que no somos de la clase política. Bueno, ¿cómo nos organizamos? Debemos articulamos con ese mundo en condiciones que no elegimos. Esta es la cancha, no la diseñamos nosotros, no dispusimos las reglas del juego ni el tiempo que dura el juego, pero vamos a ir a jugar ahí y vamos a tratar de ganar el campeonato. ¿Y qué significa eso? Que la Constituyente que emerge de ese proceso sea lo más cercana al imaginario destituyente que está puesto hoy día en la movilización. Punto. Es decir, que tenga el contenido más radicalmente posneoliberal, si lo queremos decir de otra manera.





Gentileza de Claudia Zapata

Claudia Zapata: “El neoliberalismo nos quitó la memoria de la violencia política”

Historiadora especializada en América Latina y en pueblos indígenas // La deconstrucción del “milagro chileno”// Cómo entender la radicalidad de la revuelta antineoliberal y las posibilidades que abre // “Obvio que queremos logros, pero el nivel de energía desplegada es una cuestión que si no nos sirve en lo inmediato, nos va a servir mañana. Hicimos algo que no sabíamos que éramos capaces de hacer”.



CLAUDIA Zapata es historiadora, especializada en el pensamiento indígena y en la historia contemporánea de América Latina. Dirige el Magíster en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile: allí nos encontramos a hablar, teníamos una serie de preguntas para hacerle en torno de la revuelta de octubre del 2019 y sus derivas. Entre otras, ¿qué quedó del “milagro chileno” después del estallido? ¿En qué ciclo de luchas inscribir este movimiento sin liderazgo y cuáles son sus desafíos? ¿Es posible pensar en la transformación social sin apelar a la violencia política? En vista del proceso constituyente abierto, ¿sobre qué bases fundar un nuevo pacto social anticolonial y antipatriarcal? ¿Es el pueblo evangélico un espacio de disputa política? De aquí en adelante, sus palabras.

DEL AGOBIO A LA CHISPA (Y MÁS ALLÁ...)

Un punto de partida inevitable es que los milagros económicos del neoliberalismo chileno están haciendo agua. Hablar de crisis del neoliberalismo chileno era algo totalmente impensable

antes del 18 de octubre. Y eso es un logro del movimiento, definitivamente. El neoliberalismo chileno siempre fue muy sólido, no había crisis macroeconómica, nunca la ha habido al menos desde 1982-83 y que fue una crisis mundial. Una de las fatalidades que nosotros hemos tenido que soportar es que en Chile este modelo funcionó muy bien. A diferencia de casi todos los países latinoamericanos donde las crisis fueron constantes, el neoliberalismo en Chile funciona, a nivel macro obviamente. De ese modo Chile se transformó en un referente ideológico del neoliberalismo, aunque tuviera una economía intrascendente en el contexto global. Ningún país parecía tan neoliberal como Chile; ninguna metrópolis era tan neoliberal como las principales ciudades chilenas. Y de repente el estallido hace visible la crisis, una crisis que es social y de modo de vida. Esto es muy importante.

El proceso de instauración del neoliberalismo en Chile no ha sido lineal, ha habido idas y venidas; pero —campos de concentración de por medio— se acaba instalando un modelo súper compacto. Un modelo que cuando tuvo sus momentos de crisis, de imperfección, casi

de caída —en los 80—, fue sostenido por el Estado. Y luego, en los 90, se perfecciona mucho, amplía las privatizaciones, la capacidad de consumo de la población y logra sostener una gran estabilidad macroeconómica. De ahí esta idea de que no hay crisis. Pero la contracara de esta estabilidad es el enorme sufrimiento cotidiano que implica para la población chilena sostener esos niveles de consumo: los niveles tremendos de frustración, de expectativas truncadas, de desigualdad. Todo esto que implica sostener esa estabilidad.

Una estabilidad que hacía que, hasta en los momentos previos al estallido, en este país no hubieran crisis graves de empleo, el desempleo era bajísimo. Pero, ¿cuánto te pagan?, ¿cuántas horas trabajas? Si ves en la tarde cómo vuelve la gente durmiendo en los buses, agotados, no dan más. El nivel de abuso es espantoso. Si este agobio, a esos abusos, se suman los casos de corrupción que fueron apareciendo —incluso en esta televisión tan controlada ideológicamente— la gente se hartó. Y ese cansancio fue la chispa que encendió el 18 de octubre.

EL ESTALLIDO IMPREDECIBLE

Cómo nombrar lo que sucedió ese 18 de octubre de 2019 ha sido todo un debate: “protesta” se queda corto; “revolución”, un poco grande. Encima, “revolución de octubre”: es demasiado grande. A mí me gusta “revuelta”, me gusta rebelión y también me gusta “estallido”, porque efectivamente es un estallido social que rompe la forma e implica el fin de una normalidad. Y si bien no lo podemos denominar “revolución”, todas las revoluciones parten de un estallido. No sabemos a qué va a derivar esto, pero es bastante considerando la normalidad neoliberal que teníamos en Chile. Y eso lo vuelve, a la vez, un hecho sorpresivo. Sabíamos que era una olla a presión, pero nadie sabía que esto iba a pasar, era imposible predecirlo. A mí me interesa mucho la historia latinoamericana y he estudiado otras revoluciones y nunca hay una correlación directa entre mayores niveles de explotación y un estallido revolucionario. Nunca. En la Revolución mexicana, por ejemplo, las regiones más hiperexplotadas no se levantaron. Entonces, ese elemento impredecible, de sorpresa, me parece característico de este estallido social. Y toda interpretación que hagamos de él va a ser súper inestable, porque es un proceso abierto.

Lo que hizo el estallido y que marcó la diferencia fue articular malestares y demandas que hasta antes del 18 aparecían como sectoriales; es decir, generó una confluencia nacional de estas demandas. Hay una envergadura que es distinta. Por ejemplo, entre otras cuestiones, la violencia política es una opción, o bien se encuentra legitimada por la población, que ha salido a expresar su descontento. Eso tenemos que discutirlo con mucha seriedad porque aquí no valen los diagnósticos moralistas de la cuestión. Lo que sucedió en el estallido es que hubo altos niveles de violencia

política apoyada por la población. No sé si mañana va a ser igual, pero en las primeras semanas del estallido, la población apoyó las barricadas, e incluso los saqueos. Se confrontó, también con violencia política, a las expresiones locales del modelo neoliberal.

La cuestión estalla en Santiago y se expande rápidamente, como reguero de pólvora, a todo el país. Esta ciudad tiene un historial de revueltas populares, casi siempre por la carestía y por el abuso. Y tiene una historia, también, de violencia política. Desde fines del siglo XIX, ha habido en Santiago huelgas de la carne, huelgas de los arrendatarios, huelga por el transporte público, la “huelga de la chaucha”. Y todas han sido con violencia popular; de dar vuelta los camiones, los buses, quemarlos, volar los semáforos, saqueos. O sea, eso existe y preexistía al estallido de octubre. Siempre han existido dinámicas de turba en esta ciudad. Hay una historia allí que se nos había olvidado. Y también aparecen, entre medio, los discursos moralistas, pacifistas.

Porque, entre otras cosas, el neoliberalismo nos quitó la memoria de la violencia política. A todos se nos había olvidado. En general, la gente aquí es pacífica: en el marco de la revuelta, incluso recurriendo a la violencia política, hasta ahora no han matado a ningún paco. Y en Santiago en general, que tiene una historia de mucha violencia política, eso no ocurre. Nunca. Salvo algunos pequeños grupos armados como el Lautaro en su minuto, pero que eso ya era otra cosa. Pero la violencia política popular callejera nunca ha matado pacos. Ha habido ocasiones, pero les hacen un escudo humano. Entonces, es una violencia política que, en el fondo, tiene un límite bastante ético.

EL CICLO DE LUCHAS ANTINEOLIBERAL

Para entender qué sucede hoy en Chile hay que inscribir este estallido en un ciclo más largo de combate al modelo neoliberal; un ciclo más largo que se podría remontar a octubre del 97, al inicio de lo que la prensa conservadora llamó el “conflicto mapuche”. Y es en ese momento en el que una parte más radicalizada del movimiento mapuche decide enfrentar mediante la violencia política a ese poder que se ha apropiado de sus territorios, que ha alterado su equilibrio ecológico, etc. Y en aquel momento, como hoy, se atacan los símbolos del poder. En ese caso eran los camiones de las empresas forestales, se queman tres camiones.

Junto a esas primeras expresiones de violencia política aparece la criminalización de este movimiento. Y ahí aparecen las paradojas y los problemas que tenemos hoy día acá. Uno de ellos es que se opta por la violencia política muchas veces sin tener la formación necesaria, que es un tema que hay que afrontar. ¿Lo hacemos o no lo hacemos? ¿Es necesario tanto costo? No tengo idea. Son cosas que fueron fracturando también al movimiento mapuche. Porque empieza a ser criminalizado, comienzan a perseguir, asesinar y encarcelar a sus comuneros, etc. O en otros términos: todo lo que vimos desde octubre en el centro de las ciudades (la militarización, la represión, los asesinatos, etc.) tuvo como laboratorio la Araucanía, desde el 97 para acá.

No se entiende el estallido si no se lo piensa en esta línea, como confrontación de un modelo autoritario que es nacional, el neoliberalismo chileno. Un modelo que se implementó con un nivel muy alto de radicalidad, algo que solo es posible porque somos el patio trasero, somos periferia mundial. La intervención de los militares fue terrible y nos removió un montón de cosas. Pero los grandes represores han sido los pacos,

LA VIOLENCIA POLÍTICA ES UNA OPCIÓN, O BIEN SE ENCUENTRA LEGITIMADA POR LA POBLACIÓN, QUE HA SALIDO A EXPRESAR SU DESCONTENTO.

la policía, que hace más de veinte años que viene reprimiendo en La Araucanía con sus “montajes”, sus articulaciones con la justicia, etc. Incluso, si vamos a hablar de cuándo empieza a aparecer la demanda de una nueva Constitución que pueda derogar de verdad los legados de la dictadura, también es el pueblo mapuche, a fines de los 80, el que empieza a plantearlo. Incluso en muchos casos el planteo era “no queremos reconocimiento constitucional, porque no queremos esta Constitución”. Desde el día uno fue que esta Constitución se tenía que cambiar.

Decía que el estallido de la cuestión mapuche fue en el 97, luego, claro, está el pingüinazo, el movimiento estudiantil de colegios secundarios, en el 2006. Pero en paralelo apareció un movimiento de trabajadores subcontratados que son el trabajador neoliberal por excelencia. Es el movimiento de los subcontratados del cobre, en el norte, liderados por Cristián Cuevas, que es una figura muy importante de ese período. Y ahí también estuvo la cuestión de la violencia política. Los subcontratados del cobre decían: “Oye, parece que si no vuelas los semáforos no te escuchan”. Y era así, era volando los semáforos, volando camiones. Y el discurso era: “Bueno, vuelo el semáforo porque también es mío”. Finalmente, pese a que el movimiento de ahora es súper transversal socialmente, la violencia política que vemos hoy viene desde allí, desde el sótano, desde la parte más obrera y desde la parte más excluida, los mapuche.

Y después viene efectivamente el movimiento secundario y la toma de las escuelas, en los años 2006, 2007. Un movimiento que también es transversal y que tiene que ver con un problema bien específico del neoliberalismo: se amplía el sistema educativo, todos llegamos a la educación secundaria, un poco menos llegamos a la educación superior. Pero el tema es a qué llegamos, porque la promesa de que la educación permite la movilidad social, algo que era una suerte de pilar, no se cumple. Lo que sucedió fue otra cosa: el neoliberalismo chileno impulsó un mercado de la educación que permitió la expansión del acceso, pero sin mayor preocupación por qué harían esas egresadas y egresados con sus vidas. Porque en Chile los pobres llegamos a la universidad por una necesidad del neoliberalismo, no por una apertura democrática. Y a una universidad totalmente mercantilizada, que reformula los términos de la desigualdad. La variable no es si fuiste o no fuiste a la universidad, porque hoy día en día tener un título universitario no te garantiza nada. Y la frustración y la desigualdad empiezan a ser muy evidentes y la situación empieza a estallar.

En ese sentido, para todos fue muy asombroso en aquellos años el nivel de politización de los estudiantes secundarios. En Chile, los estudiantes no tienen derechos políticos formales (como el derecho al voto), pero sí responsabilidad penal (¡y desde los catorce años!). Es una cuestión absurda, pero que habla de un Estado neoliberal chileno bastante autoritario, bastante policíaco. Y así y todo, el nivel de politización de los jóvenes, de los llamados millennials, es muy alto.

De hecho, ellos fueron lo que mantuvieron abierto el conflicto con el neoliberalismo durante los siguientes años.

EL MOVIMIENTOS Y SU CONDUCCIÓN

El estallido lamentablemente nos pilló en un momento de declive de dirigencias de organizaciones sociales en otro momento muy activas y visibles, como las estudiantiles. Tanto la ACES como la CONES, que son organizaciones de estudiantes secundarios, están en un momento súper crítico. La CONFECH, que es la que articula las federaciones de todas las universidades, prácticamente no existe.

El tema de la falta de conducción del movimiento me preocupa. No porque crea en una conducción vanguardista, para nada. Pero fueron demasiadas las víctimas para lo poco que hemos conseguido hasta ahora. La falta de conducción me parece un problema porque sin conducción se desaprovecha la energía del movimiento, se malgasta. Y reducir el nivel de energía empleada permite que esa misma energía se pueda desplegar en un proceso que pueda capitalizarse de mejor manera.

Pero, bueno, nos pilló con esta situación y se nota mucho. Poco antes que Chile, estalló Ecuador, y ahí sí podían verse veinte líderes indígenas, con trayectorias y liderazgos no vanguardistas en movimientos sociales. Aquí no hay claridad de con quienes se puede conversar, con quienes negociar. El mundo social está muy desarticulado en términos de liderazgo. Y la oposición parlamentaria queda aislada y acaba haciendo un acuer-

do para el pueblo pero sin el pueblo. El mismo gobierno decía: “Bueno, ¿con quién tendríamos que hablar?” No es sencillo responder esa pregunta.

El movimiento mapuche tiene condiciones de liderazgo, pero en este país nunca hemos mirado a los mapuche. Nunca. La frontera histórica, geográfica y cultural también el mundo social la reproduce. La frontera, así como el río Biobío, antiguo todo, sí. Ellos son los primeros que hablaron de nueva Constitución. Ellos siempre se han imaginado otro país, con diversidad cultural, etc. Ahí hay condiciones de liderazgo. Gente que lleva años hablando de estas cuestiones. Años disputando los espacios del voto de la derecha. Porque La Araucanía votaba por la derecha. Pero nosotros nos hemos negado a esa posibilidad de articulación, siquiera. Ni hablar de liderazgo. Nos hemos negado, absolutamente. Por otro lado, la CONFECH necesita rearticularse con fuerza. Siempre ha tenido legitimidad social. Porque son los que empezaron a decir: “todos, queremos que todos los pobres lleguen a la universidad y estudien gratis”. Pero tiene que rearticularse, igual que la ACES y la CONES. Todo el Movimiento por las Aguas tiene que tener mayor visibilidad pública y articularse.

Y luego, claro, está el movimiento feminista, que es muy fuerte y que es reticente a ciertos liderazgos, evidentemente. Pero, al mismo tiempo, negocia bastante más que otros movimientos en favor de la transversalidad. Muchísimas feministas nos pusimos a a trabajar en asambleas barriales, incluso en espacios liderados por puros hombres; en paneles y actividades en las que predominan los hombres. Espontáneo, no deliberado, pero esto es un gesto político enorme. Entonces, ¿somos reticentes a esos liderazgos tradicionales? Sí, pero a la hora de componer políticamente se actúa con generosidad. No veo un problema en el feminismo con no conceder en ciertos tipos de construcción de liderazgo. Es sa-



bido que el liderazgo del mundo político ha sido malísimo. Pero ya sabemos que eso no es suficiente y que el problema es más amplio. El mundo social también está lleno de problemas, está cruzado por las jerarquías y ánimo de protagonismo, algunos ejemplo son el predominio de puros hombres y la importancia que también se da a los expertos o técnicos en este espacio. Eso pasó mucho en los Cabildos: se empezó a reemplazar la voz de la gente común, con sus problemas, por abogados constitucionalistas, por técnicos. El técnico, además, ahoga la discusión política, bloquea la riqueza de un nuevo pacto social. Por el contrario, hay que estimular los debates ciudadanos; un proceso constitucional en cualquier parte del mundo pasa por un debate ciudadano que no se deja ahogar por los técnicos.

ELEMENTOS PARA UN NUEVO PACTO SOCIAL

Una particularidad de nuestro país es que nunca hubo un pacto social, al

menos eso es lo que yo creo. El Estado chileno ha sido súper fuerte desde el principio, a pesar nuestro. Eso nos ha perjudicado, definitivamente. Nunca hemos tumbado un gobierno. Quizá tumbar a Piñera no habría significado nada en términos concretos, pero sí la demostración de una fuerza que nunca hemos tenido. Porque aquí los que siempre han tumbado presidentes han sido los golpistas de derecha. Ese es el escenario desde el que se está impulsando un proceso constituyente, sin que eso a priori signifique demasiado.

En ese sentido, lo primero que hay que decir es que una Asamblea Constituyente no implica a priori una refundación nacional. La forma que toma un proceso constituyente depende del proceso político que esté viviendo el pueblo. Obviamente, si ese proceso es de giro fascista, el resultado va a ser una Constitución fascista, por poner un ejemplo extremo. Y eso es importante distinguirlo, porque aquí en Chile se dice “Asamblea Constituyente” y se la relaciona con el

EL TEMA DE LA FALTA DE CONDUCCIÓN DEL MOVIMIENTO ME PREOCUPA. NO PORQUE CREA EN UNA CONDUCCIÓN VANGUARDISTA, PARA NADA. PERO FUERON DEMASIADAS LAS VÍCTIMAS PARA LO POCO QUE HEMOS CONSEGUIDO HASTA AHORA.

proceso que se dio en Bolivia y no es evidente que sea así, va a depender del proceso político del pueblo. Si llegamos a una refundación nacional o no, va a depender de ese proceso político, no de la fórmula Asamblea Constituyente, aunque obviamente es un espacio importante para que ello eventualmente ocurra.

El segundo elemento para pensar en un pacto social es que, a diferencia de otros procesos constituyentes latinoamericanos (como el boliviano, el ecuatoriano o el venezolano), nosotros estamos en una situación en la que vamos a tener que inventar todo solos, porque la sociedad chilena no tiene experiencia histórica en este tipo de incidencia. Como decía recién, no hemos pasado por un proceso de construcción de alianza popular, de bloque popular que pueda proyectar una coalición de gobierno. Todavía no llegamos a eso y no sé si vamos a llegar porque estamos muy carcomidos por la dicotomía entre gobierno y movimiento. También se debe considerar que en nuestro caso no tenemos un gobierno que respalde a la agenda, a diferencia de los países señalados, donde la refundación nacional se impulsó desde el gobierno y se enfrentó a los parlamentos. Pero ese no es nuestro caso, que es más bien un proceso inédito y con muchas

desventajas. Y que exige un movimiento social muy fuerte para poder sostener ese proceso. De momento, la fortaleza ha sido la envergadura del estallido, el hecho de ocupar la calle de la manera que se ha hecho. Pero no necesariamente con un discurso y un pliego articulado de demandas. No hay bloque popular en ese sentido.

Un tercer elemento para pensar este pacto social tiene que ver con la sociedad civil. Estas sociedades neoliberales contemporáneas tienen clases políticas muy profesionalizadas que reemplazan totalmente el ejercicio de la política por parte de la ciudadanía. Este movimiento, este estallido, es también un reclamo por la participación. Y por eso lo problemático del Acuerdo por la nueva Constitución en el Parlamento. Una acuerdo que, por otra parte, habría sido impensable sin el estallido. La derecha chilena es súper ideológica, jamás habría cedido en eso. Pero la pelea es, también, por la participación, y es clave inventar mecanismos para que esta participación sea efectiva y no se acabe redactando una Constitución a espaldas del pueblo.

Una última cuestión a tomar en cuenta en este nuevo pacto social es la necesidad de reconocernos como latinoamericanos y de reconocer, así, el carácter periférico de nuestro capitalismo. Yo creo que hay un interés de mirar para fuera, pero no se sabe cómo hacer. No se sabe nada de América Latina en este país. No se sabe nada: este país se ha formado de espaldas al resto.

DESCUARTIZAMIENTOS RITUALES Y VIOLENCIA POLÍTICA

Estamos viviendo un momento histórico, sin ninguna duda, más allá de cuáles sean los “resultados” finales. Siempre es injusto evaluar a los estallidos por sus resultados finales, que en el fondo es lo que más importa. Obvio que queremos logros, pero el nivel de energía desplegada es una cuestión que si no nos va

a servir ahora en lo inmediato nos va a servir mañana. Hicimos algo que no sabíamos que éramos capaces de hacer.

Si se lo mira con perspectiva histórica, se dieron vuelta un montón de cosas, se embistió un guion patrio que parecía estar en el “ADN chileno” por usar un cliché de la prensa. Evidentemente, había un montón de inconformidad con esta historia patria que es colonial y que es patriarcal, y que se ha proyectado al período republicano. Esto fue muy gráfico con las turbas botando las estatuas, algo que es frecuente en América Latina, que existió en la revolución mexicana, pero que en Chile no había pasado nunca, no al menos con esta envergadura y masividad. Incluso el año pasado pasó en Estados Unidos, en California, donde botaron una estatua de Cristóbal Colón “por ser responsable de un genocidio”. Pero aquí no había pasado. Ahora, en el marco del estallido, en Arica se botaron una estatua de Colón enorme de mármol, de 1910. La desplomaron.

Evidentemente, es un momento muy favorable para discutir este tipo de cuestiones vinculadas a los símbolos del Estado nacional y su monumentalidad. Y, sobre todo, a la continuidad colonial en el Estado. De hecho, botaron desde conquistadores españoles hasta personajes de la República y soldados del ejército ya más contemporáneos. Todo eso. Incluso hubo descuartizamientos rituales de esas estatuas, una continuidad de aquellos que se hacían en la guerra colonial. Por ejemplo, en un caso agarraron una estatua de Pedro de Valdivia y le cortan la cabeza; a otro le cortaron los brazos, le dejaron solo el tronco, lo arrastraron, lo patearon, le tiraron pintura roja simbolizando el corazón, lo prendieron fuego y luego lo dejaron a los pies de la estatua de Lautaro. Esto es bien simbólico, porque Lautaro fue el sirviente de Valdivia, y se le rebeló. Se lo van a dejar a los pies. A otro también le arrancaron la cabeza y se la dejaron

EL MOVIMIENTO MAPUCHE TIENE CONDICIONES DE LIDERAZGO, PERO EN ESTE PAÍS NUNCA HEMOS MIRADO A LOS MAPUCHE. NUNCA. ELLOS SON LOS PRIMEROS QUE HABLARON DE NUEVA CONSTITUCIÓN.

colgando, simulando manchas de sangre. Son descuartizamientos rituales. La venganza en su estado simbólico básico: es bien fuerte. Jamás imaginé que aquí iba a pasar algo así, jamás, absolutamente insospechado el despliegue simbólico que hemos presenciado. Ninguna revuelta ni revolución se agota con los logros efectivos, por lo que el análisis de estas dimensiones del conflicto no pueden ser minorizadas.

ESCENARIOS POSIBLES Y EN DISPUTA

Es inevitable la pregunta por la salida de esta situación. Según yo lo veo, hay tres escenarios posibles.

Una es la solución gatopardista: todo cambia, nada cambia. Porque efectivamente estamos transitando un proceso constituyente, pero que aún permanece abierto, no se sabe qué va a pasar. Puede ser que hagamos una nueva Constitución, que no es poco. Pero puede ser que hagamos una nueva Constitución pero que sea nuevamente con lógica subsidiaria y no de derechos. Eso puede pasar, totalmente. Ese es el escenario uno.

El escenario dos: también puede que todo se radicalice y todo se vaya al caño y este país explote por los cuatro costados. Puede pasar. Creo que en este contexto mundial es súper difícil que eso ocurra. Pero todo se puede radicalizar,

las víctimas pueden aumentar, y todo esto se puede refundar. No tengo idea para qué lado, pero se puede refundar. Vía radicalización.

Y el tercer escenario posible es la derechización del proceso. La envergadura que tuvo la movilización en la calles fue muy grande y el malestar es también muy grande. El tema es si toda esa gente que está molesta y que tiene sensación de injusticia, lo conecta con el voto. Ese va a ser el problema. Entonces, esa puede ser una fuente de derechización. Porque nuestra educación política, la más convencional, es súper deficitaria. O sea, en general la gente no sabe distinguir entre izquierda y derecha. Y además la misma izquierda, o una parte de ella, abandonó ese debate. La derechización tiene muchas explicaciones, no es que la gente sea de derecha. Nadie es progresista per se, ni facho per se. Eso es un espacio de disputa política. Y si no hay bloque popular articulado tenemos menos condiciones para disputarlo.

El otro espacio que creo yo que es disputable y que es súper delicado porque sería muy raro que en Chile no pasara, es el poder evangélico, que ha tenido un rol clave en el giro hacia la derecha en algunos países, Brasil principalmente. ¿Por qué no va a pasar si ha pasado en otras partes? ¿Y cómo es disputable? Pues distinguiendo entre las bases y la dirigencia. Porque es mentira que todos los evangélicos son fachos. Parece que en este continente se nos olvidó que la

Teología de la Liberación empezó con los evangélicos. Y todavía hay vertientes de la Teología de la Liberación súper fuertes entre evangélicos. Naturalmente, ya han aparecido videos de grupos evangélicos contra la nueva Constitución. Entonces yo me pregunto, ¿vamos a disputar ese espacio o no? ¿Vamos a calificar a todas las personas que van a la Iglesia, que van a ahí a ocupar un espacio, a construir comunidad porque no la tienen en ninguna parte, a todos los vamos a tratar de fachos? Porque si los vamos a tratar de fachos y los vamos a abandonar a ese espacio, donde el único discurso que van a escuchar es el del pastor, me resulta muy preocupante. ¿Cómo abordamos políticamente esa esfera que a muchas personas nos resulta próxima por nuestras historias familiares y sectores de procedencia? De momento, un fenómeno interesante y auspicioso es que están surgiendo algunas expresiones del mundo evangélico apoyando el estallido social y el proceso constituyente.





Mario Garcés: “En Chile se abre un nuevo tiempo histórico”

Historiador y analista político // Una historia vuelta informe de coyuntura, clave de lectura in situ // Se cierra el ciclo de la dictadura-transición y se abren tiempos de luchas populares // Cómo lograr que el proceso constituyente sea expresión genuina y democrática de la soberanía popular // “El viejo sistema de centrales sindicales, de grandes orgánicas impulsadas por los partidos de la izquierda, murió. Queda irresuelta la representación del mundo social y popular”.





DESDE el comienzo del estallido en octubre de 2019, el historiador chileno, ex militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) y actual director de ECO, Mario Garcés, se dedicó a elaborar y difundir informes de coyuntura. Periódicamente analizó los hechos en la medida en que se desarrollaban marcando etapas, hitos relevantes, actores y dilemas a los que se enfrentó el movimiento social y ciudadano. Ese material fue compilado y publicado en marzo –poco antes de que la pandemia del Coronavirus se instalara en el América Latina– bajo el título *Estallido Social y una Nueva Constitución para Chile* (LOM, 2020).

Para Garcés con el estallido, y luego con la aplastante victoria del “Apruebo” en el plebiscito se cierra el ciclo de la dictadura, y sus herencias, y se abre un nuevo tiempo histórico para Chile y las luchas populares; un tiempo marcado por la experiencia inédita de una Asamblea Constituyente, un largo anhelo del movimiento social. A fin de transitar un proceso constituyente que sea expresión genuina y democrática de la soberanía popular, tres planos son los que, inevitablemente, este movimiento social debe atender: el primero, el de la discusión (pedagógico político) de los contenidos de la nueva Constitución; dos, el problema de qué mecanismos del proceso

constituyente aseguran la participación popular y ciudadana y, tres, el problema de cómo mantener activa la movilización social desatada en Octubre del ‘19, con sus articulaciones y demandas.

Para comenzar, el historiador nos propone analizar el estallido y la crisis chilena pensando en las dimensiones de lo nacional y popular –ausentes en la política local al menos desde la derrota de la Unidad Popular– y sostiene que si bien hay rasgos comunes con la rebelión de 2001 en Argentina lo de Chile –



como el “que se vayan todos” – adquiere rasgos singulares: “La figura de Allende se puede reivindicar como figura histórica, como referencia, pero los contenidos del proyecto, su capacidad de unificar lo popular, todo eso está en la sombra”.

Mario Garcés: Primero un comentario general a propósito del 2001 argentino: si bien tenemos semejanzas, no tenemos tradición peronista. Entonces no tenemos salida por esa vía histórica. Por supuesto que el “que se vayan todos” está. No se expresa así en Chile, pero la distancia, el rechazo, el malestar con la clase política es impresionante, está muy presente. Incluso en lugares de la propia izquierda. En el fondo, no tenemos una tradición histórica de algún tipo de proyecto que encarne lo nacional, lo popular, que pudiera reformularse, reciclarse. Es decir: no es que no tengamos en la historia ese tipo de proyectos, es que no

hay forma de que ese proyecto se vuelva actual porque la Unidad Popular todavía es innombrable. Como dice el historiador norteamericano Peter Winn sobre la “nueva memoria prohibida”: si durante la dictadura la memoria prohibida era la violación de los derechos humanos, en la transición, fue la Unidad Popular. De eso no se habla.

Y la verdad que es un proyecto que no tiene consenso en la propia izquierda. Hay segmentos que la reivindican más o menos, otros la critican radicalmente por su incapacidad democrática para sumar mayorías, otros por la ausencia de componente armado y su ingenuidad frente a las fuerzas armadas. Pero, en definitiva, es una zona sobre la que no existe consenso. Entonces, la figura de Allende se puede reivindicar como figura histórica, como referencia, pero los contenidos del proyecto, el sentido

del proyecto, su capacidad de unificar lo popular, todo eso está en la sombra. Planteo esto porque este año se van a cumplir 50 años de la elección de Allende y es preciso reivindicar esta memoria pero con contenido: de qué se trató el programa, qué conflictos enfrentó, por qué termina como termina. Abrir el debate sobre ese proyecto.

¿En qué condiciones se da el estallido y qué características tiene?

Mi primera hipótesis es que este estallido se produce en medio de una crisis de la política más tradicional y de un levantamiento sin convocante central, sin orgánica. Y uno podría decir, también, sin un proyecto político tan definido. Eso se ha modificado con el paso del tiempo. De alguna manera se ha ido configurando un programa político desde las propias experiencias de las asambleas



ESTE ESTALLIDO SE PRODUCE EN MEDIO DE UNA CRISIS DE LA POLÍTICA MÁS TRADICIONAL Y DE UN LEVANTAMIENTO SIN CONVOCANTE CENTRAL, SIN ORGÁNICA. Y UNO PODRÍA DECIR, TAMBIÉN, SIN UN PROYECTO POLÍTICO TAN DEFINIDO.

y de las distintas articulaciones. O sea: uno revisa las propuestas de Unidad Social, que agrupa a los gremios, y hay un planteamiento de diez puntos sobre riquezas básicas, agua, salud, educación, etc. Después uno revisa el Cabildo, la asamblea que hizo Colo-Colo, el club deportivo nacional, y son ocho, nueve puntos, casi los mismos. No hay mucha diferencia. Esta semana leí una propuesta que hizo un comité conformado por estudiantes, profesores y funcionarios de la Universidad de Santiago y es más o menos parecido. Y la consulta municipal que se hizo el 15 de diciembre fue notable: de 2 millones y tanto de votos escrutados, el 92,4 por ciento se inclinó por el cambio de la Constitución. Abru-

ador. Esa consulta tenía una pregunta sobre prioridades de cambio social. Se podía votar por tres y la más altas fueron pensiones, salud y educación. Están en todos los petitorios. Hay un cierto nivel de consenso en ese campo que es interesante. En estas demandas hay una serie de consideraciones técnicas que todavía no están muy claras. Por ejemplo, el tema de pensiones. Es un tema clave, que viene del año 81, casi 40 años de capitalización privada obligatoria, no hay posibilidad de escape. Y la demanda es modificar el sistema en función de dignificar las vidas. Y eso hasta ahora, ni en la derecha, ni en la Democracia Cristiana tendrían intención de hacerlo. Recién los socialistas y el PPD empiezan a abrirse a alguna modificación. El otro día escuchaba a Eraldo Muñoz (dirigente del PPD, muy socialdemócrata, muy neoliberal, de la vieja izquierda que se han hecho neoliberales) que empieza a plantear la posibilidad de sistema mixto, que es lo que hizo Uruguay en algún momento. Que el Estado garantice una base y que, a lo mejor, se mantenga una cuota de capitalización privada. Sería un cambio relevante. Esa discusión todavía no está muy clara cómo se va a hacer. Tanto la derecha como Piñera están muy refractarios a hacer cambios. Incluso en sectores de su partido, Renovación Nacional, ya hay críticas¹.

Recién mencionabas la consulta hechas por los municipios a mediados de diciembre de 2019, que tuvo una alta participación. ¿Te parece que fue un hecho político de relevancia?

Claramente, es un suceso relevante. Es interesante porque los alcaldes ingresan al debate político como en noviembre, cuando empieza a insinuarse la posibilidad de una Asamblea Constituyente, o de cambio constitucional; y el gobierno todavía no tiene apertura. Lo máximo que insinúa es la posibilidad de un Congreso Constituyente; o sea, que el propio Congreso, los propios políticos actuales redacten una nueva Constitución. Es cuando Piñera hace el cambio de gabinete. Es decir, concede extremadamente poco. Los alcaldes tienen varias asociaciones, pero hay una, la Asociación Chilena de Municipalidades, que nuclea a más de 200 municipios. En Chile hay unos 300. Esta Asociación aparece diciendo “nosotros vamos a hacer una consulta”.

Esto es un poco extraño, es uno de los momentos más críticos de Piñera. Por un lado, no logra sacar de nuevo a las Fuerzas Armadas a la calle, que le ponen condiciones. Desde el punto de vista del orden público, por vía militar, no tiene despejado el camino. Y desde el punto de vista político, tampoco tiene iniciativa, porque está con una agenda social muy débil, delgada. Y tampoco tiene salida política. Entonces intervienen los alcaldes tomando la iniciativa política y, en el fondo, proponiendo un cuasi plebiscito. O sea: ellos van a consultar y a preguntar si la gente quiere cambiar la Constitución.

En ese contexto viene lo que es a mi juicio la operación de salvataje del Congreso, que pone el Acuerdo por la paz social y la nueva Constitución. Por otro lado, se fue fortaleciendo un movimiento opositor que sumó a los gremios, que produce paros nacionales, que mantiene ocupada la plaza de la Dignidad (ex plaza Italia). Es decir, es un momento de máxima tensión, de muchos problemas para el gobierno. Y es, también, el momento en que empieza a aparecer en la televisión, entre los columnistas, que el gobierno está en el límite. Yo pensé en un momento que era casi empujarlo, que estaba muy cerca...

Pero, bueno, en Chile eso nunca es fácil. El estado chileno es muy poderoso, con capacidad de sostenerse en un tiempo muy largo. Fíjate que en el siglo XX solo dos presidentes no han terminado su mandato por razones políticas. Ibáñez, en los años 30, con la crisis mundial –Chile fue el país más afectado de América Latina, porque las exportaciones cayeron el 80, 90 por ciento, un país que estaba en el suelo. Y Allende, el último golpe de Estado. No hay otro caso. Hay dos que no terminaron su mandato porque estaban enfermos, no por cuestiones políticas.

Por la misma fecha hay otro hecho político de relevancia y es el ingreso a la Cámara de Diputados de un paquete de leyes represivas, “anticapucha”. Es decir, el intento del oficialismo, de la derecha, de ampliar las herramientas legales para reprimir las protestas

firmas –entre ellas la de José Manuel Insulza, que fue Ministro del Interior de la Concertación, y luego Secretario General de la OEA– que ven que está amenazada la democracia. Y que dentro de la amenaza está la acción de grupos vandálicos, fundamentalistas. Todo eso genera un clima que hace que, en la Cámara de Diputados, el 4 de diciembre, se discutan estas leyes y se aprueben con amplia mayorías, incluido el Frente Amplio. Con 127 votos a favor de las leyes represivas; solo 7 votos en contra y 3 abstenciones. Si uno revisa quiénes se abstienen y quiénes votan en contra: votan en contra solo dos comunistas, tres o cuatro del Frente Amplio y un independiente. Se abstienen todo el resto de los comunistas y algunos del Frente Amplio. Y entre estos, el Secretario General del PC y Camila Vallejo, la gran dirigente del 2011.

apostando Piñera. Y segmentos progresistas se hacen parte de ese juego.

Esa misma noche de la votación, comienzan los debates en el Frente Amplio, los debates en el PC, que tuvo que hacer una declaración aclaratoria al día siguiente. El Frente Amplio se empieza a desarmar, hay partidos que se retiran, se provoca una situación muy complicada. Al día siguiente este proyecto de ley pasa al Senado y el Senado lo detiene. No es porque sea más progresista, pero tiene más observaciones y pone un poco de paños fríos. Por lo tanto, eso queda en trámite parlamentario.

Y dos días después hay otra votación desfavorable cuando se discute el plebiscito del 26 de abril. Es decir, el acuerdo político de noviembre ahora tiene que tomar forma jurídica y, por amplia mayoría, se descarta el tema de la paridad de género y de la participación de

LO QUE EXISTE EN CHILE, DE FORMA MUY MARCADA, ES UNA ESPECIE DE FRUSTRACIÓN DE EXPECTATIVAS.

y desactivar la movilización social.

Sí, son cuatro o cinco leyes represivas: antisaqueo, anticapucha, antibarricada. Brutal. Ahí se produce una situación muy compleja, porque con el tema de los saqueos Piñera, o el oficialismo, logra cierto consenso.

La de los saqueos es una zona muy ambigua: efectivamente hay segmentos del narcotráfico, hay campos donde se deja hacer. Incluso cuando se está discutiendo la ley aparece el caso de un concejal municipal de la comuna de La Calera (región de Valparaíso), que dirige una banda que organiza el saqueo en su comuna. Un concejal del partido de gobierno, con lo cual la situación se vuelve más compleja.

Además, en esos días hay declaraciones de grupos socialistas, 60 o 70

Esto es terrorífico porque el Frente Amplio entra totalmente en el juego y el PC se desorienta. Algunos me decían: es una abstención como forma de rechazo... ¡Déjate esa retórica! Lo que pasa es que se pierden, entran en el juego perverso de la defensa del orden público y, al mismo tiempo, en la afirmación de que son ellos, en tanto que representantes políticos, los únicos capaces de resolver la crisis. Y esto es parte de la tradición en Chile.

Estoy leyendo ahora el texto que escribe Verónica Valdivia, una historiadora cercana, que estudia cómo se produce un cambio entre los años 20 y 30. El libro se llama *Subversión, Coerción y Consenso* y la tesis es que en Chile siempre ha operado, en la construcción de hegemonía, un consenso con una alta cuota de coerción. Hay acuerdo y represión. Creo que esa es la estrategia a la que está

independientes y pueblos originarios. Ahí nos baja toda la duda de cuánto se puede avanzar por esta vía.

Ahí hay un giro que hace Renovación Nacional, que yo creo que es el segmento de la derecha que más trata de aggiornarse –incluso tomando distancia de Piñera– y al día siguiente repone el tema como un proyecto de ley específico y logra que se apruebe en diputados la paridad de género, pueblos originarios y participación de independientes. Esa ley pasa el Senado y todavía está pendiente. En cierto sentido, es un gesto de la clase política hacia la ciudadanía, porque el acuerdo político sin estas consideraciones queda un poco vacío y con una seria amenaza. Ese acuerdo no contenía ningún gesto hacia el ciudadano, seguía siendo una operación intra clase política. Y además con la discusión dos días antes de leyes

represivas, peor todavía. Un acuerdo intra clase política que, además, está reforzando eventuales leyes represivas. O sea, un cierto consenso y coerción dentro de la clase política respecto de la sociedad.

Obviamente, no es claro que esto represente una apertura. Me llamó la atención que esto que, creo, fue un logro de los ciudadanos, finalmente no fue celebrado. Yo escribí a distintos amigos, dirigentes, para saber cómo lo estaban evaluando. Desde algunos segmentos del feminismo hubo un cierto reconocimiento del logro, pero diciendo que está pendiente el cómo se va a operacionalizar. Mucha cautela, muy moderada la valoración. Los políticos, en cambio, están felices, están celebrando, “mira que acá sí que hay conductas democráticas, que no puede ser de otra manera”, en fin.

Y el otro efecto de esta situación es que la UDI —que es el partido más pinochetista— quedó muy sola después de esta votación. Lo cual es interesante, porque la UDI ha sido el gran arquitecto de la transición y de la defensa de la Constitución de Pinochet. Su gran líder político fue el autor mismo de la Constitución, Jaime Guzmán, quien diseñó este sistema de controles. Entonces el panorama está un poco de claroscuros, digamos. Pero hay pequeños avances que hasta noviembre no se veían. Hay cierta apertura.

Además del parlamento y sus partidos, el otro campo al que habría que atender en este análisis de coyuntura es al de las organizaciones y movimientos sociales, los sindicatos, pero también, las asambleas y cabildos, todo lo que pasa en la calle; en suma, al amplio espectro de fuerzas que componen la resistencia social al gobierno.

Yo ahí tiendo a reconocer al menos tres campos de articulación donde se puede ir configurando un proyecto político

en el sentido más amplio, no solo de programas. Por un lado, Unidad Social, la agrupación de los gremios. Ha tenido un momento de desarrollo, de ascenso y un momento de debilitamiento. Yo creo que ahora estamos en la fase más bien de debilitamiento, sobre todo frente a la situación como la que se produce el 18 de octubre: una gran manifestación, una gran movilización sin convocantes, no hay quien unifique ni ejerza liderazgo. Y cuando emerge liderazgo social, pareciera ser que ahí se va a constituir el liderazgo, porque están los gremios más históricos, pero también hay sospecha porque ahí también están las viejas formas de los movimientos sociales en articulación con los partidos políticos de la izquierda en Chile, por lo que se sospecha que esto no puede caminar muy bien. De hecho, las primeras que lo sospechan son las mujeres: al poco andar se dan cuenta que este asunto de repente no huele muy bien. Los mapuche cercanos a ese espacio también en un momento reclaman, porque en el primer manifiesto de Unidad Social no figura el Estado Plurinacional. “¿Los indios quedamos afuera otra vez?”. Y tienen que recapitular e incorporan en una nueva declaración al Estado Plurinacional.

Yo creo que es un espacio que no tiene mucha claridad programática, ni tampoco respecto de la movilización o de los partidos más tradicionales. Entonces eso los debilita. Yo creo que el PC está en un debate interno tratando de fijar mejor posición después de la abstención de noviembre. Porque tampoco es que con respecto al Acuerdo tienen una crítica radical, solo dicen “nos avisaron muy tarde”. El PC tampoco está muy orientado. Y el PC chileno no tiene nada que ver con el argentino, es popular. Es la izquierda histórica, la primera gran izquierda de Chile. Incluso se constituye antes de la Revolución rusa. Después de la Internacional se hace comunista, pero antes era un partido obrero chileno, nacido en el año 12. Tiene otra tradición: es el gran aliado de Allende, es un

partido que hay que tomar con mucha más calma, pero pasa por un momento de grave desorientación.

El segundo actor a mi juicio son los nuevos movimientos. Los llamo así por diferenciarlos un poco de los más tradicionales. Alcanza al feminismo, los mapuche y los movimientos ambientalistas, que son los tres núcleos quizás más relevantes. Todos ellos han tenido participación en Unidad Social y todos ellos están discutiendo si van a permanecer o no. Hay una zona abierta. Las decisiones que tomen las mujeres en sus encuentros serán muy importantes, porque de todos los movimientos probablemente es el más poderoso. Es el que logró instalarse socialmente de manera más vasta.

El mayo feminista de 2018 fue muy importante, y el 8 de marzo de 2019 fue la movilización de mujeres más grande de toda la historia de Chile. Están al centro, digamos. Y el punto culminante fue el colectivo Las Tesis, que hace una performance que moviliza a mujeres en Chile y en todo el mundo. Juntar diez mil mujeres en el Estadio Nacional fue una cosa impresionante. Eso no lo hace ningún movimiento social de ninguna naturaleza. Es original, es potente.

En el caso de los mapuche la cuestión es más compleja. Hay una especie de cercanía y distancia con los acontecimientos que se están viviendo. Un segmento se mete, otro dice que es problema de los chilenos: “A nosotros nos han reprimido siempre, estamos con ustedes pero resuélvanlo”. Pareciera que si está la reivindicación del Estado Plurinacional, eso deja satisfecho a bastantes sectores mapuche. En el fondo eso no ha ocurrido nunca en Chile y por lo tanto estarían en condiciones de intervenir y disputar de otro modo en el sistema político chileno. Partiendo de que no hay pueblo en Chile con alguna manifestación donde no haya flameado la bandera mapuche. Recorrió Chile de norte a sur y está en todas las manifestaciones y actos públicos.

En el caso de los ambientalistas es un poco más difícil porque es un movimiento socioambiental, donde hay diferentes grupos también. Grupos por el agua, por el territorio. Yo conozco más al Movimiento por las Aguas y los Territorios (MAT). Es un movimiento interesante porque son los que colocan el tema del extractivismo, que en el caso chileno, y a diferencia de la Argentina, acá la industria extractiva de cobre, litio, salmón, forestales es un eje central de la economía, y no es algo que se denuncia. Conviven con alguna industria nacional, pero el extractivismo es el eje que articula el modelo.

Ya saben que este país fue el mejor alumno del modelo neoliberal. ¿Dónde tiene ventajas comparativas? En el tema de producciones de materias primas. Muy bien, entonces bajaron todos los aranceles. Chile es un caso extremo: tenemos aranceles casi cercanos a cero. Así se proclamó en los 90: el ideal es el arancel cero. Que no existan. La cuestión es que los efectos más perniciosos sobre el medio ambiente —el agua, el aire, el suelo— afectan más a las provincias que a Santiago.

Y esto es un tema en el que también estuvieron involucrados los mapuche, en alguna etapa. Un conflicto 700 kilómetros al sur, que no estaba instalado en Santiago, a pesar de que hay muchos mapuche urbanos. Por supuesto que hay problemas ambientales en Santiago con la contaminación, con el manejo de las aguas, etcétera. Pero no tiene el impacto de aguas contaminadas o de zonas de sacrificio, como Valparaíso donde las emisiones de gases de las empresas producen una crisis en el pueblo de Quinteros, donde las personas llegan a los servicios públicos con intoxicaciones. Es brutal incluso el nombre: zonas de sacrificio.

Lo que quiero decir es que es un movimiento potencialmente muy fuerte. Muchos de los movimientos regionales

de los últimos años tienen este fundamento de preservar la naturaleza, sus recursos. Es un segundo campo de articulaciones, yo diría. Va a convivir con Unidad Social y será deseable un tipo de articulación, pero no sabemos cómo se va a resolver.

El tercer campo es el de las asambleas. A mi juicio es el más inédito. Surge estrictamente con la movilización y por eso le doy tanto valor. A mi juicio es uno de los mayores logros del movimiento: cómo consensualmente, sin líder, sin general que diga lo que hay que hacer, se fue configurando.

No es común en Chile la formación de asambleas autoconvocadas. Pero ahora la gente tiene la necesidad de juntarse. Claro, hay tradición de organización, de coordinaciones barriales desde que se crearon las poblaciones, con el poder popular durante la UP, las coordinadoras que lucharon contra la dictadura... Tampoco es que todo se inventa. Hay una cierta tradición y eso lleva a que los vecinos, la gente se empieza a juntar. Sea para discutir, para ponerse al día con la información o para empezar a elaborar propuestas de cómo imagina el cambio. Surgen asambleas en barrios populares, incluidos barrios de la clase media.

La semana pasada, por ejemplo, fui invitado por la asamblea de una plaza cercana a mi barrio, había unos 120 vecinos y habían pasado unos 200 en la última semana. Y fue una discusión de casi tres horas, impresionante. La productividad de las asambleas es que aquí se empieza a consensuar esta pregunta por los cambios o por el Chile que queremos. Se van configurando programas, acuerdos programáticos, pero también una especie de nueva moral ciudadana. Se están macerando principios éticos. Eso es tan interesante como el programa, porque en el fondo la gente quiere decir cómo ser parte de este proceso.

Se constituyeron en diciembre dos o más coordinadoras de asambleas territoriales. La más importante es la CAT: Coordinadora de Asambleas Territoriales de Santiago. Debe agrupar unas cuarenta asambleas. Tiene su propia declaración de principios. Es horizontal en su conformación, es ciudadana, es feminista. Es la primera organización social que veo que, no proviniendo del mundo de las mujeres, se define feminista. Después hay otra coordinadora en la zona sur de Santiago que agrupan a otras veinte asambleas. Entonces, este es un proceso en curso. ¿Cómo se genera coordinación entre estas asambleas que surgen espontáneamente en los barrios, que en algunos casos coordinan la movilización, que en otros casos invitan a la reflexión o se constituyen en centros de autoformación? ¿cómo generar coordinaciones que superen el espacio local y empiecen a tomar posición en el campo más comunal o provincial? Estas son preguntas abiertas.

Algo que llama la atención del estallido es que, a pesar de que es notoria la furia acumulada en el pueblo, el deseo de “romperlo todo”, no acontece en un contexto de especial crisis económica o política. Incluso casi todas las personas con las que hablamos, en cierto sentido, se vieron sorprendidas por la revuelta.

Sí, completamente, fue una sorpresa para el gobierno, para todo el bloque de poder. Nadie se explica lo que está pasando. Yo creo que esto tiene dos efectos. Todos estos fenómenos interrogan todas nuestras categorías clásicas de análisis. Primero una crisis económica, luego esto se politiza y toma forma en el Estado, etc. Eso no es una ley histórica que haya que ver de todos modos, aunque en algunos casos sea verdad. La última gran crisis chilena, en el 83, en dictadura, está precedida por una crisis económica radical. La primera crisis del neoliberalismo chileno. Pero en este caso no.

Lo que sí existe en Chile, de forma muy marcada, es una especie de frustración de expectativas. Piñera hace promesas de un bienestar, de un crecimiento económico mayúsculo, de un liderazgo internacional, y todo eso empieza a desarmarse en el segundo año de gobierno. El primer año todavía disfruta un poco de su victoria, una victoria sobre una Bachellet que se enredó en el Estado y se enredó con la propia derecha y, por lo tanto, avanzó a medias en todos sus programas. Ahí también hay frustración. Y esta frustración, de algún modo, ya estaba expresada en las elecciones, en el fenómeno de la abstención electoral, que en 2015 superó el 60 por ciento, fue del 64 por ciento. Y en la elección de Piñera, en la primera vuelta, fue a votar el 42 por ciento. Y en la segunda votó un 48 por ciento. O sea, los últimos dos presidentes, Bachellet y Piñera, han sido elegidos con menos del 50 por ciento de los votos.

Entonces, no es que estemos ante gobiernos tan legítimos, tan constituidos. Yo creo que la primera expresión de malestar política es la desafiación. Te vas del sistema, la política no resuelve. Como dice el taxista más facho: la política no resuelve el problema. Esa sensación de que por vía política no encontramos salida se extiende entre la sociedad. Y se extiende entre los jóvenes. Entonces la dinámica es otra: más bien de acumulación del malestar.

Al mismo tiempo, los estallidos sociales son un fenómeno muy latinoamericano. Acumulamos agravios, malestares, hasta que en un momento, por una crisis o por un suceso menor, estalla; y cuando estalla emerge la suma de lo que está guardado.

En este sentido, yo también creo que la forma en que se configuró la política chilena en la transición, tan distante de la sociedad, del pueblo, tan centrada en los medios —es la etapa en que la política

chilena se vuelve más mediática— no es ajena al estallido. Y en el caso de Chile, ya hicimos la distinción con Argentina, la izquierda históricamente tiene base popular. El PC, el PS, son partidos de base popular. Por lo tanto, hay un vínculo de la izquierda con su pueblo que son muy importantes. Todo eso se debilita de manera muy significativa de la transición en adelante.

Pongo un ejemplo: cuando asesinaron a Camilo Catrillanca, el líder mapuche, en noviembre de 2018, yo pensaba, qué impresionante que no haya ningún dirigente de la izquierda en el sur, en los funerales. Porque en el año '69, previo a la elección de Allende, fines del gobierno de Eduardo Frei Montalva, hubo una matanza de pobladores en Puerto Montt. Se conoció como la “masacre de Pampa Irigoín”. Víctor Jara hizo una canción que denuncia a Edmundo Pérez Zujovic, que era el ministro del Interior

de esa época. Murieron diez pobladores. Allende era presidente del Senado. El mismo día en la tarde se inician los trámites para hacer una acusación constitucional al ministro del Interior. Y a la mañana siguiente Allende preside los funerales. Era otra izquierda. En el caso de Catrillanca, que provoca conmoción nacional, en sus funerales no hay ningún dirigente de la izquierda de Chile. Ni de los históricos, como los socialista, ni de los más nuevos, como los del Frente Amplio. Por lo tanto, esta distancia con la sociedad es muy manifiesta. Y es una distancia, en el fondo, de clase.

En algún caso, como el de Daniel Jadue, que es el alcalde de Recoleta, del Partido Comunista, él sí puede ir a la plaza Italia. Pero luego se dio el caso de Gabriel Boric, que fue un gran dirigente estudiantil en las movilizaciones de 2011, y que fue al parque Forestal, a un par de cuadras de la plaza Italia, y lo escracharon.



Gentileza de Mario Garcés

NO ES COMÚN EN CHILE LA FORMACIÓN DE ASAMBLEAS AUTOCONVOCADAS. PERO AHORA LA GENTE TIENE LA NECESIDAD DE JUNTARSE.

ron, lo “funan”, como decimos en Chile. Y lo hace el pueblo. Cuando veo las imágenes, veo el lenguaje, las formas, los gestos, son populares, son de clase. Yo tengo un viejo amigo argentino, que fue director de la carrera de sociología en la Universidad de Concepción durante los años de la Unidad Popular y que falleció hace poco, Néstor D’Alessio se llama. Un gran intelectual. Él me dijo: “Che, sabés lo que pasa, Chile es un país clasista. Argentina es un país plebeyo. Los conflictos tienen otro carácter”.

Yo creo que sí, hay algo de eso. No sé si la conceptualización sea la mejor, pero claramente tenemos diferencias. Yo creo que en ambos casos hay un componente clasista, pero el componente de clase argentino de alguna manera lo catalizó el peronismo por la vía de lo nacional y popular. En Chile, lo catalizó la izquierda, por la vía del socialismo. Entonces eso pone diferencias. Pero además hay diferencias sociales: la clase media chilena nunca fue la clase media argentina. Siempre estuvo muy lejos. La tasa de sindicalización chilena nunca fue la argentina. La tasa de escolarización, igual. Tenemos diferencias. Sobre todo porque acá vivimos en ciudades escindidas, los sectores populares respecto de los ricos. Hay componentes raciales, de clase, en lo urbano; hay componentes en el lenguaje, en las formas de hablar.

Entonces, negar en Chile este componente de clase, que es lo que ha hecho la clase política en esta nueva fase, es una mentira. Encubre. Se puede sostener por un tiempo, pero no es posible una televisión que solo expresa a las clases medias, de rostros lindos y farándula, que no procese nada sustantivo de lo que pasa en la sociedad. Ahora han aparecido algunos programas, o durante el estallido se generaron algunos programas, pero el rechazo hacia los medios en Chile es brutal. Los medios no pueden ir a la plaza Italia. Todas sus grabaciones las hacen con drones, o porque han

arrendado algunos departamentos en altura. Entonces: la cuestión de clase está, no se puede negar. Y por lo tanto ahí tenemos unos déficits de democracia enormes.

En esa misma línea, una amiga con la que conversábamos hace unos días nos decía que una de las razones del estallido puede tener que ver con esa invisibilización de los sectores populares; ese “hacer como si no existieran” como causa del malestar.

Efectivamente, la invisibilización tiene muchas manifestaciones. En la televisión el pueblo chileno no está, a no ser que sea como delincuencia, robo, narcotráfico, violación. De repente, hay un programa que habla de un grupo que al fin hizo un esfuerzo tan loable, usan palabras bonitas, que progresó o recurrió a la solidaridad y resolvió un problema del barrio. Pero son las excepciones. La tónica dominante es la de un pueblo más bien bárbaro que está implicado en el crimen, en el ilícito, en la violencia. Y sino, la otra forma de expresión de ese pueblo es en el humor, como en el festival de Viña del Mar. El que dice más garabatos, el que es más radical, el que es más aplaudido.

Pero no solo el pueblo está ausente ahí. Está ausente también en las Ciencias Sociales. En Chile, siempre tuvimos estudios del mundo popular, de las clases. Y en dictadura, paradójicamente, es cuando más estudios hicimos de las poblaciones, de los barrios. Eso se ha debilitado tremendamente. Las universidades dejaron de pensar la sociedad y particularmente lo popular. Incluso lo popular desapareció como categoría política. En los 90, con la Concertación, desaparece el concepto de “pueblo” y es reemplazado por el concepto de “gente”. “La gente que quiere el cambio”. El concepto de “movimientos sociales” también desapareció por muchos años. O sea, el efecto neoliberal en Chile, en

democracia, fue brutal desde el punto de vista cultural.

Curiosamente, después de las movilizaciones estudiantiles de 2011 reemerge el concepto de movimiento social. A veces les digo a mis colegas: yo hacía cursos de movimientos sociales a principios del 2000 y estudiaba a los piqueteros, al MST, Chiapas. A veces hacía links con Chile, pero era muy difícil, porque el tema había desaparecido. Pero hoy es el tema. A partir de 2011 el tema reingresa al espacio público y hoy es la pregunta que se hacen todos y es algo que todos nombran. Entonces, el pueblo que no existía volvió a aparecer. Hoy hay pueblo. Hay pueblo en la calle. Movimientos sociales que se habían debilitado profundamente, hoy son la gran pregunta. Ahí hay otros campos en los que se expresa la invisibilización.

Otro campo en el que se da esta crisis de modo invisibilizado, pero que seguramente está en el centro del estallido es el de la deuda, el del endeudamiento individual. Y que el estallido y las movilizaciones lo invierte y vuelven visible en su masividad: “Nos deben una vida”.

Sí, totalmente. Cuando fue elegido Piñera escribí un artículo al que titulé “¿Chile giró a la derecha?”, como haciéndome la pregunta. Yo tenía dudas y veía que había ciertos componentes, ciertos factores del neoliberalismo que estaban siendo exitosos. Ahora tendría que revisarlo, porque era un éxito a medias. Escribí algo así como “finalmente el celular y la tarjeta de crédito son los íconos del capitalismo mundial”. Esta es la nueva iconografía y es un mecanismo de cooptación. Aplicaciones que en Chile se fueron multiplicando. Y, por lo tanto, esto constituye un vehículo de movilidad social, configura grupos aspiracionales, abre posibilidades de consumo inimaginables, se empiezan a constituir nuevos imaginarios que tras-

NO HAY PUEBLO EN CHILE CON ALGUNA MANIFESTACIÓN DONDE NO HAYA FLAMEADO LA BANDERA MAPUCHE. RECORRIÓ CHILE DE NORTE A SUR Y ESTÁ EN TODAS LAS MANIFESTACIONES Y ACTOS PÚBLICOS.

cienden a la clase más acomodada, que llegan al mundo popular, como salir de vacaciones afuera del país, de mejorar el auto, hacer arreglos en la casa, etc. Pero este cambio, este capitalismo aggrornado, es sui generis, en el sentido de que convive con una desigualdad muy profunda. A diferencia de la edad de oro del capitalismo europeo, de la posguerra o de Estados Unidos, que es un capitalismo más inclusivo, este es un capitalismo que convive con la desigualdad y produce endeudamiento. Pero no sabía cómo podía procesarse la desigualdad. Y ahí creo que está una de las claves del malestar: cómo me hago cargo de pagar esta deuda.

Y ahí el mejor trabajo lo hizo la Fundación Sol, que explican con cuadros y gráficos cómo se sostiene un país con este nivel de endeudamiento. Se sostiene porque el sistema financiero, en cierta etapa en la que había mucho dinero para prestar, así lo hizo y sometió a todo el mundo a la deuda. Se accedía a bienes a los que hubiera sido imposible acceder solo con el salario o los ingresos; y eso generaba una sensación de mayor bienestar, a pesar de quedar endeudados.

Y ahí comienza lo que en Chile se conoce como la “bicicleta”. Tener varias tarjetas e ir endeudándose con una para pagar la otra. Entonces puedes ir prorrateando la deuda. Pero te la pasas pagando intereses con distintos bancos,

multitiendas. Porque, además, la deuda se constituye en una forma de funcionamiento del capitalismo que compromete a todas las zonas de consumo. Falabella, Almacenes París, las multitiendas, crean sus propios bancos y, por lo tanto, te dan tarjetas. No es solo la tarjeta bancaria clásica, que al principio era un privilegio de las clases medias.

El origen de la riqueza de Piñera está en las tarjetas de crédito. Es él quien masifica en Chile, en los años 80, las tarjetas y se hace rico. Lo va a estudiar a Estados Unidos, vuelve y lo implementa —en el medio hay una historia oscura—, pero esta es la fuente de su riqueza.

Entonces, tienes tarjeta en el supermercado, en la multitienda para comprar la ropa, en la farmacia de la esquina. Tienes tarjeta para todos los sistemas de acceso al consumo. Y acumulas puntos, obtienes ciertos descuentos y entonces vas generando deuda con todos ellos.

Desde el punto de vista del sistema, esto tiene doble ventaja. El riesgo es que en un momento no se pueda pagar. Pero hay estimaciones de que aproximadamente el 50 por ciento de las ganancias del retail se producen, no por lo que venden, sino por los créditos. Y esto en Chile ya tiene 20 o 30 años.

Y lo segundo es que permite una velocidad de circulación del capital inimaginable en otra época. Las grandes tiendas en Chile ya no tienen temporada de invierno y verano, sino que tienen las cuatro estaciones. Pero además tienen fechas emblemáticas: día del padre, de la madre, Halloween, navidad, inicio escolar. Puedes cambiar toda la tienda. Entonces vienen períodos de ofertas. Por ejemplo, en este momento que se suma la crisis más el fin de año, si ustedes quieren comprar algo, están las ofertas 2x1. O sea que te llevas dos productos cuando en diciembre te llevabas uno. Y eso está masificado. Pero además están los descuentos especiales

por cambio de temporada. Y te preguntas ¿cómo están regalando? No, lo que pasa es que están cobrando mucho más que lo que cobraban antes. Pero esto es una incitación, una seducción para el consumo enorme. En este sentido, funciona bien. Combinando tarjeta y celular, están los días en que se vende más barato, cyber Monday, black Friday. Cada vez son más días. Pasajes de avión, heladera nueva, autos, entradas al cine, todo rebajado y vía internet.

Porque viene el segundo proceso: es más barato vender por Internet que en la tienda. Incluso para el consumir, en algún sentido, es más caro porque la empresa dice que tiene más gastos. Tengo que hacer el envío a la casa, entonces tengo costo adicional o tengo que pagar más funcionarios. Entonces mejor que compres y tú mismo retires en la tienda, pero por internet. No necesito funcionarios de tienda. Todo esto en Chile ha funcionado y ha sido un laboratorio. Ya tenemos en los supermercados cajeros automáticos para pagar. Automatización de todo.

Para terminar, ¿cómo ves el proceso constituyente en curso? ¿Se impondrá la fuerza transformadora de la calle? ¿Ves que los campos que caracterizabas arriba tienden a articularse por izquierda?

Como les decía hace un rato, lo que no está resuelto es la representación del mundo social y popular. Porque el viejo sistema de centrales sindicales, de grandes orgánicas impulsadas por los partidos de la izquierda, murió. Eso lo desarticuló la dictadura, no se logra recomponer. Tampoco está el deseo después del fracaso de la Unidad Popular, después de cómo termina la lucha contra la dictadura. Tampoco es visible que la solución sea recomponer ese viejo sistema relacionado con los partidos. Por lo tanto, también hace crisis el sistema de representación vía partidos.

NO ES POSIBLE UNA TELEVISIÓN QUE SOLO EXPRESA A LAS CLASES MEDIAS, DE ROSTROS LINDOS Y FARÁNDULA, QUE NO PROCESA NADA SUSTANTIVO DE LO QUE PASA EN LA SOCIEDAD.

Los socialistas no son los de ayer, el PPD termina siendo funcional al régimen; los comunistas que se hicieron más revolucionarios en los 80 después se sienten abandonados y buscan su ingreso a la Nueva Mayoría; el Frente Amplio nace como una propuesta con grandes aspiraciones y, sin embargo, es muy poco productivo, es mediocre en su funcionamiento político, no genera los liderazgos que se pensaba que podía generar. Entonces, la lógica partidaria de la izquierda está muy cuestionada.

En un momento que sentía más crítica la situación, pensaba que si no tenemos alternativa, tengamos Asamblea Constituyente propia, que es una línea posible, pero no es fácil de constituir. Supone un grado de articulación de los movimientos sociales, sindicales y de asambleas muy importante. Representaría un salto cualitativo enorme de decir: "Mira, vamos a prescindir del sistema político y a generar nuestras propias formas de actuación y representación". Desde mi punto de vista es el ideal de una revolución democrática en Chile, pero estamos lejos de eso, no me engaño.

La presencia del Estado en Chile es muy fuerte. Por lo tanto, no puedes prescindir plenamente de él. El problema es cómo cambias el Estado, cómo modificas las relaciones del Estado. Eso se hace complejo. Por eso hablo del impasse, que a mi juicio no está resuelto. Y en ese sentido, el hecho de que la Cámara, en principio, al menos haya aprobado la paridad, el cupo para los pueblos originarios, es interesante pero habrá que seguir trabajando. Es la posibilidad de ponerle otros contenidos a la Constituyente. Si eso no ocurre, retrocedemos. Pero hay condiciones para que vaya ocurriendo y probablemente los movimientos, los sindicatos, las asambleas van a tener que persistir en el tiempo y mantener alguna forma de autonomía. Ser capaces desde su autonomía de seguir interactuando con el Estado. Mientras no tengamos la posibilidad de fundar un nuevo Estado, que en Chile eso es complejo, pero por lo menos democratizarlo y generar espacios de mayor protagonismo en la propia ciudadanía, hay que seguir avanzando. En eso yo no soy tan negativo. No soy escéptico, me dejo guiar por el espíritu de los más jóvenes.

Lo que pasa es que ahí hay otra temática: así como tenemos problemas en las categorías para comprender las características de estos sucesos, de estos procesos, también en la caracterización de los actores tenemos dificultades. El ambientalismo, el feminismo, los mapuche, son movimientos, en este sentido, nuevos, que están recién impactando en la sociedad. Y que están elaborando categorías, enfoques, miradas sobre la historia de Chile que son muy interesantes. Ahí está la mayor novedad desde el punto de vista intelectual y moral. En un sentido gramsciano, por ahí vienen los componentes de una nueva hegemonía. Estado plurinacional, fin del colonialismo, contra el racismo, el patriarcado, otras relaciones con la naturaleza. Y eso está encarnado por los jóvenes más que en los viejos.



[1] En julio de 2020 se promulgó la ley que permite el retiro del 10% de los fondos de las AFP. Un mes después de aprobada la norma el 85% de los afiliados retiró el monto autorizado por la norma.

AQUÍ
ESTÁ TU
INVASIÓN
"ALIENÍGENA"



Nicolás Toro: “La solución para los presos de la revuelta no es jurídica, es política”

Abogado defensor de presxs políticos de la revuelta e integrante de la Coordinadora 18 de Octubre // Más de 200 personas detenidas en el contexto de la revuelta a la fecha, la mayoría con prisión preventiva y sin causa firme // “La prisión preventiva se volvió un instrumento de represión política destinada a contener todo tipo de disidencia o protesta”.





DOS días después de estallada la revuelta, el presidente Sebastián Piñera le declara la guerra a un “enemigo implacable”: el pueblo chileno movilizado. Los efectos de esta declaración fueron catastróficos. Las muertes se contaron por docenas; los heridos, torturados, mutilados y detenidos se volvieron incontables. La política represiva puesta en marcha fue también, por extrema crueldad, una pedagogía y una amenaza: el riesgo de “poner el cuerpo” y pagar con la vida, o con los ojos.

Una deriva especialmente cruel de esta pedagogía política es la que permitió que en octubre de 2020, luego de un año del estallido, todavía estuvieran presas más de 200 personas, la mayoría con prisión preventiva y sin causa firme. Otras 80 obtuvieron arresto domicilia-

rio, una situación envidiable dado los largos meses de incomunicación pandémica, donde el vínculo con los propios se redujo a una encomienda mensual de un puñado de productos básicos. Luego de meses de encierro, algunos fueron absueltos por falta de pruebas. El puro y recurrente “montaje”, la ausencia de pruebas inculpatorias reales —en la casi totalidad de los casos— evidencia el carácter de castigo político: participar de las protestas tiene sus riesgos.

Fue lo que le pasó a Daniel Morales, de 35 años, y a su sobrino, Benjamín Salazar Morales, de 16, ambos vinculados a la facción antifascista de la Garra Blanca, del club Colo Colo, acusados de planificar el incendio de la estación de metro Pedreros, en la comuna de Macul. Ambos fueron absueltos por

falta de pruebas luego de casi 10 meses de prisión preventiva. Suerte similar tuvieron los hermanos Cristián y Rodrigo Sanhueza acusados sin pruebas de quemar la iglesia San Borja y liberados a mediados de mayo.

Menos suerte tuvo Anderson Rayo, colombiano de 19 años, preso 370 días en el Complejo Penitenciario de Punta Arenas, en el extremo sur del país, por romper un vidrio a palazos en el contexto del estallido. Y mucho peor es la situación de su compañero de celda, Marcelo Mandujano, de 25 años, destacado estudiante de ingeniería de la Universidad de Magallanes cuyo juicio está en curso y no tiene buen pronóstico: el fiscal pidió 11 años de prisión por participar de la quema de una sucursal de la AFP Habitar.

No se trata de si son o no “perejiles”, meros cabeza de turco. La indignación y la rabia son elementos comunes. Y en gran parte de los casos son jóvenes de convicciones firmes e ideas claras, como las de Cristian “Pelao” Briones, de 27 años, preso en el módulo 14 de la cárcel Santiago 1 desde hace más de un año, acusado bajo la Ley de control de armas sin más pruebas que el testimonio de un carabiniero de una comisaría denunciada por abusos y falsificación de pruebas. Se lo considera un “peligro para la sociedad”, una apreciación tan absurda como la condena a 602 días de prisión a Ignacio Solís Carvajal, de 18 años, por grafitear el frente de la Intendencia de Magallanes. La misma caracterización mantuvo en prisión hasta hace unos días a una de las pocas mujeres presas en la cárcel de Santiago 1 a causa del estallido social, Paula Cisternas, de 23 años. Técnica en veterinaria, feminista y vegana, fue detenida junto a su pareja, Álvaro Martínez Barriga, de 26, acusados de intentar incendiar una sucursal del Banco del Estado, en la Avenida Providencia. Fueron reconocidos e inculcados por el cartel con el que ofrecían a la venta su comida vegana. También hay ejemplos de crueldad extrema. Es el caso de José Luis Labra, de 30 años, discapacitado mental que no sabe leer ni escribir, preso con prisión preventiva acusado de daños, saqueo y quema de la Gobernación de Melipilla. Naturalmente, José Luis no se puede defender, pero todos ellos –junto a los cerca de 11.300 personas detenidas y 2.500 encarceladas desde que se desencadenó la revuelta— finalmente, son víctimas de ese maridaje de represión y tortura que es la prisión política.

La gran mayoría de lxs presxs no forman parte de partidos u organizaciones políticas de izquierda, por lo que son sus familias y amigxs los que hacen cargo de la situación. En este contexto, surgen dos organizaciones claves: la Organización de Familiares y Amigos de Presxs Políticxs (OFAPP) y la Coordinadora por la Libertad de los Prisionerxs Políticxs “18 de Octubre”. Estas organizacio-

nes, además de asistir de diversos modos a lxs detenidxs, mantuvieron visible cada vez que pudieron la situación de lxs presxs, política que dio sus frutos en el marco del primer aniversario de la revuelta, cuando el reclamo por la libertad de los presxs políticos se viralizó.

“No son delincuentes, son luchadores sociales”: hoy, la demanda por la liberación de lxs presxs de la revuelta es una demanda central del movimiento social. Apoyados por el Foro Latinoamericano de Derechos Humanos, Familiares y organizaciones impulsan Ley de Amnistía para liberar a presos de la revuelta. La izquierda parlamentaria tomó nota. Convergencia Social, del Frente Amplio, presentó un proyecto de indulto para quienes fueron detenidxs en el contexto del estallido social. Ambas iniciativas alegan el carácter político, más que jurídico, de las detenciones, lo que provocó la reacción el mismo presidente Sebastián Piñera: “En Chile no hay presos políticos”, salió al cruce.

Para tratar de entender la complejidad de la situación conversamos con el abogado Nicolás Toro, compañero del Comité de Defensa del Pueblo “Hermanos Vergara Toledo”, de nutrida experiencia en la defensa de luchadores sociales y abogado de la Coordinadora por la Libertad de los Prisionerxs Políticxs 18 de Octubre¹.

Luego de tanta insistencia en el carácter político de las detenciones, se logró instalar la discusión y visibilizar la situaciones procesal de cerca de 2000 personas que aún están encarceladxs por causas vinculadas a la protesta.

Sí, para la Coordinadora es clave el reconocimiento de la existencia de la prisión política, del carácter político de las detenciones. El uso desproporcionado de la prisión preventiva que se utilizó todo este tiempo para mantener detenidos a los prisioneros y prisioneras de la revuelta solo se explica por el contexto

de social, por el modo en que agudizó la lucha el estallido. La prisión preventiva se vuelve así un instrumento de represión política destinada a contener todo tipo de disidencia o protesta. Es decir, son presos políticos, sufren la prisión por participar de acciones de rechazo al modelo neoliberal en el marco de un estallido social. Es el caso de todos los que por están en prisión preventiva por la ley de control de armas, incendio o disturbios.

Y, de hecho, se les ha aplicado una ley de carácter totalmente político, como es la Ley de Seguridad del Estado, que surgió en 1958 como respuesta a otra rebelión social muy grande que se llamó la Batalla de Santiago, también disparada por el aumento en el pasaje, en ese caso contra el gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez, en 1957, que derivó en un Estado de sitio con militares en la calle –Carlos Ibáñez, entre otras cosas, fue el fundador de Carabineros.

La discusión sobre el carácter de presos políticos es una discusión central, pero nada sencilla de dar. Sucede que a diferencia de otros ciclos de luchas, con mayor presencia de organizaciones, hoy esa discusión se da con los familiares, con las organizaciones sociales. El reconocimiento como presos y presas políticos es una reivindicación central, una conquista que se consigue por medio de la movilización, y que tiene claros efectos políticos, como la amnistía o el indulto. En términos legales no hay muchas diferencias porque el Estado nunca ha reconocido ni va a reconocer la prisión política. En los distintos momentos históricos, siempre ha sido el pueblo organizado el que ha forzado al Estado a reconocerla. Eso pasó en los 90, tanto con los detenidos de las organizaciones que lucharon contra la dictadura, como en los 80 con los detenidos del pueblo mapuche.

Hasta el año 2004, por lo menos en Santiago, había módulos de prisioneros políticos. Luego, la clase política dio por “terminado” el conflicto armado con



LA GRAN MAYORÍA DE LXS PRESXS NO INTEGRAN PARTIDOS U ORGANIZACIONES POLÍTICAS DE IZQUIERDA, POR LO QUE SON SUS FAMILIAS Y AMIGXS LOS QUE HACEN CARGO DE LA SITUACIÓN.

la última camada de gente que salió en 2004, 2005 y eliminaron esos módulos. Justamente, desde el estallido se retomó esa figura de la prisión política y una serie de cuestiones que el Estado chileno se ve forzado a reconocer por la propia presión de la organización, como la existencia de módulos de presos y presas políticas. Éste es el caso de las prisiones que están en ciudades, porque en las zonas más rurales, como la cárcel de Angol, o en Temuco, ahí sí la prisión política se reconoce desde el 98 en adelante. Y hay módulos especiales para los prisioneros y prisioneras políticas mapuche.

En la caracterización de presos y presas políticas está, por un lado, la interpelación al Estado, pero también implica un proceso de autoreconocimiento de quienes están presos, de asumir ese lugar, algo que no necesariamente es evidente.

Sí, es así, de hecho se fue dando todo un proceso de reconocerse y de luchar por sus derechos como prisioneros políticos. Están en una situación difícil, pero de

a poco se han ido organizando y ya han podido, de alguna manera, ir conquistando espacios. Pero va a ser una tarea larga. Porque también los prisioneros políticos y prisioneras hoy en día están en dinámicas distintas al período anterior. En el período anterior, la camada grande de prisioneros y prisioneras políticas eran de organizaciones monolíticas, que tenían determinadas estructuras que les permitían actuar, moverse en un campo de reglas que ellos mismos habían establecido. En este caso, no. Aquí hay un montón de individualidades, afinidades, que se han sumado a este proceso insurgente y que traen nuevas dinámicas. Dinámicas que enriquecen la lucha de los prisioneros y prisioneras políticas, pero que también implican ciertas debilidades, como la falta de organización. Pero ahí están, luchando por sus derechos, peleando por su reconocimiento. Algunos son veganos, veganas. Otros vienen de distinta ideología, afinidades, y de a poquito han ido ganando espacio.

Decís que la prisión preventiva funciona hoy en Chile con un carácter contra-insurgente, infundiendo el

miedo, castigando y desestimulando la protesta social, ¿hasta cuándo los pueden tener presos en esas condiciones?

Bastante, porque la prisión preventiva está vinculada a los fines de la investigación, ese es el supuesto: te dejan en cana para que puedan investigar sin que entorpezcas. Eso es lo que dice el Código Procesal Penal. Pero en lo concreto, la prisión preventiva dura hasta que haya antecedentes que justifiquen su cambio. Y ahí se alargan mucho más que la investigación. De hecho, muchas veces se alarga hasta la condena. Y cuando sale la condena sólo se cambia de módulo a la persona. Esto va para largo. Como abogado, y teniendo varios casos antiguos, te diría que aquí la solución no es jurídica, aquí la solución es política. El problema es político y requiere una solución política. No pueden aguantar tener a tantos prisioneros y prisioneras políticas. En los años 90, de hecho, se hizo una ley específica para que salieran los presos políticos —que por las condenas que tenían no iban a salir nunca. La mayoría de los presos de los años 80 y 90 estaban condenados por la justicia militar; condenados por la Ley Antiterrorista. Y ahí hubo una solución política. Siempre la prisión política ha tenido que solucionarse por una vía política. Esta es una de las discusiones centrales que proponemos como Coordinadora en nuestra lucha por la libertad de los compañeros y compañeras. Por que si solo es la vía jurídica, si a estas personas se las condena, las van a condenar a quince años y o más, incluso.

Como les decía, muchas de las prisiones preventivas se sustentan en la famosa Ley de Seguridad del Estado. Esta ley busca evitar y criminalizar los alzamientos, las rebeliones, entonces, los castiga con penas muy altas. Esa es la ley invocada el 18 de octubre de 2019, en medio del estallido, por el ministro del Interior de Piñera, Andrés Chadwick. Bajo esa ley se le aplicó la prisión preventiva a los chiquillos del Movimiento Juvenil Lautaro (MAPU) y

al profesor de matemáticas que rompió el torniquete, Roberto Campos. El caso de los tres chicos del MAPU es emblemático, porque ahí la prisión preventiva se ocupó absolutamente con criterios políticos. Esos delitos jamás van a llevar a una condena con prisión efectiva. Jamás. Es el ejemplo más burdo de que la prisión preventiva es un castigo. Nosotros lo planteamos ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que luego, en un declaración, se mostró preocupada por la situación de los presos políticos.

También está la Ley Antiterrorista, que es de 1984, que fue parte de Doctrina de la Seguridad Nacional de la dictadura chilena. Y también la Ley de Control de Armas, una ley clave que se ha ido modificando gobierno a gobierno para contrarrestar una forma de expresión política radical que es la violencia política. Entonces, efectivamente existe una batería de leyes que, a la larga, tienen un carácter absolutamente contrainsurgente. Y es en ese marco que se ha aplicado la prisión preventiva de manera absolutamente desproporcionada para dejar a la gente detenida. Es decir, funciona como un castigo y, por ende, tiene un carácter político.

¿Qué otros mecanismos hay, además de la prisión preventiva, para criminalizar la protesta social?

Hay un montón de “irregularidades”, podríamos decir. Pero, primero, no hay que olvidar que ni bien se produjo el estallido, el Presidente de la República publica tres decretos el sábado 19 de octubre de 2019 en el Diario Oficial en los que se declara el “Estado de excepción constitucional de emergencia”. Lo que significa algo muy grave: básicamente, que se restringen las garantías fundamentales, los derechos humanos. Y es sobre esa declaración que se decreta el toque de queda, que restringe la circulación nocturna y saca a los militares a la calle. En ese marco fue que se comenzó a detener a toda la gente que circulaba

por la ciudad por vulnerar el toque de queda. Cientos de detenciones ilegales con intención de castigar y desactivar las protestas, de ahí su evidente carácter político. ¿Por qué ilegales? Porque bajo la normativa vigente, vulnerar el toque de queda es una falta, no un delito. Una falta que si bien no habilita a tomar detenidas a las personas, se lo utilizó como mecanismo de detención arbitraria de la gente, para llevarla a lugares no habilitados y cometer toda una serie de delitos muy graves, desde torturas hasta violaciones. Y esa misma legalidad, luego, se ha torcido hacia ellos mismos, porque surgieron un montón de querrelas e investigaciones en torno de estas vulneraciones a los derechos humanos. En suma, son viejas herramientas que el Estado chileno siempre ha tenido, pero que en momentos de crisis las vuelve a usar.

Ya que el estado tiene esa batería de leyes para criminalizar la protesta social, ¿qué figuras legales existen que permiten contrarrestar esa avanzada represiva?

Por más que existan muchos mecanismos legales que posibiliten esta situación, Chile es parte del Sistema Interamericano de Derechos Humanos y, por lo tanto, le cabe aplicar toda la normativa de la Convención Interamericana de Derechos Humanos y sus mecanismos de control. Eso quiere decir que la Comisión Interamericana y la Corte Interamericana son competentes para intervenir en situaciones como la que está viviendo Chile hoy en día.

El Estado chileno y los capitales a los que representa, no van a dar respuesta al problema de la violación sistemática de derechos humanos a la que estamos sometidos las chilenas y los chilenos, y en particular aquellos que están presos. Probablemente sea el Sistema Interamericano el que permita, a la larga, condenar al Estado chileno por todas estas violaciones de derechos humanos. De hecho, los tribunales en Chile tienen la facultad de aplicar directamente los

criterios del Sistema Interamericano, que se llama “control de convencionalidad”. En Argentina es muy conocido porque ahí se ha aplicado más.

No obstante, nosotros también tenemos una ley, que es la ley 20.357, que aprueba el Estatuto de la Corte Penal Internacional de Roma. Y esto nos permitió interponer una querrela por delitos de lesa humanidad en contra del Presidente de la República y de los altos mandos militares y policiales que resulten responsables. Ese es otro mecanismo que estamos utilizando para que, a la larga, se condenen como violadores de derechos humanos a las autoridades civiles y militares responsables. Y eso es muy interesante porque hoy lo que pasa en Chile es fundamental para fijar el estándar de lo que son las violaciones masivas de derechos humanos en América Latina. Nosotros estábamos acostumbrados a la época en que un General llamaba por teléfono y decía: “Mátenlos a todos”. Hoy no es ese el estándar. El estándar es otro y es el que se tiene que aplicar. No es admisible que sabiendo que existen vulneraciones generalizadas a los derechos humanos de la población, las autoridades civiles o militares no hacen nada para impedirlo, creando las condiciones para que esto suceda. Ese es el estándar que se tiene que manejar y con ese estándar nosotros creemos que se podría condenar perfectamente a Sebastián Piñera y también a los altos militares.

Presentamos una querrela el 4 de noviembre, a dos semanas del estallido, cuando todavía estábamos en Estado de emergencia. Fue cuando nos dimos cuenta de que ya había un patrón de ataque generalizado a la población civil. Ya distintos organismos competentes estaban señalando que las vulneraciones de derechos humanos eran atroces y el Estado no estaba haciendo nada. Por ejemplo, a la primera semana se le avisó a todas las autoridades civiles y militares que había personas con estallido del globo ocular. Después, la otra semana

les dijeron que se habían duplicado, triplicado, y así todas las semanas. ¿A qué llevó eso? A la crisis oftalmológica más grande de la historia. Más de cuatrocientas personas tienen daños oculares, algunos con pérdida total, por perdigones, golpes o uso de bombas lacrimógenas. La comparación más efectiva que se puede hacer es que en Palestina, en veintisiete años de conflicto muy grave, se dañó menor cantidad de gente. Esto muestra que el estándar de vulneración de derechos humanos en Chile es muy alto y que, efectivamente, tiene que haber responsabilidad de las autoridades. Pero esto es solo un ejemplo, hay muchos otros hechos que permiten hablar de delitos de lesa humanidad. No son casos particulares: son un montón los casos que demuestran un patrón común de conducta del Estado, sea generalizada o sistemática —hay una discusión ahí, en campo del derecho, sobre el término. Pero lo que sin duda hay es una responsabilidad de las autoridades que no impidieron toda esta cantidad de casos atroces.

Carabineros no es para nada autónomo. Responde al Ministerio del Interior. Y si responde al Ministerio del Interior, responde a su vez a la presidencia. Por eso hay una responsabilidad directa del presidente sobre el actuar de las policías y las fuerzas militares. Recordemos que el presidente dijo que Chile estaba en guerra. Y utilizó la lógica del “enemigo interno”. Fíjense que es la misma lógica de la Doctrina de la Seguridad Nacional que usaron las dictaduras latinoamericanas, y en particular la de Pinochet, para justamente fijar un enemigo interno. ¿Qué es lo que esperaba que pasase cuando les dijo a las tropas militares que estaban en guerra? Activó la lógica del aniquilamiento. Eso es lo que hizo Piñera y de eso es responsable. Y no solo políticamente, también hay una responsabilidad jurídica concreta que se debería pagar con cárcel.

¿Y creés que pueden ser eficaces estas políticas represivas para desalentar las protestas?

Desde hace ya bastante tiempo vienen endureciendo las políticas represivas a partir de algunas leyes, no solo las leyes anticapucha o antibarricada, sino también en la ley de Control de Armas, que criminaliza el uso de la molotov. Pero así y todo, la molotov goza de buena salud en Chile. Es decir, han hecho lo imposible para que la gente que toma una molotov sea detenida; pero igual la gente pelea. Quizá, porque a la larga, la gente sabe que el camino de la confrontación directa es lo único que ha logrado algo en este país. El Código del Trabajo en Chile, de los años 30, se logró a través de tremendas huelgas obreras. Sin esas huelgas jamás hubiera existido el Código del Trabajo, jamás hubiera existido legislación laboral. Y así se da en distintas cosas. Obviamente, hay sectores más pacifistas, pero pareciera difícil conquistar realmente derechos económicos, sociales y culturales evitando la confrontación.

El alcance de las leyes represivas hoy es limitado. Porque a pesar de la vulneración de derechos humanos, de la prisión política, la protesta sigue. Los primeros días después del estallido la gente gritaba algo muy lindo, decía: “Se acabaron los esclavos”. Como si fuera una determinación del pueblo chileno que se lleva adelante con leyes represivas, con militares, con lo que sea. Porque aquí se está jugando algo histórico. Chile es el experimento de los norteamericanos en su política neoliberal. En otros países se intentaron, pero no se logró hacer de manera tan tajante como fue en Chile. Nuestro país fue el primero que sufrió las reformas neoliberales en América Latina, las más drásticas. “Los jaguares latinoamericanos”, nos decían, ¡puras mentiras! Las reformas neoliberales han llevado a que Chile sea unos de los países más desiguales de América Latina. Son políticas que llevan, ineludiblemente, al trabajo precario, al abuso, a la acumulación de capital y de poder en pocas personas. Si nosotros, como pueblo, estamos rompiendo esas cadenas, es un mensaje muy fuerte para lo que pase en

el resto de América Latina. Porque no hay otro camino, como suele decirse: “Mientras haya miseria, va a haber rebelión”.

Otro elemento de esta maquinaria represiva son los servicios de inteligencia, ¿qué rol jugaron durante la revuelta?

Los equipos de inteligencia en Chile están absolutamente desprestigiados, sobre todo el de Carabineros. ¿Por qué? Porque se han acostumbrado al montaje, tal como ya se comprobó en muchos casos, incluso hay gente condenada por eso. El último y más conocido caso de montaje por parte de Carabineros fue la Operación Huracán, hecha a fines del 2017 para detener a comuneros mapuche de la Coordinadora Arauco-Malleco (CAM). Yo fui abogado defensor en esa causa, en el control de detención. Ahí derechamente se implantaron pruebas, se crearon mensajes de WhatsApp que nunca existieron. Uno de los acusados de mandar mensajes ni siquiera tenía la aplicación en su teléfono. Esa es una muestra de cómo actúan los servicios de inteligencia en Chile, que están acostumbrados al montaje y están acostumbrados también a la lógica del enemigo interno. Y eso es en parte se debe a que en nuestro país nunca hubo una justicia real en materia de todo lo que pasó en derechos humanos durante la dictadura. En Chile, si bien se han condenado a algunas personas, solo ha sido a los cuerpos más brutales y represivos del ejército y de las fuerzas policiales. Pero, la mayoría, quedó sin responsabilidad alguna. Entonces, lo que no se hizo antes, rebota hoy día.

¿Cuál es la influencia de la acción directa o la insurgencia en la revuelta y de las luchas del pasado?

Hay pedazos de la tradición insurgente en la revuelta de octubre del 19. Hay una memoria social muy fuerte, sobre todo en las poblaciones. Pienso en La Pincoya, que es una población emblemática de resistencia. Cuando se produce la crisis —el día 18 de octubre—,

al día siguiente se activa una Asamblea Popular de La Pincoya y arman las ollas comunes. ¿Qué son las ollas comunes? Son un espacio de resistencia en los pobladores donde almuerzan, se dan la comida en conjunto para afrontar los momentos de crisis. Entonces hay una memoria de la resistencia popular. Y esa memoria de la resistencia popular es una combinación de experiencia militante en distintos niveles. Desde el ayudista de una organización revolucionaria hasta el militante activo. La milicia es una tradición muy larga.

En Chile se produjo un quiebre histórico en el año 83, que fue el de la Juventud Combatiente. Por eso existe el día del Joven y la Joven Combatiente, que es el 29 de marzo. Y eso nunca paró: hoy día el 29 de marzo es un día de combate; un escenario de combate, principalmente, de la juventud popular. Una juventud popular que recuerda a los hermanos Vergara Toledo, pero que es una continuidad en la historia. Luisa Toledo —que es la mamá de los chiquillos, que todavía está viva y es una tremenda mujer— siempre dice: “El 29 ya no son mis hijos, también son Matías Catrileo, asesinado en el año 2008, Alex Lemun, asesinado en 2002, y un montón de gente más”. Hay una memoria de la resistencia, y en eso un poco hay la influencia de lo que es la subversión en aquellos años.

Actualmente ese mundo popular resistente es algo mucho más heterogéneo, con nuevos aprendizajes que vienen del mundo indígena, del mundo feminista, anarquista, marxista. Hay un cúmulo de experiencias muy ricas que tienen que ver con la memoria de la lucha insurgente en Chile. Incluso, si hoy uno mira la primera línea, no solo se ve mucha capacidad de combate, sino también mucha capacidad de organización y mucha inteligencia a la hora de distribuir roles. Es una memoria histórica de las juventudes populares que se activa. Hay una memoria fuerte que trasciende varias generaciones.

Otro ejemplo: cuando asesinaron a Camilo Catrillanca, en noviembre de 2018, Santiago se incendió. Fue un escenario de combate muy fuerte, se quemaron micros. Fue la advertencia que la burguesía no acogió. El movimiento popular le dijo a la burguesía: “Ojo que nosotros sabemos pelear y que estamos dispuestos a todo”. No escucharon y un año más tarde, todo estalló. Hay una memoria muy fuerte de esas luchas, de esos escenarios de resistencia. El 2011 también fue un escenario de confrontación muy fuerte. El 2006, también. Y desde el 98 en adelante, el pueblo mapuche no ha parado de luchar por la recuperación de sus tierras, de sus fundos; y por el ejercicio de la autonomía. Es una dinámica en la que no se gana con elecciones, sino con la acción directa.

Dicho esto, no creo que la acción directa, incluso la violencia, sea una opción que el pueblo chileno haya tomado; no es que sea un pueblo per se violento. A nadie le gusta eso. Pero acá el Estado neoliberal nunca ha querido ceder una coma de sus privilegios. Ninguna coma estas siete familias que gobiernan a Chile. Entonces por eso han también dado el escenario para que el pueblo entienda que la forma de conquistar derechos es con la insurgencia. Y por eso el movimiento popular hoy día en Chile goza de tan buena salud. Porque tiene claro quiénes son sus enemigos y quiénes son sus amigos.

Y en términos sindicales, ¿hay alguna expresión más combativa, más radical que la CUT, que pueda ser una fuerza con peso?

La CUT responde a los partidos tradicionales de la izquierda en Chile (el Partido Comunista y el Partido Socialista), que tienen un nivel de incidencia bajísimo en este movimiento social y popular muy heterogéneo, que incluye a trabajadores y trabajadoras precarizadas, cesantes, estudiantes. Y la incidencia de la CUT sobre ese mundo es casi nula,

más bien ha estado bastante al margen de todo este proceso, no ha tenido ningún protagonismo. Al mismo tiempo, hay otras expresiones sindicales que intentan buscar una nuevas formas. La Central Clasista de Trabajadores y Trabajadoras es un ejemplo, pero todavía es bien tenue. Algo similar pasó con el proceso de rebelión de los años 80, en el que tampoco tuvo mucho protagonismo el sindicalismo.

Porque las organizaciones sindicales suelen estar amarradas a cierta legalidad que en estos procesos insurgentes no siempre te acomoda. O sea, para poder desplegar una política más confrontacional, se necesita no estar amarrado por toda una serie de intereses vinculados al status quo. Y lo mismo sucede con muchos de los partidos políticos de izquierda. Cuando Rosa Luxemburgo oponía “reforma” a “revolución”, suponía que había condiciones para ser reformista, para hacer reformas sociales en el capitalismo. Pero acá, en Chile, el reformismo se acabó con Salvador Allende. Luego del golpe, las fuerzas políticas e institucionales han girado más en sintonía con un Estado neoliberal. El Partido Socialista, por ejemplo, es un partido que tiene acciones en las autopistas. Y tiene un montón de intereses en común con los sectores privilegiados de este país. El Partido Comunista ha tenido una base social más popular, pero su estrategia política es horrible y termina convalidando y legitimando el Chile neoliberal que predomina desde la dictadura. Estos sectores progresistas fueron completamente cooptados por los sectores dominantes. Lo que permite entender por qué el estallido en Chile tuvo estas características un poco insurreccionales o de sublevación: porque se vació el camino reformista.

Y se vació por la potencia de la revolución neoliberal en los años 80. Pero también se vació porque los sectores de izquierda decidieron optar por





Gentileza de Nicolás Toro

buscar puestitos muy chiquititos en el Parlamento para terminar siendo meros títeres del poder económico. Por eso hoy día todos los impugnan. Algo muy parecido pasó con el Frente Amplio. El punto es que no se legitimó, después de Salvador Allende, alguna vía institucional en Chile como para hacer reformas. Y eso es muy característico de lo que pasa hoy día. Y no digo en términos ideológicos, sino bien concretos: legislaciones que mejores la educación o la salud, o que regulen la estafa que son las AFP.

Hay una tradición anarquista en Chile como también hay una tradición marxista revolucionaria que no se ha ido por los caminos institucionales. A mí me interesa especialmente esa la tradición rojinegra, la tradición mirista en Chile. Y el mirismo plantea el tema del poder popular. Y el poder popular se parece mucho al lenguaje anarquista, en el sentido de que ve el protagonismo del pueblo, en sus organizaciones de base, y lo ve como uno de los elementos centrales dentro de su estrategia política revolucionaria. El mirismo, el lautarismo, incluso el anarquismo, confluyen en este momento. No hay una dirección del movimiento popular en Chile, no hay un grupo que pueda adjudicarse jamás este proceso. Son varios grupos que están confluyendo acá que están de acuerdo con una idea central: no es el Estado el que va a solucionar los problemas, el proyecto político hay que abordarlo desde otra forma. Por eso existen asambleas populares tan fuertes. Quines nos inscribimos en una tradición más

rojinegra creemos que ese es el camino para el ejercicio del poder popular. O el doble poder, como planteo el Roby Santucho en algún momento para la Argentina. Varios de nosotros somos admiradores de Santucho y lo que fue el experimento del PRT y el ERP. El PRT además era hermano del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile. Miguel Enríquez se escribía mucho con Santucho y eran parte también de la Junta Revolucionaria del Cono Sur -algo así creo que se llamaba- que respondía también a distintas organizaciones. Entonces esa tradición marxista es una tradición que también confió en el protagonismo del pueblo. Y ahí hay dinámicas que existen y que hoy día también confluyen con sectores anarquistas y otros más.

Una tradición, en ese sentido, la encarna hoy el movimiento feminista en Chile, que ha sido fundamental en todo este proceso. No solamente porque ha permitido cuestionar a la misma izquierda, sino porque sus demandas son absolutamente justas y chocan con este modelo. Un modelo que precariza a todo el mundo, pero que en el caso de las mujeres las precariza dos veces. Y de maneras más brutales. ¿Quién puede estar en desacuerdo con esto?

Entonces, la fuerza del movimiento feminista es muy importante. Pienso en Las Tesis, para mencionar a un grupo que apareció e impulsó la revuelta. “El violador eres tú”, impugna la masculinidad, pero remite al himno de Carabineros. He hicieron miles de cosas

SIEMPRE LA PRISIÓN POLÍTICA HA TENIDO QUE SOLUCIONARSE POR UNA VÍA POLÍTICA. POR QUE SI SOLO ES LA VÍA JURÍDICA, A ESTAS PERSONAS LAS VAN A CONDENAR A QUINCE AÑOS O MÁS.

que no han salido en la prensa, pero que fueron muy significativas. Por ejemplo cuando rodearon la comisaría de Villa Francia. La comisaría de Villa Francia está acostumbrada a pelear en escenarios duros, porque ahí es donde vive una de las poblaciones más combativas de Chile. Ahí se hizo un acto feminista de Las Tesis, hicieron su presentación rodeando la comisaría. Los otros pacos estaban adentro, cobardes, ni salieron. Estaba Luisa Toledo, también, ella vivió en Villa Francia toda su vida. Y lo mismo se repitió en otras partes, en muchas poblaciones.



[1] Entre otros casos, Nicolás Toro fue uno de los abogados de los ocho comuneros mapuches imputados por el delito de “asociación ilícita terrorista”, la famosamente montada Operación Huracán (causa de que fueron sobreesidos los comuneros e imputados los carabineros por la implantación de pruebas falsas). Es, también, el abogado defensor del último preso político que queda del ciclo de luchas contra la dictadura, Mauricio Hernández Norambuena, el “comandante Ramiro”, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Y también representó a los ex voceros de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES), Ayelén Salgado y Víctor Chanfreau en la querrela por las amenazas de muerte recibidas.

Fernando Pairican: “El 18 hubo una conquista de la barbarie sobre la ciudad ilustrada”

Historiador e investigador mapuche // Una larga lucha actualizada en la revuelta // La Wenüfoye y la guerra a los símbolos coloniales// Una constituyente, varias estrategias // “Abrir la puerta al ingreso de los mapuche con pensamiento autonomista al interior del sistema político criollo, es habilitar un viento que puede convertirse en unos años más en un temporal que lleve a debatir la descolonización, no solo como concepto teórico, sino también en relación al poder político”.

FERNANDO Pairican Padilla¹ es historiador mapuche. Nació en Santiago en 1984. Su abuelo llegó a la ciudad capital proveniente del sector Latas en las cercanías de Osorno, al sur de Chile. Su padre es profesor jubilado y su madre es docente. En idioma mapuche, estrictamente, sería un xampurria [mestizo]. Este concepto durante mucho tiempo fue repudiado dentro de la propia comunidad, pero luego se resignificó en la idea de un mestizaje que reconoce las múltiples y variadas historias que constituyen el ser mapuche.

Desde muy joven se interesó por la historia de sus antepasados y en los 2000 formó parte de la agrupación mapuche Kilapan, una red de apoyo al movimiento por la autodeterminación que se desarrollaba en Wallmapu, en ese tiempo encabezado por la Coordinadora de Comunidades en Conflicto. De esa experiencia surgió su primer libro Malón. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013 (Pehuén Editores, 2014). La rebelión del movimiento mapuche y sus vínculos con el movimiento autonomista lo llevaron a escribir su segundo libro: La biografía de Matías

to de la revuelta y fortalecido con el reciente triunfo del “Apruebo”, pone en tensión visiones históricas y divergentes dentro del mundo mapuche. La de organizaciones e intelectuales que demandan un Estado Plurinacional e Intercultural y el reconocimiento de los derechos colectivos, la de aquellos sectores que proponen la autoderminación de facto o desde abajo –especialmente la Coordinadora Arauco Malleco y el movimiento rupturista. En tercer lugar, los alcaldes mapuche –de 6 municipios– que plantean luchar desde dentro de la institucionalidad, y un cuarto sector, representado por militantes mapuche que están dentro de los partidos políticos chilenos, de izquierda y de derecha, y canalizan sus demandas por esta vía pero niegan el reconocimiento de los derechos de los pueblos originarios. Para Pairican “si bien no todos comparten el actual proceso constituyente, la coyuntura abre la posibilidad de avanzar. O como dice Adolfo Millabur, que es el alcalde mapuche de Tirúa: ‘Correr el cerco de lo posible’. Desde ahí planteamos la formación de un Estado Plurinacional como un horizonte intercultural que se abre. Este proceso puede

Catrileo (Pehuén Editores, 2017). En Toqui: guerra y tradición en el siglo XIX (Pehuén Editores), su tercer libro, profundiza sobre la coerción del Estado y las dificultades del proceso político de ese período.

Pairican explica que la lucha del pueblo mapuche es, para las nuevas generaciones, la referencia política más cercana de los últimos años (junto con la de los estudiantes). El estallido reactualizó esa lucha y al mismo tiempo dotó de un nuevo sentido el “ser mapuche”. Hoy muchos de quienes están en la “primera línea” de combate contra la policía son jóvenes mapuche de los suburbios de la ciudad [mapurbes] que toman la idea del guerrero, una figura compleja que obliga a hacerse algunas preguntas, por ejemplo: cómo esa figura estereotipada del hombre fuerte y musculoso se encuentra con un movimiento antipatriarcal como el feminista. Otro rasgo de la fuerte presencia de lo mapuche en la revuelta es el uso de la bandera Wenüfoye.

El proceso de debate en torno al cambio constitucional, reabierto en el contex-





permitirnos resquebrajar las trabas que nos han puesto para decidir sobre nuestros propios intereses”.

LA NUEVA COYUNTURA Y EL CERCO DE LO POSIBLE

Lo que nosotros hemos analizado, como mapuche, es que estamos ante una “coyuntura histórica”, con todo el peso que tiene este concepto en la historiografía. Esta coyuntura tiene distintos ritmos. Enlaza con años de lucha, pero a la vez tiene una salida más o menos inmediata, que tiene que ver con el proceso que abre el referéndum y con la posibilidad de tener una nueva Constitución. Lo que es muy interesante, porque los cambios constitucionales en la historia de Chile fueron siempre muy lentos y propiciados bajo regímenes de excepción a través del Ejército. En cierta medida ha sido el Ejército de Chile el fundador y refundador de las constituciones a lo largo de la historia, más que la sociedad civil. Por eso es un hecho histórico este proceso abierto por un movimiento civil que ha forzado a impulsar una nueva Constitución, como un horizonte político, a pesar de las distintas trabas que ponen los opositores a los derechos colectivos, en especial los conservadores.

Un grupo de académicos y académicas, dirigentes locales, artistas, activistas políticos, decidimos en este contexto escribir un libro que se titula *Wallmapu plurinacionalidad y nueva Constitución?* para dotar de contenidos este momento

político e iniciar el resquebrajamiento del viejo orden. Por eso siento que es muy importante este proceso para el pueblo mapuche y para los pueblos indígenas en general. Resquebrajar las trabas que nos han puesto para decidir sobre nuestros propios intereses.

En la práctica, lo único que tenemos es una ley Indígena promulgada en 1993, que crea la CONADI (la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena), una anhelada construcción política por parte del movimiento indígena antidictadura. A juicio de esa generación de dirigentes, la nueva normativa protegería y empoderaría a las naciones originarias. En ese ámbito tuvieron razón, hubo un cambio social y cultural, sin embargo, en la arena de los derechos políticos no fue factible, y comenzó a ser percibido por el movimiento autonomista como un mero instrumento de asimilación de los pueblos indígenas al Estado chileno. Esto se reforzaba con la continuidad de la violencia racial como dan cuenta la memoria de algunos de sus integrantes. Ser mapuche en los 90 seguía implicando estar sometido a un nivel de violencia social y simbólica bajo la categoría racial de indio. Recuerdo, cuando era niño, cómo docentes me discriminaron en la escuela por ser mapuche. Eso comenzó a modificarse, aunque siguen presentes algunos actos de discriminación en las escuelas rurales, como lo cuentan algunos y algunas jóvenes que uno va conociendo en este camino.

Todo esto fue conformando un movimiento mapuche crítico y desconfiado de los canales institucionales y del Estado. Ha sido difícil reconciliar a los miembros del movimiento con la institucionalidad. Y aquello se acrecienta con algo que, en efecto, plantean algunos de sus integrantes: las luchas que ha desarrollado el movimiento por fuera de la institucionalidad son las que han permitido que se hable de derechos interculturales, plurinacionales y sobre todo de la autodeterminación, que es el objetivo político. Esa lucha por fuera de la institucionalidad ha forzado a los mapuche que están en los partidos tradicionales chilenos a tomar una posición política ante la insurgencia del movimiento. Puedes tener hoy a una gama de miembros del pueblo mapuche compartiendo el ideario que el movimiento mapuche planteó. Creo factible hablar de la existencia de un movimiento nacionalista.

Si bien no todos comparten el actual proceso constituyente, la coyuntura abre la posibilidad de avanzar. O como dice Adolfo Millabur, que es el alcalde mapuche de Tirúa: “Correr el cerco de lo posible”. Desde ahí planteamos la formación de un Estado Plurinacional como un horizonte intercultural para avanzar y no cerrar la discusión sobre sí misma. La plurinacionalidad es articular las diferencias y canalizarlas en un punto de convergencia para continuar por la lucha de los derechos fundamentales: la autodeterminación. Los que piensan



LAS LUCHAS QUE HA DESARROLLADO EL MOVIMIENTO POR FUERA DE LA INSTITUCIONALIDAD SON LAS QUE HAN PERMITIDO QUE SE HABLE DE DERECHOS INTERCULTURALES, PLURINACIONALES Y SOBRE TODO DE LA AUTODETERMINACIÓN, QUE ES EL OBJETIVO POLÍTICO.

que el derecho de autodeterminación se domestica por la plurinacionalidad no creen en la capacidad política de nuestro pueblo.

Cuando concluí *Toqui: Guerra y Tradición en el siglo XIX* me dí cuenta que el Mañilwenü unía en su quehacer el pragmatismo político, el diálogo y la resistencia armada. Ésta última, una vez que se agotaba la palabra o sobre todo, como sucedió en el siglo XIX, cuando esa palabra empeñada no era respetada. De ahí que wingka como concepto también se resignifica por los y las mapuche como persona que no cumple su palabra.

UNA NACIÓN, DISTINTAS ESTRATEGIAS

Las naciones originarias reconocidas por el Estado chileno son siete. La más importante en términos poblacionales es la nación mapuche, que está compuesta por 1.800.000 personas –sobre 17 millones que es el total de la población chilena. Una cantidad importante de esta población mapuche habita en Santiago. Entonces, hay una concentración de población mapuche en la capital

que lleva a que escritores, como el poeta David Aníñir, hablen de “mapurbe”, la unión entre mapu y urbanidad. Esa realidad también debe ser considerada por todo movimiento que aspira a sostener la liberación nacional, la autonomía y la autodeterminación. Debemos tener una política creativa para dar espacio al mapuche de Wallmapu y el que habita en la diáspora de nuestro país mapuche.

La conquista de nuestros derechos puede avanzar desde afuera y desde adentro, en un Estado garante de los derechos indígenas. De esa dialéctica, los alcaldes mapuche tomaron la decisión de plantear el Estado Plurinacional y la Identidad Territorial Lafquenche. El concepto es una óptica en torno a la interculturalidad, porque creemos que el problema de la ausencia de educación, en relación a los derechos indígenas, lo porta la sociedad chilena en general. Pese a esto, existe un apoyo. Esto se debe a que la sociedad chilena asume que hay una deuda histórica. Pero creemos que es preciso desarrollar –en el marco del proceso constituyente– la discusión sobre la necesidad de un Estado Plurinacional e intercultural que permita dismantelar

las nociones colonialistas a partir de las cuales la sociedad chilena piensa y trata al pueblo mapuche, y a través de estas propuestas del pueblo mapuche suscribir al resto de las naciones originarias y migrantes en el país, como es el caso de la migración del Perú y Ecuador. Un Estado Plurinacional permitiría unir las variables para un nuevo proceso político y la nueva Constitución cumple un rol trascendental en este proceso.

Sin embargo, este no es un debate zanjado en el mundo mapuche. Hay discrepancias, tensiones creativas, con un sector mapuche que no va a participar de este proceso: me refiero al sector vinculado a la Coordinadora Arauco Malleco y al movimiento rupturista. Ellos han sido los elaboradores de lo que se denominó la autonomía desde abajo, suscrito a las experiencias de control territorial. Aucán Huilcamán, líder y vocero del Consejo de Todas las Tierras, una organización mapuche que nació en 1990, ha dicho que la plurinacionalidad domestica los derechos fundamentales de las naciones originarias y que es un impedimento para conquistar los derechos colectivos. Proponen la autode-



terminación de facto, lo que en Malón denomino la autonomía “desde abajo”.

Una tercera vía son los alcaldes mapuche, que en la práctica son 6 municipios gobernados de forma plurinacional. Sostienen la necesidad de insertarse en el proceso constituyente, luchar desde la institucionalidad. Una cuarta vía de entrada a este proceso estaría compuesta por militantes mapuche que están dentro de los partidos políticos chilenos: la Democracia Cristiana, el Partido Socialista de Chile, el Partido Comunista, incluso en Evópolis, un nuevo partido de derecha que desea ser la refundación de este bloque político. Ellos han sostenido que debe existir una nueva Constitución, pero se niegan a reconocer derechos de pueblos originarios, pese a que usan el ejemplo Maorí de Nueva Zelanda para sostener algunas nociones en relación a los pueblos originarios.

El ejemplo Maorí es interesante, pero ni los mapuche son los Maorí y Chile está muy lejos de ser Nueva Zelanda. Además, al interior de Chile, al existir distintos pueblos originarios con sus distintas historias y formas de entender la

política es difícil aplicar un solo modelo de derechos colectivos. Tal vez, Rapa Nui pueda expresar los deseos de vincularse con un trato como lo han hecho los Maorí, y en el caso mapuche, los Lafkenche de Tirúa, para quienes el mar es un elemento clave y han propiciado, por ejemplo, una normativa como la Ley de protección del borde pesquero para los hermanos y hermanas que trabajan en la extracción de peces, mariscos y algas. Esa ley logró reunir a los mapuche desde Chiloé a Arauco. Fue un tremendo ejercicio de unificar a los distintos sectores, a realidades geográficas y articular con la clase política.

Volviendo al punto inicial, ante este momento constituyente, existe una aspiración de unificar a sectores mapuche con diversas posturas pero que comparten la idea de que tiene que haber un reconocimiento constitucional, la conformación de un Estado distinto que reconozca los derechos indígenas. No obstante, en el interior de nuestro pueblo, no hay un consenso político sobre las vías para llevar esto a cabo. Mi esperanza es que en un corto plazo podamos coincidir las naciones de origi-

narios en un frente político unido como una fuerza política indígena³.

LA CONQUISTA DE LA BARBARIE SOBRE LA CIUDAD ILUSTRADA

Los partidos de clase en Chile —el Partido Comunista, Partido Socialista, las vertientes políticas que provienen del MIR (Partido de izquierda revolucionaria que nace en la década del 60 influido por la Revolución Cubana), incluso algunas expresiones de la izquierda más revolucionaria— no representan necesariamente lo que está sucediendo hoy en la calle. Hay una caída de los partidos de clase y, al mismo tiempo, hay una multiplicación de las consignas y banderas de los movimientos sociales: se encuentran banderas feministas, banderas de la diversidad sexual, de movimientos campesinos (como ANA-MURI), de estudiantes y también, la bandera mapuche.

¿Por qué la población usó la Wenufoye como principal símbolo? Para los más jóvenes, para las nuevas generaciones, para quienes no tienen como referencia lo que fue la Unidad Popular, el relato



histórico más vivo de una lucha, que además ha sido reprimida con dureza, es la lucha del pueblo mapuche. En el 2000 la lucha era de los mapuche y los estudiantes secundarios, pero los costos políticos producto de esa lucha —los muertos, los presos políticos— los pusieron los mapuche.

Sin embargo, hay que matizar cierta visión chilena en relación a la población mapuche como guerrera, como “guerreros” a lo largo de la historia, como espartanos del país. Alguna vez un longko en Wallmapu en un *trawün* [reunión] dijo que no éramos un pueblo de guerreros, sino de resistencia. Nosotros no provocamos guerras —decía— sino que son los chilenos. Ahora, existen importantes hermanos y hermanas de

nuestro pueblo que son parte de lo que se denominó en estas protestas como la primera línea, en plaza de la Dignidad como fue refundada la plaza Baquedano o Italia.

La recuperación de esta idea del mapuche como guerrero, si bien es un estereotipo, permitió a algunos *peñi ka lamgen* [hermanos y hermanas] recuperar esa subjetividad y dignidad como mapuche. Algunos videos que he podido ver, de los pocos que se han atrevido a hablar como parte de esa suma de personas que componen la “primera línea”, muchos eran mapuche de los suburbios de la ciudad. Con algunos te encontrabas en los microbuses que van hacia Puente Alto, Peñalolén o Cerro Navia. Para estos hermanos y hermanas,

“mapurbes”, como diría nuestra poeta David Aníñir, el movimiento social que permitió el camino a una nueva Constitución fue un proceso de humanización y de igualdad ante un contexto de profunda desigualdad que se da bajo “el modelo chileno”. ¿Qué parte de la historia mapuche decidieron recuperar estos hermanos y hermanas? Al guerrero mapuche. Aunque lejos estoy de esencializar lo sucedido, aun queda tomar la distancia del tiempo que nos solicita la disciplina de la historia para remirar los acontecimientos, pero mi sentir es que también se recupera un estereotipo mapuche: (el guerrero) y cierta idea de lo masculino, del hombre súper musculoso, con su escudo, luchando. No quiero con esto ser crítico de la “primera línea”, ni de los chiquillos que la conformaron.

EXISTE UNA ASPIRACIÓN DE UNIFICAR A SECTORES MAPUCHE CON DIVERSAS POSTURAS PERO QUE COMPARTEN LA IDEA DE QUE TIENE QUE HABER UN RECONOCIMIENTO CONSTITUCIONAL, LA CONFORMACIÓN DE UN ESTADO DISTINTO QUE RECONOZCA LOS DERECHOS INDÍGENAS.



NOSOTROS NO SOMOS UN SINDICATO DE TRABAJADORES, SOMOS UN PUEBLO QUE SE BASA EN LA DIVERSIDAD Y EN LA DIFERENCIA Y, POR LO TANTO, NUESTRA ESTRUCTURA DE DECISIÓN POLÍTICA TIENE FORMAS QUE SE CANALIZAN A TRAVÉS DE ENCUENTROS, PARLAMENTOS Y OTRAS MANERAS DE HACER POLÍTICA.

Pero veo cierta tensión entre la recuperación de esta imagen “mapuche” de lo masculino y los cuestionamientos al machismo hechos por el movimiento feminista y el feminismo comunitario. Este estereotipo del guerrero también fue revisitado por algunos sectores de la izquierda chilena. Este debate se está dando al interior del pueblo mapuche, las hermanas con las que he hablado me plantean que es un debate en construcción⁴.

Dicho esto, también es cierto que muchos chicos que están en esta “primera línea”, y que se manifiestan en las barras de equipos de fútbol son mapuche. Y tienen una perspectiva mapuche, recuperada durante estos últimos diez años y vinculada a la concepción de los guerreros. Pasó con la “Garra blanca”, que es la barra del Colo-Colo, o con “Los de abajo”, que es la barra de la Universidad de Chile. Obviamente son barras compuestas por sectores populares y el mundo mapuche vive en los sectores populares. Ahí se genera una suerte de doble identificación: las barras de fútbol y lo mapuche. Los hermanos y hermanas

resignifican esta idea del guerrero como un concepto de resistencia que rescata a nuestros líderes pre-republicanos.

Entonces, más allá de advertir los riesgos de esta visión estereotipada de los mapuche, no deja de parecerme interesante la recuperación de la plaza de la Dignidad y al mismo tiempo de la bandera mapuche. Asimismo, de la reinterpretación histórica que se intenta fundamentar y de nuestra gente de la “mapurbilidad” que toma una parte de la historia de nuestro pueblo para salir a conquistar una dignidad. Esto me lleva a discutir con esa idea de que todo lo sucedido el 18 de octubre fue tan solo una pulsión “irracional”.

El monumento central de la plaza Baquedano —en donde transcurrieron las protestas sociales que determinaron el triunfo para una nueva Constitución— es un homenaje a un personaje histórico que tiene relación con la ocupación de La Araucanía. Los militares del siglo XIX son terratenientes y ganaderos. Algunos se transforman en empresarios vinculados al carbón que se encuentra

en las tierras de Arauco, territorio que se mantuvo independiente hasta 1868. La resistencia mapuche del siglo XIX va a determinar que Benjamín Vicuña Mackenna, un historiador, político y empresario, cercano a Faustino Sarmiento, declare en su libro publicado en 1868 que era necesario “conquistar Arauco” y hace un llamado explícito al exterminio de los mapuche. Con Sarmiento comparte la percepción común sobre la civilización y la barbarie.

Desde el 18 de octubre tal vez sucedió un fenómeno inverso. Los papeles se volcaron: hay una conquista de “la barbarie” (los marginados de la ciudad y del modelo) sobre la ciudad ilustrada. En las ciudades emplazadas al interior de lo que nuestros antepasados llamaron Fütalmapu y que el movimiento rebautizó como Wallmapu, se recuperaron simbologías mapuche. Se decapitaron estatuas que hacían alusión a los próceres de la conquista chilena y expresaban la dominación. Es la desmonumentalización de la historia oficial.



WENÜFOYE, LA BANDERA MAPUCHE

“El color negro y blanco representan el equilibrio o la dualidad entre el día y la noche, la lluvia y el sol, lo tangible y lo intangible, etc. El azul representa la pureza del universo; el verde nuestra mapu, el Wallmapuche o territorio de asentamiento de nuestra nación. Y el rojo la fuerza, el poder, la sangre derramada por nuestros ancestros. Al medio el kultrung y todos sus significados ya conocidos y en el extremo inferior y superior la representación de los kon”.

JORGE WEKE

Existe una disputa por la historia luego del 18 de octubre. Eso me parece fascinante, en lo simbólico e ideológico. La bandera mapuche que vemos, una y otra vez en la plaza de la Dignidad, en las movilizaciones, ha tenido un lugar especial, porque a su modo representa la resistencia de un pueblo y la demanda de mayor democracia. Pero también, como dice Jorge Weke, miembro del Consejo de Todas las Tierras, simboliza el hecho de creer en la unidad dentro de la diversidad, de valorar cada frente de lucha, cada aporte que se hace desde distintos lugares. Es un símbolo que representa la construcción “desde abajo” que aún se observa en las ventanas de las casas.

En un artículo que titulo “Sembrando ideología” sostengo que la transición a la democracia en Chile no fue solo la de

los acuerdos de la clase política “desde arriba”, también existió otra transición que orientó su debates políticos para profundizar la democracia en este país. El movimiento mapuche, entre otros temas, impulsó una nueva Constitución como forma de reconocer a los pueblos originarios. Ante la ausencia de una decisión de la clase política, el movimiento se movilizó fuera de la institucionalidad y desarrolló un movimiento de carácter autonomista que en poco tiempo giró hacia uno denominado de Liberación Nacional. Por ello creo que “desde abajo” se dio otra transición que no ha descansado por profundizar la democracia en Chile. Aquello se manifiesta en el 18 de octubre, en una crítica a los partidos políticos.

Es interesante, a su vez, cómo un emblema, nacido en las discusiones bajo la dictadura llevaba consigo la esperanza de un símbolo que representaba al pueblo mapuche y su crítica al “quinto centenario”. Eso es lo que más admiro de mi pueblo: la lucha continua por conquistar derechos fundamentales como la autodeterminación, en todo momento histórico y contexto. Dotaron de contenidos y símbolos, en un proceso de descolonización ideológica, no tan solo a nuestro pueblo sino también a los chilenos. La Wenüfoye representó un paso en ese proceso. Acompañada de ella vendrían la reconstrucción política de la nación mapuche y el posicionamiento de las autoridades tradicionales como las conductoras del proceso de liberación nacional.

TIERRA Y AUTODETERMINACIÓN

La lucha mapuche entiende que la recuperación de tierras es uno de los pilares fundamentales, pero no solo contra las forestales, sino también contra los colonos, como en la Araucanía. Allá los peñi lo resuelven en un concepto que a mí me gustan mucho: le dicen “los ricos” y punto. Para ellos “rico” es el que se quedó con las tierras. No hacen diferencias en relación con los propietarios de las tierras. Pero sí con los empresarios.

Ellos entienden que su lucha es contra el capitalismo y, por lo tanto, contra los empresarios forestales, hidroeléctricos. El análisis político que hicieron en el 2000 dice que la lucha mapuche es anticapitalista, por estas empresas, pero también antioligárquica. Ellos entienden que estos ricos, no son como los de la oligarquía del XIX, que tuvo grandes extensiones de tierra, sino que lo entienden como ricos en un sentido de propietarios de las tierras. Pero para poder explicarlo debemos comprender cómo se conformó la propiedad de la tierra y la historia de la ocupación de La Araucanía. Y al mismo tiempo, comprender las resistencias mapuche.

Entre el río Biobío y el Malleco se generó un tipo de construcción de Estado que perpetuó el latifundio del valle central. Es lo que denominé en Toqui como “la política indígena de los gobiernos conservadores”. Pero luego de la revolución capitalista de 1848, lo que sucede entre el río Malleco al sur es la “política indígena de los gobiernos liberales”, que se caracteriza por la fórmula norteamericana de la reducción. Estos dos tipos de construcciones crearán distintos tipos de resistencia por parte de los mapuche. Resistencias que a su vez pondrán en contradicción a los gobiernos que propiciaron la reforma agraria entre 1958-1973. Pues la reforma se pensó en relación al latifundio y no a propiedades más pequeñas. Ante la reforma, algunas familias se adelantaron para dividir las tierras más pequeñas pero que respondían a un mismo núcleo familiar. Por eso, el gobierno de Salvador Allende tuvo que sobrepasar los límites de la reforma agraria para cumplir la palabra empeñada a los mapuche y resolver las movilizaciones que generaron una contraofensiva al gobierno popular.

Luego del golpe de Estado, la contra-reforma agraria entregó o devolvió las tierras a sus antiguos propietarios. Otras fueron puestas a la venta en el mercado (adquiridas por empresarios forestales) y las familias con mayores recursos se

vendieron las tierras entre ellos. Algunos mapuche perdieron sus tierras recuperadas bajo la reforma agraria. Estos antecedentes son una variable para comprender la crisis política en relación a los agricultores a partir del 2000 que eleva los niveles de violencia y para analizar cómo se construyó la propiedad.

¿CON QUIÉN HABLAMOS?

La diversidad del movimiento mapuche permitió la creación de formas políticas, de formas de encuentro, de generar acuerdos y soluciones, basados en modos de organización no centralizadas. En el mundo mapuche, cada lof territorial es autónomo, con sus propios líderes. Y los encuentros mapuche, hasta el día de hoy, son las reuniones de muchos de esos líderes para llegar a un consenso, a una decisión común. Eso es lo que el Estado chileno, y en algunos casos los partidos de izquierda, plantean como problema: “¿Con quién hablamos?”.

El pueblo mapuche tiene una forma de organización política y tiene muy claro cómo funciona. El problema de la interculturalidad es que los no indígenas no entienden la forma que tenemos de hacer política. Desean un solo líder o representante. Aquello es una aspiración errada. Además, cuando quieren negociar nos fuerzan a recurrir a los mecanismos que los no indígenas desean. Y cuando lo hacemos, como ha sido con el debate por una nueva Constitución o la petición de escaños reservados, la clase política de los chilenos crea trabas con el propósito de dificultar el empoderamiento de nuestro pueblo.

Inclusive es algo que pasa con la misma izquierda chilena. Me ha tocado ir a conferencias, decirles a los compañeros: nosotros no somos un sindicato de trabajadores, somos un pueblo que se basa en la diversidad y en la diferencia y, por lo tanto, nuestra estructura de decisión política tiene formas que se canalizan

a través de encuentros, parlamentos y otras maneras de hacer política. En ocasiones responden diciendo que los mapuche “votan por la derecha”. Lo cual es en parte cierto en algunos sectores, pero hacen uso y abuso de ese imaginario para evitar ceder espacios de su propio poder o bien porque desean tutelar nuestro movimiento. Tal vez nos hizo falta en Chile un Zavaleta Mercado o un Carlos Mariátegui. De todos modos, luego del 18 de octubre se han dado espacios de convergencia en los que la izquierda comprende la situación mapuche, la respeta y hace uso de los conceptos de nuestro movimiento, cada vez más con la idea de una vinculación orgánica en la diferencia.

Igualmente, ellos saben que abrir la puerta al ingreso de los mapuche con pensamiento autonomista al interior del sistema político criollo, es habilitar un viento que puede convertirse, en unos años más, en un temporal que lleve a debatir la descolonización, no solo como concepto teórico, sino también, en relación al poder político. Luego, podría poner en tensión la propiedad. El temor a ese debate y ejercicio político los lleva a desvirtuar la causa mapuche. Y nos “barbarizan” en base a la concepción de que somos un pueblo que no tiene una organización con la que debatir. En otras palabras, se fundamentan en la supuesta “desorganización” de nuestro movimiento y la diversidad que expresa la pluralidad de nuestro pueblo, para evitar que sigamos avanzando en la construcción de un poder político como pueblo.

UNA NUEVA CONSTITUCIÓN PLURINACIONAL E INTERCULTURAL

La ciudadanía está viviendo un proceso muy creativo, de ebullición. Aparecen nuevas formas de hacer y comprender las políticas —no basta con decir la política— entorno a una nueva educación política, sentidos de democracia, derechos de pueblos originarios e inclusive,

el poder regional. Estamos en un momento en el que se está reconstruyendo todo, es un momento histórico, hay que aprovecharlo y avanzar. La propuesta política en curso que planteó la ciudadanía, crear una nueva Constitución por la población civil y no por los militares —como la última, cuando refundaron este país con el fusil en la mano— es un hecho histórico.

El triunfo del “Apruebo” y la Convención Constitucional nos permite crear un nuevo marco histórico para los que habitamos al interior de esta comunidad imaginada denominada Chile. No obstante, la vieja clase política ha hecho todo lo posible por mantener su hegemonía y por eso es decisivo votar y manifestarse. Si bien hablamos de “mover el cerco de lo posible” es necesario moverlo y “cruzar el cerco” que la vieja clase política nos está imponiendo al aprovecharse de la pandemia y arrebatarnos el espacio público para el debate, la discusión y el ejercicio democrático de encontrarnos para hablar de política.

El estallido social manifiesta la existencia de movimientos dentro del movimiento. Hay de todo en esta heterogeneidad. Por eso el 18 de octubre es un proceso que está por escribirse y eso podrá hacerse con la distancia del tiempo. Un movimiento social que aspira a un nuevo tipo de democracia en que ha primado la autorganización política e informativa. Ese retejido social me parece un hecho importante para este país en que el neoliberalismo había profundizado la división social.

Un movimiento más pacífico que violento, a pesar de los hechos puntuales que los medios de comunicación maximizan como las quemaduras de alguna iglesia o de microbuses. Se ha comprobado, en algunos casos de violencia, la participación de carabineros infiltrados e inclusive miembros de la Marina. De hecho, hasta la fecha no hay un carabiniere muerto ni un integrante de la clase



Gentileza de Fernando Pairican

EL TRIUNFO DEL “APRUEBO” Y LA CONVENCION CONSTITUCIONAL NOS PERMITE CREAR UN NUEVO MARCO HISTÓRICO PARA LOS QUE HABITAMOS AL INTERIOR DE ESTA COMUNIDAD IMAGINADA DENOMINADA CHILE.

política violentado. A la inversa, vemos personas sin vista e inclusive hace poco un joven fue lanzado por un carabiniero desde el puente al río Mapocho. Existen algunos senadores, como Felipe Kast, que plantean que elementos externos se asociaron para derrocar la democracia en Chile. Ese mito que la derecha pone en todo momento de crisis es el lenguaje que fundamentó el anticomunismo que tanto daño le hizo a este país.

Les ha costado comprender que tal vez no existía una sociedad despolitizada, y que si bien no se siente representada por los partidos clásicos, se mostró una capacidad de organización, de autoconvocatoria y de hacer política ante la crisis. La población respondió a la crisis de legitimidad del orden político, de manera sorprendente, con trabajo social y cultural en las calles, en las plazas y en todo espacio.

Ante este momento histórico, nosotros invitamos a repensar una nueva nación a partir de una Constitución plurinacional e intercultural. Proponemos un reimaginario plurinacional dentro del cual el uso de escaños reservados sean proporcionales según la cantidad

demográfica de cada pueblo originario y la construcción política deba ser en base a la realidad que cada nación originaria decida soberanamente. El uso de los escaños reservados como el comienzo del dismantelamiento de las estructuras coloniales que no nos permiten avanzar en la reconstrucción integral como pueblo.

En este escenario seguramente los mapuche deberían tener mayor representatividad por su demografía. Algunos integrantes del pueblo Diaguita se han manifestado críticamente a que los mapuche sean más, y si bien puedo compartir su crítica, creo que equivocan el adversario: su queja debe ir al estado colonial.

Sin ánimos de abrir un infructuoso debate entre naciones originarias, lo importante es que tanto el órgano constituyente, como después el parlamento, sean representativos de las distintas naciones originarias, y en el caso del pueblo mapuche, representadas las distintas identidades territoriales de nuestro pueblo con inclusión de quienes vivimos por razones históricas en la diáspora. En ese escenario es que

el Estado Plurinacional se propone para debatir los derechos colectivos a partir de un concepto intercultural y seguir profundizando la autonomía y el ejercicio de la autodeterminación.



[1] Pairican es académico de la Universidad de Santiago y actualmente cursa su Posdoctorado en el Centro de Estudios Interculturales Indígenas (CIIR) por la Pontificia Universidad Católica de Chile y dirige la Colección de Pensamiento mapuche de Pehuén Editores.

[2] El libro se puede descargar de manera gratuita: <http://www.ciir.cl/ciir/wallmapu-ensayos-sobre-plurinacionalidad-y-nueva-constitucion/>

[3] Esa experiencia fue una de las lecciones que nos entregó Humberto Cholango en un seminario que luego fue parte del libro *Wallmapu: plurinacionalidad y nueva Constitución*.

[4] Pairican dirige la colección de Pensamiento Mapuche (Pehuén Editores), donde promueve estos debates con algunas publicaciones.

Paulo Slachevsky: La fotografía como forma de resistencia

Fotógrafo de prensa y editor de libros // Un registro fotográfico de los meses de movilización // “Como fotógrafo, igual que durante los años ‘80, uno no deja de sentir cierto temor frente a la brutalidad y crueldad de la represión. Muchas veces, de manera práctica, y también subjetivamente, esta limita el propio qué hacer. Pero, manteniendo ciertos cuidados, cada vez uno debe sobreponerse a ese temor y los cercos que instala la opresión”.

PAULO Slachevsky nació en Santiago, pero aprendió a tomar fotografías en Francia, donde vivió hasta los 19 años. Su familia decidió mudarse a ese país poco tiempo después del golpe de estado a Salvador Allende. De regresó a Chile, participó y registró cada protesta que hubo contra la dictadura: “Eran momentos de mucha represión, pero muy esperanzadores a la vez por la enorme movilización social”, cuenta. Durante esos años creó, junto a otros fotógrafos, la agencia Cono Sur e integró la Agrupación de Fotógrafos Independientes. También estudió periodismo.

En 1990, junto a Silvia Aguilera, fundó la editorial independiente LOM —que en idioma yagán significa «sol»—, un engranaje clave en la renovación del pensamiento chileno de izquierda, de donde surgieron, a lo largo de treinta años, ensayos fundamentales sobre la memoria y los derechos humanos, además de los más lúcidos cuestionamientos a las políticas de la transición y el neoliberalismo. Durante algunos años la fotografía pasó a un segundo plano, aunque siempre se mantuvo relacionado con este oficio: en 1991, junto a Elizardo Aguilera, lanzó y editó *Mal de Ojo*, pionera y delicada colección de libros de fotografías. Fue con las masivas protestas estudiantiles de 2011 que retomó más activamente la fotografía, y de ahí a nuestros días se multiplican sus registros de manifestaciones sociales.

Paulo es muy alto y flaco, es fácil verlo cámara en mano en medio de la multitud. Va y viene, de acá para allá. Se acerca, se aleja, toma distancia, apunta y dispara. Desde el estallido de octubre de 2019, se dedicó cada día a retratar el momento histórico que vive su país. Asume su labor con rigor y convicción militante. “Intentan cegarnos para que no veamos ni reaccionemos frente a los abusos de este sistema neoliberal depredador que arrasa con todo”, dice refiriéndose a los cientos de casos de heridos oculares durante estos meses de protesta. En medio de gases y corridas tomó muchas de las fotografías que compartimos y que formarán parte de *Fragmentos de un despertar*, su primer libro.

Las imágenes pueden tener usos contradictorios —dice—, y así como muchas veces han sido herramientas de denuncia y resistencia, también ha sido útiles a los discursos dominantes para estigmatizar, perseguir y banalizar. ¿Cómo potenciar la función de resistencia de las imágenes y conjurar la banalización? Este interrogante abierto recorre la siguiente conversación que entreteje su experiencia personal, la historia chilena reciente y el actual momento de revuelta.





¿Cómo llegás a la fotografía? ¿Cómo fue ser fotógrafo en tiempos de dictadura y, luego, de transición?

A los once años, después del golpe de Estado y de que varios familiares tuvieran que exiliarse, mis padres decidieron salir del país y nos fuimos a vivir a Francia. Mi padre tenía una máquina fotográfica y al poco tiempo me hice cargo yo de las fotos de familia. A fines de los '70 tomé un breve curso y así, ésta se hizo una práctica más presente. En julio del '83, terminé el liceo y vine de vacaciones a Chile, ya con la idea de fotografiar las protestas contra la dictadura. Eran momentos de mucha represión, pero muy esperanzadores a la vez por la enorme movilización social. Me vinculé con gente de algunas poblaciones y organizaciones de derechos humanos, y empecé a estar presente en todas las movilizaciones de las que me enteraba. Felizmente, conseguí una credencial de fotógrafo, primero de la revista Análisis y después de una revista francesa, Temoignage Chretien. Eso ayudaba frente a la represión. Conocí a Silvia Aguilera, dirigente entonces de la Agrupación de Familiares de Presos Políticos, y me quedé en Chile. El trabajo fotográfico se transformó en una práctica diaria hasta marzo del '90, cuando asume Patricio Aylwin y con Silvia fundamos LOM.

En esos años se fue construyendo un fuerte vínculo con otros fotógrafos y entre cinco armamos una pequeña agencia, Cono Sur. Llegamos a publicar un libro en 1986, El pan nuestro de cada día, del cual la mitad de la edición se perdió en el allanamiento y destrucción de la imprenta. Éramos parte de la Agrupación de Fotógrafos Independientes (AFI). Paralelamente estudié periodismo, creyendo, equivocadamente, que esos estudios se vinculaban a la práctica que tenía como fotógrafo. En resumidas cuentas, para mí como para muchos de los que por suerte pudimos salir vivos y sin mayores traumas, fue esa una experiencia muy significativa e intensa, donde la solidaridad y la entrega se vivían día a día, donde había un horizonte común de resistencia y construcción de una sociedad más justa y humana. Eran tiempos de horror y muerte, pero al mismo tiempo los cargábamos de vida y esperanza. En esos años, como símbolo de esa vida, tuvimos el privilegio de ver nacer a nuestras hijas mellizas.

Además de fotógrafo, tal como nos contabas, sos junto a Silvia Aguilera, el fundador y principal impulsor de una de las experiencias de edición independiente más importantes de América Latina, LOM ediciones. ¿En qué puntos se articulan o potencian tus prácticas de fotógrafo y de editor?



De una u otra forma en LOM, con Silvia, pasamos de una militancia política y social durante los años de dictadura, a una militancia desde la cultura, estableciendo un vínculo y, en el mejor de los casos, un impacto social y político. Hubo un cambio importante, pero también muchas continuidades. El mismo tema de la memoria y los derechos humanos, tan presente en la labor de ambos durante los '80, se constituye en un pilar del trabajo de LOM. En el primer texto-manifiesto de la editorial, a principios de los '90, refiriéndonos al nombre de la editorial y a su logotipo, lo señalábamos: “Queremos mantener en la piel la sombra de sus espectros, y en la retina de nuestros ojos esas fotografías de principios de siglo que captaron con toda su vida a Inxiol, Ceilapantesis, Latabilik, Kipe, Angela Loij y tantos otros sin nombre que evocamos”. Ellos, hombre y mujeres habitantes del extremo austral del continente, que fueron exterminados casi por completo en nombre de la “modernidad y el progreso”, y luego ignorados, omitidos o hechos desaparecer de nuestra historia. Ese manifiesto expresa el anhelo de mantener junto a nosotros a tantos que resistieron y que ya no estaban aquí —a los resistentes de entonces y a los recientes—, y construir con ellos, con su luz en la memoria, nuevos derroteros, algo que la fotografía y el libro, de algún modo, posibilitan de manera privilegiada. Así, como muchos otros, luego de resistir a la dictadura pasamos a desarrollar una labor de resistencia al modelo, al conformismo y al olvido.

DICTADURA CHILENA, AÑOS 80

Por muchos años dejé la fotografía en un segundo plano, la reservaba a lo familiar, los viajes, el cotidiano y los momentos más emblemáticos, como las marchas de los once de septiembre. Recién con las marchas de los estudiantes del 2011 empecé a retomar el ejercicio fotográfico en términos públicos o sociales de manera más permanente. Sin embargo, creo que nunca me aparté del quehacer fotográfico, asumiéndolo desde otra perspectiva. Un año después de que inauguramos LOM, en 1991, inauguramos la colección Mal de Ojo de libros de fotografías, la que se constituye en la primera y mayor colección de libros de este género en Chile, y junto a Elizardo Aguilera, asumimos luego el rol de editores de esta colección.

Cora Gamarnik, que estudió el fotoperiodismo en Argentina durante la dictadura, tiene la hipótesis de que la fotografía periodística logra constituirse, a pesar de la censura y la persecución generalizada, en una suerte de “falla del discurso oficial”. Dice ella que las imágenes lograron romper la censura y, una vez finalizada la dictadura, tuvieron un rol central en la construcción de la democracia al denunciar, con la fuerza inapelable de las imágenes, asesinatos, abusos y torturas. ¿Se puede pensar en el caso chileno un lugar similar para el fotoperiodismo?



Dictadura chilena, años 80.

Sin duda el trabajo de fotógrafos comprometidos con los derechos humanos y con la lucha en contra de la dictadura cívico-militar, tanto chilenos como de otras latitudes, fue un gran aporte en cuanto registros para las denuncias, como testimonio de las luchas que se estaban dando, lo que reforzaba el ánimo de la resistencia. Fueron históricas ciertas imágenes del golpe, de Pinochet y los generales de la junta, todas ellas expresión o la cara del horror, y estas marcaron el imaginario en torno a la dictadura chilena. La censura que luego, en los años '80, aplicó la dictadura a las fotografías que se publicaban en las revistas de oposición, da cuenta de cómo esas imágenes los representaba y por ello los incomodaba. Fue emblemático ver las publicaciones de las revistas Apsi, Análisis, Cauce y otras, cuyas páginas aparecían llenas de recuadros en blanco o en negro, bajo los cuales iban los pies de fotos que describían lo que aparecía en la imagen ausente, dando cuenta así de la censura de las fotografías. Las mismas imágenes de los rostros de los detenidos desaparecidos con la pregunta "¿Dónde están?", simbolizan el uso la fotografía como interpelación a la memoria, a la justicia. Sin embargo, al mismo tiempo, la fotografía fue usada como arma de represión, para identificar rostros, lugares, situaciones, y luego ir por ellos. También, en el ámbito del periodismo, fue parte del discurso de los medios oficiales y del gran empresariado, los mismos que dominan hoy, como El Mercurio, La Segunda y La Tercera, para instalar y fortalecer el sistema, para humillar y denigrar a los resisten-

LAS IMÁGENES PUEDEN TENER USOS CONTRADICTORIOS, Y ASÍ COMO MUCHAS VECES HAN SIDO HERRAMIENTAS DE DENUNCIA Y RESISTENCIA, TAMBIÉN HAN SIDO ÚTILES A LOS DISCURSOS DOMINANTES PARA ESTIGMATIZAR, PERSEGUIR Y BANALIZAR.

tes y a las víctimas, para generar el terror. Recordamos tantas portadas con los cuerpos de resistentes acribillados, ensangrentados, semi desnudos tirados en las calles, bajo el titular: “Terrorista abatido en enfrentamiento”. La fotografía fue y es un espacio en disputa, donde más bien predomina el uso que el sistema hace de ella; así vemos frecuentemente la fotografía que banaliza, mercantiliza y manipula. Es un enorme instrumento de poder, de propaganda, uso que se opone a la voluntad de dar testimonio con la fotografía, sentido que la marca cuando es expresión de resistencia. En tal sentido, tengo una opinión más matizada en relación a las imágenes y la fotografía periodística. Comparto plenamente la reflexión que hace en torno a ello el intelectual inglés John Berger, en el libro *Mirar*, donde critica el uso que se hace de la fotografía en el capitalismo, buscando su uso alternativo como un proyecto:

“Las fotografías son reliquias del pasado, huellas de lo que ha sucedido. Si los vivos asumieran el pasado, si éste se convirtiera en una parte integrante del proceso mediante el cual las personas van creando su propia historia, todas las fotografías volverían a adquirir entonces un contexto vivo, continuarían existiendo en el tiempo, en lugar de ser momentos separados. Es posible que la fotografía sea la profecía de una memoria social y política todavía por alcanzar. Una memoria así acogería cualquier imagen del pasado, por trágica, por culpable que fuera, en el seno de su propia continuidad. Se trascendería la distinción entre los usos privado y público de la fotografía. Y existiría la familia humana”.

Es básico en tal sentido, cargar de contexto las fotografías, con palabras u otras fotografías –como él mismo señala–, evitando su uso fragmentario, aislado, manipulado, como instrumento del poder. Eso posibilita generar fisuras al discurso oficial como señala Cora Gamarnik, como lo pueden hacer también de otra manera, la poesía, el teatro, la narrativa, el cine.

Respecto del rol de la fotografía durante la revuelta, ¿crees que hay una continuidad con un tipo de registro inaugurado en tiempos de dictadura, una herencia que se despliega hoy? ¿Qué rasgos novedosos aparecieron durante la revuelta?

En este terreno en disputa, como ya decía, sin duda hay continuidades. Por un lado, está la búsqueda de apoyar las luchas desde el trabajo fotográfico, de denunciar la represión, difundir las demandas y las movilizaciones. Han servido también como pruebas contra la represión en el ámbito judicial.

Pero, de otra parte, con el dominio casi total de los medios masivos de comunicación tradicionales, está la imagen que busca mostrar e identificar la protesta social como terrorismo, vandalismo, simplificando, retomando y potenciando la mirada binaria de orden versus el caos. Han reforzado fuertemente las leyes punitivas contra la protesta social y usan también las imágenes para condenar a los manifestantes. Todo esto en un contexto donde las tecnologías, con los celulares y las redes, han masificado de manera increíble el uso de la imagen, posibilitando una circulación enorme de las fotografías, pero a la vez banalizándolas e inscribiéndolas, de una u otra forma, en usos complejos, al vincularlas o integrarlas directa o indirectamente a la publicidad, y relacionarlas con lógicas de control, como ocurre con las redes controladas por las mega empresas mundiales de internet. En ese contexto, ¿cómo potenciar un rol de resistencia de las imágenes que uno comparte? Es un tema que está en cuestión, que hay que poner en debate.

Durante los días de protesta, Carabineros tuvo una política de apuntar y disparar a los ojos de los manifestantes lo que dio como resultado que más de 450 personas perdieran la visión en parte o en forma total, según datos del Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) ¿Cómo analizás esta práctica, que no es exclusiva de la policía chilena ni hace foco en los fotoperiodistas, pero que se evidenció sistemática y brutal? ¿Cómo viviste la represión?

Como dices, ha sido brutal y criminal. Creo que, por su masividad y sistematicidad estas agresiones deberían inscribirse en la tipología de crimen de Estado, crimen de lesa humanidad. Lo que vimos de parte del gobierno, fue un apoyo irrestricto al accionar de Carabineros, fue reiterado una y otra vez, dando carta blanca a esta práctica. Como señalamos en la declaración que realizamos las y los fotógrafos en solidaridad con Gustavo Gatica, “Sus balines no cegarán la luz de la fotografía y de la vida”, que se extiende también a Fabiola Campillay y a todas las víctimas de trauma ocular: “¿Qué quieren cegar? ¿Qué desean que no veamos? La injusticia y la desigualdad, las brutales violaciones a los derechos humanos no se acallan ni se esconden arrancando los ojos de nuestros jóvenes”. Los actos represivos, tras la brutalidad de los hechos, no dejan de simbolizar lo que pretenden: hacer desaparecer de la faz de la tierra los anhelos y sueños de una sociedad diferente, así fue en los ‘70 con la desaparición forzada; hoy intentan cegarnos para que no veamos, sintamos y reaccionemos frente a los abusos de este sistema neoliberal depredador que arrasa con todo, la tierra y los seres vivos que la habitamos.



Toma de tierras. Dictadura chilena, años 80.

ES BÁSICO CARGAR DE CONTEXTO LAS FOTOGRAFÍAS, CON PALABRAS U OTRAS FOTOGRAFÍAS, EVITANDO SU USO FRAGMENTARIO, AISLADO, MANIPULADO, COMO INSTRUMENTO DEL PODER.

Como fotógrafo, igual que durante los años '80, uno no deja de sentir cierto temor frente a la brutalidad y crueldad de la represión. Muchas veces, de manera práctica, y también subjetivamente, esta limita el propio qué hacer. Pero, manteniendo ciertos cuidados, cada vez uno debe sobreponerse a ese temor y los cercos que instala la opresión.

Si tuvieras que elegir tres fotografías tuyas sobre la revuelta de octubre, ¿cuáles elegirías y por qué?

Por primera vez estoy trabajando en un libro propio, titulado *Fragments de un despertar*, que publicaremos en la colección de bolsillo, serie 18 de octubre, y he tenido que hacer una selección de un centenar de fotografías. Como una muestra de ese trabajo, seleccionaría la imagen que va en portada, un joven que “vuelve de la batalla” con el puño en alto. Es en la principal zona de enfrentamiento de la primera línea con carabineros, en calle Ramón Corvalán con la Alameda, a una cuadra de la plaza de la Dignidad. Siento que simboliza de alguna forma la confianza y esperanza viva en esta historia de avances y retrocesos de las luchas en favor una sociedad más justa.

También elijo la imagen de las jóvenes, una con nariz de payaso, jugando al salto a la cuerda, tomada en plaza Ñuñoa, se dieron escenas similares en la Alameda. Da cuenta de la alegría y energías que marca este proceso, donde pese al dolor por la represión, late un sentido lúdico, creativo y transformador. Siento que expresa la fragilidad de todo gran movimiento social, cada salto es incierto.

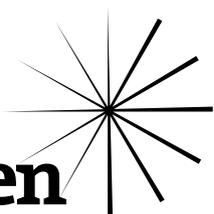
Por último, una de las pocas imágenes a color del libro. Es del viernes 20 de diciembre 2019, donde se dio una verdadera batalla campal en la plaza de la Dignidad, en la que las y los jóvenes, con gran valentía, lograron desalojar a los represores que habían copado la plaza desde temprano [fotografía de portada de este artículo]. Me impactó mucho ese día, estar allí y vivir esa experiencia. Mi lectura de la imagen tiene un dejo de melancolía, rememorando el imaginario de tantas luchas sociales donde con las banderas rojas o rojo y negras, se enfrenta de manera muy desigual a la represión. Espero que el libro, que busca entretejerle un sentido a esos fragmentos de la revuelta que captan las fotografías, llegue a algunas y algunos de esas/os jóvenes que están hoy haciendo historia.

Para ver más fotografías de Paulo Slachevsky:
[flickr.com/people/pauloslachevsky/](https://www.flickr.com/people/pauloslachevsky/)
Instagram: @pauloslachevsky

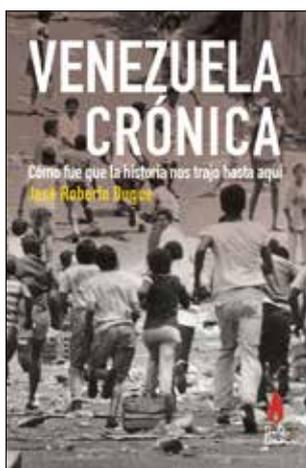


Colección

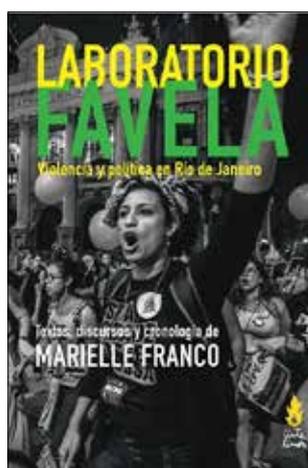
Pensar en MOVIMIENTO



Expresión de movimientos, pragmáticas intelectuales. No se trata de compilar o clasificar grupos sociales o experiencias militantes bajo categorías sociológicas, sino de continuar en el terreno de los enunciados la politicidad de sus desplazamientos.



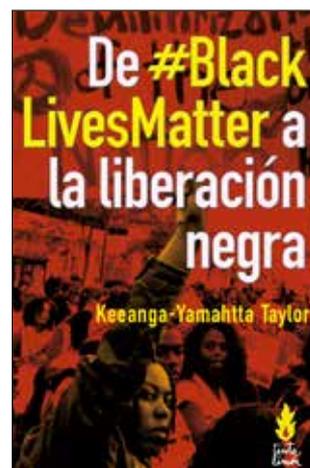
Venezuela crónica
Cómo fue que la historia nos trajo hasta aquí
José Roberto Duque



Laboratorio favela
Violencia y política en Río de Janeiro
Marielle Franco



Salud feminista
Soberanía de los cuerpos, poder y organización
Fundación Soberanía Sanitaria
(Compiladoras)



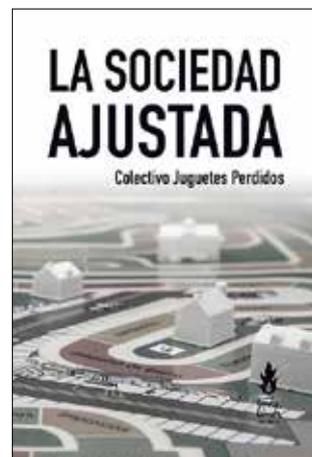
De #blacklivesmatter a la liberación negra
Keeanga-Yamahtta Taylor



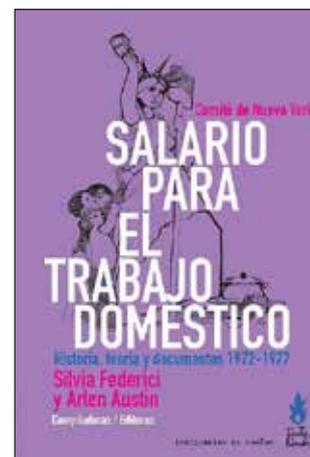
Una historia oral de la infamia
Los ataques a los normalistas de Ayotzinapa
John Gibler



Qui Lombo
Cartografía / Autoría negra / Brasil
Lucía Tennina
(Compiladora)



La sociedad ajustada
Colectivo Juguetes Perdidos



Salario para el trabajo doméstico
Silvia Federici y Arlen Austin
(Compiladoras/editoras)



LA PERIFERICA
distribuidora

laperiferica.com.ar

